

A black and white photograph showing a person's legs from the knees down, wearing black high-heeled shoes with laces. The person is standing on the back of another person, whose back and shoulders are visible. The background is dark and out of focus.

ANTONIO REINA

El poder solo se alcanza sin escrúpulos

EN EL **D** **M** **M** **A** **R** **D** **E**
D **I** **R** **A** **C**

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 4 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 5 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 5 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 6 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 6 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 6 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 7 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 7 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 8 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 8 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 10 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 10 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 11 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 11 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 12 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 12 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 12 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 13 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 13 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 13 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 14 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 14 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 14 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 15 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 15 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 15 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 15 – Parte 4](#)

[CAPÍTULO 16 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 16 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 16 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 17 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 17 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 17 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 18 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 18 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 18 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 19 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 19 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 19 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 20 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 20 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 20 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 21 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 21 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 21 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 22 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 22 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 22 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 23 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 23 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 23 – Parte 3](#)

[CAPÍTULO 24 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 24 – Parte 2](#)

[CAPÍTULO 25 – Parte 1](#)

[CAPÍTULO 25 – Parte 2](#)

[EPÍLOGO](#)

[¿TE HA GUSTADO?](#)

Antonio Reina

EN EL MAR DE DIRAC

EL SALTO EDITORIAL

Primera edición: Marzo de 2016

© Antonio Reina

© Diseño de cubierta: Carlos Venegas

© El Salto Editorial

www.elsaltoeditorial.com

Avda. de la Alameda 1, Escalera 3, 1º-3

14005 Córdoba

e-mail: info@elsaltoeditorial.com

ISBN-13:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español en Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

$$(\partial + \mathbf{m}) \psi = 0$$

Podemos describir como dos sistemas separados aquellos que, habiendo interactuado el uno con el otro durante un cierto período de tiempo, terminan por alejarse. Sin embargo, de alguna sutil manera convertidos en un solo sistema, cada uno de ellos seguirá influyendo en el otro para siempre a pesar de encontrarse a kilómetros o a años luz de distancia.

Paul Adrien Maurice Dirac
Premio Nobel de Física 1933

CAPÍTULO 1

«Y así, mi querido Gael, absuelta de una vez por todas, tanto de mi pasado como de un futuro incierto, fue como me convertí en una mujer libre e indecentemente rica.»

Continúan desnudos y abrazados tumbados sobre un sillón junto a la piscina, amparados por la noche y un silencio tranquilo que no se atreven a romper. Hace ya un buen rato que María dejó de hablar, de relatar la historia de su vida, pero el eco de sus últimas palabras juega insistente con los recuerdos de Gael, resucitando en su mente las imágenes de aquella lejana tarde hasta que acaba por sumergirse en ellas.

Un hombre joven espera en el interior de un coche azul aparcado a unos cien metros de la casa. La impaciencia le consume, pues sabe que está a punto de dar un paso definitivo. Es una tarde de mayo, de esas que solo se ven en la ciudad con el mayo más bonito del mundo. La luz dorada y el olor del mismo aire conjuran para ofrecer un espectáculo propio de una pintura de Sorolla. A pesar de los nervios, contempla la escena consciente de que la gente que se mueve por las zonas de alrededor es incapaz de reparar, al menos en apariencia, en la increíble belleza de ese instante tan único como irreversible.

Aunque es una calle poco transitada, un niño con uniforme, que debe venir del colegio, pasa corriendo junto a él perseguido por otros dos que le gritan que pare. Detrás una señora, seguramente madre de uno o de todos ellos, clamando a su vez para que miren antes de cruzar. Son la nota que rompe, y a la vez complementa, la perfecta sinfonía para los sentidos compuesta por la ciudad, especialmente para ese momento.

Incluso cuando la tiene delante, más que verla la imagina. La adora. En este momento, sentado y a su espera, la idealiza más aún. Con los ojos entornados recrea las formas que dibuja su cuerpo al moverse y el perfume tenue que juega entre su cabello, como una espiral de brisa apenas perceptible al pasar a su lado.

La conoce perfectamente y, aunque sabe exactamente de lo que es capaz, para él todo en ella es perfección. A solas, en el coche, imagina su sonrisa abierta y franca decorando uno de aquellos gestos, aún hoy casi infantiles, que tanto le gusta prodigar. La oye reír con ese tono inconfundible, repleto de desinhibición, que siempre lo ha cautivado y que lo transporta muchos años atrás, a los días que compartieron tan lejos de casa.

Alicia es la dueña de su mente, hasta el punto de sentir que cada segundo que no la piensa es un pedazo de vida que ha perdido para siempre. La ama tan profundamente que se sabe capaz de traspasar cualquier barrera por conservar su amor tal y como es ahora, como ha sido desde que la conoció. Necesita tener la certeza de que solo es él quien da sentido a su vida.

Aunque son pocos los días, para él es una eternidad entera el tiempo transcurrido desde la última vez que estuvo a su lado, y hoy, que han vuelto a quedar citados, no resta en su alma espacio para albergar tamañas ansias de verla. Tal es el sacrificio de su espera.

Casi las cinco y media de la tarde. Cae en la cuenta de la hora y sabe que está a punto de llegar. Acudirá puntual a la cita, como es su costumbre, seguro, y volverá a ofrecerle sin saberlo,

mientras se acerca a él, el majestuoso espectáculo de su presencia.

Tal vez porque no habrá más esperas como la de hoy o, quizá, porque son muchos los años que lleva perdidamente loco por esa mujer, no puede evitar la sensación de que hasta el entorno reclama su protagonismo en la escena, pues el ambiente, la luz y el ruido encajan a la perfección en el puzle para los sentidos en que su mente convierte cuanto le rodea. Sin previo aviso, fija la vista en la casa al contemplar como comienza a abrirse la puerta. Su corazón, suplicando que sea ella quien la cruce, se desboca primero y se marchita después cuando el que sale a la calle es él: Caín, el hermano, el mentor, el que en otros tiempos fuera su dueño y señor, en cambio, mutado ahora en su perdición.

Viéndolo jugar con el setter de la familia, con el impecable aspecto que la elegancia innata proporciona a quien la posee —con independencia incluso de la forma de vestir—, resulta sencillo comprender la atracción que genera ese hombre. Caín dirige, con gran éxito además, la pequeña empresa que heredó de su padre y que solo su genialidad ha conseguido convertir en una poderosa multinacional. *Software* en general, aplicaciones de defensa en especial. Un gran negocio con una competencia feroz y en el que es imposible destacar, a exclusiva expensa del genio de un visionario. Es necesario tener instinto depredador, actitud de comer antes de ser comido y, por supuesto, saber disfrutar con ello. Caín es así, es mucho más que así, es la definición perfecta del estereotipo del triunfador, un compendio, elevado a la enésima potencia, de todas esas exigencias. Caín, que en su mundo es Dios, aspira en realidad a ser Dios para el mundo entero.

Sentado en el interior del coche azul, contempla cómo se aleja calle abajo lanzando al perro una pelota, mientras piensa que, si es verdad que Dios ha muerto, ni siquiera el Diablo acordaría la vileza de sustituirlo por semejante cabrón.

Fuera del alcance de su vista el hermano, vuelve su pensamiento a Alicia para dejarse llevar por la ilusión de lo que, sin haber ocurrido nunca, podría haber llegado a ser entre los dos. La imagina sobre las sábanas blancas de algodón, ligeramente cubierta una pequeña parte de su cuerpo desnudo, y se estremece de pasión. Se detiene en la mirada encendida de unos ojos verdes, profundos, que suplican su atención urgente y, cediendo a sus deseos, se tumba junto a ella con la voluntad fulminada por el éxtasis que le provoca contemplarla en toda su belleza. Impaciente, como si fuera un niño, la abraza por detrás, tumbados ambos sobre el costado, y la besa en el cuello. Un beso que, más allá del deseo, es una ofrenda de sumisión total de su alma vencida, cargado de amor, pero también de fiebre e incontinencia a duras penas domada, que ella recibe con un gemido suave que lo excita más aún. Los brazos que la rodean a la altura de los hombros acaban en manos que bajan lentamente recorriendo el sendero entre sus pechos hasta alcanzar un vientre tembloroso que se agita suavemente con el calor de cada roce, de cada caricia. Piel contra piel, conscientes del deseo del otro, los amantes convierten la paciencia en una audacia que parece no tener límite porque, ya sin freno, la carne pide a gritos más sitios donde besar, más lugares donde regalar placer y huecos que provoquen una respuesta en el otro que haga subir la intensidad de la batalla, una contienda que ambos saben destinados a perder frente al agotamiento de un orgasmo prolongado.

Y así, continúa su espera en el interior del coche azul imaginando que, exhaustos y satisfechos, fundidos en un abrazo, como si fueran uno, aguardarán entre susurros confidentes y risas con sordina a que la radio vuelva a poner su canción, y comenzar de nuevo a amarse. La

radio, sí... suena en el coche otra vez el estribillo de moda para devolverlo a la realidad de ese momento, dejando atrás los sueños. Absurdo, ganas de torturarse, termina por pensar de lo imaginado.

Comienza a impacientarse. Pasan dos minutos de la hora que él tenía prevista, pero los cuenta como ciento veinte interminables segundos. Sigue vacía la calle. Ni un alma. Céntrica pero apartada, es una vía paralela a una con mucho tránsito de la que solo llega el ajetreado murmullo del transcurrir de la vida. Junto al coche aparcado, detrás, hay un contenedor de basura y un callejón corto y sombrío a modo de acceso a una antigua bodega que ha cerrado sus puertas hace ya varios años. Incluso desde la calle, aún se percibe el olor del vino que encerraban sus barriles.

Pasan ya cuatro minutos de las cinco y media de la tarde cuando, por fin, la puerta vuelve a abrirse y por ella sale Alicia. Su madre junto a ella, en el último escalón de los que suben a la casa, la besa y parece recitarle consejos mil veces oídos que la chica recibe con cara de resignación y una sonrisa.

Aparcar a cierta distancia le permite recrearse en la visión de la mujer que se acerca. Quiere recordarla así por siempre, como un ser más allá de lo mortal que camina por la estrecha acera a su encuentro. Su piel tostada brilla asomando por encima de una blusa blanca que deja los hombros al descubierto. Y sobre los hombros un pelo oscuro, rizado en una melena que se bambolea con cada paso. Hoy lleva puesto un pantalón rojo perfectamente ajustado a las curvas de su cuerpo y unos tacones altos que la hacen aún más imponente. Realmente es una diosa y él es el hombre más afortunado del mundo por tener la oportunidad de amarla como lo hace.

Alicia se detiene apenas a cuarenta metros del coche. Es el perro de la familia que viene corriendo hacia ella el que la hace girar mientras Caín, de vuelta hacia la casa, la saluda de lejos con la mano. Juno, que así se llama el setter, trae en la boca la pelota de goma dura que pone a los pies de la chica mientras espera a que ella vuelva a lanzarla lejos. Allá va la pelota, esta vez en dirección al hermano que la deja caer al suelo mientras llega corriendo a su altura el perro y, enganchando al collar la correa, lo introduce en la casa.

Él, que inadvertidamente ha salido del coche hacia el callejón de la bodega, ha registrado cada fotograma de esta escena en su memoria con la seguridad de que todos y cada uno de los movimientos de Alicia formarán ya siempre parte y ejemplo de la devoción que ha sentido por ella. Y ahí, escondido en la penumbra, la ve reemprender el camino que la acerca.

Son apenas sesenta pasos los que les separan y, mirándola sin que ella lo distinga aún, se dispone a disfrutarlos en cada detalle. La desea con tanta fuerza que se asquea de sí mismo porque, sin pretenderlo, vuelve a sentir la excitación que solo hace un momento le provocaban las imágenes de su cuerpo desnudo. Apenas puede contener el dolor que siente ante la certeza de tenerla, ahora sí, a salvo y para siempre a su lado.

Diez metros, tan cerca ya que hasta puede adivinar su perfume, Alicia pasa junto al coche indiferente y sin que, en apariencia, haya reparado en él. Emboscado e inmóvil, junto a la puerta de la bodega mirando hacia la acera, su mundo tiene el ancho del oscuro callejón que le oculta, ralentizado el tiempo como si un segundo fueran diez; y por fin, desde el fondo, ve aparecer a Alicia. Sabe que ella no lo espera y que, por tanto, tiene tiempo de admirar su presencia prodigiosa una vez más, siquiera sea por tres pasos. Desde donde está puede ver el movimiento

de sus brazos al caminar y el gesto confiado de su rostro apenas maquillado porque, él lo sabe bien, no existe color alguno que pueda realzar lo que ya de por sí es sublime. Dando gracias al cielo por poseer el don de percibir el transcurrir de esas pequeñas porciones de tiempo, que a cualquiera están vedadas, sale al instante del trance como un felino de entre la hierba.

Es entonces cuando el hombre emboscado en la puerta de la bodega, con movimientos de tal seguridad y rapidez que parecen ensayados previamente, agarra a la chica por la cintura mientras le tapa la boca y, arrastrándola a la oscuridad, le corta el cuello de un solo tajo.

La sangre derramada sobre la blusa blanca y la expresión sorprendida de su rostro lo conmueven como la última expresión de un amor tan intenso que nunca pudo haber tenido otro final. Sentado a horcajadas sobre el vientre amado contempla la luz que se escapa de sus verdes y profundos ojos ya casi muertos, mientras, con las dos manos sobre el cuello, late su corazón con la frecuencia que le impone la garganta abierta. Hasta que todo acaba.

Se ha tomado un momento para amarla por última vez con la mirada. Al fin, solo cuando está saciado, da media vuelta y la abandona en la oscuridad del callejón con olor a barrica vieja. Con un sentimiento de enorme vacío, el trisar de las golondrinas flotando en la luz dorada de la tarde de mayo más bonita del mundo, entra en el coche y se marcha de la solitaria calle derramando lágrimas de rabia y de impotencia, pero con la mente despejada y lista para dirigirse de inmediato al lugar donde había quedado citado con ella.

«Adiós, Alicia. Adiós, mi amor.»

CAPÍTULO 2

Hoy ha perdido su primera batalla frente al espejo. Tal vez la hubiera perdido antes, pero es ahora cuando el reflejo de su cara grita entre el vidrio y el mercurio para llamar su atención. Su rostro de mujer, aún joven, ha cedido al tiempo pequeñas parcelas de piel junto a los ojos y se ha endurecido ligeramente con un marco alrededor de la boca que antes no existía.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —saluda la imagen en el cristal.

—¡Estoy bien! —responde María—. ¡Mejor que nunca! Tiene gracia que preguntes eso, justo ahora que me había convencido de ser invisible.

Desnuda frente al espejo, por dentro y por fuera, María se siente sola. Ya metida de lleno en la treintena ha fracasado en dos relaciones, más o menos estables, y anda aún buscando una oportunidad de trabajo definitiva que le permita, si no vivir desahogadamente, al menos llegar a fin de mes.

Sola y, lo que es peor, con la sensación de remar en el puñetero río de la existencia contra una corriente muy poderosa a la que, lo sabe, nunca podrá derrotar.

La pequeña cicatriz que parte en dos su ceja izquierda le recuerda su suerte. Es un signo minúsculo que, más que marcar su aspecto, define su destino, o así quiere que sea. Perdonado, no olvidado.

Hacía ya más de diez meses que su novio, al que conoció una tarde de otoño cuando apenas tenía veintidós años, la había abandonado para irse con otra mujer. Eran casi las ocho y media cuando, después de una agotadora tarde de plancha y ropa en la casa donde prestaba sus servicios como asistente por horas, cayó en la cuenta de que necesitaba andar un poco, despejar su mente ocupada en los problemas económicos con los que convivía a diario junto a sus padres; parado él, enferma ella.

Las luces de la calle principal del barrio acogen los últimos estertores de una tarde de compras, a punto de cerrar los comercios. María no quiere... no puede comprar nada. Se contenta con mirar. Se acerca al escaparate de *Bensons* porque se ha enamorado de unas botas de piel azul que jamás estarán a su alcance. Mirándolas a través del cristal se imagina otra vida, una en la que todo comienza de manera distinta y le ofrece oportunidades que la suya desechó hace tiempo. Y se ve a sí misma, por no atreverse a soñar más lejos, con la falda corta que le hizo su madre hace años ya, y que tan bien le queda, las botas y una camisa azul, que ya ha visto pero tendría que comprar. Con una sonrisa triste apenas esbozada, compone en su mente la imagen de la mujer que quisiera ser: segura de sí misma, profesional y con un futuro prometedor. Justo lo que no es.

La gente pasa a su lado sin percatarse de la princesa altiva que se dibuja en el escaparate de la zapatería, aunque ella no lo necesita, placentemente inmersa en su sueño como está.

Una voz, a su lado, la devuelve a regañadientes al mundo real.

—Señorita, le digo que tengo que bajar la persiana; vamos a cerrar. —Lo conoce. Hace mucho tiempo que ha reparado en él. Lucas se llama y atiende al público en el establecimiento desde hace tres años o más, al menos que María recuerde, los que lleva como asistente en casa de los Pérez.

—Perdona. Ya me voy. Esas botas, ¿las tenéis del cuarenta? — acierta a decir, casi sin atreverse a mirarle.

—Creo que sí, aunque se han vendido muy bien y no tenemos ya todos los números. Pásate por aquí mañana; yo te las guardo. —Su sonrisa de ángel la fulmina al instante y la desarma de tal manera que no puede hacer otra cosa que asentir con la cabeza, aun sabiendo que no podrá pagar un capricho así.

De vuelta a la rutina de su casa, prepara la cena para sus padres y da la medicación a su madre, ansiosa por terminar para quedarse a solas en su habitación. Tumbada sobre la cama, mirando al techo y aún vestida, resuena en su cabeza la voz de Lucas, hablándole al oído ahora, susurrándole cosas que la hacen enrojecer mientras desliza sus manos por debajo del vestido. María se retuerce al ritmo de sus dedos en la soledad de su habitación hasta que, agotada, hace propósito de dormir rápido y cae en un sueño profundo.

Es miércoles, no tiene que ir al barrio hasta el día siguiente, pero, no sabe por qué, se ha levantado decidida a pasar por allí. Atiende a sus padres como todos los días, toma una ducha y se viste. Ha escogido esa falda corta, un suéter ligero de color azul que, en sueños, recordó tener en un cajón y, con un toque de simple colorete, sale a la calle con la decisión de la mujer que quiere ser.

Son casi las once y media de la mañana cuando llega a la puerta de la zapatería. El trayecto en el autobús ha sido demasiado largo y le ha hecho albergar dudas sobre lo que va a hacer. Pero, ¿qué piensa decir? Sin dinero no puede justificar su presencia allí. Aun así, decide continuar adelante y no dar más oportunidades a sus miedos.

Ni siquiera tiene que entrar al local para volver a verlo. Lucas está en el mismo escaparate de la noche anterior retirando las botas que tanto le gustan. Sin saber qué hacer, María se planta delante del cristal con una cara que refleja su desconcierto cuando, desde dentro, él la ve y con un gesto de su brazo la invita a pasar.

—He buscado tu número esta mañana. Creía que ya no lo teníamos, pero acabo de caer en la cuenta de que las botas del escaparate son del cuarenta. Te las iba a guardar.

No hay clientes en la tienda, solo los dos. María, sorprendida por el detalle, sonrío con timidez mientras sus ojos clavados en los del chico hablan de arrojío y de osadía.

—¡Qué suerte! No sabes cómo te lo agradezco. Me han fascinado desde que las vi.

Lucas ha percibido el calor de su mirada y cree interpretarlo bien. La conoce de haberla visto pasar por delante de la zapatería durante muchos meses y de haberse fijado en su aire humilde y tranquilo. Le gustó desde el primer momento, aunque no alcance a concretarse a sí mismo ningún motivo especial. Ahora, frente a él, el castaño profundo de sus ojos grandes y el óvalo perfecto de su cara acaban de subyugarlo.

—¿Quieres probártelas? Puedes sentarte ahí —dice señalando un banco tapizado en una tela de rayas verdes que tiene, justo al lado, un pequeño espejo a la altura de los pies.

María se descalza y Lucas se arrodilla para colocarle la bota del pie derecho. Mientras abre la cremallera no puede evitar mirar el dibujo de unas hermosas piernas que confluyen en la oscuridad de la ropa, invitando a buscar más allá. María se ha dado cuenta y le sonrío satisfecha por el gesto, como si de alguna manera hubiera estado esperándolo.

Lucas toma ahora su pie descalzo, apenas rozándolo para colocar el zapato, con la mirada fija

en ella. Es entonces, sin saber por qué, cuando su mano, como con voluntad propia, abandona el pie que sostiene y sube por la pierna para acariciar suavemente las medias que le separan de su piel. María no se sorprende, segura como está de sí misma, y sonríe dejándole avanzar en la soledad, no ya de la tienda vacía, sino del propio mundo donde para ella acaba de extinguirse la humanidad. En un *déjà vu* de excitación, vuelve a retorcerse como la noche anterior en su habitación y alarga el brazo para enredar su mano intrépida en el cabello negro del hombre que tiene delante.

No hay ni una sombra de duda en Lucas cuando, sin hablar ni dejar de mirarla fijamente, se pone en pie y cogiéndola en brazos la lleva a la trastienda de *Bensons*. Presos de deseo no se aman, es muy pronto aún, sino que se devoran sobre una mesa situada entre las estanterías, repletas de cajas de zapatos y olor a cuero, mientras María comprende que, por un día, triunfa su voluntad exactamente como la mujer que quiere ser.

El espejo continúa mirándola descarado, mostrándole la brecha en la ceja, con prisas por apagar el recuerdo que la entretiene. Así como en un flash, pasan cuatro años de amor intenso entregado a un hombre creyendo que le correspondía de veras. Cuatro años en los que dejó de sentirse como la asistenta que en realidad seguía siendo para verse a sí misma como el centro de la vida de alguien. Cuatro años siendo importante.

Momentos íntimos, bailar, viajar sin rumbo fijo... tener un hijo. Recuerdos que juegan en la ladera de su mente para despeñarse de repente hacia los gritos, los «vamos a darnos un tiempo» y, por fin, las vejaciones y malos tratos que soportó durante cuatro años más.

El día en que todo terminó, Lucas llegó pronto al pequeño apartamento donde María, como en muchas otras ocasiones, cocinaba para él antes de volver a su casa y seguir haciéndolo para sus padres. Ni siquiera recuerda ya el motivo de la discusión — cree que fue su estupidez lo que él le escupió a la cara—, pero jamás podrá olvidar como, agarrándola por el pelo después de darle un puñetazo en el estómago, la golpeó en el rostro una, dos, tres veces... hasta que la sangre de su ceja abierta lo calmó.

De aquello solo queda, tantos años después, una pequeña marca visible. En lo invisible, sin embargo, hay un abismo de rabia e impotencia que ha aprendido a controlar. Ha perdonado, pero no olvidado. Al fin y al cabo, quién sabe, quizá sus destinos se vuelvan a cruzar algún día.

Las cuatro menos cuarto; tiene que salir ya. Hace algún tiempo que ha multiplicado sus labores de asistenta para poder mantener a su pequeño Lucas y a su madre enferma. Su padre les dejó años atrás, supone que cansado de una vida que le ofrecía, como único aliciente, la arcadia feliz de los concursos de televisión. María lleva ahora las haciendas de tres casas, a las que acude en las mañanas de días alternos, y la limpieza de varios negocios que ocupan sus tardes de lunes a viernes. Aun así, ingresa lo justo para sumar a la miserable pensión que cobra su madre y cubrir las necesidades básicas de la familia.

En realidad, no comprende por qué es necesario limpiar dos veces por semana la bodega que le toca hoy. Está cerrada desde hace años, pero, por alguna razón, la propiedad se empeña en mantenerla en perfecto estado de revista, tal y como si fueran a volver a abrirla mañana mismo. Hace una tarde preciosa y una temperatura que invita a pasear, así que, enfundándose unos vaqueros y una camiseta negra con la lengua de los Rolling, se despide de los suyos con un «hasta luego, llego tarde...» y sale a la calle con prisa.

Nunca escoge trabajos que la obliguen a desplazarse de otra forma que no sea andando y se alegra de ello. La bodega está apenas a diez minutos de caminata tranquila desde su casa y, aunque nadie controla su horario, llega puntual, como siempre. Espera a que el semáforo le de paso y, tras cruzar una calle habitualmente bulliciosa, pero más tranquila a esa hora, se planta frente al enorme portalón de la entrada principal de la bodega.

Le gusta el sitio: sus cuarenta y dos salas y salones, los patios, las fuentes y las barricas de vino apiladas en diferentes estancias donde han quedado para siempre, escritas con tiza, las frases de recuerdo de multitud de personajes famosos que en su día visitaron el establecimiento.

Su jornada allí es de dos horas, aunque a veces limpiar sobre lo limpio no le ocupa más de una puesto que los muebles están cubiertos con grandes sábanas. Hoy comienza la faena, como toca en la planta superior básicamente debe evitar que se acumule el polvo y ocuparse de mantener correctamente los cristales y el suelo. En el pequeño cuarto de empleados, antaño centro de la actividad del personal de la bodega, ahora silencioso y quieto, María prepara el material necesario para la tarea. Se coloca una bata de color azul y, después de recogerse el pelo con una pinza, abre la aplicación de música de su teléfono, coloca en su sitio los auriculares y comienza a trabajar.

Ya casi ha terminado. Se ha empleado a fondo en la limpieza de los cuadros: algunos son impresionantes óleos con escenas campestres, otros son retratos de toreros con gesto serio, y los más numerosos, simples fotografías de los dueños de la bodega con personajes ilustres, todos ellos en una actitud que simula amistad eterna. Aun así, le sobra tiempo en lo obligado, al menos para fumar un cigarrillo mientras acaba de secarse el suelo del último salón.

Resuena *Satisfaction* en sus oídos cuando, sentada en el murete de la ventana que da a la parte trasera de la bodega, enciende el pitillo. Es un ventanal amplio situado sobre una calleja corta y estrecha donde la bodega tiene una segunda puerta por la que, en alguna ocasión, salieron discretamente del local numerosas personas y personajes que no querían ser vistos.

María fuma mientras mira por el cristal hacia el callejón del que solo ve, sentada donde está, una parte del portón y una porción del suelo. Un hombre entra como con prisa en la calle y se pega a la pared sombría. Su actitud pone en alerta a María que, impulsada por la curiosidad, se inclina hacia el cristal para tener mejor visión del extraño y del lugar.

Es un hombre joven y bien parecido, puede verlo desde su posición, aunque no termina de distinguir bien sus rasgos. Está agachado junto a la esquina y parece mirar desde ella algo que esté pasando en la acera perpendicular. De repente, el extraño se pone en pie y se adentra en la penumbra del callejón. María cree ver un brillo en una de sus manos y, conteniendo la respiración, cae en la cuenta de que algo terrible está a punto de pasar ante sus ojos.

Mira por la ventana sin voluntad propia, seducida por la incertidumbre que impregna el final de aquella escena, cuando tensa el sujeto su cuerpo enfocando la atención sobre el final de la calleja por donde, en ese momento, pasa confiada una chica.

Como en una visión de pesadilla, María adivina el propósito del hombre agazapado justo en el momento en que la tensión que acumula le hace salir disparado hacia su presa. Desde arriba entiende que la chica no tiene la menor oportunidad y, absorta en el drama que transcurre a sus pies, presencia como el brillo en la mano del joven se convierte en un borrón de movimiento primero y una gran mancha roja después. Espantada y muda, María no puede dejar de mirar.

Todo transcurre en absoluto silencio. Él sobre ella parece querer ahora taponar con las manos la herida abierta, en un gesto que María, desde la ventana, quiere interpretar como el arrepentimiento que sigue a la ira descargada sobre un ser amado.

Solo cuando la chica ha dejado de moverse la liberan las manos del asesino al que oye sollozar con claridad desde su posición. Y, de repente, María comprende la escena. Absorta la mira a ella, sin vida, para entender que su final siempre estuvo marcado, que hay cosas en la vida que no se pueden perdonar y que el hombre que ahora se aleja en soledad acaba de cerrar un capítulo de su propia existencia en el que no tenía el papel que en justicia le correspondía.

Es extraño: no siente miedo, ni repulsión, ni pena... sino una incómoda pero agradable sensación de liberación. No puede evitar una sonrisa y, apagando el cigarrillo sobre el suelo que acaba de limpiar, se marcha de la bodega con la firme intención de dar un giro a su destino.

CAPÍTULO 3

El sol va camino ya de terminar su jornada diaria y baña a duras penas la calle con las pocas fuerzas que le quedan. Los vecinos se agolpan en terrazas, ventanas y balcones con la curiosidad que siempre provoca el ajetreo del ir y venir de policías y ambulancias.

Hace no más de una hora, un hombre de cierta edad que tira la basura en el contenedor repara en el surco negruzco que, como un trozo de cuerda deshilachado, cruza la estrecha acera entre el dibujo de las baldosas y resbalando por el bordillo llega hasta la calzada. Quizá sea el hecho de que el reguero se pierde en la calleja de la bodega lo que le resulta extraño, pero, sea como fuere, lo cierto es que se aproxima más intrigado a cada paso, adivinando en lo negro del líquido espeso reflejos del rojo original.

Con el miedo que le causa la casi absoluta certeza de lo que se dispone a contemplar, el vecino se detiene un paso antes de llegar al callejón para tomar aire. Despacio, apoyado el cuerpo entero en la misma esquina, reúne el ánimo suficiente y asoma la cabeza hacia el hallazgo del cuerpo roto de Alicia.

Paralizado por el horror, retendrá ya por siempre en su memoria el aspecto de muñeca desbaratada de la infortunada chica y la forma en que parece mirarlo desde el suelo con los ojos vidriados bajo unos párpados semicerrados. Tiene ligeramente girado el rostro salpicado de sangre sobre el hombro izquierdo y lo que en su momento era una cabellera espesa y morena aparece ahora pegada al piso. Una herida infinitamente cruel cruza casi de lado a lado su cuello del que, como si de un manantial escarlata se tratara, ha brotado la sangre que escandaliza su pecho y se vierte alrededor formando una charca que huye calle abajo.

Como siempre vacía la calle, no sabe cuánto tiempo ha pasado clavado en una losa frente a la brutal visión antes de reaccionar. Pero lo hace. Es tal el estado de nerviosismo que mantiene, que sale disparado hacia su casa para llamar a la policía sin acordarse de que en el bolsillo de la chaqueta tiene el teléfono móvil. Aún no alcanza el portal de su vivienda cuando otro vecino, que lo ve desde su ventana y advierte la urgencia en su carrera, le pregunta dando un grito:

—¿Qué ha pasado, vecino?

—Han matado a una chica —dice el otro mirando hacia arriba, sin dejar de correr ni saber quién hace la pregunta.

No han pasado tres minutos cuando la intriga ante lo sucedido empieza a llenar la calle de convecinos espantados que comentan entre ellos: unos a voces, otros susurrando, o entre gritos y sollozos de los que tienen menor ánimo. En la misma esquina de la bodega se agolpan, al menos, veinte personas que no se atreven a avanzar un solo paso hacia el cuerpo de Alicia, cuando llega el primer coche de policía entre un estruendo de sirenas y cláxones, seguido casi de inmediato de otro sin identificativos oficiales. Inmediatamente dos agentes uniformados ponen orden en la escena apartando a la gente, enviándola a la acera de enfrente y estableciendo un cordón policial que, ridículamente escueto, consiste en una sola tira de precinto que cruza la angosta entrada de la calleja.

Una señora, a la que todos conocen por Paquita, es la primera que cree ver en el rostro

desfigurado del cadáver el de una persona conocida y, mientras un agente la empuja para apartarla del lugar, grita:

—¡Es la chica del veintidós! ¡Es la chiquita del número veintidós! ¡Ay, por Dios! Pero, ¿quién ha hecho esto? Por Dios, por Dios, ¡qué barbaridad!...

El número veintidós de la calle es una casa de dos plantas, de principios del siglo XX, impecablemente conservada. Tiene entre sus estancias una pequeña salita interior donde la madre de la mujer muerta hojea una revista mientras, de fondo, la televisión incordia con los aplausos enlatados de uno de esos programas que llevan lustros en parrilla. Sin embargo, un run run persistente acaba por llegar a los oídos de doña Juana que, acercándose a la puerta de la casa, mira hacia la calle para ver cómo varias personas suben la acera agitadas, nerviosas, e intuye que algo grave ha pasado.

Juana apenas sale de casa por una artrosis severa que le impide valerse totalmente por sí misma, al menos lo suficiente como para dejar al azar lo que pudiera ocurrir al alejarse demasiado de la seguridad de su hogar. Es por eso que cierra la puerta y directamente se encamina hacia el teléfono del salón, abre el cajón de la pequeña mesita sobre la que está el aparato, saca una libretita con las tapas amarillas donde tiene anotados los teléfonos y marca para llamar a su hijo.

—Caín, tienes que venir a casa, algo malo ha pasado... No, no lo sé... Pero hay un revuelo horroroso y tengo miedo. ¿Puedes venir?... Sí, por favor y así me quedo más tranquila... Vale, no tardes.

Mientras cuelga el auricular, aparta con la otra mano el visillo de la ventana que da a la calle por donde continúa pasando gente que se mueve en una sola dirección. De repente, por alguna razón que no alcanza a comprender, una sombra gélida recorre su cuerpo como un presagio de que, sea lo que sea lo ocurrido, su vida jamás volverá a ser la misma. Con el alma encogida, por un momento desvía la mirada al suelo y, después, con un suspiro de resignación vuelve con pasos vacilantes al refugio de su sillón para esperar la llegada del hijo.

Caín está casi terminando su jornada laboral cuando recibe la llamada de su madre. Sobre la mesa de cristal que preside su despacho, perfectamente ordenada, hay varias fotos entre las que se encuentra una de familia en la que aparecen los cuatro. Echa de menos a su padre todos los días, pero le consuela ver la mirada orgullosa que dedica a los hermanos, con sus vivos ojos grises, y el abrazo sobre el hombro de su madre, como un paraguas que los protege a todos frente a cualquier mal. Seis años hace ya que los dejó; llevaba unos días sin encontrarse demasiado bien cuando, una noche de domingo mientras preparaba la cena —después de haber pasado la tarde en su club—, cayó fulminado por un infarto. Desde entonces, nada ha sido igual.

La muerte de su padre acabó por sumir a la madre en un vacío emocional que, poco a poco, empujó también su cuerpo por la pendiente de la enfermedad. Prácticamente indiferente a las emociones, Juana, antes fuerte y centro de la actividad familiar, se transformó en una sombra de sí misma recluida para siempre, al principio por voluntad propia y más tarde por la pérdida de movilidad, entre los muros de la que siempre fue su casa. Caín es consciente de que es su momento, que en la vida todos aguardamos nuestro turno para pasar por donde otros ya lo hicieron y que solo podemos esperar no desmerecer los esfuerzos que, dando lo mejor que tenían, derrocharon por nosotros las personas que nos han querido. Él lo asume y se esfuerza cada día por procurar que todo esté bien... que nada le falte a quien le trajo al mundo o a su

hermana.

No es la primera vez que su madre lo llama alarmada, a veces por insignificancias y otras simplemente porque no quiere estar sola. Sin embargo, en esta ocasión el tono de voz y su hablar entrecortado le preocupan. Parece realmente inquieta a pesar de que esa tarde, como casi todos los días, Caín le ha preparado la merienda y ha tomado su medicación para la ansiedad. Recuerda haberla encontrado plácidamente dormida en su sillón al llegar del paseo de Juno, por lo que, tranquila como estaba, le extraña aún más si cabe su excitación.

Apaga el ordenador portátil, guarda en el maletín unos documentos a los que más tarde quiere dedicar un rato, da varias instrucciones a su secretaria y sale del edificio poniendo rumbo hacia la casa familiar que dista apenas quince minutos a pie. No ha andado veinte metros cuando gira la cabeza hacia la sede de su empresa, solo por ego, por vanidad. Lo hace siempre, como si la visión del espléndido inmueble le afianzara en el liderazgo del mundo, como una suerte de monumento que su esfuerzo y su talento merecen, o como la promesa de ser solamente el comienzo de una carrera meteórica hacia cumbres profesionales más altas. Allí, entre las paredes del edificio CyberAct, que así se llama la empresa de Caín, tiene su trabajo, su casa, sus hobbies y el lugar donde da rienda suelta a sus pasiones. Es su verdadero hogar.

Atraviesa la plaza mientras el bullicio de los chavales charlando en los bancos, la gente esperando el autobús y las madres paseando niños, llega a sus oídos apagado, como el sonido de un disco de gramófono. Porque ahora es su madre la que vuelve a ocupar su atención, al tiempo que desciende por la avenida acelerando el paso. A esas alturas puede distinguir que el ritmo habitual de la ciudad parece haber cambiado en ese punto, muy próximo ya a su destino.

Caín entra en la calle por la esquina más alejada a la casa familiar. Los murmullos y comentarios de la gente ya le han dejado claro que se ha encontrado un cadáver en la calleja de la bodega que hay un poco antes de llegar a su destino en esa dirección. He ahí el motivo del revuelo que alarma a su madre. Conforme se acerca al lugar, el sonido de la escena baja el volumen hasta convertirse en un rumor hecho de susurros y cuchicheos mientras percibe claramente las órdenes que da un policía de paisano para controlar el entorno que rodea la escena del crimen. Tres coches y dos ambulancias atascan la calle a la altura del cordón de seguridad que se ha dispuesto, dificultando a los curiosos la visión de lo que ocurre.

Caín camina entre la gente hasta situarse justo enfrente del callejón, ahora iluminado por un foco que ha colocado la policía. Aun así, los coches atravesados y los agentes que se han situado a la entrada de la calleja, le impiden ver claramente lo que realmente está ocurriendo. Apenas puede adivinar una manta térmica, con la cara plateada hacia el exterior, cubriendo un bulto tumbado en el suelo que, evidentemente, ha de ser el cuerpo cuando, como en una pesadilla, llega a su cerebro un fragmento de la conversación que dos hombres mantienen justo detrás de él:

—Sí, dicen que es esa niña. La que vive ahí al lado, en el número veintidós. Alicia, creo que se llama.

Cuando un ser humano ha vivido o presenciado un acontecimiento en el que su vida o la de los suyos, su integridad física o psicológica se han visto seriamente amenazadas, decimos que ha sufrido una experiencia traumática. Este tipo de vivencia sacude los cimientos de lo que la persona cree que es seguro y en qué o en quién puede confiar. Son experiencias tan alejadas de lo que cualquiera espera que le ocurra, que provocan reacciones perturbadoras para las que no se

está preparado y que, en el fondo, son respuestas normales a sucesos anormales. Pero, en cierto modo, la actitud de Caín no encaja en esta definición de *shock* emocional.

Permanece impávido, de pie en el mismo lugar, procesando la información que le acaba de llegar. Ya no hay sonido alguno alrededor y el tiempo se ha ralentizado. Ni siquiera le ha dado un vuelco el corazón. Nada. Hasta que un minuto después abandona su posición para acercarse, moviéndose entre los coches, al hombre que parece dirigir las actuaciones que se están llevando a cabo.

—Perdone, soy Caín Silas. ¿Puede decirme si la persona que hay ahí tumbada es mi hermana Alicia? —No hay emoción ni urgencia en su voz. Simplemente hace una pregunta.

El inspector Vallejo es un tipo curtido que presume de haberlo visto todo o casi todo. En sus más de treinta años de carrera en el cuerpo, ha encontrado gente de todo tipo y condición en casi todos los bandos, ya fueran compañeros, delincuentes, víctimas o familiares de cualquiera de ellos. Así que, de inmediato, reconoce en el tipo que tiene delante al desgraciado que acaba de enterarse de lo peor y ha quedado impactado hasta la apatía por la incredulidad de los hechos.

—Pare, pare. Deténgase ahí —dice señalando hacia el hombre con la palma de la mano. Sabe que no debe dejar que se acerque más.

—Dígame, ¿es ella? ¿De verdad que han matado a mi hermana? —Su voz suena ahora abatida mientras mira por encima del policía y distingue claramente el interior del callejón. No es posible, eso no tenía que haber ocurrido así.

—Soy el inspector Vallejo —dice al tiempo que agarra al hombre suavemente por el brazo y le señala por destino de su gesto un punto detrás de una de las ambulancias—. ¿Es usted hermano de Alicia? ¿Puede identificarse?

En ese momento, pronunciado el nombre de la chica por labios extraños, Caín sabe que es verdad, que ella ya no está. Y, sacando del maletín la cartera para mostrar sus documentos, pregunta:

—¿Qué ha pasado, inspector? ¿Qué le han hecho a mi hermana? —Ni un átomo de nerviosismo ni de ansiedad en su actitud.

—Es pronto para saberlo, señor. Al parecer, ha sido atacada por una o varias personas. No ha podido sobrevivir a las heridas que le han causado. Aún no sabemos nada sobre el móvil de los atacantes. Lo siento mucho, señor Silas. ¿Necesita algo? Tenemos un equipo de psicólogos especializados que pueden prestarle ayuda, si la necesita.

Pero Caín ya tiene su mente en la madre que le espera a pocos metros de allí y en cuáles serán las palabras que deberá utilizar para comunicar la terrible noticia.

—No, inspector. No es necesario. ¿Puedo acercarme para verla? ¿Necesitan que la identifique?

—No, no. No es necesario, en principio. Llevaba toda su documentación y, por cierto, además iba armada. Llevaba un revolver en el bolso. ¿Sabe usted si tenía licencia para eso, para portar armas? En todo caso —Vallejo comprende por el rostro descompuesto de su interlocutor que quizá no sea el mejor momento—, más tarde quisiera hacerle unas preguntas y, efectivamente, tendrán ustedes que reconocer el cuerpo. Le sugiero que abandone este lugar —cree que la calma que aparenta el hombre le permite decirlo—. Aquí queda todavía mucho tiempo hasta que el procedimiento esté finalizado. Estamos esperando al juez de guardia. ¿Puede darme su teléfono de contacto?

Caín, aún con la cartera en la mano, extrae una de sus tarjetas de visita y se la acerca al inspector.

—Tenía licencia de armas desde hace mucho tiempo. Podrán comprobarlo. Por favor, llámeme en cuanto lo crea oportuno. Necesito saber qué ha pasado. De momento, si no tiene inconveniente, tengo una madre anciana a la que explicar que su hija no va a volver a casa nunca más. Si desea algo urgente, vivimos en el número veintidós. Bueno, vive mi madre. Mejor llámeme y estaré donde haga falta inmediatamente.

—Gracias, señor Silas. No lo dude, me pondré en contacto con usted. Ahora, por favor, retírese y déjenos trabajar. Le garantizo que haremos todo lo que esté en nuestra mano para saber qué ha pasado y detener a los culpables. —Vallejo estrecha la mano del hombre y con un gesto de su brazo le invita a abandonar la escena.

Camino hacia el domicilio de su madre, baja la calle en calma. En el fondo él siempre ha sabido que podía pasar algo imprevisto, pero Juana no ha sospechado jamás el mundo en el que viven sus hijos y así debe seguir siendo. Poco a poco, el jaleo de la gente va quedando metros atrás y la puerta de la casa se agranda en su visión. Cada paso sube la temperatura de su cuerpo mutando su estado de ánimo, pasando lentamente del sosiego interno con que ha recibido la sorpresa de la noticia a un nivel de alteración rayano con la euforia que conoce bien.

Cuando llega al número veintidós ni siquiera dirige una mirada a la entrada. Pasa de largo tan deprisa que, de haber reparado alguien en él, hubiera resultado incluso extraño, y se dirige a la esquina distante apenas treinta metros para volver a incorporarse a la avenida que lo lleva de vuelta a su empresa.

Necesita llegar desesperadamente. Con una urgencia que, a estas alturas, late en sus sienes al ritmo de mil tambores, inunda su cuerpo de adrenalina y le lleva flotando entre la gente. Se dirige a toda prisa hacia lo único que sabe que puede calmar el fuego que abrasa su alma antes de llegar al paroxismo de la locura absoluta. Corre calle arriba, apartando a los que se interponen en su camino, avanzando sobre la acera o la calzada por igual, cruzando entre los coches aparcados, hasta que por fin llega a la plaza.

No quiere pasar por delante de la puerta principal, así que da un pequeño rodeo hasta la parte trasera de CyberAct. Aunque la mayoría de los empleados ya no están en su puesto de trabajo, siempre queda alguien que se marcha más tarde y luego, por supuesto, están sus propios guardias de seguridad, además del sofisticado sistema de vídeo vigilancia del edificio. Pero todo eso es un problema resuelto casi desde antes de inaugurar la sede empresarial. En la calleja trasera, justo enfrente, hay un pasaje comercial en el que algunos pequeños negocios atienden al público y Caín es el dueño de uno de los muchos locales que permanecen vacíos. Saca un pequeño manajo de llaves de su maletín, entra cerrando tras él y baja a toda prisa una empinada escalera que le lleva a un minúsculo sótano en el que, tras un armario desocupado que ahora retira con suma facilidad, se esconde una puerta que abre introduciendo un código en un panel táctil.

Preso de una histeria que, sin embargo, no le impide ser preciso en sus movimientos, corre por el estrecho pasadizo subterráneo que atraviesa el callejón hasta un pequeño *hall*, ya debajo de CyberAct, en el que existe un ascensor privado del que solo Caín tiene conocimiento. Pulsa el botón de apertura de puertas y salta dentro de una cabina en cuyo panel de control hay dos flechas. Toca varias veces la que lleva abajo mientras rebusca nervioso en su chaqueta otra llave vital para calmar su sed, para calmar la urgencia que le ahoga.

El ascensor se detiene unos veinte metros más abajo y al abrirse deja a su único pasajero en una estancia que se ilumina automáticamente para mostrar su sobria belleza. Es un espacio diáfano, construido en mármol rosa, en el que destacan especialmente tres piezas: una espléndida mesa de cristal y aluminio tras la que hay un magnífico sillón de piel blanca, una pantalla LED de setenta pulgadas, que parece encendida a pesar de estar completamente en negro, colgada justo en la pared frente a la mesa y, a un lado, un armario de diseño con cuatro puertas que mezcla su estructura metálica con madera de caoba.

Temblando por la ansiedad, Caín abre el armario cerrado con llave. No necesita seleccionar ninguna herramienta porque hace rato ya que lo ha hecho. Coge un cuchillo Kudu con hoja de acero sueco nitrogenado, perfectamente listo para cumplir su función, da media vuelta sobre sí mismo y se dirige hacia la puerta que hay al otro lado de la estancia, junto al ascensor, y que también se abre con un panel electrónico.

Todo está oscuro dentro. La mano izquierda busca el interruptor y una luz blanca y potente lo inunda todo. Su mirada busca de inmediato el centro de la sala donde, colocado sobre un desagüe, hay un sillón metálico anclado al suelo con tornillos. Y sentada en él una mujer muy joven, de no más de diecisiete o dieciocho años, desnuda, atada por correas al asiento y amordazada, levanta la cabeza abriendo los ojos a duras penas, cegada por la repentina luz. Todo su cuerpo cubierto de pequeños cortes, lleva al cuello un trozo de cuerda del que penden horrorosamente ensartadas sus dos orejas. Ella comprende que todo va a volver a empezar y se agita en el sillón, con el rescoldo de energía que le queda, intentando gritar.

Caín permanece en pie frente a ella, mirándola desde la puerta, moviendo nerviosamente la pierna derecha y empuñando el Kudu. Su mirada es ahora la del lobo hambriento que tiene delante una presa indefensa, sonrío a la chica que llora desconsoladamente en el sitial sobre el desagüe. Se pasea por la sala lentamente, saboreando el momento, hasta situarse detrás del sillón para desatar la mordaza. Quiere oírla suplicar, llorar y pedir clemencia. Con la misma calma se sitúa delante de la infortunada niña y, de repente, con un grito escalofriante se abalanza sobre ella y comienza a cortar, con tajos lentos y profundos, sobre su antebrazo derecho. A menos de diez centímetros de distancia, los ojos de Caín son dos brasas clavadas sobre una sonrisa demente que escudriñan el rostro de su víctima, deleitándose con cada alarido, con cada mueca de sufrimiento que provoca el filo de su cuchillo, mientras murmura una y otra vez: «Calma, calma, ¿puedes darme calma?, ¡grandísima hija de puta!...».

CAPÍTULO 4

parte 1

Son más de las diez cuando, por fin, Caín sienta a su madre, desesperada por la tardanza, cogiéndola suavemente por los hombros para acercarla al butacón azul de la salita. Juana muestra en su rostro los restos de una tarde de angustia y de la incomprensión de lo que ha estado ocurriendo. No alcanza a entender cómo es posible que su propio hijo la haya abandonado a su suerte durante horas cuando expresamente le ha pedido ayuda.

Ha pasado de la zozobra a la histeria, recorriendo una gráfica simétrica dibujada con trazos hechos de miedo, pues el instinto de una persona cuya vida está curtida en mil batallas distingue claramente las situaciones que tienen consecuencias irreparables. Desde el primer momento, cuando se percató del extraño ajeteo que circulaba por la calle, su alma se encogió hasta refugiarse en el estómago, a la espera de conocer lo que sabía tendría el poder de aniquilar al menos una parte de su existencia. Por su mente han pasado mil opciones, desde que podría haberle sucedido algo a cualquiera de sus hijos hasta un problema con un vecino o un accidente, pero no se ha atrevido finalmente a salir fuera y preguntar a la gente que pasa. La conversación telefónica con Caín y su retraso le hacen descartar el primer temor. Evidentemente su hijo está bien y Alicia debe estarlo, de lo contrario Caín ya habría llegado a casa.

Trata de calmarse y, sin saber bien por qué, acaba por hacer lo que tantas veces hace desde que murió su marido. Con un grueso libro de fotografías sobre las piernas, de vuelta al butacón, repasa una vez más los momentos congelados que contiene, perfectamente ordenados en el tiempo, entre sus páginas. Normalmente es Alberto, su compañero, su amigo y su esposo, el que centra su nostalgia. Sin embargo, hoy son sus niños los que la miran desde cada instantánea para contarle, una vez más, historias de tiempos felices que alivian sus temores con suaves caricias.

Una de las imágenes le muestra un soleado día de campo, con numerosos amigos, en el que aparece una Alicia con siete u ocho años junto a su padre mientras trocean un pollo que este acaba de sacrificar allí mismo. ¡Qué paella tan estupenda! Satisfacción y complicidad entre padre e hija se derraman desde el papel, cubierto por una capa transparente que lo protege del paso del tiempo. Justo detrás de ambos, junto a la cocina campera, aparece Caín con cara de enfado porque quería ser él quien ayudara a su padre. Recuerda cómo, para calmarlo, hubo que dejarle acabar de hacer trozos la carne y permitirle añadir a la paellera los ingredientes del guiso. De nada sirvió apelar a que, como hermano diez años mayor, fuera comprensivo con la niña empeñada en continuar cocinando.

En realidad, los hermanos se han adorado siempre, como decenas de fotografías en el álbum permiten comprobar. Hay una, la anciana no recuerda bien quién cumplía años, en la que aparece su hija ya adolescente sentada en un columpio que empuja Caín, todo un hombre ya, con cara de estar esforzándose en la tarea. Ella mira fijamente a la cámara con ojos sonrientes mientras parece gritar de emoción ante la fuerza con que es lanzada al cielo una y otra vez. Es un parque público, donde varios chicos, que les acompañan en la celebración, charlan animadamente mientras uno de ellos toca la guitarra sentado en un banco. Alberto también aparece junto a ese banco, agachado en cuclillas y hablando en actitud cariñosa con una niña de no más de seis

añitos que Juana, por más veces que mire la foto, nunca acaba de reconocer.

Suena el timbre, una, dos veces. Pero Juana no se inmuta. Sabe que su hijo no necesita llamar a la puerta y no quiere interrumpir su placentero viaje al pasado. No necesita ver a nadie ahora.

Y así pasan los minutos, entre hojas repletas de recuerdos pegados al papel, mientras queda latente en ella la espera que la ocupa. Es mirando una fotografía que no hace mucho Caín incorporó al libro, cuando oye el tintineo de las llaves que abren la puerta principal. Por un instante su vista permanece fija en la imagen sin entender demasiado bien qué puede tener de especial una toma de los dos hermanos de pie, agarrados por la cintura, con mandiles blancos cubiertos de sangre, entre ganchos de carne que cuelgan del techo, en una sala de despiece vacía del antiguo matadero de San Román. Desde la puerta, Caín la llama:

—Mamá, ¿estás ahí? —Su tono de voz pausado la tranquiliza lo suficiente para incorporarse y dirigirse al encuentro del hijo.

Caín la espera en la entrada de la casa. Su gesto serio y el aspecto de cansado que presenta en su manera de permanecer erguido, la alarman de inmediato. —¿Por qué has tardado tanto? ¿No has podido siquiera llamarme? He llamado a tu oficina, viendo que no llegabas; me ha dicho Cristina que le has dado instrucciones y te has marchado hace mucho rato ya. ¿Dónde has estado? —Caín ha levantado el brazo derecho hacia su madre haciendo un gesto que pide silencio. Acercándose a ella y abrazándola por encima de los hombros le dice:

—Tranquilízate mamá. Ya estoy aquí. Vamos a la salita y te cuento.

Desde la entrada a la pequeña habitación hay apenas quince metros de distancia que ambos recorren al paso entumecido de la anciana, mientras Caín repasa en su memoria lo ocurrido durante la tarde. Sabe que tiene por delante una ingrata labor y estudia la manera de llevarla a cabo de la forma menos traumática posible. También sabe que la anciana, que en lo físico es su madre, no tiene nada que ver con la mujer aún lúcida que vive en su mente. Su historia no puede tener fisuras o no parará de preguntar hasta que, como si fuera un niño, tenga que confesar sus fechorías, aunque sean inocentes e inventadas mentiras para la ocasión.

Debe concentrar su atención en dar verosimilitud a los últimos minutos de la tarde porque sabe que su madre no será la única a la que tenga que convencer de la verdad que cuente. Aún recorre su espalda el intenso placer experimentado hace apenas un rato, emergiendo desde su interior como la lava de un volcán imparable que se derrama sobre la víctima y la consume frente a sus propios ojos. Un fuego liberador que, a cada golpe, a cada corte, a cada grito, gota a gota vertida en el desagüe, transforma a la bestia que en realidad es en un ser humano civilizado, refinado y culto capaz de seducir por igual a hombres y mujeres. Un placer tan intenso que le lleva al orgasmo sin más, una y otra vez. Un orgasmo tántrico que deja intactas las posibilidades de seguir en el esfuerzo para alcanzar el siguiente, que rodea a ambos, víctima y verdugo, con un halo luminoso de infinita belleza y lo dota de bríos renovados para continuar. Es solo cuando los irreconocibles restos de la infortunada chica sentada en la habitación del sótano dejan de agitarse y forcejear, cuando Caín recupera la compostura, los modales de un auténtico señor. En sus dedos resuena aún el tacto pegajoso del cabello empapado en sangre mientras su *Hairclipper* de cuchillas de titanio trabaja sin descanso. Le parece oír el sonido del pelo al caer sobre el suelo teñido de rojo, como si eso fuera posible, y distinguir el suave aroma que desprende en la caída para, sin previo aviso, comprender que ya no queda nada que cortar, ni una sola gota de sangre más por verter, y que todo ha terminado.

Normalmente Caín dedica un buen rato a deshacerse de los restos de su trabajo, a restablecer la cordura del escenario, limpiándolo meticulosamente, pero hoy no es un día cualquiera. Hoy alguien ha asesinado a Ali. No es momento para dejarse llevar más allá del impulso irrefrenable que le ha obligado a culminar lo que tenía previsto hacer con más calma. Hoy debe volver a casa para dar a su madre la peor de las noticias, atender a la policía y empezar a preocuparse de los preparativos del sepelio. Así que, sin más, abandona la sala del sótano tras tomar una ducha y sale a la calle recorriendo a la inversa el mismo camino que le llevó hasta allí.

Aunque ha disminuido bastante el número de curiosos y vecinos que rondan la zona, todavía sigue en pie el dispositivo policial junto a la calleja de la bodega. Es consciente de que lo que para él ha pasado en un suspiro, ocupa el espacio de horas en la cronología de esa tarde aciaga y solo puede esperar que nadie haya reparado en su ausencia, así que evita la calle bajando hasta la paralela para recorrerla en solitario y, a través de una travesía peatonal, desembocar a pocos metros del número veintidós. Toma aire frente a la cancela baja que da acceso a la escalera y busca las llaves en su maletín.

—Mamá, necesito que me escuches atentamente —dice ahora, sentado sobre un escabel tapizado en azul enfrente de Juana. Su mente entrenada escudriña los ojos de la madre que, de súbito, reflejan la sospecha de lo que está a punto de decir y sus manos agarran amorosamente las manos de ella cruzadas sobre el regazo.

—Dime qué ha pasado de una vez, por favor. —Juana ya no pregunta por retrasos, pregunta por su hija con voz temblorosa, aquella que preludia una secuencia sonora que conforman muchas palabras de las que solo dos llegan a la anciana como en *tempo larghissimo*: «Está muerta». Diez letras que se dibujan, una a una, sobre su cerebro, grabándose sobre la superficie, ahondando en la materia gris hasta hacerla perder la consciencia.

Caín, junto a ella, la mira sereno. Quizá sea lo mejor. Aliviar el dolor, perder el sentido, sin más. Que todas las heridas que la vida nos inflige sanen como por arte del tiempo, mientras, indolentes, nos sumergimos en un mar cálido y tranquilo en la seguridad de flotar con la marea hacia lugares donde se nos quiere y acepta tal como somos, con nuestros defectos y virtudes, carencias y excesos. No dar ni pedir explicaciones ante el amor verdadero, no dañar ni ser dañado, no engañarte a ti mismo ni ser engañado por otros, no decepcionar ni ser decepcionado, no odiar ni ser odiado, querer y ser querido. En absoluta paz, sin dolor, levitar por toda la eternidad si es necesario y regresar a la consciencia solo cuando no haya riesgo de experimentar la maldad que es capaz de demostrar el ser humano.

—Mamá, despierta mamá. —Le golpea suavemente la mejilla—. Despierta, por favor.

Ha ido a la cocina y vuelto con un vaso de agua que deja sobre la mesa de centro de la habitación. Poco a poco, Juana despierta aturdida, recobrando el sentido primero con cara de no recordar qué ha pasado para estallar en lágrimas y sollozos desesperados inmediatamente después. Titubea al hablar sin conseguir articular coherentemente las palabras, que deja a medias.

—Pero, ¿cómo...? ¿Qué ha...?

—Tranquilízate mamá, no podemos hacer nada. Bebe un poco.

Ha pasado más de media hora cuando la madre alcanza a expresarse con aceptable claridad.

—Cuéntame qué ha ocurrido Caín, por favor. Necesito saber qué le han hecho a mi niña. ¿Dónde está? ¿Quién ha sido?

Tras hacer un relato de los hechos tal y como han ocurrido, miente el hijo al contar cómo después de su conversación con el inspector Vallejo, aturdido por lo ocurrido, sus pasos perdieron el rumbo para acabar deambulando por las zonas aledañas hasta asimilar lo sucedido. Justifica así su retraso, pero su actitud en extremo calmada, lo delata.

—¿Cómo es posible que estés tan sereno? Acaban de asesinar a tu hermana, por Dios... Si tu padre viviera, sabría cómo enfrentar esta situación. Sea quien sea el que ha hecho esto a mi Ali, lo pagaría con mucho más que su vida. ¿Vas a permitir que esto quede así? ¿Qué piensas hacer, Caín?

Las palabras de Juana no lo hieren, lo fulminan. Una vez más, como en incontables ocasiones ya sucedió en su vida, cae sobre su responsabilidad la resolución de un hecho grave. Pero ya está realmente preparado, su padre le formó como un hombre cabal, amigo de sus amigos y capaz de saldar cuentas con cualquiera si fuera menester. Caín, el nombre que eligió para él, no deja lugar a dudas de la intención de Alberto de convertir a su primogénito en un hombre que no se detiene ante nada. No piensa dejar que la policía se encargue de solventar con recursos tibios lo que solo a él y a su sótano le compete.

—No te preocupes mamá. Voy a darte tu medicación y te vas a ir a la cama. Necesitas descansar. Yo me encargo de todo —dice mientras, sobre la mesa, abierto, el libro de fotos le muestra una imagen con su hermana en el matadero de San Román—. Ali, te prometo que lo de aquellas tardes será un juego comparado con lo que van a sufrir los que te han hecho esto.

CAPÍTULO 4

parte 2

María ha bajado corriendo las escaleras desde la planta superior de la bodega, como huyendo del escenario y con la extraña sensación de ser cómplice de aquel horror. Está nerviosa, pero en absoluto asustada por el espantoso crimen que acaba de presenciar. Cruza la planta baja volando hasta llegar al final del pasillo que lleva directo al cuarto de personal y se refugia en él cerrando la puerta tras de sí. Presa de una agitación que le sorprende, apoya la espalda sobre la misma puerta y queda inmóvil, paralizada, ante la mezcla de emociones que se agitan en el interior de su mente. Frente a ella hay otra vez, como si le persiguiera, un espejo de cuerpo entero con el marco de madera pintado de blanco. Y de repente lo ve; ve en el reflejo la antítesis de lo que el espejo de su baño le mostraba justo antes de salir de casa.

Ya no está la mujer triste y cansada; en su lugar puede distinguir ahora una persona completamente distinta que muestra en su rostro, y hasta en la postura que ha adoptado, si no exactamente ilusión, sí deseo, casi lujuria. Los labios entreabiertos por el placer y la lengua que se pasea recorriéndolos, mientras las piernas juntas hasta las rodillas se rozan en un movimiento acompasado que acaba por hacerla llevar sus manos, sobre la bata de trabajo, hasta el fuego que la empieza a consumir. No lo acaba de comprender, pero está segura de que no quiere detener el frenesí que la devora, mientras su alma de persona convencional acostumbrada a sufrir le susurra, sin mucho convencimiento, que lo que hace no está bien. Ya no puede parar. Descontrolada la pasión sobre su cuerpo, las manos se multiplican para acariciar los rincones más ocultos del escote y la entrepierna al tiempo que resbala la espalda sobre la puerta para finalizar sentada sobre el suelo de la habitación. Hasta que, por fin, con un último estremecimiento, llega a un clímax hecho de un placer, tan puro como veteado de vergüenza, que acaba por hacerla sentir verdaderamente mal.

Allí, sentada en el suelo y desarbolada como un velero atrapado en un tifón, arranca a llorar desconsoladamente. Sin embargo, sus lágrimas no son fruto de la experiencia que acaba de vivir desde la ventana, no al menos en la manera que parecería propia de la situación. Más bien llora por la certeza de haber hallado una partícula primaria de su naturaleza que desconocía y que, ahora lo entiende, ha luchado por salir a la luz durante toda su vida sin éxito, silenciada por los convencionalismos, la educación recibida y la resignación a un destino impuesto, no sabe decir por quién.

Poco a poco, María se repone del trance para tomar conciencia de que ya no siente vergüenza, en su lugar hay firmeza y decisión, pues el pensamiento que cruzó su mente, sentada sobre el muro del salón mientras contemplaba el advenimiento de la misma muerte sobre la chica desconocida, ha calado en ella para siempre. Mirándose, ya de pie, mientras se quita la bata y recompone la ropa, como en *Lo que el viento se llevó*, se dice a sí misma: «A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre»; y firme en su nueva condición de depredadora decide que tiene que saber más de lo ocurrido en el callejón de la bodega.

Como la buena chica que creía ser, hace una llamada a casa para advertir que tardará en llegar, no demasiado, pero tardará. Está claro que, dada su condición de testigo del asesinato, no conviene a su intención aparecer como la descubridora del cuerpo, así que decide relajarse y

esperar a que sea otro quien finalmente lo haga.

Desde hace mucho tiempo ha pensado en forzar la puerta que da acceso a la bodega de botellas del local para dar cuenta de alguno de los tesoros que a buen seguro contiene, pero su sentido de la honradez se ha opuesto constantemente a semejante cosa. Hoy es el día. Busca en el cuarto de personal, entre las taquillas abiertas de par en par cree haber visto uno, un martillo con el que sin titubear acaba con la falsa ilusión de seguridad que aparenta el candado de la puerta de la bodega de botellas.

En realidad, no sabe muy bien qué vino escoger, jamás supo distinguir por añadas o cosechas, pero como tiene claro que de aquellas botellas solo cabe elegir entre lo excelente y lo sublime, agarra un tinto lujosamente envasado, lo descorcha allí mismo y se sirve una copa generosa con la que sale hacia el amplio sofá que preside el *hall* de la bodega.

Tumbada sobre la sábana que cubre los cojines, María enciende otro cigarrillo y con cada bocanada va serenando su ánimo exaltado. Empieza a distinguir claramente que, por más que le cueste admitirlo, lo que brota de su interior es real. No es producto de la locura transitoria que parece haberla poseído. Es pues, el momento de planificar en detalle lo que le ronda por la cabeza, pues al cambio de rumbo que ha dado su vida debe seguir, como la noche al día, cambiar la existencia de otros en la dirección que ella, y solo ella, decida.

La primera cuestión que aborda su pensamiento es: ¿quién es la chica que acaba de morir?, y ¿quién es el que le ha dado muerte? No se pregunta por qué, pues cree haber entendido el motivo grabado en la actitud, en los movimientos y hasta en la forma de despedirse del asesino. Es la ira provocada por la imposibilidad de tener lo que otros poseen, por los celos hacia lo que jamás te ha pertenecido del todo, la injusticia de la felicidad mil veces negada que también ella ha sufrido.

Tiene claro que, para encontrar respuestas, debe acceder a la información que con toda seguridad circulará por los alrededores de la calleja en cuanto sea descubierto el cadáver. Lo normal debe ser que la gente del barrio se concentre en la zona para comentar y chismorrear sobre lo ocurrido. Ella estará allí, entre los curiosos, dispuesta a aprender y conocer los detalles que cualquier desconocido quiera revelar en torno a los protagonistas del suceso. Así que espera lo que le parece un tiempo prudencial antes de volver a la ventana del piso superior. No quiere que la descubran accidentalmente y terminar el día contestando mil preguntas.

Ha subido ya dos veces al salón sin que nada haya cambiado. El cuerpo sigue a la espera de un descubridor que no acaba de llegar, hasta que un par de copas de vino después, escucha claramente desde su posición voces masculinas que, sin duda, suenan alarmadas. Es entonces cuando María coge su bolsa, mete la copa y la botella casi vacía dentro y sale por la puerta principal a una espléndida tarde de mayo.

En el tiempo que tarda en recorrer la distancia a la calle trasera, una verdadera turba de personas se ha congregado en el lugar del hallazgo. Ella se acerca con precaución a la zona, en el fondo teme que alguien pudiera, de alguna manera, haberla visto aquella tarde asomada a la ventana. Camina entre la gente que, efectivamente, ya comenta la desgracia de la chica hasta llegar a situarse entre el grupo de los que, al borde mismo de la calleja, se escandalizan de la visión al tiempo que no dejan de mirar el resto que queda de Alicia.

María tampoco puede dejar de mirarla, fascinada por su rostro, que se le antoja sereno a pesar de la brutalidad de la grotesca postura en que ha quedado y la gran cantidad de sangre

derramada, cuando con gran revuelo llegan al lugar los primeros coches de policía. Aunque los curiosos vecinos no hacen amago de moverse, ella sabe que se ha de retirar y lo hace justo antes de que el primer agente comience a dar órdenes para despejar el lugar.

Cruzando la calle, se asegura de situarse en primera fila para tener, desde la acera opuesta, la mejor visión posible de los acontecimientos. Así, observa durante mucho tiempo el ir y venir de los agentes, la absurda entrada de ambulancias decididas al imposible de salvar una vida que ya no es, prestando atención a los comentarios de la gente que la rodea. Un policía de paisano, que parece ser el que lleva la voz cantante allí, y al que llaman Vallejo, ordena colocar los vehículos entre la calleja y la masa de gente concentrada enfrente, lo que la obliga a desplazarse unos metros a la izquierda para poder ver entre los coches. Alicia, dicen que se llama la chica y que vive en el número veintidós de esa misma calle. Vivía, piensa. También escucha comentar a una señora, una tal Paquita, a la que al parecer muchos conocen, sobre el carácter alegre de la chiquita muerta y que, por todo defecto, se le achacaba desde pequeña una escasa relación con otros niños del barrio, prefiriendo andar por ahí con gente de mayor edad, especialmente con su hermano, al que siempre pareció muy unida. Ningún comentario que la lleve a intuir dato alguno del desconocido que le quitó la vida, confundida la gente sobre si ha sido uno o varios los criminales.

No parece que de las habladurías de la vecindad vaya a obtener información que le ayude en su propósito, más allá de la que ya tiene. No debe haber entre el público nadie de la familia de la víctima porque, aparte de la charla con el hombre que al parecer descubrió el cadáver, Vallejo no se entrevista con nadie, no hay escenas de dolor fraternal, no hay llantos ni desesperación significados en ninguna persona concreta de entre los presentes. Decide, sin saber bien cómo justificarlo, hacer un movimiento casi absurdo por temerario y encamina sus pasos hacia la casa que ocupa el número veintidós.

Mientras sube los escalones de la entrada piensa en presentarse como una amiga que pregunta por Alicia, segura como está de que dentro no saben nada de lo ocurrido, y pulsa el timbre que hay a un lado de la puerta. Las piernas le tiemblan esperando escuchar los pasos que han de abrirla, pero nadie acude a su llamada. Vuelve a pulsar con idéntico resultado y, de repente, la excusa que tiene en la cabeza se hace débil, difícil de justificar en un momento como ese. Mejor será volver al lugar de primera fila que ocupaba en este acto y donde, al menos, tiene la esperanza de conocer más sin ser descubierta.

Ha pasado más de una hora cuando María repara en un hombre alto que lleva un maletín de piel en una mano, impecablemente vestido con un traje de color azul oscuro, camisa blanca, corbata negra y los zapatos más brillantes que ha visto jamás. Camina entre la gente con la seguridad de un león entre el ganado, fija su vista en un punto que está detrás de los coches que cortan la calle. Debe tener más o menos su edad, calcula ella, y medir al menos un metro y noventa centímetros, de complexión fuerte, con un cabello oscuro al que adornan ya algunas canas sobre las sienes, no demasiadas pero visibles desde la distancia. Por un momento, el desconocido gira la cabeza y sus miradas se cruzan apenas una fracción de segundo. La intensidad de esa mirada en los ojos de Caín es tal que María, incapaz de soportarla, desvía la cara como abofeteada por una mano invisible al tiempo que el corazón se le acelera, impulsado por una descarga inesperada de adrenalina, solo para volver a mirarlo un instante después y ver cómo se acerca a ella con paso seguro.

El desconocido se ha situado justo a su lado. Casi puede sentir el calor de su cuerpo. No la mira, no dice nada. Simplemente permanece inmóvil junto a ella, observando, hasta que de improviso se dirige al policía de paisano que reparte órdenes.

—Perdone, soy Caín Silas. ¿Puede decirme si la persona que hay ahí tumbada es mi hermana Alicia?

Alicia Silas. Así se llama la chica muerta. Y Caín su impresionante hermano. María sabe, en ese instante, que la historia de su nueva vida empieza a escribirse sola y que los hermanos han de tener por fuerza un papel protagonista en ella.

Aun así, no puede olvidar a la bestia que, convertida en hombre, abandonó esa tarde el callejón de la bodega.

CAPÍTULO 5

parte 1

Es el local de moda en la ciudad, hace una espléndida noche de verano y lo más guapo del lugar se arremolina en la puerta en una interminable sucesión de modelazos esculturales y pretenciosos tipos, cargados de años, inconscientes del patético papel como *pagafantas* con posibilidades de éxito que les adjudica su dinero.

Dentro el lugar es una completa fiesta al aire libre donde corre el Armand de Brignac Brut Gold como si fuera agua del grifo. Un grupo de chicas chapotea en la piscina, jugando entre ellas al ritmo de la música del *disc jockey* del momento mientras, a su alrededor, cuarenta curiosos, copa en mano, escanean sus curvas con gesto complaciente. Mesas llenas de variopintos personajes adornan los laterales del recinto como si fueran un escaparate en el que se exhibe al público la ostentación de los que pueden pagarse un asiento allí. En la pista central una masa compuesta por cientos de cuerpos se agita al compás que marcan los graves del tema que suena. Entre la gente, una legión de físicos perfectos ligeros de ropa retiran vasos, copas y botellas, mientras en uno de los escenarios auxiliares, un grupo oriental ejecuta una *performance* que combina efectos de luz y movimientos frenéticos al ritmo de la música. Definitivamente, es todo un espectáculo.

Gael está alucinado. Sabe que, a sus veintinueve años, el pelo largo y una cerrada y bien cuidada barba le hacen parecer mayor. Le quedan por vivir muchas cosas, pero la vida casi espartana que ha llevado hasta hace poco jamás dejó que su imaginación soñara con poder verse en el paraíso terrenal que esta noche le recibe, codeándose con lo más selecto de la gran urbe.

Está ahí por el empeño de su primo Álvaro, apenas diez años mayor, abogado de brillante porvenir en un próspero bufete al que, hace ya algún tiempo, se incorporó también Gael. Álvaro ha visto como, en pocos meses, su primo se ha convertido en su jefe adelantándolo por la derecha y se alegra sinceramente de que sea él quien le imparta órdenes en el departamento de internacional. Se caen bien y se complementan profesionalmente como si hubieran crecido juntos en el mundo del derecho.

Álvaro es el rey de la fiesta. Entre saludos, risas y abrazos en la puerta, han tardado casi media hora en acceder al interior del local. Una vez dentro, Gael ha sido presentado en varios grupos de amigos como el primo chico que triunfa aún poco para lo que terminará por conseguir en unos años. Pero él, que está del todo seguro de que el derecho no es la única pasión de su vida, consciente de la carga de dificultad del reto que supone la afirmación de su primo, hace rato ya que está en otra cosa.

Nada más poner un pie en el local sus ojos, casi con vida propia, dirigen su atención hacia una impresionante chica que charla animadamente en una de las barras con un hombre de bastante más edad que la suya.

Mientras Álvaro habla y bromea sin parar, él permanece ausente, incapaz de prestar atención a nada ni a nadie que no sea la chica de la barra. Solo un minuto después, está tan deslumbrado por la desconocida que incluso le molesta ya la confianza que se toma el hombre que, agarrándola por la cintura le susurra, entre risas, algo al oído.

—... ¿Verdad Gael? ¿Gael? Pero, ¿dónde estás, chico? —le grita el primo para hacerse oír

por encima del ruido ambiente.

—Perdona, ¿qué decías? Estaba distraído —contesta volviendo la cara hacia el grupo de amigos que tiene delante.

—¡Y que lo digas, machote! Te has quedado muerto con la rubia, ¿eh? ¡Jajaja! —Ríe Álvaro de buena gana, señalando con un gesto de cabeza hacia donde está la chica, de la que solo alcanza a ver la espalda y el hermoso pelo—. Estábamos diciendo que vamos a sentarnos en una mesa y yo he comentado que tú, seguramente, preferirías darte una vuelta por aquí. ¿A que estoy en lo cierto?

—Ah. Sí. Claro, claro. No pienso sentarme hasta que no haya visto bien todo esto. ¡Joder tío, qué puñetera pasada de sitio! ¡Estoy alucinado! —dice Gael, señalando a su alrededor con los brazos abiertos y una enorme sonrisa—. Iros vosotros. Os busco en un rato. Cuando me canse.

Apenas acaba de decir esto y ver al grupo alejarse cuando vuelve inmediatamente a la rubia increíble que, ahora con un brazo apoyado en el hombro del tipejo que la acompaña, mira hacia él por un instante. El corazón le da un vuelco violento, pues le parece entender que ella acaba de dedicarle una sonrisa. Está seguro, ha durado solo un instante, pero aquella sonrisa era inequívocamente para él y no va a perder el tiempo dando más vueltas al asunto, así que, sin pensarlo dos veces, se dirige hacia la barra para situarse justo entre la chica y su acompañante y, dando la espalda al tipo al tiempo que clava en ella los ojos, comienza a hablar tan exaltadamente que casi resulta atropellado por sus propias palabras.

—Estoy perdido. Hago seiscientas cosas al día, pero creo que, mientras voy terminando una tras otra, mantengo la esperanza de poder aparcar el resto de inmediato por una llamada tuya. Miro a la gente que me habla, a veces ni los entiendo, solo para sorprenderme a mí mismo recreando mentalmente tu imagen. Salto hacia el móvil porque me ha parecido ver de soslayo el parpadeo verde de un nuevo mensaje. A veces es cierto y otras no, lo sé de antemano, pero aun así no puedo evitar comprobarlo de inmediato.

»Ni siquiera estoy seguro de no estar equivocado, de si en el fondo soy solo yo el que imagina que la atracción que siento hacia ti pueda ser mutua. Lo que sí sé es que no puedo pararlo, que no quiero hacerlo. Por primera vez, en tanto tiempo que no puedo precisarlo, vuelvo a sonreír casi con cualquier cosa que me cuentas porque te veo tal y como has sido siempre en mi recuerdo. Un recuerdo del que nunca acabaste de desaparecer pese a las personas que han pasado por mi vida, a los años transcurridos y a las mil batallas ganadas y perdidas que han tenido lugar mientras tanto.

»¿Recuerdas que una vez me preguntaste si podíamos acabar haciendo daño a alguien y yo contesté «no lo sé»? Temo que, al paso de los días, la duda desaparezca evaporada por la certeza de que me dé igual quién pueda resultar dañado, incluso si soy yo mismo, y al segundo siguiente pienso en lo que ya he construido a mi alrededor y que me veo incapaz de derribar. Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero porque no muero, ¡joder!

Ella sonrío divertida, sin inmutarse ante la declaración intempestiva y paranoica del muchacho, al que parece no conocer absolutamente de nada y, mirando por encima de su hombro derecho, se dirige al que hasta hace un momento la acompañaba.

—Perdona Esteban, este es Alfredo, mi novio desde que éramos niños. Hemos estado un tiempo separados y, bueno, en fin... siento todo esto. No quiero que te molestes, pero, en realidad, lo estaba esperando. Te agradezco la copa. Ya nos veremos por aquí otro día. —El

hombre no dice ni media palabra, tan sorprendido por lo que acaba de ocurrir que ni siquiera repara en la diferencia de edad entre los supuestos novios, bastante evidente para un buen observador, que desmontaría completamente la historia por improbable. Ni siquiera dice adiós cuando agarra su copa y se larga lanzando al chico una mirada cargada de desprecio.

—Pero hombre, ¿te has vuelto loco? ¿A qué ha venido todo ese discurso? y ¿quién coño eres tú? En sus labios continúa dibujada una sonrisa, ahora de circunstancia, que desarbola el ímpetu de Gael y lo baja a la Tierra al instante.

—Perdóname. No sé qué me ha pasado. Menudo rollo que he largado. Es como si alguien lo hubiera puesto en mi cabeza, no tengo ni idea de por qué —acierta a balbucear torpemente, un poco avergonzado por lo que acaba de hacer—. De verdad, lo siento. Te dejo tranquila. He sido muy desconsiderado.

La chica, ante la inminente huida, lo agarra por el brazo y se ríe abiertamente.

—¡Venga hombre, por Dios! Con el entradón que has hecho ¿te vas a largar así?... de ninguna manera. Vamos a bailar, a ver si se te pasa esa tontería que llevas encima y te tranquilizas un poco. —Y sin soltar el brazo de Gael lo arrastra hasta una pista llena de cuerpos sudorosos que saltan al ritmo de David Guetta.

De cerca se le antoja aún más increíble. No parece tan joven como aparentaba desde la distancia, pero desde luego es una mujer preciosa. Mientras se mueve delante de él, ella mantiene la mirada clavada en sus ojos y una media sonrisa que lo enloquece. Diminutas perlas de sudor aparecen sobre la piel de su frente y en el escote, recogiendo la luz de los focos en una sinfonía de brillos que la hacen cada vez más y más deseable. Lleva un hermoso vestido blanco, con un estampado de flores rojas y doradas, muy corto, tan ceñido que solo un cuerpo como el suyo podría lucirlo sin desmerecer, y tacones de vértigo en unos zapatos que dejan los pies casi totalmente al descubierto para realzar unas piernas largas y bien formadas. Cuando ella cruza los brazos sobre su cuello, acercándose hasta aplastarse sobre su cuerpo, Gael ya ha perdido la noción de la realidad. Completamente rendido a la mujer que tiene delante, la rodea por la cintura para acercarla aún más, con más fuerza. Ella responde, sin dejar de mirarlo a los ojos, acentuando la sonrisa y apoyando su frente en la del chico por un instante para, un momento después, decirle al oído que lo mejor será ir a buscar otra copa.

Mientras una camarera les dirige a una mesa que milagrosamente ha quedado libre, Gael busca con la mirada a su primo y lo encuentra en la distancia, justo en el mismo sitio en que lo dejó y con la misma gente. Apoya un brazo en la espalda de la chica rubia y levanta el que le queda libre saludando para tratar de llamar su atención, pero Álvaro no se da por aludido. Está inmerso en las risas, la charla y las copas, así que Gael, que quiere presumir de semejante acompañante, no puede evitar el fastidio de que su conquista pase desapercibida.

—Mira, perdona mi entrada, de verdad. No he podido evitar verte desde el mismo momento en que he llegado y, sencillamente, no he conseguido resistirme. Soy Gael Leal y, desde esta noche, también un tipo con suerte. —Ya sentados a la mesa, recupera la seguridad en sí mismo—. ¿Qué quieres beber?

—Una botella de Fillico, por favor. —Gael, que no sabe lo que es eso, pide otra. En realidad, no le importa, pero cuando la camarera anota el pedido y se marcha, pregunta:

—¿Se puede saber qué hemos pedido?

—¡Jajaja! Es agua mineral, hombre. ¿No conoces la marca? Pues es una de las más puras del

mundo. Se produce en Kobe, en Japón, y es la que se utiliza para hacer el mejor Sake que puedas comprar con dinero. Además, solo por la botella merece la pena pedirla. Es una maravilla, con cristales de *Swarovski* y todo. Un poco cara, pero fantástica. Te gustará, seguro.

Mientras la chica habla, Gael ya está buscando en la carta de bebidas que hay en la mesa. Doscientos quince euros la botella. Pero, ¿de verdad es solo agua? Va a ser un tajo brutal para su poco acostumbrada al derroche tarjeta de crédito, aunque, en el fondo, lo da por bien empleado con tal de retenerla a su lado un poco más. Aun así, tiene que esforzarse para esbozar una falsa sonrisa como de «no pasa nada, puedo pagar eso y mucho más».

Y de ese modo, como el recién llegado al mundo de las cosas caras que es y envuelto en su buena estrella, empieza a descubrir que, además de hermosa, su acompañante es divertida, con un punto de sofisticación especial y buena conocedora de los ambientes nocturnos de la ciudad. No puede dejar de mirarla, y mientras ella relata entre risas, una tras otra, historias y anécdotas que le han pasado, Gael encuentra en su rostro una pequeña cicatriz que parte en dos su ceja izquierda solo para hacerla aún más interesante.

—Por cierto —dice ella—, me llamo María Martín y creo que también soy una chica con suerte.

CAPÍTULO 5

parte 2

Desde la distancia, Álvaro por fin ha visto cómo su primo charla animadamente con la rubia, que antes estaba en la barra, en una de las mesas del local y sonrío para sus adentros al comprobar que se acercan uno al otro mientras se hace perceptible, incluso desde lejos, cómo va creciendo la tensión sexual entre ambos. No esperaba menos de Gael, al fin y al cabo, cabría de él que interpretara correctamente su papel como un Leal y los Leal han sido siempre conquistadores natos.

De vuelta a las risas con sus amigos, Álvaro no puede ver cómo María y su acompañante abandonan la mesa, agarrándose por la cintura, con intención de marcharse.

—Quiero enseñarte una cosa. ¿Vamos a mi casa? —le ha dicho ella, y Gael, con una sonrisa cómplice en la cara, no ha dudado un segundo en la respuesta.

—¿Nos vamos ya? —Sus ojos, tan rebosantes de deseo que incluso han cambiado de color imaginándola, sin saber bien por qué, tumbada sobre una mesa mientras él busca con la boca entre sus piernas.

Así, salen de la discoteca hacia el coche de María, un espectacular Porsche Cayenne Turbo de color negro mate, estacionado en una zona VIP del aparcamiento del local. Gael se percata del detalle y entiende que ella es cliente asidua, pero sus pensamientos se ven interrumpidos al instante cuando, ya sentados en el interior del vehículo, la chica sin mediar aviso previo lo agarra por el pelo y comienza a devorarle los labios con ansia. Él desliza sus manos bajo el vestido blanco para responder al interés que muestra ella por el interior de sus pantalones y la situación se torna irreversible. Sin importar si alguien puede ver lo que pasa en el coche, sin frenos ni inhibiciones, se dedican media hora de lo mejor de sí mismos en la banqueta trasera, media hora en la que ambos se regalan todas las habilidades de las que son capaces, con urgencia y sin miramientos. Una auténtica explosión de «*lujuria*», palabra que, según Álvaro, indica mucho más allá de la lujuria ordinaria, desenfreno absoluto.

—Chaval, eres increíble. ¡Vamos a mi casa que te vas a enterar! —María se ha acomodado el vestido, atusado el pelo y está ya al volante del Porsche—. ¡Venga, vente delante! ¡Que nos vamos! —Gael, con la cabeza aún girando sin control en un vórtice infinito y acabando de subirse el pantalón, sale de la parte trasera para colocarse delante junto a ella, sin tiempo apenas antes de que el coche salga disparado hacia la carretera que lleva al centro de la ciudad.

María conduce como un diablo atravesando las calles a toda velocidad. Los edificios desfilan por la ventana de Gael, uno tras otro, como en una sucesión de fotogramas. Son las cinco de la mañana y la vida del resto de los mortales aún dormita indolente, ajena a las historias que propicia la noche. El viaje no dura mucho y en solo diez minutos se detienen frente a un edificio de aspecto señorial en pleno centro. Al instante, aparece un empleado del edificio que saluda y espera a que la pareja abandone el coche para llevarlo hasta el garaje de la finca.

—Joder. Vives bien. Vaya edificio. ¿A qué te dedicas si puede saberse? —Aparentemente impresionado, no ha podido evitar el comentario.

—No preguntes tanto y sígueme, anda —dice María con tono cariñoso mientras se abraza al chico y le besa suavemente en la mejilla para agarrarlo después de la mano y cruzar el lujoso *hall*

hacia los ascensores.

Ya dentro del ascensor, ella pulsa una secuencia de números que ordena al aparato dirigirse al ático del edificio, inaccesible sin conocer la combinación, para unos segundos después abrir sus puertas en la planta 52, directamente al interior de un recibidor que forma parte del propio apartamento de María. Gael entiende que está en una estancia de cortesía, destinada a la espera para poder entrar en la vivienda, atravesando la enorme puerta de doble hoja de madera labrada que tiene justo enfrente, pero no puede por menos que asombrarse ante lo impresionante de una sala decorada de forma sublime con muebles de diseño contemporáneo y que destaca por sus cinco o seis metros de altura coronados con una cúpula de cristal a través de la que es visible lo que aún queda de noche.

—Pasa. Ponte cómodo —dice María, abriendo las puertas que dan acceso a un gran salón en el que llaman la atención un hermoso piano Fazioli y una amplia escalera de caracol que sube a la planta superior—. ¿Quieres una copa? —Mientras habla camina por la estancia hacia una pequeña barra de bar situada en un rincón, quitándose los zapatos primero y el vestido después, para buscar entre las botellas de la estantería y preguntar con una sonrisa—: ¿Whisky? ¿O quieres más agua?

Él se ha sentado en el inmenso sofá de cuero blanco que preside la habitación y observa sus movimientos casi felinos mientras, desnuda ya completamente, llega hasta el bar y le habla. Embriagado en todos y cada uno de sus sentidos, no recuerda un momento igual ni una mujer más sensual ni más atractiva que esta.

—Whisky, por supuesto. Solo con hielo, por favor. De ese mismo —dice respondiendo al gesto de María, que le enseña una botella de Macallan Lalique II.

María prepara dos vasos y se acerca con ellos en la mano, exhibiéndose, atravesando el salón hasta dejarlos en la mesa baja. Se sienta al lado de Gael para abrazarse a él y apoyar la cabeza en su pecho.

—Joder, chico. ¡Qué cansada estoy! —Lo mira desde abajo—. Pero no tanto como para dejarte escapar vivo. ¡Jajaja! —Mientras habla, baja la cremallera de su pantalón y allí mismo, sobre el sofá blanco de cuero, vuelven a comenzar las caricias y los juegos que terminan en otra sesión de sexo, incansables ambos ante la excitación de descubrir un cuerpo nuevo.

—El siguiente asalto en mi cama. Ven. —Ella se levanta y, subiendo por la escalera, le indica el camino con un gesto de la mano. Gael la sigue hasta una enorme *suite* con tres paredes de cristal unidireccional que hacen que el espectáculo de la ciudad iluminada se convierta en la más lujosa decoración posible. Es cierto, hay una gran cama cuya cabecera se apoya en la única pared convencional de la habitación, pero solo la utilizan cuando ambos, ya exhaustos, deciden darse una tregua. Abrazados sus cuerpos, no tardan mucho en ser vencidos por el sueño que reparará el cansancio de las batallas que han librado esta noche.

El sol comienza a iluminar descaradamente la estancia y María abre los ojos aún rodeada desde atrás por los brazos de Gael. Durante unos instantes no hace ningún movimiento para, lentamente y con cuidado, separarse de su amante y darse la vuelta en la cama para mirarlo de frente. Allí, a su lado, yace plácidamente dormido y satisfecho un hombre que sabe está impulsado por intenciones distintas a las que ya le resultan habituales. Porque siempre es igual con los hombres que se acercan a ella. Lo ve en sus caras, en sus gestos, en sus manos. Todos

piensan que han ganado en la lotería que tiene por premio a la tía buena con pasta, viciosa y cariñosa a la vez, que ella les muestra intencionadamente. Todos se esfuerzan por hacerla gozar esperando tenerla después para usarla a su antojo, como si ese esfuerzo debiera ser correspondido eternamente. Todos egoístas sin otra intención que disfrutar de su cuerpo y, cuando creen que ya lo tienen, de su dinero. Carne para unos días, nada más, eso es lo que son.

Sin embargo, este chico con aire inocente le resulta diferente. María sabe que no duerme a su lado porque busque su dinero. Tal vez sea por la ingenuidad rebosante con que se ha entregado a ella, porque la mira como si realmente fuera algo especial para él o porque, justo antes de caer dormido, le ha susurrado al oído un sorprendente «te quiero». Nunca antes le había pasado y, desde luego, no lo esperaba tampoco de Gael.

Mirándolo tumbada junto a él, tan cerca que nota su aliento, María está confusa. Su instinto le pide a gritos finalizar el asunto como debe hacerlo, pero algo la frena. Curiosidad, tal vez. Cansancio, puede ser. Sea cual sea el motivo, se levanta de la cama y contempla desde un lado el hermoso cuerpo del amante que duerme completamente ajeno a la decisión sobre su destino que ella debe tomar justo en ese instante. «¡Qué diablos! Hay tiempo para todo», piensa. Pulsa el botón del mando que oscurece los cristales de la habitación y, poniéndose una camiseta larga que saca de un armario, baja con la intención de hacerse un café.

Mejor zumo de naranja, tostadas y café. Tiene hambre y da cumplida cuenta del desayuno como si estuviera compitiendo con alguien. Come y piensa, no está segura de lo que debe hacer. Es mucho el placer del que se priva al no acabar con este hombre y quiere estar segura de por qué está dispuesta a dejarlo vivir. Aún con la taza en la mano, pasea inquieta por la cocina como si eso fuera a facilitarle la elección.

De repente, decide subir a la habitación. Casi a la carrera llega a los pies de la cama donde Gael continúa plácidamente dormido. Ella se acerca por detrás y, con una rodilla apoyada sobre la cama y un rápido movimiento, rodea su cuello con los brazos. Él, que nota el abrazo, responde entre sueños:

—Buenos días.

María, con la mirada perdida, acerca la cara a la suya y le dice bajito al oído:

—Sigue durmiendo, voy a hacer el desayuno. Te llamo cuando esté. ¿De acuerdo? —Y besándolo en la sien se dirige a toda prisa al vestidor, escoge unos vaqueros, una camisa blanca, unas deportivas y sale de la habitación comprobando que Gael ni siquiera ha cambiado de postura sobre la cama.

Unos segundos después ya se encuentra en el ascensor que la deja en el vestíbulo del edificio. Con un movimiento de cabeza saluda al conserje, que en ese momento aspira el suelo de sus dominios y sale a la acera con decisión. El aire fresco de la mañana la revitaliza, pero, aun así, no es suficiente para aliviar la presión que siente en el pecho. Es domingo y temprano, lo que equivale a que apenas hay gente en las calles. De todas formas, su destino está tan cerca que da igual que haya o no haya gente. Gira la esquina de su edificio y la vista se abre a una plaza en la que destaca, como un faro en la costa, la sede de CyberAct, la empresa de María, de la que ahora es dueña, señora y receptora de los fondos suficientes para mantener su altísimo nivel de vida.

Puede notar la angustia que crece en su interior y sabe que acabará por desbordarla. Pasa de largo, evitando por costumbre ser detectada por las cámaras de vigilancia del edificio y lo rodea para dirigirse a la parte trasera. Entra en un pasaje comercial y dentro de este, en un local con una

escalera empinada que la lleva a un ascensor del que solo ella tiene conocimiento.

En breves instantes se encuentra en una habitación de mármol rosa, teclea la combinación que abre la puerta que hay junto al ascensor y sentándose en el sillón metálico atornillado sobre el desagüe que hay en el centro de la sala, grita con toda la fuerza de que es capaz:

—¡A ver, María! Ya no eres la chacha enamoradiza que fuiste durante tantos años. ¡Decide de una vez, pedazo de idiota!

CAPÍTULO 6

parte 1

No sabe cuánto tiempo ha pasado. No demasiado. María, que ha permanecido encogida sobre sí misma con la cara entre las manos, sentada en el sillón metálico, comienza a percibir cómo la desesperación que le provoca la duda va dejando lentamente paso a una sensación de alivio que le permite respirar cada vez más pausadamente. Tal vez porque en su interior cree haber tomado una determinación en relación con el hombre que ha dejado a la espera en su cama.

Se incorpora despacio, ultimando en su mente los detalles que harán perfecta la decisión, y comienza a moverse dibujando un círculo amplio alrededor del sillón. Murmura lo que piensa y lo acompaña con gestos de cara y brazos como una niña intentando memorizar la lección que habrá de repetir ante el maestro al día siguiente, hasta que, de repente, se detiene con una sonrisa en los labios que indicia lo placentero que prevé el plan trazado y, con el móvil en la mano, dedica treinta minutos a prepararlo todo con unas pocas llamadas.

Todo arreglado, es hora de regresar. María se lava la cara en la pileta que hay en un rincón de la sala, se acomoda el pelo frente al espejo, estira su camisa blanca y, cuando se siente conforme con su aspecto, sale decidida a la calle en dirección a su casa. Lleva puesta una sonrisa radiante y un aire desenfadado. Compra la prensa y el pan antes de volver a saludar al conserje y sube hasta el apartamento.

Se dirige directamente a la cocina, abre la puerta del mueble donde guarda el pan y se sirve un vaso de agua.

—¿De dónde vienes, María? Me he despertado y ya no estabas. —Gael está de pie, a su espalda, mirándola desde la puerta de la habitación. Sin pronunciar palabra, ella se aproxima sonriendo, lo abraza por el cuello y lo besa en los labios.

—He ido a por el pan y la prensa. ¡Dormilón! ¿Has desayunado? —Él, que la rodea por la cintura, mueve la cabeza sin dejar de mirarla a los ojos.

—No, todavía no he comido nada. ¡Y tengo un hambre...!

—Pues, ¡al ataque! —dice María separándose de él y dirigiéndose rápidamente al frigorífico—. Tostadas francesas con huevos, crepes de bacon, café y zumo. ¿Te parece bien? —Sin esperar respuesta, ya saca las viandas y la sartén.

—¡Joder, de maravilla! —responde Gael, sentándose en una de las banquetas altas que hay dispuestas alrededor de la isla central de la cocina—. Por cierto, hablando de cosas de comer: ¡esos vaqueros te quedan increíblemente bien!

—Oye, no hemos hablado de esto. ¿Tienes planes para hoy? —comenta ella dejando pasar el cumplido—. He pensado en algo que podría ser divertido. Es decir, si vas a quedarte por aquí ...

—Pues, la verdad, ni siquiera había pensado en ello. Quizá debería marcharme. Nadie sabe dónde estoy y, aunque las personas con las que llegué a la discoteca dan por hecho que puedo cuidarme solo, no me parece bien desaparecer de este modo. Por otra parte —dice poniendo cara de niño travieso—, no hay nada que me apetezca más que pasar el domingo contigo y con esos vaqueros que me están volviendo loco.

María, que lo escucha desde los fogones, se gira hacia él y, poniendo los brazos en jarra, sin soltar la paleta que está utilizando con los huevos, responde sonriendo:

—¡Muy bonito hombre, muy bonito! Yo aquí preparándote el desayuno, intentando retenerte por el estómago y tú, que no sabes lo que hacer. ¡Pues vaya éxito! Venga, vamos, lárgate si es lo que deseas.

—¡Que no, tonta! Me voy a quedar contigo y lo sabes —dice Gael riéndose ahora a carcajadas—, pero déjame que llame a mi primo para que al menos sepa que estoy vivo. ¡Tú no te imaginas lo paternalista que puede llegar a ser! Me puede caer una charla de aúpa. Dame un momento. —Y sacando el teléfono móvil del bolsillo del pantalón sale de la cocina para hablar con Álvaro.

Casi se agotan las señales de llamada cuando descuelgan al otro lado.

—Álvaro. Oye, que soy yo.

Este, con voz de estar aún dormido, contesta con evidente desagrado:

—¡Joder! ¿Y quién coño eres tú? Estas no son horas, por Dios...

—¡Venga hombre, despierta! ¡Que son ya casi las doce de la mañana! Qué pasa, ha sido una noche larga, ¿no?

—Pero, ¿quién cojones eres tú? ¡Que estoy dormido todavía, no me jodas! —Álvaro empieza a reaccionar molesto por la llamada para, de repente, caer en la cuenta—. ¡Coño, nene! ¿Dónde te has metido, cabronazo? ¡No me digas que has pasado la noche con la maciza de la disco! —Ya está completamente despierto, muerto de curiosidad y ganas de saber más del tema—. ¿Dónde estás? ¡Vamos, larga chaval!

—¡Jajaja! ¡Cómo eres, tío! Pues sí, me largué con la tía buena que, por cierto, se llama María. Y sí, he pasado la noche con ella ¡en su apartamento, macho! De verdad que es increíble. Bueno, increíble en todos los sentidos. Te lo juro, todo lo que te pueda contar es poco. Y ahora viene lo mejor, seguro que no la reconociste anoche: ¡es la viuda de Silas! ¿Cómo te quedas?

—¡Hostia! Pues muerto, cabrón. ¿Cómo me iba a quedar? De manera que llega el panoli de pueblo y se lleva el premio gordo del garito así, como el que no quiere la cosa. Y por si fuera poco te habrá follado hasta reventar, ¿a que sí? —La risa de Gael se escucha al otro lado del auricular, mezcla del triunfo que le ha procurado la suerte y el orgullo de la testosterona que cumple sobradamente.

—¡Va, venga! No seas curioso. Que solo te llamo para decirte que no me esperes hoy por ahí, me quedo a pasar el día con María. Pues eso, que solo quería que lo supieras. Como no hablamos ni nada antes de irme, pues bueno... ¡Bah! Que te dejo, me está preparando un desayuno americano grandioso. Ya apareceré por allí, pero si quieres algo me localizarás en el móvil. ¿Vale?

—Pero, ¡qué mamón el nene! Hasta le prepara el desayuno. Eso es caer de pie, ¡sí señor! Bueno pues nada, chaval, sigue pasándotelo en grande. Ya me contarás. Cuídate, que las tías como esa no son una broma. Escucha, si vienes luego vuelve a llamarme para quedar a una hora, ¡que no tienes llaves de casa, tontorrón! Y oye..., en serio, ándate con mucho ojo.

—Venga, vale. De acuerdo. No te preocupes por mí, lo tengo todo controlado. Luego te doy un toque. ¡Nos vemos! —Gael ya puede oler el bacon y el café recién hecho, así que tarda solo un instante en estar de regreso a la cocina—. ¡Qué bien huele aquí!

—Siéntate ya, que se va a enfriar. —María ha colocado en la mesa un pequeño mantel individual y, sobre él, un desayuno que entra directamente por los ojos. Hacía mucho tiempo que no cocinaba para otra persona y no porque no le guste la cocina. Sencillamente, la suya es una

vida tan particular que no puede ser compartida con nadie. Una vida donde no tiene cabida ningún hombre, ninguna mujer, y que solo toma por referencia a su propia madre y al hijo al que abandonó con ella. Una referencia que es más un anclaje necesario al mundo convencional en el que coexisten los seres humanos convencionales, los que no podrán entender nunca el pulso que anima a María, los que aún creen en la bondad del otro e incluso en la suya propia, los que no tienen el alma cubierta de rabia. Sí, hacía mucho tiempo que no cocinaba para otra persona, pero hoy tiene que reconocer que le encanta ver el placer que refleja la cara de ese chico mientras da buena cuenta de cuánto le ha preparado.

—¿Te gusta, Gael? Pues termínatelo todo mientras yo preparo un par de cosas. ¿Te gusta el campo? —Con un gesto de la cabeza, Gael asiente a las dos preguntas solo para ver cómo ella se marcha de la cocina sin mirar atrás ni esperar contestación.

—Me encanta el campo —contesta él con la boca llena.

CAPÍTULO 6

parte 2

Diez minutos después, Gael ha terminado de comer y se dirige al salón. Desde el pie de la escalera grita:

—María, ¿qué haces? ¿Necesitas ayuda? —Pero al no recibir respuesta alguna, decide subir al dormitorio. Puede oírla trasteando en la habitación, sin embargo, no la ve desde la entrada—. ¿María?

—¡Estoy aquí! —contesta ella desde el interior del vestidor—. Ya termino.

Apenas tiene tiempo de verla cerrar la cremallera de una bolsa grande de cuero color marrón cuando sale con paso firme hacia él. Se ha cambiado de ropa, se ha puesto unos vaqueros rojos que se ajustan a la perfección y una camisa azul que muestra sus hombros y lleva por fuera del pantalón.

—¡Ya estoy lista! ¿Preparado para pasar un día genial?

—¡Por supuesto! —exclama Gael, incapaz de reprimir una punzada extraña al verla así vestida—. Espero que lo que lleves en esa bolsa sea suficiente para los dos, sea lo que sea. Por no llevar encima no llevo ni mucho dinero. ¿Nos pasamos un momento por mi casa y cojo algunas cosas?

—¡No seas tonto, hombre! Si solo vamos a pasar el día al campo. Bueno y, si quieres, la noche también. Prometo dejarte en tu casa mañana a primera hora. ¿De acuerdo?

—No se me ocurre mejor plan, de verdad. ¿Dónde me vas a llevar? ¿Nos vamos ya?

—¡*Surprise!* No te preocupes. Te gustará. ¡Venga, en marcha!

Ya en el ascensor, Gael descubre que es necesaria otra llave para acceder a la zona de garajes del edificio. Se trata de una planta de parking de uso exclusivo para los vehículos de María, con salida directa a la calle e inaccesible para el resto de residentes. La flota es impresionante pues, además de dos motocicletas Harley Davidson y BMW, la chica mona se conforma con el Porsche Cayenne que él ya conoce, un inmenso Maybach S600 y un espectacular Aston Martin Vanquish Volante. También tiene un Mini Cooper de color azul, quiere suponer que para ir a la compra y no dar la nota en el aparcamiento del súper.

—¡Qué barbaridad! ¿Todos estos coches son tuyos? —dice Gael, que no puede evitar poner cara de asombro ante tamaña exhibición de poderío automovilístico—. ¡Joder, tienes un garaje digno de una reina, guapa!

—¿Te gustan? —responde ella divertida—. En realidad, yo solo he comprado el Mini, los otros son de mi marido. Bueno... eran. ¿Cuál nos llevamos? ¡Escoge el que quieras!

—¿Cómo que eran? ¿Te los ha dejado en el divorcio o qué ha pasado? —No parece inmutarse ante la revelación de que, en algún momento, ella estuviera casada, porque sabe que están hablando de una relación ya extinta.

—En realidad, murió. Ya ves, tan joven y viuda. Menos mal que tuvo la delicadeza de garantizarme un futuro sin sobresaltos de por vida. Un accidente, un desgraciado accidente, pero no me apetece hablar de eso contigo ahora. Solo quiero salir zumbando de aquí. ¿Te parece bien el Aston? Hace un día espléndido. Podemos bajar el techo y recorrer el camino a cielo abierto. Te advierto que el recorrido es muy bonito. Te gustará.

—Pues no se hable más. ¡El Aston es una maravilla!

Con un rugido sobrecogedor, María arranca la fiera mecánica y pulsando un botón hace desaparecer el techo. Saca de la guantera dos gorras con el anagrama de la marca y pone en movimiento el coche hacia la rampa que los saca a la calle. Es un día francamente precioso. Un sol de mediodía espectacular ilumina el ir y venir de la gente por las calles de la ciudad. La elegante figura del Aston plateado provoca que muchos curiosos los señalen con el dedo.

—María, este coche es un escándalo. ¡La gente le hace fotos! —Ella se ríe, divertida por el comentario. —Aunque, en realidad, la gente no sabe que el verdadero escándalo eres tú —remata Gael.

Ella lo mira con ternura y pone la mano sobre la pierna de su acompañante.

—Eres un encanto, chaval. ¿Te lo han dicho antes? —El Aston recorre las calles como deslizándose y en poco más de diez minutos sale del bullicio del centro urbano para acceder a una carretera convencional, con un solo carril por sentido, que los aleja hacia la campiña. El aire acondicionado funciona a tope y, ciertamente, consigue mantener una temperatura ideal en el interior del habitáculo a pesar del calor propio de la hora.

Tenía razón María, el viaje es precioso. Atraviesan zonas de dehesa con centenarias encinas entre las que, de tanto en tanto, pueden verse incluso toros bravos. A estas alturas del año aún huele el aire a jara y romero. Atraviesan pequeños pueblecitos blancos, algunos no tan pequeños, hasta un cruce que los lleva por una carretera todavía más estrecha, bordeando un gigantesco pantano, atravesando zonas en las que el asfalto está bordeado por enormes eucaliptos que arrojan su sombra sobre los viajeros y refrescan el aire en el que vibra la música de John Hiatt.

Gael disfruta cada segundo del viaje sin tan siquiera cuestionarse el destino final, simplemente saboreando la delicia para los sentidos que le proporciona la experiencia. De repente, el Aston corona un alto en la carretera y desde allí se despliega ante sus ojos un hermoso valle por el que se divisa el curso de un río acompañado a ambos lados de casas blancas que se adentran en la ladera de una sierra verde de olivos, robles y encinas.

—Ya hemos llegado. ¿Qué te parece el pueblo? Bonito, ¿verdad? —María habla sin dejar de mirar a la carretera. —De pequeña, venía mucho aquí, así que, el año pasado decidí comprar una finca muy bonita que conseguí a buen precio. Está un poco retirada, pero te gustará. Enseguida estamos allí.

Tomando la calle de la ribera salen hacia un camino que se adentra en el monte, entre árboles y arroyos, y unos minutos después desemboca en un ensanchamiento donde termina la ruta. María detiene el coche frente a una cancela de hierro flanqueada por dos altos muros de piedra y teclea en su teléfono móvil un código que ordena la apertura de la verja. Continúan avanzando por un camino perfectamente asfaltado y rodeado de vistosas plantas de mil colores hasta la misma puerta de la casa situada a casi un kilómetro, calcula Gael, de la entrada a la finca.

—Esto es una maravilla, María —dice él apeándose del vehículo.

—Pues no has visto nada —contesta ella—. Ven, que te enseñe todo rápidamente porque te voy a follar sin compasión en cuanto termine el *tour*, nene. —Se ríe ahora a carcajadas a la vez que lo abraza por detrás agarrándole la entrepierna.

—¡Pues vamos, no perdamos tiempo! —Mientras se gira y la besa piensa que, a pesar del copioso y tardío desayuno, apenas son las tres de la tarde y ya vuelve a tener hambre.

CAPÍTULO 6

parte 3

La casa es un antiguo cortijo completamente restaurado que conserva intacto el sabor de otros tiempos. Dispone de varios patios, con fuentes y cientos de macetas, ocho habitaciones, tres salones y dos cocinas, además de una pequeña casita anexa donde viven todo el año una pareja de lugareños que María tiene contratados como guardeses de la finca y que, cuando ella está en la casa, hacen las veces de servicio doméstico.

—Gael, mira... Estos son Andrés y su mujer, Helena. Trabajan aquí —dice María, en el recibidor de la casa, para presentar al servicio.

—Hola, Andrés. Hola, Helena. ¿Qué tal estáis? —saluda él.

—Muy bien, señor —contesta solo el hombre—. Estamos a su disposición. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamar, por favor.

—Helena, venimos muertos de hambre —explica María—, ¿puedes prepararnos algo de comer mientras le enseño la casa a este apuesto chico? —dice sonriendo para, acto seguido, coger de la mano a Gael y adentrarse en el cortijo.

Van directos a la planta superior y allí a una habitación de techos altos decorada con muebles, telas y cuadros más propios de la mansión de un lord inglés, en contraste con lo rústico del entorno.

—Lo he pensado mejor. No voy a esperar a enseñarte la casa. —Tan cerca de él que puede olerlo, María le muerde suavemente en el cuello mientras acaricia el pecho de su amante por debajo de la ropa.

Gael responde agarrando su cara entre las manos para rozar levemente sus labios y recorrerlos con la lengua. Los mordisquea, los chupa, mientras ella, completamente inmóvil, se une al ritual respondiendo a las caricias con otras igual de intensas. Allí mismo, de pie en el centro del dormitorio, él le levanta la camisa y mete las manos bajo el sujetador para, con un movimiento rápido, subirlo por encima de sus pechos que quedan así libres para poder ser besados, acariciados y mordidos. Sus manos, nerviosas, no dan abasto sobre el cuerpo de María que permanece en actitud entregada, deleitándose en el asalto.

Gael hace resbalar su mano derecha lentamente, relamiendo con los dedos la piel de su vientre como pensó hacerlo en el mismo momento en que la vio salir del vestidor, hasta que, alcanzado el interior del pantalón rojo, encuentran mejor refugio en su sexo, sin dejar de dedicarle atención a los pechos, erizados de placer. En un lateral de la habitación hay un escritorio, detrás del que se encuentra un sillón de trabajo y una estantería repleta de libros. Mientras con una mano aparta algunos tomos y cuadernos que están sobre la mesa, con la otra levanta a la chica del suelo y la tumba sobre ella. Como si lo hubiera entrenado mil veces, con un movimiento fluido manda sobre una silla los vaqueros rojos y su cabeza se pierde en el vientre de María.

Siente en sus labios el fluir de la sangre bajo su piel, los pequeños estertores de placer que causa su lengua al recorrer su sexo, el sabor de su excitación creciente en reacción a unos dedos que entran y salen de ella buscando intencionadamente optimizar el placer que tanto ansía darle. María se retuerce acompasadamente sobre la mesa, siguiendo el ritmo que le marca Gael.

Como sin quererlo, brotan de su garganta suaves gemidos que indican que el trabajo está bien hecho, que va en el buen camino, espoleando el deseo del hombre que se retira sin previo aviso y la penetra violentamente.

Se miran a los ojos, compartiendo sin hablar el torrente de calor que embota sus sentidos, muy próximos ya a culminar. Es entonces cuando él la agarra por el cuello, apretando como si quisiera acabar con su vida mientras entra y sale de ella cada vez más rápido, cada vez más fuerte. María intenta gritar de placer mientras alcanza un brutal orgasmo, pero unas manos fuertes como el acero le niegan el aire que necesita para hacerlo.

Gael no ha terminado. Con verdadera fiereza, toma ahora a su pareja y la gira sobre la mesa para seguir penetrándola sin compasión, rudamente. Ella está de pie junto a la mesa sobre la que ha tumbado el tronco, todavía vibrando con el placer del orgasmo. Puede notar cómo esas vibraciones, lejos de extinguirse, vuelven a crecer otra vez. Entre sus piernas muy juntas aprisiona el sexo de él, sintiendo cómo en cada envite entra más profundamente, hasta que, agarrándola del pelo y tirando hacia atrás, la obliga a arquear la espalda y a correrse de nuevo mientras escucha cómo ruge Gael al derramarse en su interior.

Aún dentro de ella, agotados los dos, se deja caer sobre su espalda besándola en los hombros y acariciando sus brazos extendidos sobre la mesa.

—¡Joder, María! No sabes cuánto te deseo, cabrona —susurra cerca de su cara—, estaría así todo el día.

Ella contesta con un hilo de voz, aún recuperándose:

—¡Qué polvo, chaval! ¡Qué polvo! Me podría acostumbrar. Ten cuidado. —Tras un silencio momentáneo de relajación que dura unos segundos vuelve a hablar María—. ¿Sabes qué? Ya tenía hambre antes, pero ahora me comería un caballo. ¿Bajamos a ver qué ha preparado Helena? Tenemos mucho que hacer y muy poco tiempo.

En la cocina, la guardesa ha terminado de preparar un bacalao al horno, con mucha cebolla y sobre una base de patatas, que tiene un aspecto fantástico. Andrés, a su lado, prepara la vajilla para poner la mesa en cuanto la señora de la casa se lo ordene.

—¿Has visto Helena? Esta mujer no para. ¿Cuántos tíos ha traído ya en menos de un año? No sé, por lo menos siete ¿no?

—¿Y a ti qué te importa? ¡Anda que si yo pudiera! Me iba a conformar solo contigo. ¡Jajaja! Además, es una mujer libre y sin compromiso. Puede ir y venir con quien quiera. ¡Faltaría más!

—Si yo no digo nada. Lo que me extraña es que nunca repite. Viene con uno, pasa aquí unos días con él y la mayoría se largan sin despedirse. No sé qué les da, pero todos llegan con cara de embobados y acaban yéndose antes de tiempo. Bueno, hubo un par de ellos que sí se despidieron y volvieron a la ciudad con ella, pero los demás... ¡Ni siquiera los ha vuelto a mencionar, coño!

—¡Anda, anda, no te metas donde no te llaman! Además, tú sabes bien lo que pasa, así que... corre, ve a ver si los ves por ahí y pregunta si quieren comer ya. El bacalao está para servirlo. Ya voy poniendo la mesa yo.

El bacalao y la ensalada han sido suficientes para saciarlos. El plan de María para esa tarde incluye un paseo a caballo por la finca y sus alrededores. Las cuadras del cortijo son pequeñas pero limpias y perfectamente ordenadas. Dan cobijo a dos caballos y una yegua que Andrés cuida habitualmente como si fueran suyos. Para cuando la pareja ha terminado de comer, el guardés ya tiene listo uno de los caballos y la yegua, que es la favorita de la señora de la casa.

El paseo transcurre por el monte, recorriendo senderos sombreados por la arboleda y perfumados por todo tipo de hierbas silvestres. Charlan animadamente, compartiendo bromas, anécdotas y risas que hacen muy agradable el camino. Subiendo por una vereda, llega hasta ellos el ruido del agua que se precipita entre las rocas en el nacimiento de un arroyo. Un lugar perfecto para hacer un descanso.

Sobre una manta, sentados muy cerca de una de las pequeñas lagunas que alimentan el salto de agua, continúan conversando.

—Jamás hubiera imaginado conocer a alguien como tú. Quiero decir, no cuando apenas salgo en la ciudad. No me relaciono demasiado, ¿sabes? Hubo un tiempo, en que conocí a una chica que me gustaba tanto como me gustas tú. Era una chica que vivía cerca de la casa de mi primo Álvaro. ¿Recuerdas el rollazo que te solté anoche para intentar deshacerme del tipo ese que tenías al lado? Pues creo que me salió tal cual porque, por alguna razón, pasé la tarde recordándola y, aunque no te pareces en nada a ella, de algún modo la asocié a ti. No sé... Las cosas del subconsciente y los nervios del tímido, quizá. La amaba profundamente, pero no pudo ser. En fin... bueno, en realidad no me apetece hablar de eso.

—¿Tengo que entender, entonces, que me has ascendido al segundo puesto de tu ranking personal de mujeres? Gracias hombre, seguro que no lo merezco —dice María con tono de fingido reproche para, inmediatamente, adoptar otro tono más serio. —En cambio, yo no tengo preferidos entre los hombres que he conocido. Creo que todos han ocupado al final el lugar que merecían y, de alguna manera, han aportado algo a mi vida. A veces bueno, a veces no tan bueno, pero siempre me ayudaron a conocerme mejor a mí misma.

—Ni siquiera sé si debo decir esto, María, pero siento que eres especial. Hay algo en ti que me refleja, que me calma y me da verdadera paz. No puedo explicarlo. —Con un movimiento suave de su mano derecha, aparta un mechón de pelo que cae sobre la cara de la chica. —En cierto modo, es como si te conociera de toda la vida.

—Créeme Gael, por mucho que hubieras oído hablar de mí, aunque no creo que sea el caso, no me conoces. —Ella pasa por alto el gesto cariñoso y continúa hablando—. Tal vez lo que te pase sea simplemente que te deslumbra la novedad que soy para ti o, tal vez, solo sea que te gusta hacerme el amor. Pero la mujer que ves ahora ha nacido hace muy poco tiempo. Hace apenas un puñado de años era muy distinta a como soy hoy. No te puedes ni imaginar cuánto, en serio.

—¿No puedo creerlo! ¿En qué sentido eras distinta? No sé... ¿Eras más gorda? ¿Tenías una nariz horrorosa? ¿O qué? —comenta divertido. Pero ella no sonrío, tiene la mirada perdida en el curso del agua cuyo murmullo los acompaña. Gael entiende que habla realmente en serio—. Cuéntame eso, por favor.

María permanece por un instante en silencio, evaluando la conveniencia de lo que está a punto de relatar. Nadie, ninguno de sus amantes ha llegado siquiera a intuir, antes de tiempo, la clase de ser que es. Ni mucho menos el que fue. Lucha consigo misma por entender por qué necesita abrirse a este hombre al que acaba de conocer y, sin encontrar respuesta, toma la decisión de dejarle entrar en su pasado.

—No me refiero a lo físico, tontaina. Me refiero a que era otra persona completamente distinta, con una vida distinta, con aspiraciones diferentes o, mejor dicho, sin aspiraciones. Triste y patética, diría yo. Por ejemplo, mira, tengo un hijo. ¿Te lo imaginabas? —Sonrío sin brillo en

los ojos.

»Pues sí —continúa hablando como si lo hiciera para sí misma—. Hace apenas cinco o seis años trabajaba limpiando casas. De empleada doméstica, vamos. —No pasa por alto el gesto de extrañeza que se refleja en la cara del chico ante su declaración—. De verdad, así me ganaba la vida. Ya sé que puede resultar chocante viniendo de una mujer que te ha traído a su finca de recreo en un Aston Martin, pero es la pura verdad.

—Me dejas intrigado. Explícamelo por favor, estoy deseando saber cómo una simple trabajadora acaba siendo la seductora mujer de bandera que eres tú.

—No creas que esto es algo que cuento con facilidad. De hecho, lo que te voy a narrar no lo sabe nadie. No lo he verbalizado nunca, así que no me interrumpas, por favor. Deja que te lo cuente de una tacada porque, de lo contrario, es posible que me arrepienta y no lo haga. —Gael levanta las manos en un gesto que da a entender que está de acuerdo, que no volverá a interrumpirla.

Fija la mirada en los ojos de él, María comienza a contar su historia tranquilizada por un destello en ellos que le asegura comprensión, complicidad, afinidad. Justo lo que nunca antes vio en ninguno de sus amantes. Justo lo que siempre ha buscado. Y decide que ha llegado el momento de aliviar la carga de su alma torturada porque este extraño que la acompaña parece capaz de entender su tragedia y, quién sabe, si de entender los motivos por los que piensa torturarlo hasta la muerte.

CAPÍTULO 7

parte 1

Entre el gentío que se agolpa alrededor del escenario del asesinato de Alicia Silas, María observa la conversación entre el inspector Vallejo y el hermano de la chica muerta. Sin más, en un momento determinado, los hombres se dan la mano y Caín se pierde caminando por detrás de los coches de emergencias. Casi no puede verlo ya cuando toma la decisión de seguirlo, impulsada por el mismo instinto, nuevo y potente, que la sorprendió en la bodega solo unas horas antes.

Imagina que el hombre se dirige a su casa paterna que, ya sabe, está en esa misma calle. Aun así, conociendo tan corto el recorrido, no quiere perderlo de vista. Procurando pasar desapercibida se mueve entre la gente a muy poca distancia de Caín, hasta que, unos metros más adelante, la calle comienza a despejarse y le resulta complicado asumir el riesgo de que el hermano pueda volver la cabeza y la sorprenda siguiéndole.

María se encuentra a la altura del número catorce cuando, en un movimiento sorprendente, Caín se desvía del camino a casa pasando de largo sin tan siquiera mirarla. Por unos segundos, imagina el dolor que debe sentir y lo difícil que se le debe antojar comunicar lo que ha pasado a su familia, y comprende su actitud. Pero es solo por un momento, porque Caín acelera el ritmo como si de repente hubiera decidido encaminar sus pasos a un sitio diferente y se pierde doblando la esquina, casi corriendo.

No hay ya duda en ella, a la carrera llega a la esquina para ver cómo el hombre al que persigue no disimula su prisa, abriéndose paso entre la gente que hay en las calles aledañas. Con la bolsa del trabajo colgada en bandolera, un tintineo de cristal le recuerda que lleva dentro una copa y una botella que ha olvidado tirar, corre tras Caín a una distancia prudencial con la esperanza de no ser descubierta. Pasa junto a la plaza y se dirige a las calles de alrededor donde lo ha visto entrar en un pasaje comercial.

Desde la entrada del pasaje, haciendo un esfuerzo para calmar su agitación y aparentar normalidad, observa cómo el hombre saca algo, que debe ser una llave, de su maletín y abre uno de los locales para desaparecer en su interior. María no sabe qué hacer. Vuelve a dudar entre dar por finalizada la aventura o continuar en pos de su objetivo.

Algo en ella, muy distinto a una decisión consciente, la empuja a adentrarse en el desierto pasaje y acercarse con cautela a la puerta del local en el que ha entrado Caín. Pasa por delante como si paseara y echa un vistazo al interior, que está completamente vacío. Ni rastro de él. Mira a un lado y a otro. Sigue sola en el lugar y decide comprobar si está cerrada la puerta. No lo está.

Toca decidir qué hacer ahora. Está lanzada: por supuesto, lo que toca es entrar. Con sumo cuidado, intrigada por la diáfana ausencia de persona alguna en el lugar, asoma la cabeza por la puerta entreabierta. Es entonces cuando llega hasta ella un ruido, como si alguien arrastrara un mueble, y comprende que Caín debe estar en la sala que hay al final de una escalera que solo ahora, una vez dentro del local, puede ver.

Un sonido característico le hace comprender que se acaba de abrir una cerradura eléctrica. El portazo que le sigue le da a entender que Caín ya no está abajo. Permanece atenta a cualquier sonido durante un rato. No se escucha nada, pero, aun así, baja aterrorizada por la empinada

escalera al no tener la certeza de que, efectivamente, sus suposiciones sean correctas. Pero lo son. No hay nadie en la habitación.

A un lado de la puerta que tiene enfrente hay un armario, aparentemente vacío, que entiende es el causante del arrastrar que escuchó desde la planta superior y que seguramente tapaba la puerta. Decidida a perseguir a su presa hasta el final, se desespera cuando repara en que la puerta está cerrada y luce orgullosa, a un lado, un descarado panel con numeritos iluminados que la desafía a marcar una combinación.

La habitación es minúscula y tan diáfana y limpia como el resto del local. No hay mueble alguno, a excepción del armario, y solo llama la atención una puerta de aspecto barato en una de las paredes. Es un pequeño aseo con pinta de no haber sido usado nunca. María comprende que el impulso que la ha llevado hasta allí ha perdido toda razón de ser porque no hay manera de continuar con la persecución y decide marcharse.

Con un gesto casi instintivo da un manotazo a una de las puertas entreabiertas del armario para mirar en su interior. No da crédito. Caín ha dejado allí su maletín. Inmediatamente lo abre y vacía su interior para buscar alguna pista que pueda ayudarle a abrir aquella puerta. Pero solo encuentra documentos con el logo de una empresa llamada CyberAct, una revista de caza y la cartera del propietario del portafolios. María se dice a sí misma: «¿Qué esperabas? ¿Un papelito que dijera: la clave de la puerta secreta es 1234? Anda, venga, déjalo ya y vete a casa, idiota».

Así que vuelve a colocar las cosas dentro del maletín, procurando hacerlo de la misma forma en que estaban antes de sacarlas, con la intención de abandonar. Solo entonces cae en la cuenta de que ni siquiera ha curioseado la cartera. Es una espléndida cartera de Hermes, pero con un contenido de lo más convencional. Un montón de tarjetas de crédito, casi 400 euros en metálico, el documento de identidad y poco más.

Espera un momento, se dice a sí misma. Merece la pena intentarlo, sería de tontos, pero, ¿y si funciona? Acercándose al panel numérico, María teclea con poca fe «210375» e inmediatamente un pequeño motor eléctrico retira el pestillo de la cerradura y abre la puerta. Sin más.

—¡Joder! ¡No puedo creer que la gente sea tan poco imaginativa! Tanta puerta secreta, tanto código de acceso y el tío le asigna como clave la fecha de su nacimiento. ¡Increíble! —dice en voz alta, olvidando por un momento la situación en la que se encuentra.

Abre la puerta con decisión y se asegura, antes de adentrarse en el pasillo que ha aparecido frente a ella, de que no hay que introducir otro código para abrir desde dentro, cosa que le garantiza la existencia de un simple pomo en la parte posterior que, por si acaso, comprueba que funciona correctamente.

Al final del estrecho pasillo encuentra un ascensor ante el que se detiene sin saber demasiado bien qué hacer. Con casi total seguridad, pulsar el botón de llamada supondría que Caín escuchara la maquinaria y, por tanto, detectara su presencia. No, definitivamente no va a hacer eso. Mejor será volver sobre sus pasos.

De regreso a la pequeña sala del sótano, cierra la puerta y se dispone a esperar. María deja pasar los minutos hasta que, bastante más de una hora después, escucha cómo se abre la puerta del ascensor al otro extremo del pasillo. Con un movimiento rápido, comprueba con la mirada que el maletín y la puerta del armario presenten una posición parecida a lo que recuerda haber visto al entrar y se refugia en el baño con la esperanza de que el hombre no tenga la necesidad de usarlo. Unos segundos más tarde, escucha desde su escondite cómo se abre la puerta y después

silencio. La puerta del armario hace un ruidito casi imperceptible al abrirse pero que llega claro hasta donde está ella, e inmediatamente después oye los pasos que ascienden por la escalera sin atreverse casi a respirar. Inmóvil, continúa oculta en el baño esperando escuchar cómo Caín abandona el local. Solo cuando oye girar la cerradura de la puerta principal del local cae en la cuenta de que está atrapada, sin salida, en una propiedad privada perteneciente a un tipo, por lo demás, bastante sospechoso.

María procura controlar el pánico, en una actitud que incluso a ella le cuesta reconocer en sí misma. Ni rastro de la chacha acomplejada que salió esa misma tarde hacia el trabajo. Sonríe confiada y, con una seguridad que no conocía hasta ahora, olvida la situación en que se encuentra para centrarse en descubrir el secreto que oculta Caín. Ya veremos cómo salimos de aquí — piensa—, lo importante es coger ese ascensor.

Vuelve a teclear la combinación de la puerta y en unos segundos pulsa el botón que abre inmediatamente el elevador. En su interior solo hay dos pulsadores que llevan abajo y arriba. Por un instante titubea, con el dedo puesto sobre el botón, para acabar pulsándolo con decisión.

Un momento después, la puerta de la cabina le abre paso a una sala en la que se están encendiendo automáticamente las luces. Aún dentro del ascensor puede ver que se trata de un espacio amueblado muy escuetamente, en el que hay una mesa de cristal y un sillón. Como Neil Armstrong en la luna, María mira al suelo para dar un paso que la adentra en la habitación. Un solo paso que le permite contemplar mejor las dimensiones de la estancia y descubrir una enorme pantalla de televisión colgada de la pared.

Está encendida y muestra una imagen estática que su mente se niega a entender. Horrorizada, poco a poco dibuja una mueca de espanto cuando comprende que lo que está viendo no es una imagen de una película de terror. Es un vídeo, un vídeo terrible.

Sobre una silla, iluminado desde arriba y completamente desarbolado, la pantalla muestra el cuerpo totalmente cubierto de cortes de lo que una vez fue una mujer. Cortes dispuestos sobre la piel casi con precisión geométrica y mucha sangre. Sangre sobre el cuerpo y sobre el suelo, mezclada con lo que parece ser el cabello de la víctima. La cabeza rapada cae inclinada hacia delante impidiendo que se pueda distinguir la cara con claridad, pese a lo cual puede adivinarse que se trata de alguien joven, muy joven. Una especie de cordón cuelga del cuello del cadáver y de él pende algo que María no acaba de identificar porque lo oculta parcialmente la propia posición de la cabeza y la sombra que esta arroja sobre el pecho.

Petrificada frente a la pantalla, horrorizada y fascinada a la vez por el espectáculo que contempla, María no puede apartar la mirada de la chica muerta. Sus ojos recorren el cuerpo y se detienen en cada herida, en cada golpe, intentando distinguir cuán profundo o intenso es cada uno. Sin embargo, la iluminación cenital y el enfoque algo lejano no le permiten apreciar nítidamente los detalles. Necesita ver el espectáculo en primera fila. Entiende que la señal llega a la pantalla desde algún lugar de ese mismo sótano y que no puede ser otro sitio que el que está al otro lado de la única puerta que hay en la sala. También se abre con una secuencia numérica: 210375. Hay suerte y la cerradura cede a la primera. Sigue alucinada por la simpleza de la combinación.

Efectivamente, ella está ahí. El foco que la alumbra desde el techo proporciona la suficiente luz para que María encuentre, al lado de la entrada, el interruptor de las luces de la sala. Bañada completamente por esas luces, la escena gana realismo, pero pierde parte del dramatismo que le

proporcionaba la iluminación puntual. El cuerpo parece ahora casi un muñeco desvencijado. Se acerca a él lentamente para apreciar todos los detalles.

En el suelo cubierto de sangre hay pisadas alrededor de la silla. Huellas de Caín, grandes y numerosas. Toma la precaución de colocar sus pies justo dentro de dos de las pisadas, como si eso fuera a proteger el secreto de su visita. Ahora comprueba que lo que cuelga del cuello de la chica son sus propias orejas ensartadas por la parte superior en una cuerda y observa de cerca los grotescos cortes a ambos lados de la cabeza, donde en su momento estaban. No hay precisión en las heridas, más bien estas hablan de ensañamiento, de furia. María ha perdido el sentido de lo que hace, poseída por una pulsión primigenia que no podría definir y alarga su mano para rozar suavemente con los dedos el borde de una de las heridas más grandes que prácticamente atraviesa de lado a lado el pecho derecho de la chica, justo por debajo del pezón. Es un corte profundo que parece ser de los primeros que padeció la víctima, seguramente cuando aún estaba viva, porque la sangre en los bordes aparece ennegrecida y seca.

Le parece curioso el hecho de que las puñaladas sean simétricas. A un corte en una pierna corresponde otro casi idéntico en la otra y el patrón se repite a lo largo de todo el cuerpo como si un eje imaginario que lo dividiera en vertical fuera la referencia para un macabro juego especular. Puede sentir el dolor sufrido por ella y el placer degustado por él, porque comprende que el fin último de los actos de Caín para con la chica no era darle muerte, sino la práctica de la tortura, el poder de infligir dolor y decidir sobre aliviarlo o incrementarlo, de ser el único dueño del destino de alguien que asiste incrédulo e impotente a su propio tormento. Tanto como le asquea la saña con que ha sido tratada esta mujer, le parece justo castigo si hubiera vivido haciendo sufrir a otros, haciéndolos víctimas de su desprecio, arrostrándoles su insignificancia. Ella ha sufrido todas esas vejaciones, incluso más, y sabe perfectamente que cualquier castigo es poco para quienes las practican.

María ha visto en Caín algo que la obliga a empatizar. Sus miradas se han cruzado un solo instante, pero lo suficiente para sentir una conexión por la que fluyen instantáneamente mil voltios. Tal vez esta chica fuera una de esas personas, tal vez mereciera lo que le ha pasado. Seguro.

Quizá sea por eso, por un destello de piedad inspirado por el trágico destino que posiblemente le hayan deparado sus actos en vida, por lo que acerca ahora su mano para acariciar la cara cortada en pedazos de la chica de la silla. Pasa la palma por su cráneo mal rasurado y roza sus labios con la punta de los dedos.

De repente, María, como impulsada por un resorte, sale disparada hacia atrás y cae al suelo, sobre la sangre y el pelo que lo cubren. Con los ojos abiertos como platos y la boca desencajada, mira esos labios martirizados de los que acaba de escuchar un susurro que parece componer la palabra «ayuda». La muchacha no está muerta, aún conserva un hálito de vida. Ella intenta incorporarse, pero resbala en el charco y su brazo derecho topa con algo duro en el suelo. Es un cuchillo de aspecto terrible que está totalmente cubierto de restos orgánicos. María lo empuña y, con un nuevo esfuerzo, se incorpora delante de la silla.

No puede entender el porqué de la ola caliente de placer infinito que la devasta por dentro cuando, sin el más mínimo reparo, clava el Kudu hasta la empuñadura en la frente de la joven.

CAPÍTULO 7

parte 2

Excitada y confusa, permanece largo rato observando la grotesca forma en que sobresale el puño del cuchillo de la cara de la chica, ahora sí, definitivamente muerta. Es consciente de que, pese a que su torturador la diera por acabada antes de irse, ha sido ella quien ha terminado finalmente con su vida. Probablemente nadie hubiera podido hacer nada por salvarla, pero, aun así, ella es la verdadera asesina de esa desconocida. Y se sorprende a sí misma satisfecha por lo que acaba de hacer. No siente remordimiento ni culpa y empieza a comprender que, tal vez, hubiera sido una experiencia digna de ser vivida participar de la tortura.

Abrumada por la crueldad indolente de sus propios pensamientos, María toma consciencia de que se encuentra bañada en sangre. Hay una ducha en una esquina de la sala, abre el grifo y se mete vestida bajo el chorro tibio. Lágrimas sin motivo ruedan por sus mejillas mezclándose con el agua. No entiende su propio llanto ni lo que lo ocasiona, porque no sabe distinguir si llora por lo que ha hecho o por lo que le hubiera gustado hacer y no ha podido.

Ha estado un rato bajo la ducha y ha conseguido serenarse. En el suelo, tirada de cualquier manera, hay una toalla ya mojada pero que le sirve para secarse como buenamente puede. Mientras lo hace, piensa en todo lo ocurrido esa tarde intentando sacar conclusiones.

Nunca se sabe lo que te depara la vida. Los grandes cambios se producen en un instante, una fracción nimia de tiempo que, sin preguntas ni piedad, pone tu mundo del revés. No importa un carajo lo claro que tuvieras tus planes. Solo unas horas antes, María era una mujer enfadada con el universo, pero resignada a una subsistencia intrascendente en la que había aprendido a encontrar un cierto confort. La rutina y la ausencia total de expectativas vitales le permitían consumir los días como se consume un cigarrillo, sabiendo que se enciende solo para quemarlo y, en el proceso, dejarse un poco de vida. Por eso cuando, desde la ventana de la bodega, presencia el brutal asesinato de Alicia Silas y el llanto del asesino comprende que, en el fondo, todos buscamos morir de amor y para conseguirlo somos capaces incluso de matar lo que más queremos.

Arroja la toalla al mismo sitio donde la encontró, saca de su bolsa la botella y se sirve el resto del vino que contiene. Permanece con la mirada perdida sobre el cadáver y la mente en sus propias divagaciones.

María asume entonces que es ahí donde radica el verdadero sentido de su existencia, en sentir que muere y hace morir por amor. En saber que alguien la sueña, la respira, la necesita para levantarse cada día y en desear corresponderle con todas sus fuerzas. Saber que, pase lo que pase, jamás volverá a estar sola porque confía en unos brazos que le ofrecen refugio y abrigo.

Ahora sabe que, si habiendo dado cuanto lo anterior exige solo recibe crueldad y desprecio a cambio, es su obligación devolver el golpe multiplicado por cien, pues solo así podrá estar segura de que existe la justicia. Hoy lo ha visto, primero en el asesino y después en la chica del sótano: matar y morir. Justificadamente, por derecho propio.

Tiene que hallar al joven de la calleja de la bodega. Necesita hacerlo, comprender sus motivaciones, comprobar si coinciden con la forma nueva de entender las cosas que acaba de descubrir. Se promete a sí misma que hará cuanto pueda para encontrarlo, por más que en este

momento no sepa por dónde empezar.

Sin embargo, sí sabe cómo llegar a Caín Silas. Naturalmente, este no es el lugar para encontrarse con él por primera vez, pero conoce su casa y el local que da acceso al sótano. Suficiente para empezar. Ya ha visto lo que Caín es capaz de hacer, así que, piensa, tal vez él sí pueda enseñarle el camino que busca y la manera de castigar a los que se lo merecen. La muerte de Alicia le proporciona una excusa perfecta para acercarse a su hermano y piensa que tal vez pueda aprovecharla.

Pero, lo primero es lo primero: «Ingeniárselas para salir de aquí», murmura hablando sola. El local está cerrado con llave. Es consciente de que, a esas alturas, después de lo que ha ocurrido, es imposible disimular su paso por estas salas, y también sabe que Caín debe volver para deshacerse del cuerpo. Lo lógico por su parte sería intentar que el hombre no advierta su visita hasta que sea demasiado tarde y ella se haya esfumado.

María sale de la habitación, sin volver a mirar a la víctima, a toda prisa hacia el ascensor. Recuerda haber visto un cubo y una fregona en el pequeño aseo de la sala que da entrada al pasillo. No sabe bien cuánto tiempo ha pasado en el sótano, pero, en todo caso, entiende que Caín podría volver en cualquier momento. Sabe que es poco probable dadas las circunstancias a las que tiene que atender en relación con su familia, mas, aun así, quiere estar lista cuanto antes.

Armada con un cubo y una fregona vuelve a la sala de torturas y comienza a trabajar. Apaga las luces de la estancia dejando el foco central encendido, tal y como lo encontró. Un último vistazo al cadáver le recuerda que desde fuera de la sala puede verse la escena en la televisión. Se acerca al cuerpo y sosteniendo la cabeza con una mano saca el cuchillo de donde está clavado. Ha decidido quedárselo, así que lo limpia y se lo guarda, metiéndolo en la cintura trasera de su pantalón. Vuelve a poner en su bolsa la copa y la botella vacía y, ahora sí, sale definitivamente de la sala cerrando la puerta.

En la televisión, aparentemente, la imagen no difiere de la que encontró al llegar. Tiene la incómoda sensación de que pasa algo por alto, pero, aunque lo intenta, no acierta a saber de qué se trata. Achacando a los nervios su inseguridad, comienza a fregar el suelo en las zonas por donde ha pasado previamente y que ha manchado con pisadas ensangrentadas y el agua de la ducha, mientras retrocede hasta el ascensor.

Realizando la misma tarea hasta volver a encontrarse de nuevo en el pequeño sótano del local, María vacía el cubo en el baño y se sienta sobre el inodoro. Más tarde o más temprano Caín tendrá que volver. Será cuestión de esperar, entonces.

De repente recuerda. Ya sabía que olvidaba algo. Coge el teléfono móvil y llama a su madre para decirle que se ha encontrado con unos amigos y se va a quedar con ellos, que no la esperen a dormir. Soporta como puede las preguntas de la madre extrañada por el comportamiento poco habitual y, despidiéndose con un beso, cuelga. ¡Qué cabeza la suya! Olvidaba lo más importante: tranquilizar a los suyos. Sin embargo, aunque cree que era eso, sigue sintiendo que algo no va del todo bien.

Ve pasar las horas y lucha consigo misma para no fumar. No puede permitirse que huelga a tabaco en el local cerrado. Tampoco se atreve a salir del baño así que, allí sentada, mata el rato jugando con el móvil hasta que, bien entrada la madrugada, lo guarda y se deja vencer por el sueño. Casi son las cinco de la mañana cuando despierta sobresaltada al escuchar el giro de la cerradura del local. Ya viene. Tienes que conservar la calma —se dice—, no tiene por qué entrar

aquí.

Oye los pasos en la planta superior y cómo alguien baja las escaleras. Por instinto se tapa la boca con las manos como si hacer ese gesto le impidiera emitir sonido alguno. Su propia respiración se le antoja escandalosamente ruidosa y contiene el aliento. Hay un silencio sepulcral en el pequeño sótano, pero María sabe que es engañoso, que no está sola. Por fin, unos interminables segundos más tarde suena el tono de los números pulsados en el panel de seguridad y, un momento después, oye la puerta cerrarse.

No tiene mucho tiempo ya hasta que se descubre que alguien ha estado allí. Con extrema precaución gira el pomo de la puerta del baño y mira por la abertura. Está sola. Antes de salir de su escondite, una duda asalta su mente: ¿ha oído cerrar con llave la puerta del local? No está segura, pero sabe que es su única opción y sale disparada escalera arriba y, con la confianza de que todo va a salir bien, gira sin dudar la maneta de la puerta de entrada y esta se abre.

Con una sensación de euforia que no cabe en un litro de adrenalina, corre por el pasaje, sale a la calle y se pierde atravesando la plaza con la certeza de ser una mujer con verdadera suerte.

Lo que María no sabe es que, a partir de ahora, va a necesitar esa suerte más que nunca.

CAPÍTULO 8

parte 1

Casi es la una de la mañana cuando Caín recibe una llamada del inspector Vallejo pidiéndole amablemente que se persone en la comisaría central para contestar algunas preguntas e informarle del procedimiento habitual que se sigue en esos casos, si es que se encuentra con ánimo suficiente, añade. Su madre, bajo el efecto de los fármacos, duerme profundamente y él, que sabe que inevitablemente tendrá que acudir a explicar lo que sabe, decide que será mejor cumplir cuanto antes con ese trámite.

Ali está muerta. Eso no va a cambiar. Su corazón encogido de dolor encuentra un bálsamo refrescante en el recuerdo de Eva, que así se llamaba la chica que yace muerta en la silla del sótano. Y en el de todas y todos los que por allí pasaron antes. Ciento cuarenta y tres, lleva perfectamente la cuenta, desde que descubrió el remedio al ansia que le devora el alma, de noche y de día. Ni siquiera en este momento, cuando Alicia sin vida lo espera en un refrigerador, puede dejar de ser el depredador que es. Y está bien.

Gracias papá, tu ejemplo ha germinado en mí para convertirme en lo que soy —piensa—, un hombre en la cúspide de la verdadera naturaleza de la raza humana. Cuando sus padres supieron de su venida al mundo, no hubo ninguna duda al respecto del nombre que tendría la criatura en caso de que fuera niño porque, en los planes que Alberto ya tenía trazados para él, su hijo sería por siempre libre de tomar las decisiones adecuadas para la solución de sus problemas, sin importar la naturaleza de los mismos ni la gravedad del resultado. Aunque tuviera enemigos, saldría indemne de toda persecución protegido por su progenitor, por su auténtico creador, y estaría exento de las debilidades propias de las herencias religiosas, culturales y políticas que hacen del común de los mortales un rebaño de auténticos corderos. Absolutamente amoral, absolutamente libre y preparado para seguir sin remordimientos los más primarios instintos. Un hombre instruido para hacer lo necesario y tomar lo que quiere, usarlo para sus fines y desecharlo sin miramientos cuando deja de serle útil. Un depredador perfecto. Un auténtico *Rapax*, como le gustaba llamarse a sí mismo a papá.

Sí, la muerte de Ali duele y mucho. Es más trágica aún la pérdida por el momento en que se produce porque, del mismo modo en que él fue imbuido por su padre de una esencia indómita, era justo ahora cuando, educada por Caín, Alicia estaba verdaderamente preparada para vivir sin límites ni barreras. Placer, poder y principios. Las tres pes que guían su vida. Todo está permitido y vale para conseguir el máximo placer, el mayor nivel de poder y la defensa de la familia como los únicos principios dignos de guiar la vida de un verdadero líder.

Recuerda el esfuerzo de los muchos años invertidos en Ali. Alberto, su padre, pudo educarla desde pequeña y, sin embargo, prefirió centrarse en Caín porque sabía que la mejor manera de afianzar en él lo aprendido era transmitiéndolo a alguien y, ¿a quién mejor que a su propia hermana? De tal modo que permitió que la niña se educara de manera elitista pero convencional, tan ajena al mundo en que vivían los varones de la casa como su propia madre. Precisamente, la educación recibida debía ser el mayor obstáculo que encontrara cuando, al cumplir Alicia quince años, fue designado por su padre el encargo de iniciarla en las tres pes. Sin saber cómo empezar tratándose de su propia hermana, Caín, que ya tenía veinticinco años y una larga experiencia

como *Rapax*, pidió consejo a su mentor. Este le recomendó, sin dudarle, empezar por trabajar el placer, porque es más sencillo convencer de cualquier cosa a alguien cuanto más se asocian los consejos que se reciben hoy a los admitidos de anterior y al placer que nos proporcionaron.

De ese modo, Caín comenzó el proceso de seducción de Alicia. En realidad, hacía tiempo ya que se había fijado en cómo su cuerpecito de niña adquiría proporciones de mujer, más rotundas y hermosas a cada mes que pasaba. Para él fue una auténtica delicia iniciarla, poco a poco, en el sentido más profundo del concepto de placer absoluto, comenzando por guiarla en el descubrimiento de su cuerpo, de la masturbación propia y, más tarde, de la de un hombre o la de una mujer.

Alicia aprendía rápido. Caín, que esperaba encontrar resistencia en su hermana, quedó sorprendido por la capacidad que ella demostraba para entender y asumir las razones de la búsqueda del hedonismo más allá, incluso, de cualquier condicionante adquirido. Pero no solo sorprendía la velocidad con que aprendía, sino que era más increíble aún ver cómo disfrutaba haciéndolo.

Y así, avanzando día a día, Alicia se convirtió en la compañera perfecta para sus correrías sexuales. Durante dos años adquirió destrezas orales y manuales capaces de satisfacer el deseo de Caín y de sus amantes. Sin embargo, a pesar de que en más de una ocasión ella suplicó su permiso, desesperada ya por conocer un hombre, nunca permitió que nadie llegara a poseerla. Ni siquiera su padre, especialmente atraído por las chicas muy jóvenes, la había tocado jamás. Debía estar completamente preparada para eso y solo a Caín correspondía decidir el momento exacto y con quién.

Recuerda nítidamente aquella tarde de verano. La familia al completo pasaba unos días de vacaciones en un hotel de la costa. Después de comer en la playa, sus padres decidieron dar un paseo por la orilla del mar. Tanto Caín como Ali prefirieron volver a sus respectivas habitaciones para descansar un rato.

Caín se ve a sí mismo caminando por el pasillo del hotel, perdido en las curvas de Alicia que camina unos pasos por delante. Al llegar a la altura de la habitación de la chica, ella se gira hacia él y acaricia su torso semidesnudo.

—Ya sé que me estás comiendo con la mirada. No quiero hacerlo con nadie que no seas tú — le dice mirándolo a los ojos mientras sus labios carnosos le besan justo en la comisura de los suyos—. Yo me quedo aquí.

Caín, desconcertado y excitado a la vez, no dice nada y se limita a verla desaparecer tras la puerta que ella entorna muy despacio, no llega a cerrarla, sin dejar de mirarlo con auténtico deseo. Allí plantado lucha contra el ansia que otra vez se adueña de su cuerpo en una sensación tan familiar que no le sorprende. Tiene que dominarse para avanzar unos metros y recluirse en su propia habitación alejándose de la tentación de los diecisiete años de Alicia.

Tumbado en la cama, lleva más de media hora intentando descansar y no puede. Su cabeza es un hervidero de imágenes que se lo impiden y su cuerpo un enorme saco de magma hirviente que no puede enfriar.

Un momento más tarde, Caín empuja suavemente la puerta entreabierta de la habitación de Ali.

Puede verla, dormida sobre un costado, en la penumbra fresca de la habitación. El silencio más profundo hace de coro a su respiración tranquila mientras, tumbado a su lado y ligeramente

incorporado sobre un codo, Caín acaricia con la mirada la piel de su espalda desnuda, tenuemente iluminada por la luz que se filtra entre las cortinas.

No la toca, solo mira fascinado cómo se derrama su revuelto pelo oscuro sobre la almohada y el pliegue que forma el brazo al encontrar su cuerpo. Baja por el perfil que dibuja hasta encontrar los largos y hermosos dedos de su mano abierta posados sobre la cadera, resistiendo la tentación de entrelazarlos con los suyos. Le gustan sus manos y cae en la cuenta de cuánto ansía que lo toquen.

No quiere despertarla; con mucho cuidado retira la sábana que le cubre las piernas y continúa dedicado a la pasión de contemplarla. Recorre las curvas peligrosas de sus nalgas, que le hacen perder la cordura obligándole a pensar en besarlas, morderlas, moldearlas con las manos y enterrar la cara en ellas para llegar con la lengua al último rincón, a todos los rincones.

Tiene que contener la excitación a pesar de la tensión de una erección que amenaza con hacerle estallar y se obliga a deslizar hacia abajo la mirada sobre su piel dormida. La postura que mantiene deleita sus sentidos con un hermoso triángulo oscuro, entre sus piernas y las nalgas, que no contribuye en nada a relajarle, al contrario, las posibilidades que brinda el lugar incrementan su deseo hasta niveles que apenas puede soportar ya.

Es por eso, porque le puede el deseo, por lo que se atreve a rozar con los dedos la parte posterior de sus muslos, sabiendo de antemano que ese gesto será suficiente. Ella responde girándose hacia él, pasando los brazos sobre su cuello, y besándole con los ojos aún cerrados. Un beso largo, suave y húmedo que le permite jugar con su lengua y sus labios al principio, para después devorarlos sin miramientos mientras atrae su cuerpo hacia él agarrándola por la espalda. Impaciente, siente sus pechos sobre el suyo cuando la penetra para calmar la ansiedad de su verga ardiente. Sabe que tendrá ocasión de seguir recorriéndola con la mirada, así que abandona de momento el paseo de los ojos por su cuerpo para dedicarse por entero a ella, su único y realmente bello motivo de deseo.

Aquella tarde, Caín encontró en Ali el verdadero sentido de la primera de las tres pes. Años de práctica, de búsqueda de la esencia del placer, solo para descubrir su máxima expresión en una niña que se transforma ante él en una especie de diosa de origen lunar, de rara belleza y extraordinaria malignidad, completamente opuesta a las enseñanzas del buen Dios y capaz, valiéndose de su hermosura, de hacer que cualquier hombre desobedezca las enseñanzas de este a través de los placeres carnales. Solo después de horas de exquisito delirio entre las cuatro paredes de aquella habitación de un hotel de playa comprendió, al sentir el poder que su hermana ejercería sobre él, ya para siempre, que era ella la auténtica heredera de la forma de vida que aprendió de su padre.

Ahora, ella ya no está. Solo recuerdos como este la mantendrán viva en su mente hasta el día en que pueda saldar cuentas con sus asesinos. Los encontrará y les hará pagar por todos y cada uno de los momentos de placer con su diosa de los que le han privado de hoy en adelante.

Inmerso en sus pensamientos, Caín ha conducido casi de manera automática hasta la misma puerta de la comisaría. Aparca su coche en una calle cercana y, entrando al recinto policial, pregunta a un agente de uniforme que le recibe, por el inspector Vallejo.

Unos minutos después, aparece el inspector y se dirige hacia él.

—Buenas noches, señor Silas. Lamento la premura a estas horas, pero hay cosas que cuanto antes se atiendan mejor. Acompañeme, por favor —dice invitándole a seguirlo a través de un

pasillo con un gesto de su brazo derecho—. Procuraremos agilizar el procedimiento al máximo para que pueda marcharse a descansar lo antes posible.

Pero Caín no piensa en descansar. Sabe que aún le queda pendiente deshacerse de Eva y está de acuerdo con Vallejo.

—Sí, inspector. Acabemos cuanto antes, por favor.

CAPÍTULO 8

parte 2

La policía le ha entretenido durante varias horas con preguntas sobre su hermana, sobre sus amigos, sobre sus posibles novios, con quién salía, qué sitios frecuentaba, si se drogaba, etc., etc... Preguntas todas a las que Caín contesta con las respuestas adecuadas a la imagen de buena chica que su hermana ha cultivado siempre entre vecinos y conocidos.

En plena era digital, un agente le ha hecho revisar varios enormes tomos impresos de fotografías de elementos con antecedentes por delitos varios en relación con la violencia contra las mujeres. Ha tenido que argüir lo larga que ha sido la tarde y lo cansado que se encuentra cuando, a pesar de que no faltaba nada entre las pertenencias de Ali, han intentado enseñarle otros tres tomos correspondientes a delincuentes fichados por robo con violencia. Le han informado de que al día siguiente se practicará la autopsia al cadáver de su hermana y que, una vez terminado el trámite, el cuerpo será devuelto a la familia para poder darle sepultura. Caín se ha puesto a disposición de Vallejo para cualquier cosa que pudiera necesitar y dando las gracias por el interés de la policía, se ha marchado de la comisaría cuando eran ya las cuatro y media de la mañana.

El Aston Martin plateado que está estrenando lo acoge como si fuera su hogar. Caín arranca y conduce deprisa por las calles de la ciudad desierta pensando ya únicamente en la tarea que tiene por delante. Apenas quince minutos después, llega a su casa. Algo retirada de CyberAct, la vivienda unifamiliar de Caín está en las afueras y dispone de un amplio garaje en el que caben dos coches.

Tarda apenas un momento en cambiarse de ropa y, vestido con un chándal negro y zapatillas deportivas, vuelve a marcharse, esta vez a bordo de un Range Rover negro que le acompaña siempre en el tipo de tarea que se dispone a acometer. El viaje hasta el local se le hace eterno, acosado por la certeza de que no ha actuado bien. Sabe que, pese a haber tomado todas las precauciones posibles para garantizar la discreción de su guarida, nunca es conveniente abandonar el trabajo hasta que todo vuelva a estar en orden. Nunca entra documentado y tampoco ha dejado jamás un cuerpo muerto en el sótano. Haberlo dejado hoy le causa una zozobra que le inquieta.

El pasaje comercial en el que está el local presenta, básicamente, dos ventajas para sus propósitos. La primera es que la mayoría de los locales vecinos están desocupados y los que no lo están, apenas reciben visitas. La segunda es que dispone, en una de las salidas, de un muelle de carga cubierto que no utiliza nadie. Estas son magníficas razones para usarlo durante el día, pero por la noche son insuperables, porque jamás ha visto a nadie por allí a esas horas, ni siquiera en los alrededores.

Abre el local y se dirige al pequeño sótano. El armario a un lado de la puerta, dejándola al descubierto, le disgusta. No está bien. Teclea la secuencia en el panel y en unos segundos está ya en la sala inferior. La televisión muestra a Eva tal y como la había dejado, lo que en cierto modo serena su intranquilidad. La imagen en la pantalla se le antoja increíblemente hermosa y, por un momento, vuelve a recorrer su espalda un escalofrío de placer.

De repente, Caín entiende que algo no va del todo bien, que algo en la imagen que tiene ante

sus ojos no debería estar allí. Se acerca al enorme aparato escudriñando cada pixel hasta que, de repente, repara en el corte vertical en la frente de Eva. ¡No, no, nooo! ¡Esto no puede ser! —grita corriendo hacia la puerta—. Con solo abrirla, la certeza es total. Alguien ha estado allí.

Plantado frente a la chica, Caín está en *shock*. Nunca había previsto esto que, evidentemente, acaba de pasar. No había podido imaginar que su templo pudiera ser profanado y menos aún que un extraño tuviera el atrevimiento de acuchillar a una de sus víctimas. ¿Dónde está el cuchillo? No recuerda qué hizo con él, pero sabe que no lo limpió ni lo devolvió a su sitio en el armario.

Su mente reacciona. Es más que posible que el intruso aún esté aquí. En el baño de arriba — piensa—. Sale disparado hacia el ascensor, el ansia cabalgando sobre las pulsaciones desbocadas de su corazón. Golpea varias veces el botón de subida y corre por el pasillo. A mitad del recorrido oye claramente, en el silencio de la noche, el clack de la puerta del local al cerrarse.

Apenas unos segundos más tarde, Caín mira a un lado y al otro del pasaje. Ni rastro de persona alguna. Corre hacia la salida más próxima a la plaza, tal vez por instinto, pero el callejón y los alrededores están igualmente desiertos. Con los brazos en jarra, se obliga a sí mismo a recuperar la calma. «Tranquilo, tranquilo. Lo encontrarás», piensa.

De vuelta al local, baja de nuevo a la sala después de comprobar que, efectivamente, ya no hay nadie en el baño. Cuántas veces habrá pensado en cambiar la estúpida contraseña de las puertas. Demasiado tarde, ahora solo queda tomar nota de que la torpeza y el exceso de confianza se acaban pagando siempre.

En el armario junto al ascensor, Caín busca un mando a distancia y, armado con él, se sienta en el sillón poniendo los pies encima de la mesa de cristal, completamente sereno ya. Pulsa un botón del aparato y la pantalla queda en negro. Un pequeño rótulo aparece en la esquina superior derecha del televisor: AV3. Inmediatamente comienza a reproducirse una grabación de las últimas veinticuatro horas. Introduce con el mando la hora a buscar, las 22:00, y cuando el sistema vuelve a reproducir, comprueba que Eva estaba sola en ese momento. Pulsa el avance rápido hasta que, de repente, la sala se ilumina y una mujer que no había visto en su vida entra en escena acercándose a su chica. Mira a su alrededor hasta que en un momento dado lo hace directamente hacia la mini cámara, parece que sin verla. Pausa. Ampliar. La pantalla muestra ahora el rostro de María con setenta pulgadas de tamaño. Imprimir.

—Pero, ¿quién cojones eres tú y cómo te atreves a joderme así?

CAPÍTULO 9

Casi dos semanas después de la trágica tarde en que sucedió todo, María vuelve a limpiar la bodega. Nada en su vida ha cambiado. La misma rutina diaria, el mismo vacío de siempre. La orgía de sangre y sensaciones extremas de aquel día la mantuvo alerta por un tiempo. Cada vez que pisaba la calle lo hacía con el miedo de encontrarse a Caín Silas en cualquier esquina y acabar en el triste sótano que descubrió esa noche. Sabía que no tenía motivos para estar intranquila, pues no había manera de que nadie pudiera relacionarla con cuanto ocurrió en el callejón o en el local. Sin embargo, algo en su interior le dice que no debería relajarse, que todo lo acontecido la supera por inexperta y que algo que se le escapa supone un evidente peligro.

Ha meditado mucho sobre su comportamiento, sobre la pulsión de violencia, del deseo irrefrenable de matar que culminó cuando apuntilló a aquella pobre chica. Quiere sentirse culpable y arrepentida pero no puede. Al contrario, rememora una y otra vez cada episodio de ese día porque una onda tibia y placentera la inunda de arriba abajo cada vez que lo hace. En todo caso se siente culpable de cobardía, de no haber sido capaz de asumir su nueva condición en toda su magnitud, de no haber buscado venganza sobre los que han hecho de su vida la auténtica mierda que es hoy.

María mira al callejón desde la ventana que la convirtió en una mujer nueva, al menos por una tarde. Se pregunta qué ha sido de su intención de encontrar al asesino de Alicia y no encuentra una respuesta que justifique su desidia al respecto. A veces, casi en cualquier momento o circunstancia, puede volver a verlo sobre el cuerpo tirado en el suelo. Ágil, decidido, consciente de lo que hace y completamente enamorado de un imposible, solo puede inspirar ternura en ella. Parecía tan joven, tan frustrado, tan desesperado...

Reconoce que se siente atraída por aquel hombre y que haría lo que fuera por encontrarlo, aunque no sepa muy bien para qué. El único problema es que no tiene ni idea de por dónde empezar a buscar. No sabe nada de él, nada de lo que vio le proporciona un mínimo indicio al que aferrarse. Nada salvo la propia víctima, claro —piensa María totalmente sumergida en sus pensamientos—, por fuerza tenían que conocerse. No se mata a un desconocido con tanto amor.

Alicia. Sí, tal vez sea la única manera de iniciar la búsqueda. Pero, ¿cómo indagar en los círculos más próximos a la chica? No sabe nada de ella y no podría justificar sus preguntas. María, que hace tiempo descubrió que cuando no sabes algo lo mejor es preguntar al señor Google, saca su móvil y teclea en el buscador «asesinato Alicia Silas». Inmediatamente, la página devuelve una lista de más de cinco mil entradas relacionadas. Bajo el rótulo «Noticias» aparecen varios artículos periodísticos que dan cuenta del suceso, del funeral y de los avances en la investigación policial.

Le interesa todo. Las noticias que dan cuenta del asesinato, todas igual de irrelevantes para ella, aportan un dato que desconocía y que puede ser interesante. Alicia Silas de Conde fue nombrada, hace casi dos años y pese a su juventud, consejera delegada de CyberAct. Recuerda haber leído ese nombre en los documentos de la cartera de Caín. ¿Una empresa familiar, quizá? Bien, ya tiene algo por dónde empezar.

Las reseñas del funeral le permiten conocer que los hermanos Silas son huérfanos de padre. Una foto del responso que oficia un cura con aspecto muy digno le hace comprender que se trata de una familia relevante. En ella aparece Juana de Conde, la madre, junto a Caín, que pasa un

brazo por sus hombros y, justo a su lado, el alcalde de la ciudad con la delegada del gobierno y otras personalidades de la vida pública y empresarial, incluso nacionales. Sí, parece que están bien relacionados.

Los avances de la investigación policial son bastante intrascendentes. Más allá de asegurar que el crimen no tuvo connotaciones sexuales ni se trató de un robo, se asegura que la autoría corresponde a una sola persona y que se desconocen los móviles que pudieran estar en el origen del suceso. María les lleva ventaja porque sabe que se trata de un asesinato pasional. Una muerte por amor.

Obviando el resto de entradas que aparecen en Google, cambia las palabras de búsqueda. Ahora teclea el nombre de la muerta junto al de la empresa. Un enlace la lleva a una noticia de un periódico de economía que se hace eco del nombramiento de Alicia como consejera en CyberAct. Efectivamente, se trata de una empresa familiar, fundada por Alberto Silas en el año 1998 y que a la muerte de este por un infarto de miocardio hace seis años, quedó en manos de su hijo Caín Silas como accionista mayoritario y nuevo presidente de la compañía. Desde ese momento CyberAct, que hasta entonces no pasaba de ser una empresita que funcionaba bien, comenzó un ascenso en vertical hacia la cumbre del mercado impulsada por las innovadoras ideas y desarrollos que el nuevo responsable había impuesto.

—¡Joder! —exclama María—, están forrados. Los resultados de la empresa en el ejercicio anterior superan los trescientos cincuenta millones de euros de facturación en todo el mundo. Al parecer, su fuerte es el *software* de última generación con aplicaciones industriales y militares. Está previsto que este mismo año comience a cotizar en bolsa con excelentes perspectivas abonadas por la reciente firma de un contrato multimillonario con el gobierno chino para dotar a sus centros de inteligencia con un nuevo sistema de minería de datos. En consecuencia con lo anterior, se prevé una fuerte expansión a nivel mundial de CyberAct y su posicionamiento inmediato como compañía líder de su sector.

Por último, toma nota de que Alicia tenía una amplia formación en derecho y empresa, adquirida en prestigiosas universidades tanto europeas como de Estados Unidos. Es un dato que también le parece interesante. Siempre se puede obtener información de compañeros y profesores deseosos de compadecerse con una amiga de la difunta.

Satisfecha por los resultados de tan superficial investigación, sentada sobre el murete de la ventana del primer piso, decide que será mejor dedicarle el tiempo que sea necesario en cuanto llegue a casa y, guardando el móvil en un bolsillo de su bata blanca, vuelve a entrar en modo chacha para continuar limpiando a toda prisa con la idea fija de terminar cuanto antes y recluirse en su habitación para continuar buscando.

Apenas una hora después da por terminada la faena antes de tiempo y pone rumbo directamente a su ordenador. Le ha costado tanto concentrarse en la limpieza que ha decidido dar por finalizada la jornada de trabajo prematuramente. En su cabeza no hay sitio para otra cosa que no sea lo que ha descubierto sobre la chica Silas. Intenta pensar con claridad, intuir los pasos necesarios para entrar en el mundo de Alicia. Cree que, si tiene que dar por bueno el hecho de que conocía a su agresor, incluso de que existía una relación entre ambos, del mismo modo debe dar por cierto que tienen que existir pruebas de que se conocían. Una relación, en los tiempos de hoy en día, implica necesariamente comunicación digital. Mensajería instantánea, correo electrónico, redes sociales, en algún lugar debe haber constancia de hasta qué punto se conocían

y cuál era la verdadera relación entre ellos.

María es una persona que tiene pocos amigos y ninguna relación digna de considerar. Su vida solitaria en el mundo físico es por contra extremadamente activa en internet, eso sí, siempre bajo seudónimo, con perfiles falsos, sin publicar nunca fotografías personales, con el máximo celo para no dar nunca información a los hombres que pasaron por su vida y que tanto daño le hicieron. Facebook, Twitter, Instagram, incluso LinkedIn son sitios que conoce bien, en los que se maneja con total soltura y que utiliza básicamente para conocer más sobre sus pocas aficiones. Para sus escarceos de fin de semana y para cuando necesita un hombre con urgencia, dispone de cuentas, igualmente bajo nombre falso, en algunas redes sociales más especializadas. Sin embargo, sus conocimientos no van más allá del nivel de un usuario avanzado y sabe que si tiene intención de conocer los secretos de Alicia debe ir un paso más lejos.

Solo conoce una persona con capacidad para servirle en su propósito, pero el simple hecho de reconocer que pudiera necesitarla, le repugna profundamente. Su corazón solo alberga odio y resentimiento hacia Lucas, el maltratador y padre funesto que lleva años sin interesarse en absoluto por la que un día fuera su pareja ni por el hijo que tienen en común. Hace un esfuerzo por mirar la situación desde la perspectiva de la nueva mujer que quiere ser: una nueva María, fuerte y decidida, que concluye que es el momento de utilizar a ese malnacido para sus intereses.

—Hola, ya estoy aquí —saluda a su madre, sentada en la cocina escuchando la radio—. ¿Y el niño?

—Está en la calle, jugando al fútbol con los amigos. Ya mismo estará aquí, digo yo —contesta la anciana.

—Muy bien. Voy a darme una ducha y después a mi cuarto, que tengo que hacer cosas en el ordenador. Luego hago la cena.

Diez minutos después, está sentada delante de la pantalla de su portátil. Una búsqueda rápida en las redes sociales le permite encontrar los perfiles de Alicia en Facebook y LinkedIn. Perfiles a los que no puede acceder sin enviar una solicitud, naturalmente.

—Hola, soy yo —Lucas ha cogido el móvil casi de inmediato, quizá porque no conoce el número llamante—, necesito verte. No te preocupes, no quiero nada de ti. Necesito que me eches una mano con un asunto informático.

—Pero... ¿tú eres tonta, gilipollas o qué coño eres, imbécil? ¡A qué cojones me llamas ahora para pedirme ayuda! Entérate de una vez: ¿por qué crees que no te llamo ni nada, eh? ¿Por qué? ¡Pues porque no quiero saber nada de ti ni del niño ese que dices que es mío, joder! No te digo. Hay que joderse...

Ella, con el mismo tono de voz calmado con que inició la llamada, continúa hablando, sabiendo muy bien por dónde debe llevar la conversación.

—Tranquilo, tranquilo. La verdad es que sí, necesito que me ayudes. Pero también es verdad que últimamente he pensado en ti con frecuencia. ¡Hace tanto tiempo que no te veo! No te confundas, cabrón: no es que me haya olvidado de lo hijo de puta que eres. Sencillamente hace demasiado tiempo que no me echan un buen polvo. Te voy a decir esto una sola vez y no creo que lo pueda volver a decir en mi vida: nadie me ha follado nunca como lo hacías tú. ¿Tanto has cambiado que serías capaz de rechazar una proposición indecente solo porque venga de mí?

María puede imaginarse la cara de idiota que debe tener Lucas al otro lado del teléfono, pero

también sabe que tratándose de ese hombre puede esperar cualquier respuesta. Por unos instantes se hace el silencio en la conversación y casi puede oír la pelea entre las cuatro neuronas del tipo tratando de tomar una decisión.

—De manera que vas mal follada, ¿no? Y te has acordado mí, claro. Ya te lo dije en su día, nena. Te dije que tendrías que acabar echándome de menos. ¿Un polvo por los viejos tiempos? Pues claro. ¿Cómo te iba yo a negar eso? Te voy a dar tanta caña que me vas a suplicar que lo volvamos a hacer, te lo advierto. Lo que me extraña es que hayas tardado tanto tiempo en llamarme.

—Sí, pero tío... primero me ayudas con el asunto que te digo. Ya te lo explico cuando nos veamos. Me apetece que me folles, pero si no me ayudas, paso. En serio—. Cruza los dedos y espera que él reaccione como cree que lo hará.

—¡Que sí, que sí! Venga, ya me contarás cómo es que te ha dado por los ordenadores. ¡Pero si tú solo sabes fregar y no del todo bien! ¿Cuándo vienes?

—Ya veo que sigues igual de cerdo que siempre ¿Te parece bien esta noche? Sobre las once o así. Hazme un favor, lávate por mí.

—¡Jajaja! De acuerdo, señorita limpieza. Sigo viviendo en el mismo sitio. Te estaré esperando. Chao.

No puede creer lo que ha hecho. El subidón de autoestima la convence de que es esa la mujer que quiere ver en el espejo de su baño. Todavía tiembla de rabia por la conversación que acaba de mantener con el tipo repugnante del que, le parece mentira ahora, estuvo perdidamente enamorada una vez. Sigue igual de chulo y ofensivo que en los últimos años de convivencia, ni rastro del galán que una vez quiso creer que era, y no puede por menos que dar gracias por haberlo apartado de sus vidas definitivamente.

Aunque sabe que necesita de su ayuda, no quiere permanecer al lado de Lucas más tiempo del imprescindible a sus fines, así que vuelve a concentrarse en la pantalla de su viejo ordenador para seguir buceando en la red de redes en busca de más información que pueda resultarle útil. En el buscador vuelve a realizar la misma consulta que la llevó a las noticias sobre la muerte de Alicia, pero esta vez recorre el resto de los enlaces, los que no tuvo tiempo de visitar en la bodega.

Tiene entendido que, si un sitio web no aparece en las primeras dos o tres páginas de los resultados de búsqueda, las posibilidades de que alguien te encuentre son prácticamente inexistentes. Precisamente por eso, pasa varias páginas visitando algunos enlaces que le parece pudieran tener algo que ver con lo que necesita, hasta que, en la cuarta andanada de reseñas de Google, encuentra un link, «el blog de las armas blancas», en cuya descripción aparecen las palabras «A. Silas», y al pulsarlo, ¡oh, sorpresa!: toda una revista dedicada al mundo de los cuchillos, espadas, punzones, hachas, presidido en la cabecera por una foto de Alicia.

El blog es un sitio bastante profesional. Análisis de diseños, de materiales, fabricantes, distribuidores internacionales, casi cualquier aspecto relacionado con la fabricación, compraventa o utilidad de las más variopintas herramientas punzantes y cortantes. Alicia publicaba artículos en los que opinaba sobre las armas que presentaba, algunos incluso ilustrados con fotografías o vídeos.

Pero lo que llama poderosamente su atención es el foro de opinión que contiene el blog. Agrupados por temas, cientos de posts dan fe de que se trata de un sitio web con cierta

relevancia. María tiene la paciencia de revisar uno a uno los hilos de discusión y encuentra varios usuarios registrados que participan activamente en más de un tema. Sin embargo, de entre todos ellos hay uno especialmente participativo que no deja un solo asunto sin comentar, sin opinar o sin aportar su punto de vista. LocoX..., María lo lee como Loco Por..., parece ser un fan incondicional de la editora del blog. No encuentra ni una sola discusión, polémica o análisis en los que no dé la razón incondicionalmente a las tesis de la chica Silas y le parece significativo.

La puerta de entrada se cierra con un sonoro golpetazo. Ha llegado el niño.

—¿Qué hay para cenar, abuela?

A lo que ella contesta:

—No lo sé, hijo. Ahora dirá tu madre. Anda lávate un poco y ponte cómodo. No la molestes que está haciendo no sé qué en el ordenador.

Sin dudarle, se registra como nuevo usuario en el sitio y unos segundos después recibe un email de confirmación del registro que le permite acceder a la zona de foros para ver el perfil de otros participantes. La zona de usuario de LocoX... no incluye foto, lástima, pero sí contiene algo especialmente relevante: una dirección de correo electrónico que el titular facilita a los miembros del foro para contactos privados que, además, le parece muy significativa. Anota locox.ti.as@gmail.com, mientras se pregunta si el propietario quiere reivindicar con esa dirección que está loco por las tías o, lo que le parece más interesante, está loco por ti a.s. — Alicia Silas—. Definitivamente, este tipo promete. A ver qué encuentra Lucas sobre él.

Antes de abandonar el blog de las armas blancas, María anota las direcciones de contacto de la editora en redes sociales, la de Twitter le faltaba, y un correo asilasarmas@hotmail.com que, igualmente, deja para que se lo trabaje el impresentable de Lucas.

Son más de las nueve. Otro cambio de chip y aparece la María que hace la mejor tortilla de patatas del mundo. Tortilla y boquerones fritos, ya está lista la cena. No tenía que haberse duchado al llegar —piensa—, ahora le olerá el pelo a fritanga. Quiere estar lo mejor posible cuando llegue a casa de su ex, no puede errar el tiro. Sabe que le interesa ponerlo a cien para sacar el máximo provecho a la visita y decide que será mejor lavarse la cabeza antes de salir.

Con una falda corta y ajustada que le sienta de maravilla, y una camisa de seda que desabotona justo hasta donde se puede hacer sin parar el tráfico, María se encamina, subida en unos muy altos tacones, hacia la parada de taxis.

—Buenas noches. Voy al número 52 de la calle de la Estrella.

Faltan cinco minutos para las once de la noche cuando pulsa el botón del portero automático. Por toda respuesta recibe el sonido del desbloqueo de la puerta y se dirige a la escalera. Le tiemblan las piernas, pero está completamente decidida.

No tiene que llamar al timbre. Él la espera con la puerta abierta.

—¿Lucas? —Casi no puede reconocer al tipo gordo y medio calvo que la recibe. La vida lo ha tratado como se merece. Muy mal.

—¿Qué pasa, tanto he cambiado? Entra, que te voy a enseñar otras cosas que no han cambiado nada —escupe el tipo, apartándose a un lado para dejarla entrar, con una sonrisa que convierte la expresión de su cara en la mueca de un perro rabioso.

Pero María no se intimida. Con paso firme, entra en la casa por el estrecho hueco que deja Lucas entre su cuerpo y la puerta, mirándolo a los ojos y devolviéndole la sonrisa, quizá porque se siente segura de sí misma, porque se siente segura de lo que va a hacer o porque el cuchillo

Kudu que lleva en su bolso le asegura protección contra todo mal.

CAPÍTULO 10

parte 1

Al borde de la pequeña laguna, Gael está próximo al infarto. María, a su lado, ni siquiera lo mira, absorta en su propio relato. Todo lo que cuenta parece realmente veraz, pero él, que la escucha hablar, no puede evitar convertir en imágenes los acontecimientos y rechazar en su mente que sea ella, la irresistible mujer que acaba de entrar en su vida, la verdadera protagonista de la historia que está narrando.

—Para un momento, María. Para. No he querido interrumpirte hasta este momento, pero, en serio, ¿me estás confesando que mataste a una mujer que no conocías de nada? ¿Que fuiste testigo de un asesinato en plena calle y no solo no dijiste nada, sino que disfrutaste viéndolo? Joder, ¿es verdad todo esto que me cuentas?

—Estás escandalizado, lo entiendo. Te he dicho que iba a enseñarte mi verdadero yo y no he querido ahorrarte ningún detalle. Sin embargo, mi historia es mucho más larga y me temo que en ella hay episodios mucho más fuertes que lo que ya te he contado. Tal vez lo mejor sea que lo dejemos aquí. Si quieres marcharte, puedes llevarte el coche. Andrés me llevará de vuelta a la ciudad mañana. Preferiría que no dijeras nada a nadie de lo que te acabo de contar, pero si lo haces me da igual. Ya estoy cansada de la persona que veo en mí, de no poder compartir mi forma de ver la vida. Necesito liberarme de este peso. Siento haberte escogido a ti para hacerlo.

—No. No, por favor —él reacciona a sus palabras tal y como ella esperaba—. Es solo que, bueno, en fin... No sé, nadie me había confesado nunca algo como lo que me cuentas. Confío en ti. Sé que apenas te conozco, pero, a pesar de lo que hayas podido hacer, no me das miedo. Al contrario, siento que puedo estar tranquilo a tu lado. Me interesa tu historia, por favor sigue contándomela, quiero saberlo todo de ti. Y no te preocupes, jamás diré una palabra de tu relato. A nadie.

—¿Estás seguro? El hecho de conocer mis andanzas te convierte poco menos que en cómplice, no sé si lo has pensado. Es decir, si no haces nada al respecto, claro. De verdad Gael, no sé si deberías complicarte la vida de esta forma. Ahora que lo pienso, en mi egoísmo tal vez esté abusando de ti y no quiero hacer eso. —María agacha la cabeza en un gesto de arrepentimiento que la hace aún más adorable a los ojos de su amante.

Poniendo un dedo bajo su barbilla, Gael la obliga a levantar la cara. A pesar de eso, ella continúa mirando hacia abajo y él, incapaz de resistirse, la besa suavemente en los labios como símbolo de su confianza, de que es capaz de perdonar cuanto le explique sin que importe el papel que ella juegue en el relato.

—Por favor, continúa.

El sol ha empezado a dar muestras de cansancio y amenaza con ir retirándose hasta el día siguiente. Sin embargo, aún queda un buen rato de luz.

—¿Quieres un café? A mí me apetece. —En la voz de María hay un cambio de actitud evidente. Saca de su mochila un termo, dos tazas plegables y una bolsa con pastas. Mientras sirve el café de Gael dice:

—Está bien. Por favor, no me juzgues hasta que no haya terminado mi historia. Estaba contándote el día que volví a ver al padre de mi hijo...

CAPÍTULO 10

parte 2

Con solo poner un pie en el interior de la casa de Lucas, María siente que se revela su estómago y una arcada de repugnancia remueve todas sus vísceras. Todo sigue igual que tantos años atrás. Los mismos muebles, avejentados y sucios ahora, que fueron testigos de su vida en común. Las mismas cortinas, la misma lámpara horrorosa en el salón. Un olor desagradable, como a cueva en la que hace tiempo que no entra el aire, impregna toda la casa.

Ha dado apenas tres pasos en el pasillo cuando Lucas la alcanza por detrás poniendo sus sucias manos en los pechos de María.

—¡Conque necesitas al viejo Lucas para que te dé lo tuyo!, ¿no? No te preocupes, nena, que te voy a dar todo lo que quieras. Sigues estando muy rica, cabrona —le dice hablándole muy cerca de la cara mientras aprieta su carne con las manos.

Con un movimiento decidido, ella abre los brazos deshaciendo la presa del hombre que tiene detrás y gira sobre sí misma para encararse con él.

—¡Quieto, quieto! ¡No te lances todavía! Ya te he dicho que primero necesito algo de ti —añade cambiando de tono y colocando su mano sobre el pecho del tipo—, aunque es verdad lo que dices: he venido a que me des lo mío, lo que merezco. ¿Me lo vas a dar, Lucas? ¿Me vas a complacer?

Sorprendido por una actitud que no recuerda en ella, Lucas la mira en el pasillo de la casa como si fuera una extraterrestre. No sabe qué es lo que tiene de distinto, pero siente que no es la misma chica insegura y manejable que conoció en su momento. No le importa, porque lo que sí sabe es que ha venido suplicando follar con él. Él es el que manda. Y piensa hacerlo valer como en los viejos tiempos. Un poco de sexo y un mucho de hostias, se relame solo de pensarlo.

—Claro que sí, nena. Te voy a dar todo lo que te complazca. Vamos al grano entonces —ya no se atreve a seguir agarrándola—, cuéntame qué necesitas de mí.

Ella no entra en detalles, ni da explicaciones de por qué razón ni para qué necesita la información. Él tampoco se lo pide. Simplemente, a indicación de María comienza a rastrear las cuentas de correo de Alicia y LocoX... buscando las posibles vinculaciones que pudiera haber entre ambas. Lucas no ha estudiado en ninguna escuela de informática ni tiene titulación alguna al respecto, pero ha sido su pasión desde que tenía diez años. Lo que comenzó como un juego terminó llevándolo a adentrarse en los secretos de la *Darknet*, la Red Oscura donde fluye la información con la garantía del anonimato más absoluto. Los expertos calculan que el 95% del volumen total de los contenidos disponibles en internet es accesible solo desde *Darknet*. Un lugar al que no llegan los buscadores tradicionales y donde se puede encontrar cualquier cosa, desde manuales terroristas hasta sitios que difunden actividades culturales prohibidas en los países de origen pasando por cualquier otro tema, legal o ilegal, que uno pueda imaginar y que es usada tanto por delincuentes como por personas corrientes que, por diferentes causas, quieren mantener el anonimato en la red.

Trabajando en su ordenador, los tres monitores que tiene Lucas en su habitación no paran de presentar, una tras otra, pantallas de información que este escudriña con verdadera atención. No para de hablar, dando explicaciones técnicas de lo que está haciendo, aunque a María no le

importan en absoluto. Ella se limita a asentir con la cabeza y a emitir algún que otro sonido que quiere dar a entender que comprende lo que le cuenta, pero no es verdad.

Diez minutos después, un sitio recomendado por *Freered* —el directorio por excelencia de *Darknet*— les permite *hackear* la dirección de email de Alicia Silas. María, expectante, se sienta junto a Lucas delante de los monitores para revisar el correo de la chica muerta en busca de algún indicio de que pudiera estar manteniendo una relación secreta. Varias búsquedas y filtrados después, los resultados son decepcionantes pues, en general, parece que esa cuenta se usaba casi exclusivamente para cuestiones relacionadas con el blog de armas que editaba. Han puesto especial atención en los mensajes enviados por LocoX... pero, salvo alguna referencia inocente a cuestiones ajenas al tema, todos los contenidos se ciñen al mundo de las cosas que pinchan o cortan.

—Oye, parece que esta tía se envía correos a sí misma. Mira, aquí hay otras dos direcciones que parecen tuyas. Una del dominio cyberact.com y otra de Gmail —dice Lucas, señalando con el dedo la pantalla.

—Entra en la de Gmail. No creo que la cuenta del trabajo sea la más indicada para encontrar lo que busco.

Entrar en esa cuenta lleva ahora apenas un minuto. Lucas ha ordenado al sistema que, en paralelo, realice la misma operación para la cuenta del fan que le ha dado María. La información de cada uno de los procesos aparece en monitores distintos.

—¡Jajaja! ¿Quién es el puto amo, eh nena? ¿Quién es? ¡Dímelo! —Parece que tiene algo, pero María no sabe de qué diablos se trata.

—El puto amo eres tú, gilipollas. Dime qué has encontrado, que yo no veo nada.

Lucas arrastra las pantallas que escanean las dos cuentas de correo hasta el monitor de cincuenta pulgadas que ocupa la posición central y dice:

—Fíjate, correos del loco en la cuenta de la niña y al revés. Es más, echa un vistazo a los asuntos. Esto ya no tiene nada que ver con cuchillitos ni tonterías.

Efectivamente, algunos de los correos que se han intercambiado tienen por asunto frases del tipo «te echo de menos» o «te comería entera ahora mismo». Muerta de curiosidad, ella le pide que los abra. Necesita saber qué contienen porque, ahora está segura, LocoX... es sin duda el eslabón que está buscando o al menos así quiere creerlo.

—De eso nada, monada. Te conozco. Yo he cumplido con mi parte del trato. Ya los leerás en tu casa o donde quieras. Ahora te toca cumplir a ti. —Lucas coge un pendrive, copia en él los correos y apaga el ordenador.

No es el plan que se había trazado ella, que evalúa la situación buscando elementos que la ayuden a tomar una decisión. Sabe que, aunque le pese, puede volver a necesitarlo y desabrochándose la camisa, le escupe a la cara:

—¡A ver si tienes huevos de hacer que me corra, maldito cabrón!

CAPÍTULO 10

parte 3

Ha sido humillante, repugnante, «asqueante» y todas las cosas malas que acaban en ante — piensa—. En un taxi que la lleva de vuelta a casa, María no ve el momento de revisar el contenido del USB. Es cierto que el sexo con Lucas es bueno, pero, a pesar de tener que reconocerlo, se declara incapaz de soportarlo. Es el mismo de siempre, sin embargo, ella no lo es. Orgullosa de su reacción, sonrío al recordar la cara de cobarde lastimoso del tipejo cuando ha intentado darle un bofetón y ella le ha propinado un rodillazo en las pelotas. Algún día ajustarán las cuentas que tienen pendientes.

Son las dos de la madrugada. Su familia duerme profundamente, aunque ella no tiene sueño. La intriga por conocer los correos que se cruzaban Alicia y el loco la mantiene entusiasmada. Procurando no hacer ruido prepara café, coge un bollo y se sienta delante del ordenador. Examina el contenido del *pendrive* en cuanto acaba de instalarse. Hay varias decenas de mensajes, la mayoría de él hacia ella, aunque existen algunos en la otra dirección. Sea lo que fuese lo que había entre los dos no parece que se trate de una relación de mucho recorrido, ya que los correos que ha rescatado Lucas se enviaron en un periodo de tiempo de apenas seis meses. Curioso, el último correo recibido por la chica y enviado por LocoX... es de la misma mañana del día de su muerte. Un último vistazo a la lista de mensajes le permite comprobar que no hay ninguno que tenga archivos adjuntos, es decir, si compartían fotos, vídeos o cualquier otra cosa, no lo hacían por email o no a través de estas cuentas. Es cierto que hay mensajes que tienen por asunto frases muy íntimas, pero también existen otros que se titulan con un simple «Hola» o con un «Buenos días». Estos saludos le hacen pensar en palabras como hábito o rutina, un signo evidente de que existe una comunicación frecuente. En realidad, la lista de *emails* así lo confirma, pues, desde el primero al último, y salvo contadas ocasiones, todos los días se intercambiaron escritos. María decide abrir el primero.

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>
para: alisdec@gmail.com
fecha: 5 de noviembre de 2010, 17:44
asunto: Por fin te he conocido
Hola Alicia.

Estoy en deuda contigo por partida doble. Primero por haber accedido, en su día, a darme este correo para que podamos hablar en privado. Tengo cosas que decirte que no deberían estar en un foro público. La segunda cosa que agradecerte es que hayas cambiado el diseño del blog —ha quedado realmente muy bonito— y, sobre todo, que hayas puesto una foto tuya.

No quiero parecerte un loco —aunque mi dirección de correo diga lo contrario—, pero sabes que te sigo desde que comenzaste a escribir sobre armas blancas, hace ya varios años, y te aseguro que ver tu imagen ha supuesto mucho para mí. Eres tal y como había imaginado. No quiero decir con esto que eres realmente guapa, sé que ya lo sabes, lo que intento decirte es que tu foto me confirma lo que siempre he sospechado. Ahora sé que no escribes sobre este tipo de armas simplemente porque te gusten, sino por algo más.

Creo que, en cierto modo, todo este mundo de filos y punzones es para ti una herramienta, algo que usas de un modo habitual en tu vida, porque no puedo imaginar qué otra cosa puede haber en la cabeza de alguien para describir, como lo haces tú, los efectos sobre la carne de una hoja de metal. Es algo íntimo, profundo, casi místico. Sublime.

No creas que me importa el tipo de carne que cortas, por favor. Me importas tú. Tengo que confesarte que casi desde el primero de tus post me he sentido atraído por ti y por tu forma de pensar y ver la vida. Solo espero que esta carta no sirva para generarte animadversión hacia mí. Te aseguro que nada me disgustaría más, pues quiero que sepas que he visto en ti, lo veo en cada letra que escribes, el reflejo más fiel de mi alma.

Estoy aquí para lo que quieras. Saludos.

LX

María no puede creer lo que lee. ¿Está insinuando que Alicia anda por ahí dando cuchilladas a no se sabe qué? Es de locos, claro. En cualquier caso, el tipo no se asusta por lo que piensa de ella, más bien parece admirarla. Tal vez estaba enamorado de ella antes incluso de empezar a escribirle directamente.

Intrigada por cuál será la contestación de la chica a semejante documento, advierte que el correo de vuelta es de los pocos que se distancian más de veinticuatro horas. A los tres días de haber recibido este primer mail, Alicia responde a su admirador.

de: Ali <alisdec@gmail.com>
para: locox.ti.as@gmail.com
fecha: 8 de noviembre de 2010, 22:21
asunto: Re: Por fin te he conocido

Querido LX.

Juegas con ventaja. Tú dices conocerme, en cambio yo no sé ni siquiera tu nombre. He intentado sacarlo del foro, pero tampoco aparece.

Me ha sorprendido mucho tu correo. No quiero hacerme la inocente ni ser ambigua contigo: me ha encantado. Creo que, pese a que te equivocas en cuanto a mi supuesta experiencia repartiendo tajos por esos mundos de Dios, estás acertado en que para mí todo lo que escribo es íntimo, personal. Nadie se había percatado de ello hasta ahora, quizá porque el tema es demasiado técnico. No sé.

Yo también quiero agradecerte algo. Me he sentido tan halagada por tu último párrafo que no encuentro palabras. Gracias, de verdad. Sé de lo que hablas porque yo creo, como tú, que todos necesitamos encontrarnos reflejados en alguien. Me alegro de ser quien te refleje a ti.

Ha sido un placer hablar contigo en privado. Tal vez podríamos repetirlo.

Un beso.

Ali

PD.: No creo que estés tan loco y, por tanto, no puedo dirigirme a ti por ese apodo. Por favor, si vuelves a ponerte en contacto conmigo, firma con tu nombre.

Lejos de rechazar la tan sui géneris tesis de su interlocutor, Alicia parece encantada con ella y hasta divertida. Hay en su contestación incluso un cierto grado de ternura que no deja de sorprender a María. Parece lógico pensar que, si busca mejor en el foro del blog, encontrará antecedentes de conversaciones entre ambos que han ido fraguando las bases para la relación en ciernes que adelantan los primeros correos privados que se cruzan.

Uno a uno, va leyendo en orden cronológico los *emails*. Le parece curioso ver cómo de los dos primeros, en los que la afición en común por los cuchillos se usa para acercarse a los asuntos privados, los mensajes van desviándose, un poco más en cada correo, hacia un escenario en el que lo único que verdaderamente tiene peso es lo estrictamente personal.

Ya ha leído los correos de los dos primeros meses —él sigue firmando como LX, ella no ha vuelto a pedir que revele su nombre— y María no ha encontrado ningún motivo para pensar que los protagonistas hayan llegado a encontrarse en la vida real. Sin embargo, es evidente que existen progresos en los afectos porque los escritos van subiendo de tono. Del afectivo pasan a ser clara y abiertamente sexuales. Fantasías plagadas de palabras tiernas veteadas de imágenes, en ocasiones pasionales y en otras casi pornográficas.

Es en unos párrafos que aparecen en un extenso email de mediados de febrero en los que, pese a tratarse claramente de otra de las fantasías que intercambian, se advierte por primera vez hasta qué punto se ha enamorado de ella:

«...No sé. Recobro la noción de la realidad y pienso que quizá se trate de expectativas demasiado elevadas para tan fugaz reencuentro mientras continúo caminando muy cerca ya del hotel. Accedo al hall, me dirijo directamente a la zona de ascensores y pulso para subir.

Mientras espero, reparo en que lo que ha pasado en el bar es una experiencia nueva con ella, pues jamás la había tocado de esa forma. Dudo, procurando no entrar en pánico. Una cosa es un calentón y otra enfrentarse a una mujer para hacerle el amor por primera vez. El puñetero ascensor no ha tardado casi nada en llegar al quinto piso y abrirse a un pasillo interminable.

Busco la habitación 512 y me paro ante la puerta. Tardo tanto en decidirme a llamar que la puerta se abre sola. La veo desnuda frente a mí —pero también desde dentro de mí— y cualquier atisbo de duda se esfuma como vino. Me siento seguro y a salvo como el viajero del espacio que por fin regresa a casa.

Entro en la habitación cerrando la puerta detrás. Me mira fijamente con ojos que brillan de deseo, de lujuria, y que acaban por encenderme como si fuera hierba seca. A cada paso que doy hacia ella, retrocede con otro igual. Basta de juegos.

La tomo por la cintura y me aproximo a su cuerpo despacio para, de repente, empujarla a la enorme cama con sábanas blancas de algodón egipcio sobre las que comienza a restregarse disfrutando del roce de la tela sobre su piel. La miro, de pie frente a la cama y me parece más hermosa que nunca...»

Además, por vez primera firma y lo hace como Paul Adrien. Aunque está segura de que es un nombre inventado, le parece realmente significativo, por el propio contenido del mail, que sea ahora cuando revele su nombre.

Por lo que ha leído hasta el momento está convencida de que no se han visto, de que no se conocen en persona. Y, sin embargo, se aman. A María le cuesta comprenderlo, tal vez porque en su vida nunca hubo espacio para amores intangibles, ocupada como lleva treinta y cuatro años en sobrevivir al trabajo duro, a las penurias de un sueldo escaso, cuando lo hay, y a la sinrazón

de amores perros que le han destrozado la existencia.

—¡Joder! Cómo me gustaría que alguien me viera desde su interior, coño. Y que me mire desnuda sobre unas sábanas de algodón. Así, descaradamente, de pie frente a la cama, para decirme lo hermosa que soy. ¡Este tío no está loco, sencillamente es irreal! Cualquiera mujer sabe que no existen tíos así.

A medida que avanza, María se siente más y más presa de Paul, hasta el punto en que ha dejado de leer los correos de Alicia para centrarse solo en los de él. Incluso las palabras que escoge al escribir parecen meditadas, seleccionadas de entre las posibles para conseguir expresar de la manera más hermosa lo que siente por aquella niña tan afortunada.

Son las seis de la mañana. Dentro de una hora el pequeño Lucas se levantará para preparar otra jornada de clases. Aún queda tiempo. Una sucesión de eróticas aventuras ficticias que intercambian entre ellos y en las que ambos son protagonistas —con el asunto «tasar lo invaluable»—, la llevan varias veces al borde de la masturbación. Solo se lo impide la certeza de que casi no le queda tiempo y la necesidad de terminar de leer hasta el último correo antes de que empiece un nuevo día.

Por fin se acerca a los últimos días de Alicia. Una semana antes, Paul inicia una serie de correos en los que desarrolla la amalgama de sentimientos que provoca en él la Silas y que ya le había expuesto de manera enumerativa en una comunicación anterior. El último de ellos se envía a las 7:45 horas del mismo día 11 de mayo, el día del asesinato de Ali.

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>
para: alisdec@gmail.com
fecha: 2 de mayo de 2011, 08:40
asunto: 1/4F. Tenderness.

4F —FOUR FEELINGS FROM A FOOL—

1F. Tenderness.

He estado pensando acerca de lo que me está pasando contigo. De verdad, creo que ya te lo he dicho antes, nada de esto entraba en mis planes. Quizá porque me parecías inalcanzable.

Es cierto que de alguna manera has estado presente en mi pensamiento desde que te vi por primera vez. Pero no es menos cierto que ocupabas un espacio en mi mente relacionado con algo que debería ser y no era, como el anhelo sereno de un amor de juventud que ofrece refugio en los momentos difíciles.

También es verdad que, de algún modo, siempre supe que si por cualquier motivo llegara a encontrarme contigo corría el riesgo de enamorarme perdidamente de ti. Hasta tal punto tenía la certeza de que eso podía pasar que, aunque tuve la tentación incluso de buscarte, nunca quise ni siquiera preguntar por ti a los amigos comunes que ocasionalmente encontraba por el foro y que me consta que te conocen.

Por todo eso, cuando contactaste conmigo en respuesta a mi correo, sentí que había dado el primer paso en el camino a la perdición. De repente identifiqué la idea que tenía de ti y comprendí que estaba hecha de ternura, que añoraba los gestos de tu rostro, tu forma de reír y la forma en que me miras, y que todas esas cosas eran la base del amor imposible que significabas para mí.

He tenido la suerte de comprobar que esos rasgos están, efectivamente, presentes en ti.

Imagino embobado la forma en que te tocas la cara mientras hablas, con tus manos elegantes y hermosas, con tus carcajadas, y me siento afortunado porque, aun siendo una mujer, puedas provocar en mí un sentimiento de ternura tan fuerte como el que se asocia a un amor de juventud.

Ya sé que hemos dejado de ser niños y que nos debemos a los compromisos que hemos ido adquiriendo a lo largo de nuestras vidas. Sin embargo, no puedo evitar dejarme llevar por la ilusión de que, tal vez mañana, pueda pasar por tu calle, recogerte y derrochar la tarde juntos hablando, sentados en un coche, de cosas que solo nos interesen a los dos. De comportarnos como lo hubiéramos hecho siendo niños, sabiendo ya que lo que hoy siento por ti se ve correspondido y poder decirte, como en su día no me hubiera atrevido, que te quiero y que siempre fue así.

Paul Adrien

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>

para: alisdec@gmail.com

fecha: 4 de mayo de 2011, 07:53

asunto: 2/4F. Wonder.

4F —FOUR FEELINGS FROM A FOOL—

2F. Wonder.

Ahora que conozco parte de la historia de tu vida a lo largo de los últimos años, redibujó en mi mente, con trazos de madurez, a la chica constante y tenaz que debiste ser. Madurez de esa que viene impuesta por las experiencias vividas, lo quieras o no, y que te ha transformado en la mujer que veo hoy.

He sentido como propios los desaires, las humillaciones y los fracasos que me has contado, pero también son ya parte de mí las historias divertidas, las cosas que te apasionan por especiales que puedan ser, tus aficiones y hasta la gente que quieres.

Te miro y veo en ti una mujer segura en los principios que rigen su vida, apasionada por su trabajo y dueña de una mente libre. Sé que detrás de esa seguridad existen dudas porque lo contrario sería casi antinatural, y sé que los que te hicieron daño no tenían nada de especial y no eran distintos a los que han —hemos— hecho daño a otras personas, con intención o sin ella.

Con todo, me maravilla comprender que aquella chica que fue tan importante para mí, la que me cuenta que se consideraba a sí misma un poco pava de pequeña, ha resuelto con solvencia las agresiones que inevitablemente trae consigo la vida conforme asumimos responsabilidades.

Es importante que sepas que mi admiración por ti no se asienta en falsas imágenes fruto de lo que siento hoy. Sencillamente no puedo dejar de reconocer tu triunfo sobre lo negativo que haya podido ocurrirte en la vida, la manera que tienes de relativizar los problemas, la pasión que pones en tus pasiones, la forma en la que ves el mundo.

Admiro, rotunda y sencillamente, que los trazos de madurez que te redibujan hoy no hayan tenido más efecto en ti que mejorar la chica constante y tenaz que fuiste, convirtiéndola en la espléndida mujer de carácter que me enamora cada día.

Paul Adrien

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>

para: alisdec@gmail.com

fecha: 7 de mayo de 2011, 10:12

asunto: 3/4F. Pride.

4F —FOUR FEELINGS FROM A FOOL—

3F. *Pride.*

Por alguna razón misteriosa que no alcanzo a comprender del todo, me bastó un simple mensaje para conectar totalmente contigo. Conectar como sinónimo de encontrar, de enlazar, de vibrar.

Para mí sigue siendo incomprensible cómo la fuerza que te une a una persona amada permanece fiel a su condición de no creable e indestructible y cómo, en un simple instante, vuelve a aparecer llevándose por delante cualquier otra cosa que hubiera ocupado su lugar sin importar el tiempo ni el espacio. No me invento lo que digo. Hasta hay una fórmula matemática que lo expresa.

Después de reencontrarte, tengo por cierto que siempre hemos estado destinados a ser uno y que esa fuerza de la que te hablo y que, sin saberlo, existió siempre entre los dos, regresa modificada por los océanos en los que ha navegado mientras tú y yo estábamos a nuestra vida y que los cambios que nos han moldeado a lo largo de los años, de algún modo, han influido en ella para hacerla más atenta, más despierta, mejor.

Digo esto porque eso que me une a ti lo hace de tal modo que nada tiene que ver con un amor primerizo. Porque siendo una fuerza tan intensa me deja observarte, quererte profundamente y percibir la evolución que transformó a aquella chica de la que me hablabas. Y me gusta.

He descubierto en ti cosas que no sabía. Ahora sé cuánto te gusta cantar, bailar, lo que disfrutas riéndote y te he visto como una profesional. Sé que aún me quedan cosas por conocer, por descubrir, seguramente no todas tan hermosas, pero, a pesar de eso, por mucho que me empeñe en encontrar un vocablo que defina lo que siento, no encuentro ninguno que mejore a la palabra orgullo.

Sí. Me siento orgulloso de que cantes para mí, de oírte reír con cualquier chorrada que te pueda contar, de saber de tu trabajo, de ti... Pero por encima de todo, me siento orgulloso de contar con tu cariño, al que me he propuesto no fallar mientras así lo quieras.

Paul Adrien

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>

para: alisdec@gmail.com

fecha: 9 de mayo de 2011, 16:30

asunto: 4/4F. Complicity.

4F —FOUR FEELINGS FROM A FOOL—

4F. *Complicity.*

Aunque me separen trescientos mil kilómetros de tu piel, de tus manos y de tus besos, tengo la continua sensación de estar siempre cerca de ti. Es cierto que el bendito móvil ayuda bastante, pero también lo es que el tipo de proximidad capaz de generar el calor que siento cuando hablo contigo no puede deberse exclusivamente a la transmisión de un paquete de datos

que contiene ceros y unos.

Con el tiempo he llegado a creer firmemente que, dado que somos energía, todos vibramos en un universo inconmensurable con el único objetivo de encontrar otra vibración que nos complete. Sin embargo, basta un mínimo de conocimientos matemáticos para comprender lo ínfimo de la probabilidad de que nuestra frecuencia se refleje en otra para vibrar juntas hacia la unidad y para entender también por qué no es extraño que los seres humanos agotemos nuestros días, incluso habiendo explorado hasta los mismos límites del infinito, sin encontrar la onda perfecta de otra persona que nos haga sentir el increíble placer de ser solo uno.

Yo tengo suerte porque la encontré en ti. No es que de repente te haya descubierto. Sé que ya lo hice hace mucho tiempo. Sencillamente ahora entiendo las horas y horas que podía pasar relejendo tus artículos sin más pretensión que escucharte en mi interior, sin desear otra cosa distinta a que tardara mucho en llegar el momento de apagar el ordenador y dejarte ir.

Sigo alegrándome cuando decimos lo mismo casi a la vez, cuando cazas al vuelo mis tonterías como si las hubieras pensado tú y cuando imagino que me miras con el mismo brillo en los ojos con el que quisiera mirarte yo. Hoy, como hace tanto tiempo, sigo vibrando contigo sin saber que lo hago, sin intención, sin esperar nada a cambio.

Sí, es más que complicidad. Es unidad. Y me hace feliz.

Paul Adrien

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>
para: alisdec@gmail.com
fecha: 11 de mayo de 2011, 07:45
asunto: 5/4F. Desire.

4F —FOUR FEELINGS FROM A FOOL—

5F. Desire.

Como en la novela de Dumas, creo necesario un actor adicional que aúne las virtudes y los defectos de los actores principales para dar sentido a una historia que, de otro modo, parecería incompleta.

Un personaje con capacidad para enfrentarse a las adversidades, a la malvada distancia y al muy péfido tiempo. Uno que disponga del don de alterar la consciencia, de eliminar los prejuicios, de romper barreras. Que transforme un detalle simple en una historia hermosa, que suavice lo áspero con tacto de seda y que, por fin, sirva para empaparme en ti.

Tengo que confesar que me he hecho adicto a las pequeñas historias que intercambiamos y que hago verdaderos esfuerzos por no subir el tono de lo que escribo. No quiero dejarme llevar. No quiero saber dónde está el límite que me impongas tú, al menos no así. Pronto nos veremos.

Como en las cuatro efes anteriores, en realidad solo hablo de mí. En todas ellas, en esta también, obvio mis limitaciones y mis defectos impelido por una fuerza que no controlo. Como el grano de arroz que el aliento de un niño empuja por un tubo, me siento disparado hacia tu cuerpo sin importar el lugar en que acabe estrellándome porque no acierto a pensar en uno solo en el que no quisiera estar. Porque me perdería entre tu pelo sin pensarlo y me dormiría sobre tu pecho sin importarme despertar. Porque me dejaría resbalar para recorrer tu piel sin rumbo

fijo, solo por el placer de recrearme en tu tacto y acabar fundiéndome en tus entrañas como la cera al encontrar calor.

Es aún más fuerte. Te deseo entera. Solo tu cuerpo no me basta, quiero tus pensamientos, tus problemas, tus ilusiones... todo. En realidad, ya lo tengo, lo siento así, pero no puedo dejar de lamentar cada segundo que pierdo en la distancia porque jamás se podrá recuperar.

Me queda decirte que estas efes no son fruto de la fantasía. Que son reflexión pura y desnuda sobre lo que siento por ti, sobre cómo me veo reflejado en cada palabra, en cada gesto tuyo y en la esperanza de llegar, quizá con el tiempo, a convertir en realidad cuanto he escrito.

Al fin y al cabo, ya sabes que todo lo que escribo es solo por y para ti.

Hasta esta tarde, amor mío.

Paul Adrien

Son las siete en punto de la mañana porque el despertador del móvil lo quiere así. María, delante de la pantalla del portátil, se sorprende a sí misma cuando es consciente de que una lágrima resbala por su nariz. Ha descubierto en los correos lo que la vida le negó: hasta dónde puede llegar el amor de un hombre.

Con una mezcla extraña, un sabor agrídulce en la boca, se da cuenta de que está celosa porque no hay motivo alguno por el que ella no merezca un amor así y, mientras se encamina a la cocina para preparar el desayuno de su hijo, reza porque Paul Adrien y el hombre que vio desde la ventana de la bodega sean la misma persona. Ahora más que nunca necesita encontrarlo.

CAPÍTULO 11

parte 1

A la luz que arrojan los correos electrónicos parece evidente que, además de por ese medio, Alicia y Paul mantenían contacto por otras vías. Como ya se menciona en uno de los *emails*, la pareja se comunicaba por teléfono, con llamadas de voz y seguramente por *WhatsApp* o cualquier otra aplicación similar. Le extraña mucho, dado el nivel de complicidad de lo que ha leído, que no intercambiaran archivos, al menos fotos.

—Habían quedado esa misma tarde. ¿Es posible una relación tan intensa sin contacto físico, sin apenas poder verse, totalmente a distancia? ¿Durante seis meses, puede que incluso más si se conocían de antes? —piensa María en voz alta. En todo caso solo caben dos opciones: O bien Paul es el asesino de Alicia —y por motivos obvios ha salido de escena—, o bien no lo es. Pero si no lo es, ¿dónde está? ¿Por qué ha desaparecido incluso de los foros de discusión del blog donde era tan activo? Ha intentado encontrar alguna opinión suya posterior a la fecha del crimen —el resto de usuarios siguen participando aún hoy, a pesar de que evidentemente no se publican nuevas entradas de la editora—, pero su última aparición es del día anterior a la muerte de Ali. Le resulta extraño que, amándola como cree que la amaba, no haya intervenido en el foro para, al menos, expresar su dolor por la pérdida o para compartir con la comunidad lo que ha pasado. ¿Dolor o culpa? Es difícil saberlo.

Hace rato ya que el pequeño Lucas se marchó al colegio y la abuela canturrea mientras hace como que limpia el baño. María lleva toda la noche sin dormir y no tiene sueño. Apasionada por la historia de la que es testigo, sabe que ha pasado algo por alto presa de su propia impaciencia, pero asume con franqueza que, a estas alturas, le da cierta pereza revisar de nuevo los correos. En cualquier caso, está segura de que se le escapa alguna clave y de que ya la ha leído, aunque no pueda recordarla. Mira casi enfadada la carpeta desafiante que hay en el escritorio del ordenador, renombrada como Paul, y con un suspiro de resignación vuelve a abrirla.

«Tasar lo invaluable». Tres palabras que llaman inmediatamente su atención en la lista de asuntos que contiene la carpeta. ¡Joder, qué concepto tan hermoso! Poner precio a lo que, por ser inalcanzable, no existe forma de asignar valor. Recuerda que Paul se refería en esa serie de mensajes a lo que sentía por ella o ¿era a otra cosa?

Doble click y la pantalla muestra el contenido del correo. ¡Pues claro! ¿Cómo he podido pasar por alto esto? —dice para sus adentros con la boca abierta.

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>
para: alisdec@gmail.com
fecha: 27 de abril de 2011, 01:51
asunto: Tasar lo invaluable

Ya sé que es muy tarde. Entiendo lo difícil de todo esto. Y, sin embargo, no puedo evitar sentirme solo porque tú no estás. Me jode hablar así, no creas. Si hace apenas cuatro meses me hubieran contado lo que me iba a ocurrir, me habría partido de la risa. Tan estúpidamente seguro de mí mismo como estaba.

Compartir contigo los días —aunque sea virtualmente— me parece ahora el mejor regalo del mundo y, aunque soy consciente de que irremediamente habrá otros como el de hoy, odio

perderme uno solo.

Quiero agradecerte el viernes que pasamos porque, para mí, se ha convertido en una de esas cosas, tan raras en la vida, que no tiene precio. Y si no, ¿quién puede decirme lo que vale tenerte por fin a mi lado? ¿Alguien me dice lo que cuesta el atreverme a besarte por primera vez como si fuera un adolescente? ¿Quién, si se paga con dinero, el poder mirarte a los ojos y ver lo que hay detrás? ¿Cuánto vale la sensación de tener mariposas en el estómago simplemente con estar sentado frente a ti?

Solo espero que el pasar de los días nos conceda otra oportunidad. Que lo difícil se convierta en posible y la distancia entre tu mundo y el mío no pueda con lo que, una tarde de viernes, entendí que siempre he sentido por ti.

Sabes que te quiero.

Paul Adrien

Claro que se conocían personalmente. Al menos se han visto una vez, quizá más. Se encontraron una tarde de viernes y, al parecer, fue un encuentro totalmente satisfactorio, al menos para él, que roza la poesía en una carta que, en realidad, sirve para provocar un intercambio de escritos que suben de tono rápidamente y que describen situaciones cargadas de intención. De intención sexual, vamos —piensa María.

Llama la atención la mención que hace Paul a la distancia entre sus mundos. Evidentemente, su afición por las armas blancas no los separa, al contrario. Entonces, ¿a qué se refiere con eso de mundos distintos o lejanos? ¿Qué es lo que los separa? Ciertamente es una relación tan apasionada como extraña porque es difícil entender tanto secretismo o que no puedan verse a voluntad.

No lo puede remediar, siente envidia y habla con el portátil como si el cacharro pudiera oírlo. —¿Por qué coño este tío la trata como si fuera una diosa? Sí, está enamorado, pero yo también he tenido hombres enamorados de mí y jamás me han dicho nada ni la mitad de bonito. Claro, no lo estarían tanto—. Como si se diera cuenta de lo absurdo de hablar sola, se deja caer sobre el respaldo de la silla y piensa que será que el amor de verdad impulsa a este tipo de cosas, a dejarse el alma en un puñetero correo pintándolo con lo mejor de ti, con los sentimientos más profundos.

Ya es media mañana y María empieza a notar el cansancio, pero antes de dejarse vencer hace un último esfuerzo para tomar bolígrafo y papel y resumir lo descubierto esa noche en cuatro ideas claras que le sirvan para, cuando pueda, retomar el trabajo.

Pasa por la cocina para beberse un vaso de leche y pensando: «¡Joder, qué relación tan rara! ¡Y qué hermosa!», toma el camino a la cama y, al pasar junto al baño, grita por encima del canturreo de su madre:

—¡Mamá! ¡Deja de guarrear el baño, que no ves bien y lo dejas peor que estaba!

CAPÍTULO 11

parte 2

Dos horas después, María vuelve a estar en pie. Se siente bien, como si hubiera dormido una semana, quizá por la ilusión de retomar cuanto antes su investigación. La obligación antes que la devoción y lo primero es lo primero. En un rato, Lucas vuelve del colegio y quiere dejar lista la comida para poder dedicarse por entero después a los tortolitos.

Abre el frigorífico para encontrar inspiración —es un coñazo inventar un menú distinto cada día— y delante de la puerta exclama:

—¡Ni de broma me pongo a guisar ahora! ¡Hoy matamos los restos! —Su madre, sentada en el salón frente al televisor contesta:

—¡Pues claro, hija! No están los tiempos para tirar. Hoy acabamos con lo que haya y ya mañana hacemos otra cosa.

No le gusta cómo la hace sentir Alicia. De algún modo su mente ha comprendido que ella no puede estar a la altura de la chica muerta. Su nivel de sofisticación, de cultura, profesional y, sobre todo, su aspecto, las distancian a años luz. Solo hay que echar un vistazo a las fotos que ha encontrado en Internet para entender que cualquier hombre podría perder la cabeza por Ali incluso sin conocerla. Por comparación, María reconoce que una foto suya, como mucho, podría aspirar a generar compasión.

Es consciente de que no es fea en absoluto. El tipo de vida que ha llevado hasta ahora y su prácticamente inexistente vida social han hecho de ella una mujer descuidada por su imagen. Se pregunta cómo le quedarían algunos de los trajes o vestidos que Alicia luce en las fotos y llega a la conclusión de que podría compararse a ella sin ningún problema. Si tuviese la posibilidad de acceder a ropas tan caras, claro. Eso y una buena sesión de peluquería harían de ella una mujer distinta. Sí, definitivamente María sabe que también puede tener el aspecto de una chica diez.

Pero, naturalmente, el aspecto no lo es todo. Puede abrirle las puertas de sitios y personas a los que su look actual horrorizaría al instante, pero después, una vez introducida en ciertos círculos, es necesario algo más para consolidarse en ellos. Sofisticación, cultura, profesionalidad... imposible a estas alturas de su vida, así que, tal vez pueda suplir lo que le falta mejorando su vocabulario, procurando no decir nada inconveniente, fomentando un cierto halo de mujer de mundo y, sobre todo, regalando mucho, mucho sexo. No hay un solo hombre, pobre o rico, que se resista a una tía buena apasionada por el sexo y si lo hay, basta con no perder el tiempo con él y buscar al siguiente. Así de fácil.

Tiene algo de dinero ahorrado que pensaba destinar a pasar con su familia unos días de vacaciones en alguna playa del país. Hace tantos años que no se dan ese lujo, que si tampoco lo hacen este año a nadie le va a extrañar, porque nadie lo espera. Está decidida, de una vez por todas, a cambiar su vida para no volver a ser nunca más la mujer sin aspiraciones que aún es.

—Mamá, me voy. Cuando llegue el niño coméis los dos. No me esperéis, que tardaré. —La madre, que no se cree lo que oye, pregunta:

—Pero, ¿no vas a comer? ¿Y el trabajo? A las cuatro empiezas, no lo olvides.

María contesta con la puerta de la casa abierta ya y a punto de salir:

—No voy a comer, mamá. Si llaman del trabajo para preguntar por qué no he ido hoy les

dices que no voy a volver, que busquen a otra que les quite las mierdas. Hasta luego.

Se siente un poco como la protagonista de *Pretty Woman* cuando llega al centro comercial y mira los escaparates con ojos que nunca había usado así. Unos ojos que ven hoy los maniqués como portadores de algo que es posible adquirir y no solo como simples elementos de decoración que no están destinados a ella. Una tarde de compras es un lujo que nunca se ha permitido, siempre preocupada por atender diligentemente las facturas de la casa y porque no falte alimento y abrigo. Pero hoy... hoy es un día distinto. Ha vuelto a nacer.

Un masaje de relajación, sesión de peluquería, estética, maquillaje y manicura. Varias tiendas de moda, una de complementos y un par de zapaterías después, hacen que el reflejo de su imagen en las cristaleras del centro comercial sea el de una mujer distinta. Han sido cuatro horas, pero ha merecido la pena.

Se siente bien con su nuevo aspecto, mucho más próximo a su ideal de belleza femenina de lo que habría esperado de sí misma y de sus posibilidades. Está realmente guapa. Un conjunto de pantalón y camiseta de color blanco, tan ajustados ambos que es imposible que lo estuvieran más y una chaqueta azul que hace juego con unos fantásticos zapatos de tacón, muy altos, le dan un aire ciertamente elegante.

Cargada de bolsas, camina por los pasillos del edificio y descubre, por primera vez, lo que se experimenta por dentro cuando los hombres vuelven la cabeza a su paso para mirarla. Se siente tan bien que recorrería los pasillos, ida y vuelta, por el resto de la tarde. Al pasar por delante de una de las cafeterías, camino de la salida del centro comercial, no ha podido evitar fijarse en un chico moreno de pinta impresionante que, acompañado por una guapa rubia, toma una copa en la barra del establecimiento. Él tampoco ha evitado mirarla descaradamente, a pesar de estar acompañado. María le ha sonreído por un instante y recibido por respuesta un gesto igual.

—¡Jooder, esto mola mucho! — piensa mientras se dice a sí misma que ha estado perdiendo el tiempo.

Es media tarde, temprano para volver a casa. El taxista guarda la compra en el maletero y pregunta:

—¿Dónde vamos, señorita? —Ha sonado realmente bien: «Señorita». La ha llamado así con el tono que evidencia el reconocimiento de un estatus y no como una mera fórmula de cortesía. Esta tarde está siendo fantástica.

—Al centro, por favor.

Quince minutos más tarde el coche se detiene, a una indicación suya, delante de la puerta del Shangri La, el local preferido por el pijerío autenticado —el que tiene dinero de verdad— para las copas de media tarde. María, con sus bolsas, atraviesa la amplia terraza en plena calle que acoge una nutrida muestra de ejecutivos, hombres y mujeres de negocios, de guapos en general, hasta alcanzar el interior del bar. El portero, amablemente, le ofrece la posibilidad de guardar sus compras mientras dure su estancia en el local y ella, libre de su carga, se dirige con seguridad hacia la barra.

—Un Capitán Morgan con Coca Cola, por favor.

Lo cierto es que el sitio es realmente bonito y la atmósfera que se respira bastante selecta. Mira a su alrededor. No se encuentra desubicada en absoluto. Todo lo que ve se ajusta como un guante a su nuevo yo, desde la gente que lo abarrota hasta la música que suena, un *crooner* que no conoce pero que le gusta. Aunque la media de edad de los hombres del local es más bien alta,

calcula que en torno a los cincuenta años, no faltan jóvenes con aspecto de directivos de cualquier cosa.

—Perdona. ¿Está ocupado este asiento? —Sin girarse hacia la voz que le hace la pregunta, María piensa que ha sido llegar y triunfar. Hace rotar el taburete en dirección a su interlocutor y solo acierta a decir:

—¡Ah! Hola —Sentado ya a su lado está el mismo tipo moreno que le ha sonreído en el centro comercial.

—¿Cómo estás? Soy Ángel y te he seguido desde el *mall*. Lo siento. Un impulso irresistible, creo. Espero no asustarte —suelta de seguido con el mismo descaro con que se quedó mirándola hace unos minutos.

—Yo soy María. Tranquilo, no estoy nada asustada. ¿Qué has hecho con la rubia que te acompañaba? —Ni sombra de duda en su actitud.

—Efectivamente, no parece que te asustes fácilmente. La rubia es mi mujer. Se ha quedado en el híper. —Ella empieza a tenerlo claro: cada palabra que dice endurece más la cara de este imbécil macizo—. Pues verás, he visto cómo me comías con la mirada y he querido saber si querías comerme de verdad o eran solo imaginaciones mías. Y, bueno... pues aquí estoy —dice con una sonrisa boba de autosuficiencia o de chulería o de lo que sea, el caso es que a ella la hiere profundamente.

María se inclina hasta colocar su cara a un palmo de distancia de la de Ángel y, con una sonrisa de oreja a oreja, se dirige a él apoyando la mano en una de sus piernas.

—Me parece que tú eres un cabroncete, ¿no, Ángel? —Un gesto en él, como de sorpresa desagradable, hace que María ponga diez cucharadas más de miel en su voz—. Me gustan los cabroncetes. Me gustan mucho. Más si son tan listos como tú. Me has calado con una mirada. Se nota que conoces bien a las mujeres. ¿A que sí? Te has dado cuenta de lo que necesito solo con mirarme. —La mano sube y baja acariciando la pierna hasta llegar muy cerca de la herramienta que el tipo tiene dispuesta para ella.

—Mira chica, espero que no seas una profesional. Yo no pago por hacer lo que mejor se me da. Pero, si lo que quieres es un macho que te haga pasar la mejor tarde de tu vida, hoy es tu día de suerte. Te miro y se me ocurren milagros, será que el blanco de tu ropa me recuerda al paraíso. —Ángel, que por un momento ha dudado de si esta era el tipo de tía de polvo fácil que a él le gusta y conviene a su condición de hombre casado, se encuentra en su salsa convencido de que, efectivamente, tiene el polvo asegurado—. Trabajo aquí al lado. Tengo un pequeño estudio muy acogedor. Podríamos llevarnos una botella de eso que estás bebiendo y poner un poco de música. ¿Buena idea?

—No pierdes el tiempo en absoluto, ¿verdad? Sí, eres un auténtico cabroncete, de los que me ponen a mí. Y dime, ¿solo vamos a ir a tu estudio para escuchar música y beber? Eso ya lo estamos haciendo aquí... No, seguro que no. Tú tienes otros planes para mí. Cuéntamelos al oído, por favor, no sabes cómo me gusta escuchar lo que quieren de mí los tíos como tú. —Sus labios rozan ahora la oreja de Ángel, visiblemente alterado ya por la posibilidad inminente de triunfar que le predicen las manos de la chica jugueteando en su entrepierna.

—Te los cuento por el camino, nena. ¡Camarero! La cuenta, por favor. Y cóbreme una botella de lo que bebe la señorita. —Pues sí, ha triunfado. Cada día está más contento de haber convencido a su mujer de comprar el estudio con la excusa de que necesita un espacio donde

aislarse y trabajar. Si supiera para qué lo usa y la de mujeres que han pasado por ahí ya... Satisfecho de sí mismo y de su irresistible imán para las chicas, solo puede pensar en el homenaje que va a darse devorando ese cuerpazo que tiene delante.

—¿Nos vamos?

—¿Tienes coche o vamos andando? —No le agrada la idea de cargar otra vez con las compras.

—Lo tengo aparcado justo en la calle de atrás. El apartamento está cerca, pero creo que será mejor que nos llevemos el coche, así te llevo luego a donde quieras.

Cargado con la botella de ron y las compras de María, Ángel tiene aún un brazo de sobra para agarrarla por la cintura y conducirla hasta el aparcamiento. Efectivamente el estudio está muy cerca, apenas a cuatro manzanas del Shangri La y, en menos de cinco minutos, la pareja deja el coche en el garaje y sube en el ascensor hasta la puerta.

—Ponte cómoda, preciosa. Voy a preparar unas copas y a poner un poco de música —dice mirándola a la vez que se contonea como si bailara y con la misma sonrisa pretenciosa que tan poco agrada a María—. El baño es esa puerta. Por si lo necesitas. Dame un momento, voy a por hielo a la cocina.

Es un sitio agradable, pequeño, pero bien decorado. Una zona de trabajo amplia y otra de estar comparten un único espacio que, junto al baño y una mini cocina independiente, ocupan la totalidad de la superficie del estudio.

—Soy escritor, ¿sabes? Aficionado, en realidad. Este es mi pequeño refugio, el lugar donde encuentro la inspiración —se le oye decir desde la cocina, por encima del ruido que hace al llenar la cubitera—. ¿Te gusta? ¡No me digas que no, eh! Serías la primera a la que no le gustara y la primera que no quisiera volver otro día. ¡Jajaja!

Escritor, dice. ¡Tú lo que eres es un cerdo y un pretencioso ridículo! —María, al borde de replicar, se calla lo que piensa y el cuerpo le pide contestar. Descalza y sin la chaqueta, el blanco de su atuendo destaca sobre el sofá de cuero negro que parece el sitio destinado a que el cerdo le de caña. O eso debe creer él. A estas alturas no tiene ninguna duda de que, si alguien merece recibir dos hostias por machista, desconsiderado y gañán, es este tipo, que tiene todas las papeletas del sorteo.

—¿Qué estás haciendo? No tardes.

Ángel aparece al instante portando una bandeja con sendas copas, la cubitera rebosante de hielo y la botella de Capitán Morgan escoltada por dos latas de cola.

—Tranquila, nena. No tengas prisa. No me voy a ningún sitio antes de que tú quieras. Va a ser tarde porque no vas a querer que nos vayamos. ¡Te lo advierto! —dice riendo, persistiendo en su actitud sobrada y dejando sobre la mesa baja la bandeja.

Libres las manos, y sin mediar otra palabra, el tipo se planta de pie justo delante de María sentada en el sofá. Ella no sale de su asombro. ¿Se está sacando el pene? Pero, ¿este tío no querrá que...?

—¡Aquí la tienes, toda tuya, guapa! —dice intentando guiar su cabeza hacia lo que se supone que debe ser una provocación irresistible para ella.

—Pues sí que eres agresivo, macho. ¿Así? ¿Sin ni siquiera servirme una copa antes? ¡Joder, eres la bomba! —Su cara no puede disimular el asco que envuelve sus tripas por más que luzca la mejor de sus sonrisas falsas. Ni se imagina lo que está a punto de ocurrir, ni él le da tiempo

para que lo haga. En un movimiento al que ya debe estar acostumbrado, que se nota que le excita, agarra aún más fuerte la nuca de María y, con la mano que le queda libre, le restriega por la cara los trozos de carne que sobresalen del pantalón.

—¡No te hagas ahora la estrecha! ¡Sé que te mueres de ganas, guarrilla! —dice susurrando entre dientes, pero en voz alta.

De repente, los músculos del cuello de la chica dejan de resistirse para permitir que su cara se estrelle contra la ofrenda del Adonis lujurioso que tiene delante. Ella ancla sus manos a las caderas del dueño de aquella cosa que empieza a demostrar que tiene vida propia y lo atrae con fuerza besándolo por donde no hay tela, por todas partes. Su lengua, obedeciendo a disgusto las órdenes que reparte el cerebro, se pasea por el contorno de los genitales arrancando un gemido de aceptación de los labios del tipo. Uno, dos, tres lametones más. Es todo lo que aguanta María antes de agarrar aún más fuerte las caderas y, sin más, clavar sus dientes en la textura semi blanda del testículo izquierdo de Ángel, con tanta saña que la sangre salta hacia su rostro en salpicones rítmicos mientras un grito de dolor inmenso atrona el poco aire que contiene el apartamento.

Sorprendido, Ángel se retira violentamente, tropieza con la mesa baja a su espalda y cae sobre ella rompiendo el cristal en mil pedazos mientras aúlla sin cesar.

—¿Qué haces? ¡Cabrona! ¡Cabronaaa! —grita el muy cerdo—. Ahora es María la que se pone en pie y, colocando una pierna a cada lado del cuerpo tendido sobre los trozos de mesa, se agacha para recoger la botella de ron de entre el caos que hay en el suelo.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres un hijo de puta con las mujeres? ¿Ni siquiera tu esposa? Sí, claro. Ella te lo ha dicho hasta la saciedad, pero te aguanta porque no tiene adonde ir. ¿A que sí? ¿No tendrás hijos, verdad cabrón? —Él, que empieza a temerse lo peor, y con motivo, mueve la cabeza negativamente y como si no se hubiera enterado aún de qué va esto, dice lloriqueando: —¡No, no! ¡Yo siempre quise tenerlos, pero mi mujer no sabe hacer niños! ¡Esa no sabe hacer nada! ¡Jodeer, llama a un médico! ¡Me voy a desangrar!

Ella ya no lo oye. Como en una película de cine mudo, una masa cubierta a medias de sangre patalea bajo sus piernas, gimoteando y suplicando sin parar, mientras, desde las alturas, sus ojos contemplan lo que ha hecho con una frialdad que no la sorprende. Todas las fibras de su cuerpo y, lo que es más importante, de su alma, acunan con naturalidad el sentimiento, la obligación moral, de apartar de la vida de otras mujeres la escoria que tiene debajo. María rompe el cuello de la botella de ron golpeándola con el atizador de la chimenea, que alcanza solo con estirar el brazo, y le da un trago largo procurando no cortarse con los puntiagudos filos de cristal. Él sigue gritando y retorciéndose de dolor, en completo silencio para ella.

María, con los pies pisándole los brazos a la altura de las muñecas, se agacha en cuclillas hasta acabar sentándose sobre el pecho del hombre para mirarlo fijamente, como en trance, girando la cara muy despacio a un lado y al otro para observar en detalle el terror que reflejan los colapsados músculos faciales del imbécil.

—Te he dicho que antes de follar deberíamos tomar una copa. Yo ya he bebido. ¡Ahora te toca a ti! —Y sin más, toma la cara de Ángel con una mano y le mete en la boca el cuello roto en mil astillas de la botella de ron, que está prácticamente llena. Ahogándose, sin capacidad para tragar más, ella se recrea en silencio con la agonía del desgraciado que se retuerce aún más ahora con los ojos queriendo abandonar sus órbitas, hasta que el licor mezclado con su propia sangre

comienza a rebosarle por la nariz y los resquicios de la boca.

Todo termina en un instante. Con un grito, María despierta de su trance agarrando con la mano el fondo de la botella, la hace girar a un lado y a otro en el interior de la boca del tipo destrozando tejidos, troceando la lengua, arrancando dientes. Solo cuando el gorgoteo de la sangre en la garganta le indica que está a punto de ahogarse, empuja con todo el peso de su cuerpo hasta que nota que el otro extremo intenta abrirse paso a través de la nuca de Ángel.

—¿Qué tal si chupas esto tú, cabrón? ¡Chupaaa! —Pero ahora es él el que ya no escucha, ha dejado de moverse, de intentar zafarse de ella. Tarda unos segundos en entender que todo ha terminado.

Recuperando la cordura por momentos, de pie a un lado del cuerpo muerto, la grotesca visión de la cara deformada de la que asoma, casi en vertical, una botella, le provoca una arcada que retiene a duras penas. Una mezcla incomprensible de satisfacción y repugnancia la invade por un instante para, al segundo siguiente, dirigirse al baño explorándose la ropa. Su imagen, el pelo revuelto sobre la cara bañada en sangre, la recibe en el espejo y le grita que esta sí, esta es la María que quiere ser. Guapa, implacable, sexy, letal llegado el caso. Pero también debe ser lista.

Una ducha después —ha encontrado un gorro de plástico que le conserva el peinado— y un conveniente cambio de ropa, la dejan preparada para salir del edificio tan guapa como entró. Se alegra de haber comprado varios trajes esa tarde. Escoge un mono estampado que le sienta de maravilla. Es hora de irse, pero antes hay que recoger. Busca en la cocina una bolsa de basura grande que llena con su ropa manchada y la botella que extrae con verdadero asco, no sin esfuerzo, de la boca del cadáver.

Un repaso a la habitación la convence de que todo está en orden. Sobre un brazo del sofá hay una delgada manta que extiende sobre el cuerpo y empapa en aceite de oliva. Un ejemplar de una revista de la asociación de editores dona sus páginas para ser utilizadas como una antorcha que aplica convenientemente sobre el aceite hasta que este prende y se extienden las incipientes llamas sobre la manta. Solo cuando está segura de que su hoguera no se apagará, abandona la casa y, dirigiéndose al garaje, sale del edificio en el coche de Ángel a tiempo de contemplar desde la calle cómo el incendio que ha provocado comienza a ser visible a través de las ventanas del estudio.

Ha hecho bien en llevarse el coche. No le apetecía nada volver a casa caminando, cargada de bolsas y con zapatos nuevos.

CAPÍTULO 12

parte 1

Caín, recostado en el sillón de su despacho, tiene la mirada perdida sobre la cara, impresa en un papel, de la extraña que profanó su santuario. Veinte días después de aquella tarde, sigue sin tener la más remota idea de quién puede ser. Tiene a su disposición medios y poder suficiente para peinar la ciudad hasta encontrarla, pero utilizarlos implica dar demasiadas explicaciones y recurrir a personas a las que no conviene pedir favores de este tipo. Si no queda otro remedio, acudirá a ellos. De momento, ha movilizado a sus hombres de confianza, que buscan a la chica con la máxima discreción posible, aunque sin resultados satisfactorios hasta el momento. Baraja dos opciones que pueden justificar el que se la haya tragado la tierra: puede tratarse de una profesional que vaya tras él por algún motivo o, simplemente, ser una curiosa tan anónima que se pierda entre la gente sin posibilidad de encontrarla porque no destaca por nada.

En realidad, tiene bastante claro que una profesional no hubiera pasado por alto la posibilidad de que se estuviera grabando la escena de la sala, salvo que por alguna razón hubiera tenido que abandonar a toda prisa el local y no parece el caso.

—No, esta chica no es una profesional —piensa recordando la grabación—, ¡pero si casi se muere del susto al comprobar que Eva aún tenía un hilo de vida!

Lo que le intriga es su reacción. No lo duda un instante antes de rematar a la chica de la silla. Es un movimiento casi instintivo, como si hubiera estado deseando participar en la fiesta y, de repente, se le hubiera presentado una oportunidad de colarse en ella. Si es una simple curiosa, acumula suficiente rabia en su interior como para hacerla interesante a los ojos de Caín, que no puede dejar de pensar que, de algún modo, ese rostro le resulta familiar. Aunque, en un principio, le resultó una completa extraña, ahora, repasado mil veces el vídeo de aquella noche, sabe que la ha visto antes y que, más pronto que tarde, acabará recordando dónde, por más que hayan pasado casi tres semanas y aún no lo haya logrado. No sabe cómo puede haber olvidado una cara tan hermosa.

Echa de menos a Ali, su amiga, su compañera de juegos, su hermana. Nada ha vuelto a ser igual desde su muerte. Aplacada su rabia aquella noche, Caín no ha vuelto a sentir el ansia que en él es habitual. Tras los primeros días sin ella, el funeral, las condolencias privadas y públicas que ha recibido lo han sumido en un estado más próximo a la depresión de lo que quiere reconocerse a sí mismo. Su mente solo trabaja en un sentido: encontrar al tipo que dio muerte a su hermana y hallar a la mujer que tiene grabada en vídeo. Por eso, a cada fracaso en sus pesquisas le sigue un grado más de introversión, de recogimiento anímico, que lo está llevando muy cerca de la paranoia. Prácticamente no sale de su despacho, donde procura centrarse únicamente en los asuntos de trabajo que lo requieren inexcusablemente y en dar instrucciones a sus hombres en la búsqueda de los protagonistas de aquella tarde de mayo.

El asesino. Otro que parece haberse esfumado en el aire. En un primer momento tuvo claro que se trataba de un tipo indeseable que, según le habían informado, los andaba buscando con orden de eliminar a los dos hermanos. Sin embargo, ese hombre se descartó a sí mismo por completo aquella misma tarde al resultar cadáver tras verse implicado en un tiroteo que se produjo, al parecer, por una confusión con unos traficantes de droga. Por lo demás, nadie ha visto

nada, nadie sabe nada. La policía y él mismo han registrado a fondo la vida de Alicia. La policía ha revisado la parte que está a la vista de cualquiera, Caín la que compartían en secreto. Sin resultados dignos de mención por el momento, el inspector Vallejo asegura que acabarán por dar con quien ha hecho esto, pero él no lo cree en absoluto.

Una vez finalizado el proceso que terminó en el funeral de Ali, apenas tardó un par de días en sacudirse lo más pesado de la pena para recluirse en su despacho. Allí, sentado solo frente a su ordenador, ha recibido una noticia aún peor, pues ha descubierto que Alicia, que para él lo era todo, mantenía una relación con otro hombre. Un tal Paul Adrien que era dueño del alma y de los pensamientos de su hermana y que aparece en varios folios impresos encontrados en un cajón del escritorio de Alicia, no sabe si extractos de cartas o correos electrónicos, en los que le propone todo tipo de aventuras sexuales. Un hombre que dice estar enamorado de ella sin que parezca importarle que Ali ya tenga dueño. Él es el tipo que tiene que encontrar, el que se propone destripar lentamente hasta que reconozca lo que hizo y le explique por qué no le bastó con arrebatarse el amor de su niña y quiso arrebatarse también su cuerpo.

Hay momentos en los que la traición de Alicia le hace salir del *knock out* y le deja ver un poco más lejos. En los últimos años, después de la muerte de su padre, ella fue distanciándose de Caín, lenta pero inexorablemente. No eran sus actos los que evidenciaban ese distanciamiento, sino sus gestos, sus silencios y sus miradas en las que poco a poco dejó de brillar el fuego apasionado de la amante perfecta, de la compañera inseparable de torturas y asesinatos, de la Rapax que siempre había sido.

Por la propia naturaleza libre de sus actos, un Rapax jamás justifica sus decisiones porque sabe que es su instinto primario, su cerebro reptiliano gerenciendo los impulsos más básicos que recorren el tallo cerebral, el que lo guía para proporcionarle la mayor satisfacción.

Recuerda con especial dolor, una tarde en la que recorrían las calles de uno de los barrios más pobres de una pequeña población algo alejada de la ciudad. Uno de esos sitios donde todo el mundo se conoce, donde se confía en el vecino por regla general y donde la gente es descuidada. En un solar vacío entre dos casas en construcción, una niña de unos diez años se columpia en un improvisado asiento que cuelga de la rama de un árbol. No hay nadie por las calles. Dan dos vueltas a la manzana y se aseguran de que, efectivamente, ninguna persona puede ver cómo la introducen a la fuerza en el Range Rover de Caín.

Ya en la sala del sótano, proceden como siempre lo hacen. Primero acuerdan en voz alta, delante de la víctima atada al sillón, pero sin amordazar, las barbaridades a las que la van a someter. Recuerda haber disfrutado de los gimoteos y llantos de la niña, que tiene la edad perfecta para comprender en toda su crudeza los tormentos que están planeando para ella. Y también recuerda el momento en el que la cara de Ali, de repente y sin motivo, se ensombreció.

—Vamos a dejarla ir. No quiero hacer esto hoy. —De nada sirvieron los intentos de Caín por saber qué le estaba pasando, por qué por vez primera se negaba a jugar con él. Ella no supo o no quiso contestarle, simplemente se acercó y besó su boca con ganas. No pudo resistirse, nunca pudo, a la suavidad de sus labios y al olor de su pelo, de tal forma que toda la rabia que lo poseía en ese momento se tornó en deseo en un segundo. Sobre el suelo de la sala, a un metro de la silla anclada sobre el desagüe, se amaron con fiereza, como animales, dejando momentáneamente a un lado los planes que habían trazado para la aterrorizada espectadora.

También recuerda las palabras de Alicia.

—¡No vuelvas a hablarme más en tu vida, cabrón! Cuando, acabado el encuentro amoroso, ella permanece tumbada en el suelo y Caín, desnudo de cintura para abajo se pone en pie de un salto y con un movimiento increíblemente experto y rápido acaba con la vida de la niña atravesándole el corazón con un cuchillo de caza. ¿Qué otra cosa podía hacer? —piensa ahora—. No era posible dejarla ir. Había visto y oído demasiado. Además, su muerte fue piadosa, sin suplicios, rápida. No pudo hacerlo mejor.

Aquel día todo cambió entre ellos, ya para siempre. Alicia bajó un peldaño más en la escalera que iba distanciándolos y, aunque continuó a su lado en alguna otra ocasión, comenzó a dejar de disfrutar como lo había hecho hasta aquel momento. Nunca supo los motivos, ella no le dio ningún tipo de explicación. Solo sabe que en los últimos tiempos había encontrado un amor que no le daba miedo porque, en el fondo Caín también lo sabe, era justo eso lo que ocurría. Ali había empezado a dudar de su propia condición depredadora.

De modo que por esos mundos de Dios hay un hombre responsable de la pérdida de lo que más quería. De la desaparición de su hermana y de la destrucción definitiva de todo cuanto existió entre ellos. No sabe cuándo ni dónde, pero sí acabará encontrándolo y se lo hará pagar con creces. Durante días.

CAPÍTULO 12

parte 2

Deambula por la casa rebotando entre las paredes solo para caer, de vez en cuando, en el sillón azul de la salita. Doña Juana no consigue superar la desaparición de su niña. Es pronto aún para eso. Será pronto por toda la eternidad. Presa de una tristeza profunda que ha derretido los pocos valores inamovibles que le quedaban, la anciana ya no sale a la calle absolutamente para nada.

Los días pasan con el único aliciente de las visitas diarias de Caín, que se preocupa por ella y por Juno, su último compañero. Cuando piensa en ello, empeora su estado de ánimo al recordar la otrora feliz familia que con tanto esfuerzo sacó adelante con su esposo Alberto y que, a estas alturas de su vida, solo está representada por el cariño de un pobre perro. Es ahora, que ha pasado cierto tiempo, cuando es consciente de la tragedia que está viviendo. Los días que siguieron a la muerte de su hija, la intensidad del dolor que sentía, las condolencias y visitas de los familiares y de los amigos de la familia, contribuyeron a mantenerla distraída, en cierto modo, de la magnitud de lo sucedido. Porque lo que le ha pasado a Ali supone para ella algo más que la muerte de una hija. Llevaba demasiado tiempo cerrando los ojos a la realidad de que es la única persona en su familia alejada del mundo en el que siempre han vivido el resto de sus miembros, y lo está pagando caro.

Juana siempre supo que su marido tenía una vida paralela de la que no la hacía partícipe. Al principio se alarmó pensando en que pudiera tener una amante, pero ese temor no duró demasiado porque, lo recuerda como si fuera algo sucedido ayer, una tarde de otoño, cuando llevaban poco tiempo casados, decidió dar una sorpresa a su marido y pasar por el club privado que presidía para invitarlo a pasear por la alameda junto al río.

Recuerda la cara de estupor de los socios, mudos por su atrevimiento, cuando vieron profanado el salón de reuniones ni más ni menos que por una mujer. Ella sabía que se trataba de un selecto club solo para caballeros, pero nunca hubiera imaginado hasta qué punto era sacrílega la presencia allí de cualquier mujer. Fue invitada a tomar asiento en un rincón, el más retirado y oscuro de los posibles en la estancia, en tanto regresaba Alberto, que se había ausentado momentáneamente del salón para, según le dijeron, atender ciertos asuntos en otra de las dependencias del club.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Carcajadas y voces se escuchan desde detrás de una de las paredes revestidas de madera noble y cuadros de barcos, cada vez más cercanas, moviéndose alrededor de donde ella está sentada. Una escalera, piensa, cuando de repente justo enfrente de ella se abre una puerta que, efectivamente, deja ver una estrecha escalera por donde aparece ahora Alberto acompañado de Antonio Robles y Juan Manuel Olivares, dos de sus más íntimos amigos. Ninguno de los tres advierte las señales que hacen los socios que los están esperando, intentando avisarles de su presencia.

—¡Coño Juanma, es que eres un impaciente, maldito apache! —dice su marido entre risas. — Vaya un tío de corte rápido. ¡Que cada día cuesta más encontrar estas zorras! ¡Y vas tú y acabas con la juerga antes de tiempo! ¡Ay, si no fuera por lo que te queremos todos, cabronazo! Te ibas a enterar tú de... —La sonrisa de Alberto se congela al instante cuando, por fin, cae en las

indicaciones que le hacen y acaba por verla en la penumbra, sentada.

Juana, desde donde está, ya ha podido reparar en las enormes manchas rojas que adornan las ropas de los tres y en cómo todos ellos traen una toalla entre las manos igualmente manchada de... ¿sangre? Se pone en pie, pero no se atreve a dar un paso en ninguna dirección y, por toda reacción, se permite una sonrisa tonta y un «buenas tardes, señores».

Su mente se niega a entender las palabras que componen la monumental bronca que su marido le dirige allí mismo, delante de todos. Está ocupada en intentar justificar lo que ha visto y oído. Sí, seguramente se trate de algún ritual de caza propio del club, en el que se sacrifique una raposa. Tiene que ser eso, no solo porque es la explicación que ha obtenido de su marido, sino porque prefiere creerlo así. No hará nunca más preguntas al respecto ni se interesará por las actividades con los compañeros de juega de su marido. Algo en su interior la convence de que es lo más seguro para ella.

Toleró con estoico silencio las desapariciones de su esposo que, a veces, duraban días, las excusas absurdas para llegar tarde a casa, las convenciones en ciudades lejanas que ella sabía que no existían. Todo a cambio del mejor padre posible para sus hijos. Alberto demostró con el paso del tiempo que era el hombre de familia ideal: atento, amable, preocupado constantemente porque los suyos disfrutaran del mejor nivel de vida posible y el mejor amante que ella había conocido. Más que suficiente para Juana.

Incluso cuando fue consciente de que su hijo Caín estaba siendo introducido por su padre en aquellas oscuras artes, decidió mirar para otro lado sacrificando el mayor de los tributos en el altar de la confortable comodidad en la que quería seguir viviendo. Siempre creyó que Alicia quedaría al margen de las actividades de los hombres de la casa, precisamente por ser mujer. Pero llegó el día en que supo que ni la sólida formación en valores que le había procurado, ni las charlas constantes que había mantenido con ella desde que era una niña, serían suficientes para alejarla del influjo de su padre. Y así, Juana descubrió un mal día cómo ella, su Ali, cambió de la noche a la mañana en la compañía de Caín, convertido en la sombra inseparable que la guiaba por una senda de la que no conocía el final.

El sonido del timbre de la puerta la saca de golpe de sus pensamientos devolviéndola a la realidad.

—¡Ya voy, ya voy! —dice desde la salita como si, sea quien sea la persona que llama, pudiera oírla desde tan lejos. Recorre la distancia que la separa del recibidor con paso lento y abre la puerta a una de las vecinas de la calle. Alba Doblas es una mujer aún joven, de no más de cuarenta o cuarenta y pico años, que vive en la misma acera que ella justo al final de la calle, en el número treinta.

—Buenas tardes, doña Juana. ¿Cómo está usted? No sé si la pillo en buen momento. Es que no he querido venir a verla antes porque he creído prudente dejar que pasaran unos días para que pudiera recuperarse un poco de tantas emociones y tan dolorosas. Siento mucho lo de Alicia, la acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias, hija. Pero no te quedes en la puerta. Pasa, por favor, pasa —Juana se retira de la entrada para permitir el paso de la vecina al interior de la casa—. ¿Quieres un café? Lo he hecho hace un momento.

—Está bien. Pero me quedaré solo un ratito. No quiero molestarla — dice Alba entrando al recibidor—. No se preocupe por el café, ya lo he tomado en casa.

—¡Venga, mujer! Un café no hace daño a nadie. Siéntate donde quieras que enseguida vuelvo y lo tomo yo contigo —dice la anciana, señalando a la vecina los sillones del salón y marchándose a la cocina.

Unos minutos después, vuelve Juana con una bandeja en la que trae café y pastas para las dos. La conversación, evidentemente, gira en torno a la desgracia ocurrida. Alba es una mujer de costumbres, muy cumplida, y responde perfectamente al estereotipo de ama de casa sin más preocupación que cuidar de los suyos. Llevan ya veinte minutos de charla cuando las mujeres escuchan cómo se abre la puerta y por ella entra Caín, que ha salido de mala gana del despacho porque se siente obligado a visitar a su madre.

—Buenas tardes, mamá. ¡Ah! Hola Alba, ¿qué tal estás? —No ha visto a la vecina, sentada en el sofá, hasta que no ha entrado en el salón.

—¡Hola, Caín! Siento mucho lo de tu hermana. Si hay algo que pueda hacer... —dice poniéndose en pie y dirigiéndose a él para darle dos besos—. Ha sido algo terrible. Le comentaba a tu madre que no quise venir a veros antes por dejar transcurrir algo de tiempo, para que pudierais recuperaros un poco.

El rostro serio del hijo de Juana refleja las pocas ganas que tiene de revivir una y otra vez el episodio, lo que inevitablemente tiene que hacer cada vez que atiende a una persona que desea expresarles sus condolencias.

—Gracias, Alba. Han sido unos días muy duros.

—Le estaba explicando a tu madre, Caín, que justo esa tarde venía yo de recoger a los niños del colegio. Traía conmigo también a mi sobrino Jorge porque mis cuñados estaban en el hospital para unas pruebas que tenían que hacerle a él. Nada importante. El caso es que, verás... No había ni un alma en toda la calle y los niños, como son tan malos, no paraban de correr por la acera yendo y viniendo y mareándome todo el rato. La cosa es que me fijé en un coche que se encontraba al lado mismo de los contenedores que hay en la esquina del callejón de la bodega. Había un hombre dentro, un chico joven que escuchaba música.

He estado pensando que, a lo mejor, debería haber contado esto a la policía, pero como no me han preguntado ni nada, pues... Por si tiene algo que ver, no sé... Porque, lo que sí que es verdad es que otra persona no había por allí a esas horas, así que puede que el chaval viera algo o qué sé yo, incluso puede que haya sido él quien hiciera esa monstruosidad. ¿Tú crees que puede ser importante?

—¡No, no, no, Alba! Has hecho bien en no decir nada a la policía. Seguramente se trate de alguien que se disponía a marcharse o vete tú a saber. —Caín, que conoce a la vecina, intenta quitar importancia a lo que pudiera haber visto. No quiere que llegue a oídos de las fuentes oficiales de la investigación—. No sabes el follón en que te meten los polis en cuanto dices que puedes saber algo. Créeme, días y días de molestias constantes. De todos modos, ya se lo diré yo al encargado del caso, por si fuera importante. Cuéntame más. No te fijarías en el modelo del coche o en el aspecto del joven, ¿verdad?

—¡Ay, no Caín! Creo recordar que el coche era azul, pero nada más. Es que los niños no paraban de correr y yo... bueno, iba pendiente de ellos, ya sabes. Lo siento, ojalá hubiera prestado más atención.

—No importa, de verdad. Seguramente no fuera más que un chaval escuchando música. De todas formas, si te acuerdas de algo ven a buscarme antes de ir a la policía. No quiero que te

molesten a ti también. ¿Lo harás, Alba? —dice él, poniendo la mejor de sus sonrisas y tocando el brazo de la vecina en un gesto de confianza.

—Pues sí, no te preocupes. Si recuerdo alguna otra cosa te lo diré. Bueno, tengo que marcharme ya —dirigiéndose a la madre de Ali—. Si necesita algo, Juana, no dude en ir a buscarme o llamarme por teléfono. ¡Los vecinos estamos para eso! Me voy, que todavía tengo que hacer la compra.

Ya en el recibidor, la vecina vuelve a reiterar su disposición a ayudar en lo posible y se despide dando besos. No acaba de poner un pie fuera de la casa cuando, antes de que Caín cierre la puerta detrás de ella, vuelve atrás.

—¡Por Dios, estoy tonta! ¡Pues no que me olvidaba de enseñarte esto! —dice sacando su teléfono móvil del bolso y buscando algo en él—. A ver... ¿dónde está? ¡Ah, sí! mira.

Alba muestra una fotografía en la que aparecen los tres niños y ella misma.

—Me encontré con mi marido, que iba a buscarnos, un poco más arriba de esta casa y como venía Jorgito con nosotros nos hizo esta foto. Es que casi que no tenemos ninguna foto del chiquillo. Fíjate, fíjate... Quizá pueda servirte de ayuda.

Caín coge el móvil y lo que aparentemente es una foto de familia sin más trascendencia se convierte, al ampliar la imagen con los dedos, en una instantánea privilegiada de un Citroën de color azul y del rostro del hombre que hay dentro.

—¿Puedes pasármela por *WhatsApp*? Veremos si sirve de algo. Ya la comentaré con la policía. Gracias, Alba. —No quiere dar más importancia al hallazgo, desde luego no quiere exteriorizarla. Pero para sus adentros celebra que ya ha puesto cara a las dos personas que busca. Tal vez más que eso porque, aunque la resolución de la fotografía no es muy alta, permite leer perfectamente la matrícula. Bendita tecnología.

CAPÍTULO 12

parte 3

Liberto es ingeniero informático especializado en *hardware* por el MIT. Tiene sendos Masters en arquitectura de sistemas informáticos y en seguridad de redes corporativas, además de hablar seis idiomas prácticamente como si fuera nativo de todos ellos. Es un tipo de grandes competencias profesionales pero su ocupación diaria dista mucho del ejercicio de su formación académica, porque su verdadera vocación nada tiene que ver con los ordenadores. Para él sus conocimientos son una simple herramienta, de increíble utilidad en los tiempos que corren, pero solo una herramienta. Liberto dirige equipos de seguridad privada para grandes empresas y solo en un puñado de ocasiones, no más de tres o cuatro, se ha topado con un caso como este en sus muchos años como contratista privado.

Desde que, recién terminados sus estudios, aceptara por primera vez poner en práctica sus conocimientos como experto *freelance* en armamento y especialista en artes marciales, participando como mercenario en la guerra de Los Balcanes, muy pocos son los encargos recibidos a los que no haya dado solución en cuestión de días.

Cuando se trata de localizar a una persona, por lo general existen medios oficiales y no oficiales que ayudan bastante a simplificar la tarea, a condición, claro está, de que la persona a encontrar se mantenga activa, es decir, lleve una vida normal. Entendiendo por normal, en los tiempos que corren, que utilice con frecuencia las redes sociales, que tenga alguna afición en internet o publique en un blog o en una web, que haya salido en prensa por algún motivo, etc... Pero el caso de esta chica es uno de esos raros en los que no ha habido forma de encontrar nada. Es cierto que parten de una información mínima pues solo disponen de una fotografía, pero, aun así, en la mayoría de las ocasiones es suficiente con eso para, como mínimo, terminar por ponerles nombre, a veces incluso localizarlas plenamente. En cierto modo es como si, durante todo ese tiempo en que la ha estado buscando, hubiese dejado de existir. Vamos, uno de esos casos que solo se resuelven contando con la suerte y la casualidad.

Sentado en la recepción del despacho, espera para presentar novedades a quién, desde hace varios años, contrató los servicios de su empresa como garante de su seguridad. CyberAct ha ido paulatinamente generando más volumen de trabajo conforme la relación entre las empresas se ha ido haciendo más sólida, de mayor confianza; y ahora, Caín Silas, ya no da un paso que pudiera comprometerle sin el visto bueno de Liberto, tal vez porque sabe que no importa la naturaleza del servicio que se le demande, siempre hay uno de sus expertos preparado para zanjar el tema.

Cristina, la secretaria de Caín, no para de trabajar tecleando vete tú a saber qué en la pantalla del ordenador o atendiendo el teléfono y pasando llamadas, como hace ahora.

—Tienes una llamada importante —parece que habla con el jefe—.

Él, sentado a un lado, hace como que hojea una revista mientras espera, pero permanece atento a cualquier desplazamiento de la chica hasta la estantería que hay enfrente o al cuarto de la fotocopidora. Sí. Cristina es un escándalo, lástima que no le haya servido de nada intentarlo con ella en varias ocasiones. Recuerda haberlo comentado con sus hombres y las carcajadas de alguno de ellos al hacerle saber que es una lesbiana sin la más mínima duda de su orientación sexual. ¡Por Dios, qué desperdicio de mujer! —Piensa Liberto cuando, como si pudiera oír sus

cavilaciones, Cristina se levanta paseando su falda de tubo, imposiblemente estrecha, hasta él.

—El señor Silas me dice que no va a ver ni hablar con nadie más hoy. Ya habrá visto que tiene una visita en el despacho desde hace un rato y, al parecer, varios asuntos de la máxima urgencia que atender con ella. Incluso me ha dicho que me tome la tarde libre. Así que... si quiere volver mañana...

Liberto comienza a protestar haciendo ver que el asunto que le trae al despacho es también urgente y que está seguro de que la secretaria no ha informado debidamente a su jefe porque de otro modo ni siquiera le haría esperar. La indignación se apodera de Cristina, que se considera a sí misma una profesional muy exigente, y está a punto de contestar la impertinencia del que ella considera poco más que un sicario cuando, sin previo aviso, se abre la puerta del despacho y por ella sale Caín dando instrucciones.

—En serio, Cristina. Puedes marcharte ya, tómate la tarde y mañana... ¡Ah, hola Liberto! Perdóname, me había olvidado completamente de ti. Hace tanto rato que me dijo Cristina que estabas aquí, pero es que, bueno, tenía una videoconferencia y supongo que habrás visto que ha entrado otra persona y, en fin... ¿Es largo de contar lo tuyo?

—¡Joder, Caín! No te preocupes, te entretengo solo un segundo. Esto también es importante. ¿Dónde hablamos?

Caín, por el modo en que Liberto hace la pregunta, entiende que lo que tiene que decirle es confidencial. Señalando el cuarto de la fotocopidora le invita a pasar con un gesto mientras dice dirigiéndose a su secretaria:

—Oye, Cristina. Por favor, termina lo que estés haciendo y márchate ya. En serio, hasta mañana. Gracias.

—Está bien, dispara —dice cerrando la puerta de la pequeña habitación de las fotocopias—. ¿Qué es eso tan importante? Tengo medio minuto.

Liberto no dice nada, simplemente abre la carpeta que tiene entre sus manos sacando de ella un dossier de cierto volumen y la fotografía de la chica que le facilitó Caín, aquella a la que ha estado buscando y, mostrándosela por fin, habla:

—Se llama María Martín y, no te lo vas a creer, ¡es una simple y puñetera limpiadora!

CAPÍTULO 13

parte 1

Apenas si quedan ya espacios que no estén cubiertos por la sombra junto a la laguna donde María y Gael han pasado la tarde. Es hora de plantearse regresar al cortijo pues hay desde allí más de media hora a caballo y quieren hacer el camino de vuelta antes de que se haga de noche.

María se ha dado cuenta de cómo, a medida que ha ido avanzando en su relato, él se ha mostrado cada vez más relajado. Incluso en determinados momentos ha hecho, con total naturalidad a pesar de lo duro de algunas confesiones, comentarios o preguntas al respecto de algunas de las situaciones que le ha contado. Ella también se encuentra más cómoda sabiendo que puede hablar sin necesidad de maquillar su historia, sin tapujos. María cree que no se ha equivocado, que Gael es un hombre en el que puede confiar, al menos de momento, y eso la hace sentir bien.

Emprendido el camino de regreso, bajan al paso el sendero sobre los animales, uno junto al otro. Las hojas de los árboles que flanquean la ruta filtran los últimos rayos de sol que caen sobre ellos creando una atmósfera casi irreal a la que acompaña el silencio más absoluto, solo roto a lo lejos por el rumor del arroyo.

—Estás muy callado. Supongo que te estoy dando qué pensar —rompe María el silencio—. Sé que mi historia no es fácil de asumir. Te agradezco que no hayas salido huyendo —dice alargando el brazo para tocar el de él.

—¿Huyendo? ¡Si me tienes intrigado! Quiero que sepas una cosa y, por favor, grábatela: No es solamente que haya disfrutado escuchando tu relato, sino que he disfrutado mirándote mientras hablabas. Me parece increíble que alguna vez hayas podido ser esa persona gris de la que me hablas, porque al mirarte solo veo color. Toda tú me pareces llamativa y estar cerca de tu cuerpo, una provocación. ¡Sí! ¡No te rías! Es verdad. —Ni una sola mención a su condición de asesina confesa.

»Verás, no me importa lo más mínimo tu pasado ni quién te creas ser. Me importa la mujer que yo creo que eres y lo que hagamos aquí y ahora. Un amigo mío de cierta edad, pastelero de profesión, me dijo una vez que el futuro está hueco esperando a que la gente como tú y yo digamos de qué debe estar relleno, y que el pasado es una masa compacta de recuerdos inútiles que se ha quedado dura e inservible. Por favor, déjame vivir contigo el día de hoy. Quiero saberlo todo de ti. Prometo corresponderte y hablarte de mí cuando hayas terminado. ¿Te parece bien?

—O sea, que como te estoy dando la lata con la historia de mi vida, ¿amenazas con contarme la tuya? —María sonrío, completamente encandilada con la actitud del chico—. ¡Está bien! Escucharé lo que quieras contarme de tu vida, pero, eso sí, prométeme que me dejarás acabar a mí primero. A estas alturas, me gustas tanto, nene, que necesito que conozcas hasta lo más oscuro que hay en mí. No quiero guardar secretos contigo. Después, vas tú.

Acercando su montura hasta rozar la de ella, Gael se inclina a un lado para besarla.

—Prometido. Estoy deseando llegar a la casa. ¡Me apetece tanto un baño antes de cenar...!

—He dejado dicho lo que había que cocinar. Te gustará. Oye, aceleremos el paso que se está haciendo de noche a marchas forzadas. —Y espoleando ligeramente su caballo se adelanta

hablando hacia atrás—. ¡Vamos, a ver quién llega antes!

Ni que decir tiene que María llega a las cuerdas con veinte cuerpos de ventaja, pues no solo conoce el camino, sino la montura y las técnicas de equitación, de las que Gael apenas sabe lo básico. Andrés ya se ha hecho cargo de los caballos y la pareja se adentra en la casa. Hasta el camino llega el olor del asado que Helena lleva preparando un buen rato. Aún le queda bastante para estar terminado completamente, tiempo más que suficiente para una ducha y cambiarse de ropa.

Gael casi no reparó en su anterior visita a la habitación de la primera planta en lo realmente espléndida que es. Con una superficie que calcula no inferior a los sesenta metros cuadrados, la estancia cuenta además con dos vestidores separados que en sí mismos podrían ser considerados como pequeñas habitaciones anexas a la principal. Alguien ha colocado un hermoso jarrón con flores en una de las mesas de la habitación y, a su lado, ha dispuesto todo lo necesario para hacer mojitos y varias botellas de distintos licores. Hay además un gigantesco baño que cuenta con una amplísima zona de ducha, una bañera de grandes dimensiones y un enorme jacuzzi, escoltado por un enorme sillón con brazos y una mesa baja, ambos colocados justo debajo de un ventanal altísimo desde el que se puede contemplar la serranía que les rodea.

—Puedes usar el vestidor de la derecha. Enterito para ti. Todavía hay ropa de mi marido que creo que es más o menos de tu talla. Vamos, lo digo por si ves algo que te guste y lo prefieres para cambiarte. Tú mismo, sírvete. —María señala el sitio con un gesto mientras comienza a quitarse la ropa allí mismo, lo mira fijamente a los ojos y adopta una sonrisita que es mucho más que una sonrisa. —Voy a darme un baño. ¿Te vienes a la bañera conmigo, chico feo?

—No me lo digas dos veces —responde él pasándole un brazo por la cintura y mordiéndole suavemente el cuello—. Empieza tú. Voy a conectarme un momento a mi banco. Estoy pendiente de una transacción y es posible que se haya realizado incluso hoy que es festivo. Será un momento, enseguida voy.

—Está bien, pero no tardes —se despide dándole un sonoro cachete en el trasero, dirigiéndose al cuarto de baño—. Te espero. Cabemos los dos perfectamente. Hay sitio incluso para moverse en mi bañera, ¿sabes?

Durante unos minutos, María se queda sola en el baño. Una sonrisa se dibuja en su cara mientras acuden a su mente imágenes que le confirman cuánto le gusta ese hombre a pesar de que sabe que no debiera ser así. A su lado vuelve a sentirse especial, deseada, importante y a la vez segura de sí misma, desinhibida, viva. La forma en que la mira, cómo la toca, cómo le habla, cómo se ríen juntos, son cosas que tienen la capacidad de hacerla sentir única y despiertan en ella el deseo de hacerle el amor, a veces de follárselo como si fuera un animal, a cualquier hora y en cualquier lugar.

Prácticamente no se conocen, pero sabe que él se está enamorando realmente y que seguramente haría lo que fuera por pasar más tiempo con ella, así que asume la difícil realidad de ambos, tal cual es, para disfrutar con más ganas los pocos momentos que les quedan por compartir. Porque hace tiempo que descubrió que entre un hombre y una mujer hay siempre una cuenta atrás hacia el estallido de una bomba que lo revienta todo sin remedio. No quiere vivir eso más; prefiere ser ella la que ponga el final adecuado a la relación causándole todo el dolor que, de otro modo, con seguridad, acabaría por causarle él.

Dentro de la bañera espera su llegada, ocupada la mente en esas cosas, cuando vuelve a

abrirse la puerta para traerlo a ella.

—¿Por qué tardas tanto? Me estoy enfriando aquí sola —dice golpeando el agua para indicarle que lo quiere allí dentro.

—¡Impaciente, que eres una impaciente! ¡Jajaja! Espera un momento, preciosa. ¿Quieres una copa? —Sin esperar respuesta ya está en el bar, que milagrosamente ha aparecido en la habitación. Coge dos vasos, pone en ellos hielo, agarra una botella de Capitán Morgan y vuelve al baño. —Te voy a acompañar bebiendo de esto.

Gael se acomoda en el sillón y deja las copas, en las que sirve el ron, sobre la mesa.

—No pienso entrar ahí. Tendrás que venir tú —dice con una sonrisa—, quiero ver cómo sales del agua y llegas hasta aquí.

Casi no ha terminado de hablar, cuando María se pone en pie dentro de la bañera y con movimientos muy lentos se acerca empapada hasta él. Hay en su mirada y en la sonrisa debajo de ella un aire casi feroz. Se detiene unos segundos justo delante de él, regalándole la visión de su cuerpo desnudo como ofrenda mientras bebe un sorbo de la copa. Girándose muy despacio se sienta entre las piernas de Gael y apoya la espalda entera sobre su pecho para dejar caer la cabeza sobre su hombro izquierdo.

—Me quedaría a vivir aquí. Así —dice, mientras él, completamente mojado, le rodea el cuello con los brazos, acaricia su vientre y le susurra al oído:

—No cambiaría este momento por nada del mundo. Todo lo que deseo es tenerte, besarte, tocarte, mirarte... Lo demás no me importa nada.

Ella le responde cambiando de postura sobre sus piernas para mirarlo a los ojos:

—¡Joder, tío! ¡Te voy a comer entero, hasta que me harte! Desde la posición que ocupa entre los brazos de su amante, ella sube los suyos para rodearle la cabeza por detrás, acercarla hasta sus labios y besarlos deleitándose en la humedad del contacto.

—Me tienes loco, cariño —sus manos entran y salen entre las piernas de ella—. Quiero jugar contigo a «*Come True*». ¿Sabes lo que es? —Ella se hace la ingenua e intenta poner cara de no haber roto jamás un plato, con tan poco éxito que la expresión de su rostro grita que se carga con frecuencia vajillas enteras.

—¿Me lo explicas?

—Es muy sencillo. Ya sabes, del inglés *come true*. Convertir en realidad tus fantasías. Seguro que tienes alguna que aún no has experimentado. —No sabe hasta qué punto María hace tiempo que dejó de tener fantasías sexuales, sencillamente porque se atrevió a gozarlas todas. —Venga va, ¿algún deseo a la espera de ser cumplido? Soy todo oídos.

—Créeme Gael, apenas me quedan fantasías por realizar. En mi vida me he atrevido con cosas que ni te imaginas. Y las he disfrutado todas. —Por un segundo una sombra le atraviesa el semblante para, al momento, cambiar la expresión de la cara adoptando una sonrisa que parece sincera—. Algunas volvería a repetir las una y mil veces y otras, francamente las menos, jamás las reviviría. Sin embargo, sí hay algo que me gustaría hacer contigo, pero no es para mí, es para ti. Quiero decir, creo que podría llegar al orgasmo solo con verte gozar de ese modo. ¿Te atreves a explorar los límites de tu propia idea del sexo? Tendrías que confiar en mí plenamente. ¿Lo harás?

Él, que empieza a tener una idea del tipo de persona que esconde la diosa que tiene entre sus brazos, parece tomarse un tiempo antes de contestar. En realidad, está intentando imaginar qué

quiere decir con eso de «explorar los límites» porque en ningún momento ha pensado en decir que no a cualquier propuesta que venga de María, especialmente si se trata de sexo.

—Sí. Sabes que confío en ti. Totalmente. ¿Me va a doler?

—Por supuesto que no. Al menos no tanto como para impedir que lo disfrutes. En serio. ¿Has dicho que sí, entonces? —Gael asiente con la cabeza y una media sonrisa que confirma que no está del todo seguro de dónde se mete. —Dame un momento, ¿quieres? —le dice después de comenzar a besarlo suavemente y retirarse de golpe al darse cuenta de que está a punto de comerse literalmente sus labios. Separándose de sus brazos, se encamina con pasos ligeros a la habitación y vuelve en menos de treinta segundos con una bolsa de Louis Vuitton y un gesto casi de ilusión.

—¡Esto te va a gustar! —Pone un pie contra su pecho y lo empuja sobre el respaldo del sillón — ¿Sabes qué es lo mejor de este juego? ¡Que tú no tienes que hacer nada! Eso sí, necesito que te relajes totalmente. ¿Confías en mí? Me has dicho que sí. Relájate mi amor. Te voy a lanzar al espacio. —Desnuda y aún mojada, María vuelve a sus labios mientras lentamente va despojándolo de la ropa. Piel con piel, de la bolsa saca un bote de un gel que huele a flores y que reparte entre sus cuerpos derrochándolo con profusión. Ahora, el roce entre ellos es casi mágico. Sentada a horcajadas sobre sus piernas, María frota su cuerpo contra el de él deslizándose sobre su piel en una sensación fría y cálida a la vez que obliga al cuerpo de Gael a demostrar su excitación de manera casi automática.

Él hace un gesto para agarrarla por la espalda al que María responde separándose inmediatamente.

—¡No, por favor! —dice muy seria, plenamente en el papel de directora—. Te he dicho que tú no tienes que hacer nada. No me toques, no te muevas. Todo lo que debes hacer es apoyar tus brazos en los del sillón. ¿Entendido? —Ni siquiera da tiempo a recibir una respuesta cuando vuelve al trabajo sobre él acariciando cada centímetro del cuerpo de su amante con los brazos, con las manos, con las piernas, con los pechos, con todo su cuerpo envuelto en el lubricante con olor a flores.

Solo cuando entre ella y Gael se interpone su miembro totalmente erecto, comienza a mordisquear a su compañero de juego, a veces suavemente y a veces con menos suavidad, según la zona en la que centre su atención. María, como la experta que se considera a sí misma, va tomando nota de las reacciones de su amante: gime de placer cuando se dedica a sus pezones, no parece que le guste especialmente que juegue con los lóbulos de sus orejas. Lentamente se desliza por todo él en una sinfonía de atenciones que llegan hasta el último rincón para detenerse en su sexo sin tocarlo con las manos, ocupadas en masajear el perineo, apenas rozándolo con los labios y golpeándolo, recorriéndolo o rodeándolo con su lengua. Vuelve a tomar nota: el chico, que es muy obediente porque continúa agarrado a los brazos del sillón como se le ordenó, empieza a retorcerse de placer.

María vuelve a utilizar el gel sobre los genitales de Gael y sobre un pequeño aparato de color negro que guardaba en su interior la bolsa de Louis.

—Has dicho que confiabas en mí. Demuéstralo. Quiero que resbales un poco sobre el sillón. —Gael, preso de la excitación más absoluta, obedece sin rechistar y queda apoyado sobre la espalda en el asiento—. ¿Sabes lo que es un estimulador prostático? Pues esto. —Y sin más, lo penetra con cuidado haciendo vibrar el juguete en su interior mientras le dedica la mejor de las

felaciones de las que es capaz.

Gael apenas tarda diez segundos en alcanzar lo que está seguro de que ha sido el orgasmo más intenso de su vida.

CAPÍTULO 13

parte 2

Tiene la casa un patio repleto de naranjos. A pesar de que hace meses que debieron florecer, todavía queda latente un vago perfume de azahar. El murmullo de la fuente que hay en el centro acompaña, como el complemento perfecto, a las muchas velas que iluminan el lugar y a los muebles de forja artesana dispuestos sobre la plataforma de madera de barco que rodea una pequeña piscina. Andrés sirve el asado de ternera y la guarnición de verduras, ambos de aspecto magnífico, mientras María y Gael charlan compartiendo una botella de tinto de la tierra.

—No puedo creer que este vino se haga aquí. Es fantástico. A ver... ya sé que se hacen buenos caldos en cualquier parte de España, pero en plena Sierra Norte un tinto de este calibre como que no parece ni siquiera posible. No sé. ¡Qué bueno!

—Ya. Como todo. Las niñas juegan con muñecas, los niños con balones y el buen tinto es cosa del norte. Prejuicios absurdos pero extendidos entre el común de los mortales. Esta tierra es un vergel. Aquí tenemos desde frutas y verduras de primerísima calidad a carnes, como la de cordero sin ir más lejos, que todo el mundo cree que son patrimonio exclusivo de otras zonas del país. Prueba el asado y la verdura y luego me cuentas —dice María.

La conversación se mantiene en los estrictos límites de lo convencional mientras Andrés sirve la cena.

—Gracias Andrés. Puedes retirarte. Te llamo para los postres. —Una comida tan copiosa, para la hora que es, casi sería excesiva, pero ninguno de los dos tiene intención de malgastar la noche durmiendo. Les vendrá bien reponer fuerzas.

—Oye, preciosa —dice Gael en cuanto el sirviente desaparece por la puerta que lleva desde el patio a las zonas de servicio—. Todavía estoy confundido con lo que ha pasado en el baño. ¡Joder, qué barbaridad! Había oído hablar de eso, pero no lo había experimentado jamás. El caso es que no sé si sentirme bien por el descubrimiento. Te advierto que nunca he tenido la menor inclinación homosexual. O eso creía hasta ahora. Ya no lo sé.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Es posible que seas tan estereotípico? Mira, guapo, nada de eso tiene que ver con otra cosa que no sea la búsqueda del máximo placer. Y resulta que el punto G masculino anda por ahí. Simplemente. Creo que me va a tocar enseñarte alguna que otra cosa y, ¿sabes qué?, ¡me encanta la idea! —dice soltando una carcajada que él interpreta dedicada al pobre paleta que se oculta en su cuerpo—. No te preocupes, yo te guiaré. Es muy probable que no nos despedamos sin que vuelvas a tener otra experiencia similar pero esta vez, te lo prometo, va a ser la definitiva. Jamás creerías lo que te va a pasar.

La conversación va derivando desde lo íntimo hacia el terreno de las anécdotas y las vivencias personales sin importancia. Entre confidencias y risas se suceden las botellas de buen vino a la vez que desaparecen las viandas. María se pone en pie y se disculpa para ir a buscar a Andrés y pedirle que sirva los postres. En ese momento, solo junto a la piscina, aprovecha Gael para marcar en su móvil un número que no está en su agenda de contactos pero que guarda en su memoria.

—Sigo vivo... Sí. Mañana a estas horas todo habrá acabado... De acuerdo —dice colgando justo a tiempo porque ya oye a María que regresa charlando animadamente con Andrés.

—¡Te vas a chupar los dedos! Ya verás el postre de hojaldre que nos ha preparado Helena. Es una maestra repostera de nivel. —Caminando hacia él, María viene entusiasmada y sorprendida con los dulces a pesar de haber sido ella quien los ha encargado.

Es cierto. Acompañado de un moscatel exquisito, el hojaldre es una auténtica delicia. No pasa mucho tiempo antes de que vuelvan a aparecer Andrés y Helena, el primero empujando un carro con bebidas, frutos secos y caramelos, con la intención de pedir permiso para retirarse hasta el día siguiente. Concedido. Por fin solos.

Al otro lado de la piscina, una gran pérgola cubierta de flores de color lila da cobijo a una zona de estar en la que hay dispuestos varios sillones, con aspecto de ser muy cómodos, que invitan a la charla y en la que ha quedado definitivamente aparcado el carro.

Instalados en un amplio sofá blanco bañado por el ir y venir de los reflejos luminosos que la brisa arranca de la superficie del agua, María sirve dos copas, ron ella, whisky él, que coloca en una mesa frente a ellos y enciende un cigarrillo.

—Oye, preciosa. No creas que he olvidado lo intrigado que me tiene tu historia. Acabarás de contármela, ¿verdad? —dice Gael, que ha colocado los pies sobre un escabel de bambú. Ella permanece en silencio mientras se tumba en el sillón colocando su cabeza sobre las piernas del chico. Por unos instantes nadie diría que tenga intención de contestar porque su mirada se ha perdido en algún punto entre las flores lilas y el inmenso cielo estrellado de la Sierra Norte.

—Claro. Creo que lo dejamos en el momento en que estaba a punto de conocer a Caín. Sí, Caín —Expele el humo del tabaco dejando que este fluya lentamente al exterior por la nariz—. El hombre que lo cambió todo en mi vida. El que se propuso acabar conmigo y terminó siendo mi esposo. Mi gran amor y mi peor pesadilla. En realidad, el accidente que acabó con su vida fui yo.

CAPÍTULO 13

parte 3

Después de varias semanas de investigación recuerda haber llegado a un callejón sin salida y encontrarse al borde del abandono cuando el azar hizo, como ocurre tantas veces para los que creen en el destino, que Liberto se diera de bruces con las respuestas que andaba buscando en relación con la chica de la foto.

Era un jueves a mediodía en el que, como cada semana, se encontraba con algunos de los chicos que trabajan para él en La Hiedra. La Hiedra es un clásico en la ciudad, donde el vino fino y las tapas tienen fama de ser de lo mejor. Además, el dueño es Paco Gandía, amigo desde la niñez y tan chistoso como el humorista, salvando las distancias, naturalmente. Paco es un personaje conocido por todo el que es alguien en la élite de la ciudad porque, entre otras ocupaciones, organiza eventos de alto *standing* como nadie puede hacerlo. Así, algunos de los clientes de Liberto provienen, directa o indirectamente, de la recomendación de su amigo a empresarios y poderosos en general, deseosos de encontrar equipos de confianza que velen por sus intereses para poder seguir siendo tanto o más empresarios y poderosos.

Con su sempiterna carpeta bajo el brazo, Liberto ha llegado ese jueves temprano a su cita semanal. Aun así, ya lo esperan dos de sus hombres, a los que saluda con la mano desde la entrada, mientras se dirige a la barra en la que Paco da instrucciones a una camarera muy joven, que debe ser nueva porque no recuerda haberla visto antes por allí.

—¿Qué tal, Paquito? ¿Cómo va la cosa, hombre? —Paco, se gira hacia él y, obviando los saludos protocolarios, le dice:

—No vayas a irte sin que hable contigo, Liberto. Hay un tío que necesita contratar a alguien como tú. ¿Qué vas a tomar?, ¿lo de siempre?

Es lo bueno que tiene La Hiedra: casi no tiene que pedir y, además, de vez en cuando le cae algún trabajo nuevo. Ya con sus hombres, Liberto deja la carpeta en la barra y comienza a charlar animadamente con ellos en torno a las situaciones que han vivido durante la semana y a algún que otro problema con el personal, que no piensa seguir tolerando. Lo normal en las reuniones de los jueves.

Apenas transcurridos diez minutos, Liberto ha pedido su segunda copa de fino, se acerca al grupo el dueño del local acompañado de un chico joven tan enfundado en su traje y corbata como solo pueden estarlo los señoritos de toda la vida.

—Liberto, perdona. Mira, este señor es Luís de la Barca, la persona que te he comentado antes que anda buscando un equipo de seguridad. Yo le he dicho que hable contigo, que si alguien sabe de eso por aquí eres tú —dice Paco sonriendo como es habitual en él.

Liberto es de las personas que se dejan llevar bastante por su intuición, por la impresión que le causa la gente a primera vista. No le gusta este tipo. Hay algo en su mirada altiva y en su porte de ser superior que le molesta a primera vista.

—Hola, ¿qué tal? Ya me había comentado Paquito algo. Pues usted dirá...—No tiene intención de confraternizar demasiado con el chico que, por otra parte, tampoco parece que esté en la taberna por otra cosa que no sea estrictamente profesional, al menos hoy.

—¿Podemos sentarnos por allí? —dice el futuro patrón señalando las mesas del fondo de la

sala con un ademán que invita a Liberto a pasar primero.

Ha dado ya tres pasos hacia el lugar indicado cuando recuerda que se ha dejado la carpeta sobre la barra y se gira repentinamente justo en el momento en que Jorge Dueñas, uno de sus hombres, se la está alargando con el brazo. Tan cerca está Jorge, que Liberto se da de bruces con la carpeta que cae al suelo diseminando los documentos que contiene.

—Perdona jefe, iba a acercártela, pero... —Como uno solo, todos los presentes, incluido el posible cliente, recogen los papeles que vuelven al interior de la carpeta en un instante, pero no sin que el contratista de seguridad advierta que Luís se ha quedado mirando fijamente, por una fracción de segundo, los folios que tenía más cercanos. —Es curioso el tipo —piensa.

Sentados a la mesa son servidos inmediatamente, como si la camarera nueva estuviera esperando a que posasen el culo para salir corriendo con las raciones y la bebida. El pimpollo tiene un vozarrón que casi no le es propio, como de duro de Hollywood reencarnado en el cuerpo del Ken pijo de *Mattel*.

Tras unos minutos de la habitual charla intrascendente, Liberto relata su currículum con la intención tanto de darse a conocer como de justificar las tarifas, bastante altas, que acompañan a sus servicios. No le gusta perder el tiempo. Misión cumplida: el cliente ya está sobre aviso de quién es y cuánto puede costar contratarle. Ahora a esperar que diga lo que necesita. Solo tarda un momento.

—Pues verá... Mi familia es una de las más antiguas de la ciudad. Nuestro apellido ha dado nombre a hospitales, restaurantes, fábricas, centros comerciales, bodegas y un sinfín de negocios desde hace más de doscientos años. En los últimos tiempos atrás ha sido mi padre quien ha dirigido las empresas de nuestra corporación. Por desgracia, hace tres años sufrió un accidente cerebral que me obligó a hacerme cargo del grupo un tanto prematuramente. —El jodido tipo parece que haya estado ensayando el discurso porque no para de hablar y lo hace de corrido—. No es que me falte preparación, en absoluto. Llevo toda mi vida formándome para dirigir el patrimonio familiar. No es eso. Sin embargo, desde que comencé mi etapa al frente, las cosas han cambiado bastante. He cerrado algunos negocios por diferentes motivos: algunos no daban suficientes beneficios y otros eran francamente mejorables, con remedio, pero a costa de inversiones que he decidido no afrontar. En fin, la cuestión es que en estos momentos una parte importante de nuestras empresas están en proceso de liquidación y son poco menos que inmuebles a la espera de un comprador.

—Señor de la Barca, ¿qué puedo hacer por usted, exactamente? — interrumpe en previsión de que pueda seguir hablando toda la tarde.

—Disculpe. Sé que tengo tendencia a extenderme demasiado. Sí. Como le decía, disponemos de muchos inmuebles que se encuentran cerrados, sin actividad. Quiero que usted y su equipo estudien un plan integral de seguridad y protección de mi patrimonio inactivo en tanto se encuentran compradores. En la mayoría de los casos se trata de inmuebles de alto valor a los que seguramente tardaremos en dar salida, ya sabe cómo está el mercado últimamente. ¿Puede ser interesante para usted?

—Pues claro, señor. Nos dedicamos a eso, entre otras cosas. Tendríamos que fijar una reunión en la que pudiéramos hacernos cargo del tipo de propiedades, localización, ubicación, seguridad existente y demás. Le aseguro que tardaremos poco en presentarle una propuesta de seguridad integral adaptada a sus necesidades.

Luís, que definitivamente es un tipo con vocación de orador, comienza a detallar una por una las propiedades, dónde están, el tipo de inmueble y un sinfín de datos que a Liberto no le apetece memorizar sentado delante de unas berenjenas fritas en una taberna. Hábil comercial, se las ingenia para dirigir la conversación hacia la concreción de una cita formal en la que puedan examinar con detenimiento los pormenores del proyecto y, en cuestión de minutos, aprovecha para despachar al señorito despidiéndose casi abruptamente.

—Muy bien. Me hago una idea de lo que puede necesitar. Acudiré a la reunión con alguna propuesta básica que nos pueda servir de punto de partida, especialmente para la bodega, que le preocupa tanto.

—Se lo agradecería mucho, especialmente en el caso de la bodega. El asesinato que se cometió allí, me tiene francamente preocupado. —Por supuesto, Liberto no hace el más mínimo comentario al respecto de su relación con el crimen ni del encargo que tiene de la familia—. Por nada del mundo quisiera que el nombre de la bodega se volviera a ver envuelto en nada parecido. No antes de venderla, claro.

—De acuerdo, señor de la Barca. Entonces hasta el próximo miércoles —dice estrechando la mano del cliente.

—Por cierto... Entre sus documentos no he podido evitar fijarme en la foto de María. ¿Acaso trabaja ahora con ustedes? No sé, pero creo que, hasta el mes pasado al menos, trabajaba para nosotros precisamente en la bodega.

Liberto entra en hibernación de súbito, la sangre se le congela en las venas. No puede creer lo que está oyendo. Sin mediar palabra rebusca entre los papeles de la carpeta y saca la foto de la puñetera chica que lleva semanas buscando.

—¿Se refiere a esta chica? ¿María? —Sobre la mesa, ella los mira fijamente.

—Sí, esa misma. Llevaba bastante tiempo con nosotros. Me extraña que se haya marchado y yo no me haya enterado. Nos conocemos desde pequeños. Su madre ya trabajaba con mi abuelo —responde Luís dando por hecho que la chica es empleada de Liberto.

—Pues no, no trabaja con nosotros. En realidad, es una aspirante a trabajar en nuestra empresa. ¿Qué tal es como empleada? —Nada en su voz delata la naturaleza del interés que tiene en ella.

—Supongo que de limpiadora, ¿verdad? Pues realmente no estoy muy al tanto de esos detalles, pero si quiere puedo hablar con su supervisor e informarle el miércoles. Sí puedo decirle que la bodega está en perfecto orden con dos tardes a la semana que María dedica a su mantenimiento. Creo que son dos o tres horas las tardes de los martes y los jueves. Si quieres vender algo, debe estar impecable, ya sabe, es una cuestión de *marketing*.

—No es necesario que hable con su supervisor. Con las referencias que me ha dado usted tengo más que suficiente. Gracias por todo, señor de la Barca. Hasta el miércoles. —Liberto sale disparado hacia la barra—. Paco, ponle a estos lo que quieran y apúntalo a mi cuenta. Chicos me marcho, tengo prisa. Ya hablamos.

Son casi las cuatro de la tarde y hoy es jueves. Sabe perfectamente dónde está la bodega junto a la que mataron a Alicia. A no más de diez minutos andando desde La Hiedra. Tarda solo siete en estar sentado en el ventanal del interior de un café que, desde la acera de enfrente, permite ver la gente que viene de todas direcciones y pasa por delante del inmenso portalón de la bodega.

El café está prácticamente desierto. De hecho, además del camarero que atiende con poca gracia a la gente, solo le acompaña una pareja de mediana edad que devora sendos bocadillos sin perder detalle de un *reality* que dan en la televisión, con el volumen demasiado alto para su gusto. Está ocupado pensando en qué demonios puede atraer tanto a la gente en ese tipo de mierdas cuando se abre la puerta del establecimiento y deja paso a una preciosa chica que, por tomarse la libertad de rozarla, castiga el aire al andar. Con un pantalón de color claro jaspeado de motivos que parecen ondas de muchos colores y una camiseta verde oliva, sin mangas, que le queda tan bien que es imposible no reparar en ella, María se dirige al camarero que de repente deja de ser el tío seco que le atendió a él hace apenas unos minutos.

—Buenas tardes, Antonio. Dame una botella de agua bien fría, por favor. —El tipo, al que es evidente que se le cae la baba al mirarla, contesta sin vergüenza, el muy sinvergüenza:

—¡Joder, María! ¡Pero cómo se puede estar tan buena! ¿Dónde tenías escondida ese pedazo de tía? ¡Agua y lo que quieras te doy yo a ti!

Ella, que ha llegado hasta la barra, sonrío como si nada pasara, aunque siguiendo el ejemplo del tipejo contesta, en voz alta pero sin gritar, y con un tono que hace pensar que podría hacer lo que dice:

—Escúchame, imbécil. Como vuelvas a dirigirte a mí con esos modos te voy a meter la botella de agua por el culo, te la sacaré por la boca y después me la beberé a la salud de tus despojos. ¿Me has entendido, cabrón? —Y para no dejar dudas de que amenaza en serio, le cruza la cara con un hostión que resuena con tanta fuerza que hasta la tele se va a publicidad.

Antonio se queda con el guantazo y la boca abierta por la sorpresa, inmóvil detrás de la barra, para ver marcharse a la chica sin atreverse siquiera a pedir que le pague la botella que se lleva. Liberto, que ha asistido estupefacto al desarrollo de la escena, reconoce sin duda a la chica y, aunque está seguro de que es la misma persona de la fotografía, le cuesta asociar la cara impersonal impresa en el papel, con la hermosa fiera que acaba de abandonar el café.

A través del ventanal, la mira mientras espera para cruzar la calle. Desde luego no tiene aires de limpiadora, antes los tiene de mujer fatal, casi como la novia de *Roger Rabbit*. Cruza hasta la puerta de la bodega, deja la botella de agua en el suelo, saca un manojito de llaves de su bolso y se pierde en la penumbra del *hall* de la bodega. Le cuesta imaginarla limpiando el polvo y fregando el suelo, pero sabe que es a eso a lo que se dedica.

—Antonio, tráeme un whisky con cola, anda. ¡Y toma nota, capullo! ¡Aprende a tratar a las mujeres con educación! —Sabe que no debería, pero es que no ha podido resistirse a darle otra hostia al tiparraco, aunque sea verbal. Se las merece todas y se las traga sin rechistar. La tarde se va a alargar porque no piensa moverse de allí hasta que María vuelva a salir. Dos o tres horas, dijo el empresario en La Hiedra. Pues nada, a esperar. —¡Y quita esa mierda que hay en la tele, joder!

Poco a poco el bar se va llenando de gente conforme la zona recupera la actividad normal de un jueves por la tarde. Antonio se fue a las cinco relevado por una chica muchísimo más agradable. A las seis y diez, tres wiskis más tarde, Liberto mira su reloj y piensa en lo jodido que es su trabajo: en cualquier momento pasa algo que te acaba estropeando los planes. No tiene que esperar demasiado para comprobar cómo vuelve a abrirse el portón que vigila, para dejar paso a María, terminada ya la faena, que vuelve a cerrar y encamina sus pasos, recorriendo la acera, hacia el centro de la ciudad. Es una mujer preciosa. ¿Por qué cojones la estará buscando Caín

Silas? A estas alturas intuye algo, pero en fin... Eso a él no le importa, es un profesional.

—Niña, cóbrate —dice dejando en la barra un billete de cincuenta euros—. Rapidito, que tengo prisa.

Cuando sale a la calle, la chica ha desaparecido de su vista. Corriendo hasta la esquina escudriña las tres posibles rutas que ha podido seguir. La tercera es una calle estrecha, que se aleja de la zona céntrica en la que está, hacia la parte oeste de la ciudad y decide que es por ahí por donde ha debido seguir su camino. Tantos años en la profesión y le pasan estas cosas. En otra época se habría largado del bar sin pagar y tan tranquilo. Empieza a estar mayor para este trabajo. A la carrera recorre el tramo de calle hasta la primera esquina. Al girarla divisa su objetivo a poco más de cien metros y, haciendo un esfuerzo por serenar su actitud, ralentiza la marcha respirando profundamente para recuperarse de la carrera.

Doce minutos más tarde, María llega a su casa y se pierde en el portal. Él espera, no demasiado, junto a la puerta del edificio hasta que sale un vecino y consigue acceder al interior. Un rápido vistazo a los buzones, solo hay cuatro viviendas en el inmueble, le permite conocer su nombre. María Martín y Ana Ruíz reza el letrerito del segundo B. Es la única María que aparece, así que da por buena la información, pero necesita confirmarla. Vuelve a la calle y pulsa el portero automático del piso primero A. Una voz de señora mayor contesta por el aparato preguntando quién es.

—Señora, ¿vive ahí María Martín? Vengo de una empresa de limpieza para hablar con ella, pero me falta el piso en la dirección. —Liberto espera que la vieja confirme su teoría.

—No. No es aquí. Vive en el segundo B, pero a estas horas puede que esté trabajando o que haya salido con su hijo. Llame usted, que, si no está ella, estará su madre o el niño. —Una última comprobación.

—Sí. Ana me han dicho que se llama la madre, ¿no? —Un instante de silencio y la anciana responde:

—Sí, sí. Ana se llama. Llame usted al segundo B. —Se despide la señora sin más protocolo que un *clack* que le indica que ha colgado el auricular.

Liberto sabe que tiene suficientes datos por el momento. Su encargo era encontrarla y facilitar la información a quien lo ha contratado, pero antes, sabiendo ya su nombre, intentará recabar más información de la chica en internet. Quiere tener un dossier completo para justificar adecuadamente lo que cobra. Mejor no precipitarse ahora, en los próximos días el trabajo estará realmente finalizado y él listo para presentar el resultado de sus pesquisas a Caín.

Por momentos llegó a creer que tendría que renunciar a encontrar a la chica. Joder, ¿qué interés puede tener exactamente un pez gordo como Silas en una simple limpiadora, por buena que esté? —Piensa durante un segundo para, inmediatamente, recordarse a sí mismo que hacer ese tipo de preguntas es poco profesional.

CAPÍTULO 14

parte 1

Ha dejado el coche de Ángel perfectamente aparcado a poco más de un kilómetro de su casa, en una zona residencial tranquila donde no abundan las cámaras de seguridad, justo a cien metros de la dirección oficial del canalla al que ha dejado con la boca abierta en el estudio. O al menos es la dirección que aparece en los documentos de su cartera que, además, contenía ochocientos treinta euros —sí, los billetes de 500 euros existen— y que, por supuesto, se ha llevado como indemnización por la humillación recibida. Continúa, andando, su camino y pasa por delante del número 102. Ángel Aranda, efectivamente el buzón da la razón a su suposición. Aun así, la intranquiliza pensar que debe haber montones de cámaras —de tráfico, bancos, sitios públicos... — que la han visto conduciendo el vehículo robado. Ya no le parece tan buena idea habérselo llevado. En fin, ya no tiene remedio.

Poco más de quince minutos tarda en estar de vuelta a la seguridad de su hogar. Se siente bien, excitada por todo lo que ha pasado. La sensación de poder que experimenta después de haber dado su merecido al escritor de pacotilla le ronda entre las tripas como si no hubiera sido suficiente, como si necesitara más. No le sorprende porque el mundo está lleno de gentuza como esa que campa libre por la vida jodiendo la de otras personas, la de otras mujeres. Y alguien les tiene que hacer pagar. Ella desde luego piensa repetir en cuanto tenga ocasión.

Es increíble —se dice a sí misma—, cuánto puede cambiar la vida de una persona cuando se siente guapa, cuando de repente se convierte en el centro del universo porque así lo cree de verdad. María saca la compra de las bolsas y la guarda en su armario. Le ha bastado un simple cambio de aspecto para aflorar la mujer que en realidad es, pero que, hasta ahora, vivía secuestrada por una vulgar chica de la limpieza y prometiéndose que, a partir de hoy, cuidará su aspecto en todo momento porque eso le dará fuerzas para cambiar también su vida. Se mete en la cama totalmente agotada para caer en un sueño profundo.

Por la mañana, ya es viernes, un día cualquiera para la limpiadora, pero el primero de la María despierta y viva que nació ayer. No tiene intención de ir a trabajar a ninguna de las dos casas previstas para ese día, pero hoy piensa hacerlo bien. Ya son las diez de la mañana. Buena hora para hacer un par de llamadas y excusar su ausencia por enfermedad. En realidad, no miente, se siente enferma de ansiedad, de ganas de comenzar a jugar su nuevo papel. Tan enferma que la única cura, que debe ser aplicada de inmediato, es salir a la calle, empezar a frecuentar ambientes acordes con su nueva condición de chica diez y conocer gente nueva. Dos horas más tarde, por fin contempla en el espejo el resultado que ha estado tanto rato buscando y decide que está sencillamente espectacular.

Armada con una presencia que le permite pisar con fuerza, siente que su falda floreada en tonos azules, blancos y salmón es el centro de atención que buscan todos los hombres que andurrean por las calles sin saber dónde mirar. Le gustó inmediatamente, un poco cara, pensó en principio, pero tirada de precio cuando comprobó cómo se ajustaba a sus caderas. Ni corta ni larga, esa falda pedía a gritos el top blanco que, también muy ajustado, se cierra sobre su cuello dejando los hombros al aire. Una chaqueta blanca muy fina y unos tacones pensados para andar

pero que la elevan hasta casi el metro ochenta, redondean la condición de dueña del mundo que brilla en sus ojos, protegidos tras unas gafas imitación Dior.

En realidad, no tiene claro adónde se dirige. Su intención es pasear hasta la hora del aperitivo en cualquiera de las muchas terrazas elegantes que abundan en la alameda, junto al río. En alguna de ellas se da cita lo más selecto de la ciudad y ella quiere estar allí, esperándolos a todos. Se ha marcado como objetivo conocer hombres interesantes, simplemente. Es consciente de que no hay en ella ninguna idea que la predisponga a la violencia, pero está decidida a no tolerar agresiones. Es más, la simple posibilidad de rechazarlas contundentemente le provoca un cosquilleo que recorre su cuerpo como si el pequeño diablo rojo que le susurra al oído no estuviera dispuesto a dejar pasar ni una oportunidad de lucirse. De repente, las calles se convierten en callejuelas y la gente se agolpa, intentando llegar a una masa crítica que haga imposible moverse, empujada a transitar por el cuello de un embudo que ella sabe que desemboca en el casco antiguo y en la plaza mayor. En los soportales, decenas de tiendas de anticuarios, bares y heladerías ofrecen su producto a los paseantes que acuden al lugar atraídos por el mercado ambulante que se instala cada viernes en la plaza.

María, que destaca entre la gente como una pantera infiltrada en una manada de gatos, pasea entre los puestos de especias, de plantas medicinales y de quiromantes, curioseando, pero sin buscar nada en concreto. En una esquina de la plaza, un anciano con aspecto de vagabundo está sentado en un taburete delante de una mesa plegable. Justo enfrente de él, una señora con aspecto de ser la catadora de McDonald's en su día de descanso, se derrama alrededor de un taburete que parece todavía más pequeño enterrado entre sus carnes. Un puñado considerable de curiosos se agolpa en el lugar rodeando a los dos en completo silencio. Le parece curiosa tanta muda expectación en un sitio tan ruidoso, en especial teniendo en cuenta que la catadora y el anciano están completamente inmóviles. Es más, el vagabundo ni siquiera la mira, pues tiene la cabeza hundida en el pecho como si no quisiera saber nada de la mujer. Ella se acerca al grupo y espera acontecimientos. De repente, el anciano levanta la cabeza y mira directamente, largamente, a los ojos de su cliente hasta que empieza a hablar.

—Olvídate de él. Está con otra mujer y, además, tú ya lo sabes. Me has mentido. El hijo que dices que tenéis en común es un invento tuyo porque, aunque estuviste preñada, él te obligó a abortar. No, jamás volverá. —La gorda comienza a llorar desconsoladamente moviendo la cabeza afirmativamente e intentando decir algo que suena apenas como un balbuceo.

—Pero, debes tranquilizarte —continúa el adivino—. De eso depende, de que te serenes y superes tu vida anterior, el futuro que veo. Si lo haces, conocerás el amor verdadero y darás por bien empleado el montón de mierda que ha sido hasta ahora tu existencia. Ve con Dios.

La gente sigue en silencio, más profundo todavía después de escuchar al oráculo. El hombrecillo, al que la señora acaba de dar unas monedas, se levanta de su asiento para plegar los taburetes y la mesa que aparta junto a una papelería y, sin mirar a nadie en particular, se marcha del lugar mientras la gente se disuelve murmurando a favor y en contra de lo que acaba de suceder. María no se mueve y sigue con la mirada el caminar cansado del anciano hasta un tenderete ambulante de bebidas en el que tarda lo justo en gastar lo que la chica McDonald's acaba de darle. Ella se decide y como quien no quiere la cosa acaba entre el vidente y un cuerpazo de hombre que, aún de espaldas, llena por sí mismo todo el aire que rodea el kiosco. El abuelo empina la cerveza que ha pedido en una vertical imposible para cualquier gazzate y deja

seco el cristal de un solo movimiento. Un campeón.

—Puedo invitarle a otro trago —dice María dirigiéndose al «tragabirras». El tipo sigue mirando al suelo como si llevara una bola de cien kilos colgada de la frente. Con un gesto pide otras dos cervezas que, cosa rara en un sitio así, son servidas de inmediato.

—Impresionante lo que ha pasado con esa señora. ¿Cómo lo hace? ¿Es algún tipo de don? No he visto que use cartas ni nada por el estilo —dice ella intentando confraternizar.

—No necesito cartas ni tonterías. Ojalá. Mi vida hubiera sido mucho más agradable. No hija, no. Por desgracia son mis ojos los que ven, no yo. La historia es larga de contar y aquí hace demasiado calor para perderse en batallitas. Solo te diré que nada me gustaría más que poder echarte un vistazo de arriba abajo, no creas que soy ciego, pero no puedo hacerlo sin tu permiso. —El anciano la sorprende hasta el punto de no saber si está bromeando.

—¿Me está diciendo en serio que puede saber cosas de mí solo con mirarme? ¿Qué tipo de cosas? Si necesita mi permiso, ya lo tiene. Hágalo, por favor. Míreme y dígame qué ve.

—Te advierto que tengo especial sensibilidad con las cosas malas. Lo siento, pero es lo primero que veo y lo más intenso. Mira niña, deberías marcharte y aprovechar la vida, que se pasa demasiado rápido para perderla dándole charla a un pobre viejo. —La segunda cerveza ya es un recuerdo.

—Por favor. Estoy en un momento de cambios en mi vida. Me gustaría que me dijera qué ve y además puedo invitarle a otra cerveza y un plato de jamón. ¿Qué me dice?

Al olor del jamón y la expectativa de otro trago, el anciano levanta la mirada y unos ojos azules, fríos como el cero absoluto, se clavan en los de María hasta el punto que los siente como algo físico, como una astilla incrustada en su pupila y el silencio se hace patente, absorbiendo todo el bullicio que los rodea, durante unos segundos que a ella le parecen siglos. Cuando comienza a hablarle, casi susurrando para no ser escuchado por otros, el cable que unía sus ojos se rompe como por arte de magia y deja de doler.

—Tú no eres una mujer corriente. Eres una diosa y no lo sabes, niña. ¡Hoy llevo un día de vidas jodidas! La tuya también lo ha sido. Pero ya sé que has decidido cambiarla. Lo harás y te convertirás en la que decide sobre lo justo de la vida y la muerte, en la compañera de un depredador que te enseñará los secretos que desde el principio de los tiempos están vetados a los simples mortales. Conocerás el amor de otros dioses, que es muy distinto al que experimentamos los hombres corrientes: libre y esclavo, fiel y libertino, piadoso e inmisericorde a la vez. Sí. Serás una reina. Y gobernarás a tus súbditos con mano de hierro a veces, con leche y miel otras. — Hace una pausa en su predicción y pregunta—: ¿De verdad quieres que siga? ¿Es suficiente ya? —María hace un gesto con la mano invitándole a no dejar de hablar. Él lo hace con un ligero temblor en la voz. —Está bien. Veo sufrimiento, mucho placer, mucho dolor. Harás cosas que te irán minando el alma, algunas tan horribles que, francamente, prefiero pensar que me equivoco. Matarás el propio amor hasta que, finalmente, mueras por amor propio. ¡Ya vale, ya vale! —dice el hombre volviendo a concentrarse en el jamón. Desvía la mirada por encima del hombro de María y su rostro se hace más serio aún. Lo ha pensado mejor, agarra el plato, la cerveza y se larga con tanta prisa que no parece el mismo que llegó casi arrastrándose al bar.

María no da crédito a lo que acaba de oír porque, en cierto modo, todo lo que le ha dicho el vidente cuadra con su nueva forma de ver el futuro, su relación con los hombres y hasta la vida en sí. Pero vamos —piensa—, de ahí a convertirse en una reina con poder sobre la vida y la

muerte de sus súbditos hay un gran trecho. Hay cosas que no acaba de comprender. Matar y morir por amor no entra dentro de sus planes. Es una idea romántica pero improbable especialmente porque no siente el más mínimo cariño por los tipos como el escritor, Ángel. Mientras piensa en todo esto, María no ha cambiado de pose. Continúa clavada al suelo en el mismo sitio y con la misma posición corporal que cuando tenía delante al anciano.

Alguien toca su hombro y la saca del trance a la fuerza.

—No le hagas caso, es un simple charlatán que lleva cuarenta años ganándose la vida asustando a la gente. —Es el hombre que aspiraba todo el aire del kiosco, el que tiene una presencia que corta la respiración, el que está hablando con ella. Tiene una sonrisa franca que la recibe al girarse y unas sienes plateadas que acompañan una mirada tan profunda y penetrante que María vuelve a sentir el puñetero cable clavado a sus pupilas. Pero esta vez no es un anciano harapiento quien está delante de ella. Con un súbito desfallecer de las rodillas que a duras penas controla, su cuerpo le grita: «Que sí, tonta, que sí. Tienes delante de ti al señor Caín Silas».

CAPÍTULO 14

parte 2

Liberto no volverá a cumplir cincuenta años, de hecho, hace tiempo que los cumplió y todavía hay quien le recuerda la súper fiesta de su medio siglo, un auténtico desparrame — palabra que le gusta mucho— de alcohol, chicas y drogas que acabó con un muerto en una pelea por los favores de una señorita que, para colmo de la tontería, era una profesional a la que tanto le daba ir con uno u otro. Afortunadamente, apenas conocía al muerto y todo sucedió bastante lejos de su casa, porque Liberto no puede permitirse ese tipo de escándalos.

Su paso por la guerra de la antigua Yugoslavia primero y por varios conflictos armados después, en tierras de Chechenia, Ruanda, Iraq y otros sitios de los que ya no quiere acordarse, convirtieron al aprendiz de pistolero en un psicópata profesional sin el menor respeto por la vida humana. Ahora que vuelve a ser persona, apenas consigue convivir con su yo de aquellos años. Recuerda haberse deleitado con el sufrir ajeno hasta un punto que le cuesta admitir. Una noche del verano de 1994, contratado por el gobierno ruandés e integrado en los paramilitares del *interahamwe*, rebosando *speed* y whisky, recorría las calles de Kigali subido en un todoterreno que arrastraba los cuerpos, destrozados por la arena de los caminos, hasta convertirlos en despojos, de una pareja de ancianos comerciantes tutsis. Cerca del, a la postre famoso, Hôtel des Mille Collines, la emisora de radio del mismo nombre arengaba a la población hutu contra la etnia minoritaria y contra cualquiera que intentara protegerla. Ni un alma a la vista, Jean Jacques detuvo el coche frente a lo que parecía una escuela abandonada. Liberto no comprendió qué pretendía al detenerse allí, hasta que el chirriar de los frenos acabó por obligar a un grupo de ocho niños a salir corriendo despavoridos desde el escondite que les proporcionaba un trozo de tapia a medio derruir. Alguien gritó: ¡putos tutsis! Él fue el primero en saltar del todoterreno, no necesitó orden ni instrucción de ninguna clase. Espoleado por las drogas, recuerda haber volado sobre los escombros del lugar y cómo Jules y Ritchie le siguieron con mayor fiereza, si es que eso tenía cabida. Alcanzaron a seis de los chicos, mataron a uno de un tiro en la cara. Cada noche, aún hoy, le retuerce el alma el recuerdo de los llantos y gritos de aquellas criaturas de no más de diez u once años, aterrorizadas pero conscientes del destino que les aguardaba en el paragolpes del Toyota. Fue Liberto quien amarró a los dos primeros y Jean Jacques el que decidió emparejarlos de dos en dos en el interior de un neumático. Al quinto, lo emparedó personalmente entre las dos masas sanguinolentas que arrastraban de anterior. Sin el más mínimo pensamiento empático, fue él y no otro el que roció de gasolina aquellos neumáticos y los cuerpecitos que apresaban y el que reía a carcajadas ante las súplicas de los chicos cuando, emprendida de nuevo la carrera por las calles de la capital, prendió fuego a la carga que arrastraban. Y fue él quien media hora después aligeró la carga que llevaban separando del resto de sus cuerpos achicharrados las cabezas de todos y cada uno de los arrastrados. Sin vacilar, clavó en machetes uno a uno los trofeos y los volvió a atar al paragolpes para continuar la patrulla advirtiendo a todos de que con ellos llegaba, a cada barrio que visitaban, algo peor que la muerte.

Sí, lo de Ruanda fue una locura. Después, diversos encargos que cumplió satisfactoriamente en Filipinas, Chad y Sudán, le granjearon una reputación profesional que supo poner en valor

con la creación de un equipo propio que bajo su mando asumió, como algo esporádico al principio y después cada vez con más frecuencia, trabajos que le reportaron importantes beneficios en el campo de la protección de personalidades políticas y empresariales de medio mundo. Hasta que, en las navidades de 2007 aceptó un contrato que le llevó, junto a sus hombres, a la región etíope de Ogaden. Su misión consistía, básicamente, en la consecución de varios objetivos estratégicos relacionados con personalidades locales ligadas al mundo del petróleo. En abril de aquel año, el Frente para la Liberación Nacional de Ogaden había atacado un campo petrolífero chino asesinando a setenta y cuatro personas al parecer, con implicación directa en la acción de algunos personajes destacados de la política local, que ahora Liberto y sus hombres enviarían a criar malvas antes de final de año, junto con un centenar largo de daños colaterales en forma de hombres, mujeres y niños.

Fue en un tugurio de Kebri Dahar donde Liberto tocó fondo definitivamente. Terminado el último de los encargos que tenían en la zona, aquella noche todo el equipo salió a divertirse. El local era infecto, sucio y oscuro, inundado por un hedor insoportable a sudor y podredumbre, pero era el único sitio, ilegal por supuesto, donde pasar un buen rato con todo lo necesario: alcohol, drogas y putas. En un escenario ridículamente pobre bailaban por turnos las jovencísimas chicas, esclavizadas desde niñas, obligadas por sus propios padres a trabajar como putas, cuyos cuerpos llevaban tatuadas cifras que anunciaban a los cuatro vientos el precio de su alquiler. No pasó mucho tiempo hasta que cerraron el garito, ahuyentando a la escasísima clientela local, para continuar su fiesta en privado. Mucho más que participando, Liberto hacía de anfitrión a una turba de salvajes que acabó, como era previsible, completamente desmadrada. Tras machacar a hostias a los dos gorilas que protegían el bar, violaron a todas y cada una de las chicas con cualquier cosa susceptible de ser introducida por un orificio corporal, desde botellas a cucharones de cocina. Eran seis y sufrieron lo indecible entre las risas de los que las torturaban y las de los que esperaban su turno para seguir atormentándolas. La jauría que se les había venido encima aumentaba su nivel de violencia con la excitación que les producía cada grito, cada corte, cada llanto. Freddy Álvarez, un auténtico psicópata y el más peligroso de los hijos de puta que componían el equipo, clava en una mesa a la que parece la más joven de las chicas atravesándole las manos con cuchillos de campaña. No parece tener más de diecisiete o dieciocho años. La niña está tan molida a golpes que, resignada a su suerte y en silencio, llora sangre. Freddy se sienta sobre ella, comienza a sobarla entre las risas del resto de los hombres y en un movimiento de brutal fiereza muerde una de sus orejas arrancando un trozo de carne que exhibe entre los dientes ensangrentados. Como si de repente la mismísima Virgen María le hubiera echado la bronca del siglo por ser tan cabrón, Liberto despierta del trance de maldad y violencia en el que ha estado sumido tantos años, justo en el momento en el que Freddy enseña a sus compañeros el machete con el que se dispone a cortarle la nariz a la infortunada chica y, sin mediar palabra, se acerca a él por detrás y le descerraja dos tiros en la nuca. Se acabó la fiesta. La pobre chica también está muerta. Una de las balas ha atravesado el cráneo del mercenario y ha continuado su camino hasta alojarse en el pecho de ella. Un silencio denso se ha hecho de repente en el local. El resto del equipo se ha quedado mudo, las putillas se han arrinconado en una esquina y el personal del burdel ha desaparecido como por arte de magia.

—Joder, jefe. ¿Por qué has hecho eso, coño? —dice Joao, un portugués que trabaja con Liberto desde hace muchos años.

—¡Fuera todo el mundo! Coged a ese cabrón y enterradlo por ahí. No quiero preguntas. ¡Que os larguéis, joder! —grita pistola en mano, no las tiene todas consigo porque piensa que alguno de sus hombres puede reaccionar mal a lo acontecido. —Reunión en el hotel en una hora. ¡Largo!

Nadie se rebela. El cuerpo de Freddy es cargado en una furgoneta del equipo, que se pierde por las calles polvorientas en dirección a la selva. La chica muerta se queda en la mesa y Liberto con ella, mirándola como si fuera su hermana pequeña, con una mueca de dolor en la cara que acentúa el torrente de lágrimas que derrama en silencio. Tatuada en su hombro, la cifra 300 marca los birr que ponían precio a su cuerpo. Poco más de trece euros. ¡Qué mierda de vidas las tuyas! Porque si la pobre niña ha sido una desgraciada, Liberto es un ser abyecto que ha tomado conciencia de sí mismo y no puede soportarse. Amenazando al resto de las chicas con el arma, las obliga a huir del local, al que prende fuego, y se marcha caminando en dirección al hotel con la intención de liquidar las ganancias con sus hombres y desaparecer definitivamente de cualquier escenario de guerra.

En Madrid, seis meses más tarde, Liberto vive de las rentas obtenidas en tantos años de trabajo al mejor postor. Ha recibido varias ofertas que ha rechazado sin vacilar. Ha decidido no volver a pisar un campo de batalla, pero sabe que, más tarde o más temprano, tendrá que volver a trabajar en algo, lo que sea, que le permita subsistir cuando no tenga dinero ya. Aún queda mucho para agotar sus reservas económicas. De momento, su única preocupación es la buena mesa y las mejores juergas, porque el hecho de repudiar sus actos pasados no lo ha convertido en un asceta, ni ha descubierto a Dios ni cosas por el estilo. Sencillamente está asqueado de su pasado. No ha superado lo de Freddy Álvarez y, aunque tuviera merecido ese final, hay inocentes en Madrid que dependían de él. Liberto los mantiene a los dos: a Lupe, la esposa, y a Aníbal, el hijo de quince años con el que se ha encariñado especialmente. Ninguno sabe, ni sabrá nunca, lo realmente sucedido en aquel prostíbulo africano. A todos los efectos, Freddy era un militar de fortuna ejemplar caído en acto de servicio.

Después de un sábado glorioso, Liberto sale de Joy Eslava a altas horas de la madrugada, acompañado por dos hermosas chicas, que ha alquilado para toda la noche, en dirección a la chocolatería de San Ginés, recorriendo el estrecho pasaje del mismo nombre. Justo al llegar a la esquina, el trío es abordado por dos tipos trajeados que no parecen estar de juerga, en absoluto. Uno de ellos, el que aparenta tener más edad, lo llama por su nombre y extiende la mano para darle un sobre.

—Por favor, siga las instrucciones que hay en este sobre al pie de la letra.

Los excesos de todo un día de fiesta no han hecho que Liberto pierda un ápice de su condición de guerrero. Apartando a las putas detrás de él se encara con los dos hombres. Prácticamente no tiene tiempo de pronunciar una palabra cuando el más joven de los tipos le roba el aire por el conocido método del potente puñetazo en el estómago. Tal vez los excesos sí que le afecten un poco. Rodilla en tierra, levanta la vista para encontrar el cañón de un revólver a medio palmo de su cara.

—Tranquilícese. No estamos aquí para hacerle daño. Tampoco queremos que le encuentre la policía y le detenga por sus crímenes de guerra. Por favor, siga las instrucciones y no nos obligue a buscarle de nuevo.

Aún no ha recuperado del todo el aliento, ni rastro ya de las fulanas que había pagado por adelantado, cuando el callejón se traga a los del traje en un abrir y cerrar de ojos. Mira el puto sobre y decide que no son horas para desvelar misterios, así que lo guarda en un bolsillo de la chaqueta y, apoyándose en la pared, se pone en pie con la intención de buscar un taxi y salir pitando hacia su casa.

Ya en el coche, el aturdimiento de todo un día de excesos ha desaparecido por completo. Saca el sobre y lo mira preguntándose qué diablos quieren esos tipos de él. Lo abre y saca una tarjeta que es todo el contenido. Una cartulina de color crema en la que hay escrito un mensaje simple y escueto. Un número de móvil, una fecha y una hora. Nada más. ¡Joder, cuánta tontería! —Piensa. Hubiera sido mucho más sencillo que, sea quien sea la persona que quiere hablar con él, lo hubiera llamado directamente. La fecha es mañana, es decir hoy, a las cuatro de la tarde. Bien, tiene tiempo de descansar un rato.

—Soy Liberto San Juan. Creo que estaba esperando mi llamada —ha estado haciendo tiempo hasta el segundo exacto en que el reloj ha marcado las 16:00 horas—. ¿Qué cojones quiere de mí?

—Buenas tardes, señor San Juan. Lamento mucho la manera un tanto atípica de contactar con usted. Créame que hay un motivo para ello, básicamente relacionado con la confidencialidad y la seguridad. Lo siento. —La voz al otro lado del teléfono parece la de un hombre mayor, muy mayor. Pero es firme y clara—. Verá, necesito una persona que responda, digamos... a su perfil profesional. No nos sirve nadie que tenga un historial de trabajos en el país, queremos alguien que disponga de la experiencia operativa necesaria pero que la haya adquirido fuera. Usted es el candidato perfecto. Ese es el motivo de nuestra pequeña charla.

—Oiga, mire. No me interesa. Yo escojo mis trabajos y no me gusta que intenten reclutarme de madrugada, en un callejón y a base de hostias. ¿Queda claro? —lo dice, pero no está seguro de que vaya a resultar tan fácil deshacerse de estos tipos—. ¡No vuelva a contactar conmigo!

—Liberto, ¿puedo llamarle así? Verá. No le estoy pidiendo que trabaje para nosotros. Le estoy diciendo que ya trabaja para nosotros. En su correo electrónico encontrará documentos que prueban quién es usted y las barbaridades que ha cometido. Es una investigación propia, tengo que decirle. Bastante meticulosa y exhaustivamente realizada. No le quepa la menor duda de que acabará con sus huesos en una cárcel y será juzgado por sus acciones, naturalmente en caso de que al final no sea posible un acuerdo entre nosotros. Disponemos de los medios y los contactos necesarios para que no haya un solo rincón del planeta donde pueda ocultarse a la justicia. Y también disponemos de los medios y contactos necesarios para que pueda comenzar realmente la nueva vida que tanto le gustaría tener. La elección es suya.

—¿Barbaridades? ¿Qué barbaridades? ¡Por el amor de Dios, eran guerras! —¡Suena tan bien como excusa! Lástima que no sea suficiente ni siquiera para él.—. Escuche, por favor, no quiero tener nada que ver con todo eso. Lo he dejado. Búsquese a otro. Puedo facilitarle algunos nombres si de verdad es tan importante para usted. En serio, yo...

—Mire, Liberto. No soy una persona que se caracterice por ser paciente, la verdad. Crea lo que le digo: le necesitamos a usted y no nos sirve cualquier otra persona. Podemos ofrecerle un futuro profesional espléndido, dinero, relaciones, trabajo continuo e incluso una cara nueva. Toda la información relativa a su persona existente en cualquier archivo, oficial y no oficial, será

eliminada por completo. ¿En serio va a rechazar un nuevo comienzo con el futuro garantizado? ¿Le parece adecuado que discutamos todo esto cenando en mi casa esta noche?

Parece que está en un buen lío porque este no es uno de esos que se quedan con la bofetada. Seguramente la devuelva multiplicada por cien. En cualquier caso, la oferta no suena mal del todo y le intriga lo que pueda querer a cambio.

—Está bien. Dígame adónde voy.

—Oh, no se preocupe por eso. Si es tan amable de asomarse por la ventana de su salón, comprobará que hay un Mercedes negro aparcado en doble fila justo en la puerta de su edificio. —Así es. Estos cabrones lo tienen todo súper claro, piensa Liberto al mirar por la ventana—. Por favor, no tarde en bajar. Vive usted en una zona donde el aparcamiento es complicado. Va a hacer un viaje relativamente largo hasta aquí pero no se preocupe, le devolveremos a su casa sano y salvo. Le espero, pues. Buenas tardes, señor San Juan.

No le ha dado tiempo a contestar a la despedida del viejo. ¡Qué diablos! Una ducha rápida, un buen traje, su Sig Sauer P226 y ¡listo! Quince minutos más tarde sube al Mercedes y el conductor, un tipo serio que no le dirige la palabra salvo para acomodarlo en el coche e indicarle que puede servirse lo que quiera del bar, enfila la salida de Madrid con rumbo sur. Algo más de dos horas después, el vehículo se desvía de la autovía para adentrarse en una carretera que se va deteriorando a cada cruce que toman hasta acabar delante de una enorme verja de hierro que se abre con un mando que tiene el chófer. Esperan a que la puerta haya vuelto completamente a su posición cerrada y se adentran por un camino hasta una enorme casa rodeada de árboles y jardines perfectamente cuidados.

En un cenador con vistas a un gran estanque en el que nadan bastantes patos de diferentes especies, para Liberto todos patos, un anciano acompañado por dos gorilas tipo armario está sentado frente a una mesa bien servida con bebidas y cosas para picar. Lo lleva hasta él el mismo tipo que lo ha traído en el coche. Un ademán del viejo invitándole a sentarse es suficiente para que lo haga.

—Y bien, Liberto... ¿Ha tenido un buen viaje? Eloy es un gran conductor. —Uno de los gorilas ha puesto sobre la mesa, delante de sus narices, una tarjeta con lo que entiende es el nombre del viejo, Juan Manuel Olivares, presidente de algo cuyo logo indica que se llama Fundación Árboles. Se siente inquieto y el viejo, que no se presenta porque delega esa tarea en la tarjetita, lo capta—. No se preocupe, concédame unas horas de su tiempo. Después volverá a su casa como un hombre con una misión y un futuro brillante.

—Muy bien. Por favor, ¿puede decirme qué puedo hacer por usted? —No ha pedido nada, pero el tipo que no le dio la tarjeta le llena una copa con un vino espumoso de color rosa. Por alguna razón sabe que lo que le tenga que contar Olivares tendrá más sombras que luces. Las promesas que recibe hacen que empiece a no importarle demasiado.

—No se trata de qué puede hacer usted por mí. Más bien se trata de qué podemos hacer el uno por el otro, diría yo. No he sido nunca un hombre que se haya ido por las ramas y ahora que soy un anciano, me muestro aún más impaciente. Así que iré al grano. ¿Qué le parecería si le dijera que estoy dispuesto a financiarle a coste cero la creación de su propia empresa de seguridad privada? No hablo de colocar alarmas o de transporte de fondos. Hablo de una compañía que reciba encargos de protección de empresarios y secretos empresariales, de trabajos especiales para ellos y procesos de liquidación de obstáculos. Usted sería el propietario del cien

por cien de la sociedad, nosotros le introduciríamos en los círculos adecuados para que le lluevan los contratos.

—Ya. ¿A cambio de qué? —Hace muchos años que aprendió que nadie hace nada por nadie si no es porque saca tajada.

—Bueno, naturalmente deberá cumplir con una serie de objetivos que se le planteen, pero resumiendo, se trata de que espíe por una larga temporada las actividades de una persona y finalmente la asesine cuando se le ordene. Básicamente se trata de esto. Le prometo que no hay nada más, salvo los detalles de toda la operación que son muchos e importantes, por supuesto. La empresa, los beneficios que obtenga y todo lo demás, serán exclusivamente suyos incluso acabado el encargo. ¿Le puede interesar mi propuesta, señor San Juan?

—Puede ser. Antes me gustaría escuchar en qué está pensando exactamente y todos esos detalles de los que habla. Soy todo oídos.

—Bueno, eso está mejor. Créame, nuestro pequeño proyecto le va a entusiasmar y le hará un hombre rico. —Basta un gesto de la cabeza del viejo para que uno de sus hombres le ayude a ponerse en pie acercándole un bastón con la empuñadura de plata—. Demos un pequeño paseo hasta que esté lista la cena. ¿Le gusta el cordero, Liberto? —Pasándole un brazo por los hombros le invita a comenzar a andar. Algo en la sonrisa del abuelo le recuerda a las hienas de National Geographic.

CAPÍTULO 14

parte 3

Dos años más tarde, la empresa de Liberto marcha viento en popa. RedLiber se ha convertido en el mayor contratista militar privado con dedicación exclusiva al ámbito civil en todo el país. Todo lo que Olivares prometió, se ha llevado a efecto. Desde el primer momento, potentes corporaciones de todos los sectores se interesaron por sus servicios. Sí, realmente la fundación del viejo es poderosa y RedLiber empieza a ser un referente profesional que está por encima de empresas ya consolidadas en el sector. Les llueven los contratos.

Aquel día en la casa de campo, Liberto aceptó una propuesta que le ha cambiado la vida. Se relaciona ahora con personajes del más alto nivel empresarial y político y es consciente de que también él está consiguiendo un cierto estatus de poder e influencia que le está abriendo puertas a las que por sí solo jamás hubiera tenido acceso. Esa propuesta incluía una misión que, en realidad, era su única contraprestación a las ventajas que le ofrecía el trato. Una misión a largo plazo en la que debería formar un activo desde cero, un hombre especialmente adiestrado en las tácticas y técnicas militares, en el combate cuerpo a cuerpo y en el manejo de armas, pero también experto en psicología criminal, con habilidades sociales sobresalientes, discreto y capaz de obedecer órdenes sin cuestionarlas. ¡Joder, estos tíos necesitan a James Bond! —Fue lo primero que le vino a la mente—. Pero no, no había que crear un personaje de ficción. El encargo era muy real y requería, debido a su propia naturaleza y los riesgos que entrañaba, de un auténtico experto cuya formación física y mental, por buena que fuera, siempre sería insuficiente. Tenía tiempo y dinero para crear la máquina perfecta que necesitaba al frente de la misión. Y pensó en Aníbal.

Convencer al chaval fue tarea fácil, no lo fue tanto convencer a su madre. Solo la promesa de que el chico se formaría en las mejores academias militares para garantizarle un futuro profesional, la insistencia del propio Aníbal, encantado con la idea y, naturalmente, la bolsa con cincuenta mil euros en efectivo que Liberto puso encima de la mesa, consiguieron que finalmente Lupe aceptara que su hijo se preparara para ser lo que ya había sido su padre y que tan poco le gustaba.

De ese modo, Aníbal pasó a ser prácticamente el hijo adoptado que Liberto nunca se planteó tener. El chico tenía cualidades: era realmente listo, muy inteligente, por nacimiento tenía nacionalidad británica —la familia de Freddy vivió en Warton hasta que el niño cumplió diez años—, era bilingüe en inglés y ya tenía adquiridas habilidades que se demostraron útiles para su formación básica como profesional. Con poco menos de dieciséis años se manejaba en la red como un auténtico *hacker* y, por si fuera poco, desde los seis años practicaba artes marciales y a estas alturas de su corta vida podía considerársele un experto en Taekwondo y Krav Maga. Así que, sin prisa pero sin pausa, Liberto acometió la tarea del entrenamiento intensivo del chaval en técnicas de defensa aplicadas a la intervención militar y de seguridad, enseñanzas teóricas introductorias a la operativa y estrategia militares, manejo de armas blancas y de fuego, espionaje y seguridad informática, comunicaciones, métodos de instrucción, medicina táctica, investigación, órdenes y mando, manipulación de explosivos y un sinfín de capacidades más que terminaron por convertir a Aníbal en el embrión de un auténtico profesional. Con dieciocho años

recién cumplidos, Liberto lo consideró apto para ser enviado al encuentro de su destino, primero a la I.S.A. de Skopje, en Macedonia, y más tarde al *training center* de Blackwater en Carolina del Norte, Estados Unidos, donde ingresó sin problemas gracias a la influencia de la Fundación. En estos centros, como resultado de los casi dos años de formación y del durísimo entrenamiento táctico físico y armamentístico recibidos, adquirió competencias de alto nivel solo reservadas para cuerpos especiales militares, algunas divisiones del gobierno y agencias de seguridad estatales, que culminaron en un periodo de tres meses de trabajo de campo en Afganistán como miembro de un equipo de Blackwater contratado por la CIA en una misión cuyo objetivo era perseguir a miembros y dirigentes de al Qaeda. Noventa intensos días de secuestros, torturas y asesinatos le otorgaron una experiencia sobre el terreno que acabó por convertirlo en un experto militar de élite preparado para actuar en cualquier escenario, bélico o civil. Así, a Afganistán siguieron encargos en Siria, Egipto, Colombia y Bolivia para terminar volviendo a España.

Otra vez en Madrid, su aspecto de veinteañero esconde un hombre realmente peligroso en combate y altamente eficaz en el diseño y operativa de la seguridad privada en el más amplio sentido. Liberto sabe que la formación recibida hará del chico el pilar de su empresa, pero también sabe que se le ha preparado con un objetivo distinto. Aníbal es el arma definitiva que llevará a cabo la misión que está en el origen de la creación de RedLiber, pero para estar en condiciones de alcanzar el éxito en esa misión, aún queda algo más por hacer. Durante esos años ha simultaneado su formación militar con estudios de derecho que, una vez convalidados en el país, lo dejan a menos de un año de disponer de una titulación universitaria. Aun así, Liberto espera del chaval la realización de algún máster de especialización que le permita desenvolverse en el mundo de la empresa con total soltura. Sin embargo, el tiempo apremia porque la Fundación puede exigir el cumplimiento de unos plazos que, con toda seguridad, no tendrán para nada en cuenta los planes de Liberto. Cuando reciba la orden oportuna y se le informe debidamente de los detalles de la operación, la misión deberá comenzar a ejecutarse según el plan trazado por Olivares y a la mayor brevedad. Por eso es importante que Aníbal aborde sus estudios inmediatamente con la intención de finalizarlos en el menor tiempo posible. Por otra parte, las habilidades que ha adquirido el chico en sus años de formación militar deben entrenarse con el mismo celo que si de un atleta profesional se tratara, porque debe estar preparado para entrar en acción en cualquier momento.

Con estos mimbres, misión, estudios y entrenamiento, Liberto cree poder construir la cesta que se necesita. Es la hora de instruir a su activo en los detalles de la operación que ocupará los próximos años de su vida.

CAPÍTULO 15

parte 1

María se ha sobresaltado al reconocer al hombre que tiene a su lado, pero algo en la forma en que la mira acaba por serenarla en un instante. Caín continúa sonriéndole y esperando una respuesta que acaba por llegar.

—Sí, ya sé que estos charlatanes de feria son solo eso, charlatanes. Pero siempre me ha intrigado cómo algunos son capaces de acercarse a la realidad de la gente. La verdad es que nunca había visto a ninguno que adivinara con solo mirarte. Ha sido... eh, ¿cómo lo diría? ¿Inquietante?, quizá sea la palabra más exacta. —Su voz suena amistosa, fluida, como dando pie de buen grado a una conversación más prolongada.

—Cuando yo era niño venía por aquí muchas veces solo por escuchar las predicciones de Juaco. Siempre me ha divertido ver las caras de la gente cuando les dice que su esposa los engaña o que en el trabajo lo consideran un estorbo o que su hija acabará dando con sus huesos en la cárcel. —Caín acepta el reto y continúa con la charla—. En general son chorradas, las cosas que supuestamente adivina, quiero decir. Es increíble lo que se puede intuir de una persona solo con un poco de psicología. ¡Pero si hasta yo podría adivinar algunas cosas sobre ti únicamente con mirarte!

—Ah, ¿sí? Cosas como qué, exactamente —dice ella divertida—. A ver, dime qué ves en mí, si tan sencillo te parece. ¿No habrás escuchado lo que me ha dicho ese hombre? Si me vas a repetir lo mismo, déjalo entonces, eh.

Caín sonríe en un tono más serio y da un paso hacia María que lo deja a centímetros de su zona íntima personal, a menos de medio metro.

—En serio, ¿quieres que te diga lo que veo en ti? —Ella responde moviendo la cabeza afirmativamente mientras le sonríe con aire de inocencia, pero es fingida y se nota—. Está bien. Tú lo has querido. Pero primero, permíteme... ¿qué te parece si nos sentamos en aquella terraza? Tienen el mejor vino que puedas pagar con dinero en toda esta parte de la ciudad. Además, estaremos más cómodos. Por cierto, me llamo Caín y tú eres...

—Soy María. Encantada de conocerte Caín —dice mientras estrecha la mano que él le ha tendido—. De acuerdo, vamos a ver si es cierto eso que dices del vino.

Han pedido una botella de un Ribera del Duero que Caín asegura que es una auténtica exquisitez. Cuando la traen, viene acompañada de un queso muy viejo que se desmorona al tocarlo y bastante pan. María parece de otra galaxia porque asegura desconocer los detalles que él se empeña en contarle sobre la zona en la que están, los platos típicos y el tipo de tiendas que tradicionalmente se pueden encontrar en esa plaza y sus alrededores. No es cierto. Conoce perfectamente lo que le está contando, pero le intriga descubrir las artes de seducción de que se vale Caín con las chicas. Porque está segura de que ese hombre está intentando ligar con ella y le gusta la idea. No tarda demasiado en retomar el asunto que sirvió como excusa para sentarse allí.

—Oye, tenemos pendiente la demostración de tus capacidades adivinatorias. ¿No te habrás echado atrás ahora que me has traído hasta este sitio?

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? Soy un adivinador serio y te lo voy a demostrar —responde con un gesto pretendidamente ofendido—. Veamos. Por favor, mírame a

los ojos. Sí... Lo primero que tengo que decir es que tienes unos ojos preciosos y que me va a costar mirar por detrás de ellos para ver tu vida. ¡Jajaja! No, en serio —vuelve a cambiar el tono de su voz—. Es verdad que has tenido una vida, ¿cómo diría...? Poco ilusionante. Te veo trabajando mucho en tu casa o en casa de otros. ¿Voy bien? —Ella asiente, pero no le hace gracia lo que oye, precisamente porque lleva razón—. Acierto, ¿verdad? Pues tienes que saber que ha sido solo una suposición basada en que tu imagen impecable desentona con el aspecto de tus manos y tus uñas, arregladas, pero demasiado cortas, por mucho que las hayas pintado. ¿Ves cómo cualquiera puede adivinar?

—Sí, es verdad. Durante mucho tiempo tuve que ganarme la vida trabajando como empleada doméstica. ¿Tanto se nota? —dice María mirando sus manos como si no fueran suyas.

—En absoluto. Sencillamente es que yo soy especialmente observador. Te aseguro que nada en ti difiere de lo que se esperaría de una reina. —Ahora está segura de que ha escuchado la conversación con el anciano—. Déjame continuar. Acontecimientos recientes han motivado un cambio en ti y en tu manera de ver la vida y las cosas. Me lo dice el hecho de que, aunque estás realmente guapa, se te haya escapado el detalle de las manos. Delata que aún no tienes plenamente asumido y controlado el cambio. Pero tranquila, tu actitud dice que harás ambas cosas.

María lo mira, muy seria ya, como intentando transmitirle datos a través del espacio que los separa y él, que no se deja intimidar por la intensidad de esa mirada, prosigue con el juego.

—Veo decisión, seguridad, firmeza. Antes creo que no, pero ahora eres una mujer que sabe exactamente lo que es y lo que quiere. Eso te va a llevar a conocer gente muy interesante. Personas que se enamorarán totalmente de ti y personas que te odiarán a muerte. Pero no te va a importar ninguna de las dos cosas. Tú serás la que decida de quién se enamora y la que provoque conscientemente el odio de los que consideres tus enemigos. —Como ella continúa mirándolo sin hablar y sin moverse, Caín se atreve a continuar. —Pero, ¿sabes lo que veo muy, muy claramente? Que me vas a aceptar una invitación a comer que pienso hacerte en un segundo. —Hace una pausa teatral y continúa—. ¿María, me dejas que te invite a comer? ¡Conozco un sitio que te encantará!

Le resulta tan extraño que este hombre haya dado con ella por casualidad, que entiende que no es posible. Creía que no había dejado rastro alguno, pero, evidentemente, estaba equivocada. De alguna manera, ha sabido que la visitante del sótano aquella noche era ella, y el encuentro de hoy es cualquier cosa menos fruto del azar. Además, está segura de que ha procurado informarse convenientemente de quién es y de su vida. Lo sabe todo o casi todo, seguro. Sin embargo, su mirada penetrante, la forma que tiene de sonreírle y su aspecto distinguido la cautivan, la atraen con una fuerza irresistible como ya le sucedió solo con verlo aquella primera vez. Ni rastro del pavor que la atenazó los primeros días después de lo ocurrido en aquel sótano. Ha decidido obviar que se trata de un asesino porque ella también lo es, probablemente de un asesino en serie, y que es muy posible que esté pensando eliminarla definitivamente de su lista de cabos sueltos. Juguemos pues.

—Y, ¿dónde has pensado llevarme a comer, exactamente? Si se puede saber, claro.

—No te preocupes, sé que te gustará porque el sitio es mío. No damos comidas, solo cenas muy exclusivas, pero hoy estará abierto para ti. Dame un minuto. Tengo que hacer una llamada y nos vamos. No está demasiado lejos de aquí, podemos ir dando un paseo si te apetece. —

Mientras habla, ha marcado un número de teléfono y ahora levanta un dedo en dirección a ella mientras le vuelve la espalda haciéndola esperar porque alguien ha contestado la llamada. Efectivamente, no tarda un minuto—. Todo arreglado. Nos esperan. El Xapar está a quince o veinte minutos, ¿nos vamos ya?

Es un recorrido agradable por las calles del centro histórico de la ciudad. El sol de primavera pierde la batalla frente a las sombreadas callejuelas envueltas en un frescor reconfortante que resta poder al caluroso mediodía habitual en esa época del año. A una pregunta de María, Caín hace un resumen de quién es y a qué se dedica. Todo lo que cuenta es cierto, pero ella sabe que también es cierto lo que no cuenta y disimuladamente introduce su mano en el bolso para comprobar que el cuchillo Kudu la acompaña, su tacto metálico la consuela. Quiere tener una oportunidad ante cualquier posible movimiento hostil, pero reza porque no haya ninguno. Este hombre le encanta. Parece divertido, amable y atento. No le gustaría poner al descubierto la zona oscura que tienen los dos. ¿Tan difícil es para un hombre tratar así a una mujer? Es verdad que ha tenido tíos a su alrededor que han comenzado su relación de manera encantadora, pero ella siempre supo, desde el primer día, que se trataba de simples disfraces que ocultaban al cabrón que los vestía. Sin embargo, tal vez porque Caín no necesita ocultarse, porque da rienda suelta a sus instintos de otra manera o, sencillamente, porque es un verdadero maestro del disfraz, María se siente cómoda a su lado. Conoce su peor cara y no le importa, es más, siente curiosidad por conocerla mejor. Entre charla y risas llegan muy cerca del río. Las hileras de álamos que lo bordean cultivan parejas que van a lo suyo y grupos de chavales que, al pie de los árboles, leen, juegan o simplemente hablan entre ellos.

Una antigua posada, justo al borde de la calzada que rodea el río, es el lugar elegido por Caín para comer. Le cuenta que la casa es propiedad de su familia desde hace unos cuarenta años pero que tiene más de doscientos. Se accede al restaurante por una estrecha callejuela que se abre a una pequeña plaza en la parte posterior de la casa. Es un lugar discreto, sin letreros ni luminosos. Por distintivo, únicamente tiene una placa junto al portalón de entrada en la que puede leerse Xapar, *club restaurant*, solo socios. La entrada, que es en realidad el antiguo acceso a las cuadras de la posada, tiene abierta una de las dos puertas que la guardan y en ella, de pie y muy recto, como si fuera un guardia suizo del Vaticano, un hombre les da la bienvenida saludando al dueño con un «buenas tardes, señor Silas» y a ella con un «señorita» acompañado de un gesto de cabeza que casi parece una reverencia. Todo muy serio, muy formal.

Las cuadras han mutado en un hermosísimo patio, con gran profusión de plantas y una enredadera que crece entre unas vigas de madera que cruzan el sitio de parte a parte por encima de las mesas, aportando sombra de día y sirviendo de soporte a unos fantásticos faroles con vidrios de colores para alumbrar las noches.

—Por aquí, señorita —dice Caín con retintín, señalando una pequeña y discreta escalera situada en un rincón lateral del patio, oculta por un gran ficus. La escalera lleva directamente a una planta superior en la que llama la atención una enorme letra R en el interior de una corona laureada. El conjunto parece de oro macizo, que ocupa una pared forrada de una preciosa madera de ébano vetado. Por un momento, María se pregunta qué significa el símbolo, pero el resto del salón, igualmente magnífico en lujo y elegancia, atrae poderosamente su atención. Hay una gran mesa alargada situada en el centro de la sala y un ventanal que ocupa toda una pared y que da acceso a una terraza completamente de madera con vistas a la ribera. Desde ella se contempla el

curso del río, los puentes y el ir y venir de la gente. En la terraza hay una mesa redonda dispuesta para acogerlos y dos camareros que invitan a la pareja a tomar asiento.

—Estás en el corazón del Xapar. Esta es una sala especialmente reservada para los miembros más selectos de nuestro pequeño club gastronómico. En realidad, se utiliza bastante poco, dos o tres veces al mes, a lo sumo. Y bien, ¿qué te parece el sitio? —En la voz de Caín no hay ni soberbia ni vanidad, solo verdadero interés en conocer la opinión de María.

—Me parece un lugar especial. Quizá lo menos importante sea lo bonito que es, que lo es y mucho. Me impresiona el ambiente de seriedad que lo impregna todo, desde la decoración y el mobiliario hasta las caras del personal. ¡Por Dios, Caín! Me siento casi una intrusa.

—No, mujer. No digas eso. No solo no eres una intrusa, sino que eres la invitada por la que se ha puesto en marcha este club hoy. Por favor, siéntete como en tu propia casa. —Se dirige a ella con un aire de sinceridad que cuadra a la perfección con su imagen de perfecto caballero. Volviendo la cara hacia uno de los camareros, dice:

—Antonio, por favor, cuando quieras puedes empezar a servir los entremeses.

—¿Has decidido tú solo lo que vamos a comer, Caín? Pues me parece bien si ha sido así. Nadie mejor que tú para escoger. —María lo mira, entre sorprendida y divertida—. ¿Me vas a sorprender?

—Desde luego que sí. He pedido que nos preparen una de las especialidades de la casa. Es tan exclusiva que dudo incluso que sepas que existe. Te gustará. —Mientras habla, Antonio ha traído una botella de vino tinto del que ha servido una cata usando la copa de María que, escuchando a Caín, lo ha probado y dado el visto bueno para que el caldo sea servido.

Por la mesa van pasando una gran variedad de platos fríos y calientes, servidos en platos pequeños, a cual más delicioso. Una brisa extrañamente fresca acompaña a los comensales contribuyendo a crear un ambiente ideal para la conversación. Los dos aparentan estar relajados y disfrutan mutuamente de la compañía. María cuenta la versión *light* de su existencia, aquella donde las bofetadas y puñetazos se transforman, por arte de la semántica, simplemente en malos tratos. La versión en la que un hombre jamás te viola y te fuerza sexualmente, sino que malinterpreta la negativa de una mujer pensando que en realidad quiere decir sí. Aquella en la que ella se mata a trabajar solo para comprobar que su pareja ha dilapidado en el club de alterne el sueldo que ha conseguido después de una semana barriendo y fregando las casas de otros. Menciona de pasada a su madre y a su hijo, ni una palabra del padre del chaval. María no olvida con quién está tratando y, por mucho que le agrade el momento, no piensa dar más información de la necesaria. Él le ha dicho que le parece realmente triste todo lo que le cuenta y que, sin embargo, a primera vista nadie diría que es ese tipo de mujer, abnegada, resignada a la desdicha, a lo que ella ha contestado que lo era, que lo fue por mucho tiempo, pero que ya no lo es. Ahora María es una mujer distinta y, como si de un aviso a navegantes se tratara, se declara incapaz de resignarse a nada que contradiga su propia voluntad, su visión del mundo y está dispuesta a defenderse frente a todo y a todos.

Las copas de vino y los platos se suceden como olas sobre las que navegan las miradas y las sonrisas que acompañan la conversación. Poco a poco, ambos relajan la guardia que desde un principio tenían en alto y abordan temas más personales. Es Caín quien expone su punto de vista en cuanto al dinero, el poder, y el que parece ser su tema predilecto: el amor, las relaciones entre hombres y mujeres. María escucha fascinada las palabras de aquel hombre porque salen de su

boca con tal naturalidad que parecen estar recubiertas de un manto de verdad inamovible. Caín entiende que solo hay una persona destinada a completarnos y lo explica apoyándose en una teoría de la física conocida como el campo de punto cero o mar de Dirac. Parece ser que, desde la estrella más distante hasta los corpúsculos más pequeños, incluso una célula de materia viva, están envueltos en un mar de energía e información gracias al cual todo se encuentra conectado con lo demás en una trama invisible. En ese todo universal, cada partícula de materia tiene su reflejo en otra idéntica, de carga energética opuesta, que la anula para volver a nacer juntas, compartiendo energía e información en un ciclo sin fin. Para Caín, el amor verdadero es aquel capaz de destruir lo que somos y devolvernos a la vida como materia nueva, permitiéndonos navegar infinitamente en el océano del universo, pues cada vez que el amor nos reinventa lo hace para situarnos en un punto distinto de ese mar. Un punto nuevo, con nuevas leyes, nuevas costumbres, un ilusionante comienzo perpetuo que solo es posible si encontramos esa partícula única que nos completa. María solo puede intuir que está de acuerdo porque, aunque es una mujer informada, su escasa formación le impide alcanzar algunos conceptos complejos. Cree entender que el amor verdadero implica destrucción, aniquilación de lo que somos como individuos para convertirnos en un «somos» entendido como materia complementaria que da lugar a la unidad absoluta y eterna. Sin embargo, es consciente de que no posee la exquisita sensibilidad necesaria para comprender en todos sus extremos el alcance de las palabras de Caín y esta contrariedad se dibuja en su rostro. Él, que no ha dejado de mirarla a los ojos ni por un instante, percibe la confusión e intenta simplificar el concepto explicándolo con una metáfora mucho más sencilla. Le cuenta que en la vida surcamos los cielos sobre el mar; volamos con mucho esfuerzo, buscando una isla donde descansar definitivamente y que, a veces, encontramos lugares que nos parecen definitivos solo para descubrir con el tiempo que el agua que bebemos no calma nuestra sed o que se trata de una isla volcánica en la que la vida solo es posible por un tiempo. Y proseguimos el vuelo intentando llegar otra vez a tierra, rezando para que la siguiente isla sea la que realmente nos pertenece. Pero solo hay una entre millones, que nos espera sin saberlo. El secreto para encontrarla radica en aprender a distinguir desde el cielo la tierra inhábil, la que jamás será nuestro hogar, para pasar de largo. Hay aves que se ahogan exhaustas en el mar, incapaces de seguir aleteando, y hay otras que encuentran su isla en la primera tierra que avistan. En este último caso, el secreto está en darse cuenta de la suerte que has tenido, porque es un suceso tan raro que es muy fácil pensar que, tal vez, no hayas llegado al lugar que te esperaba y partir para perderte en la inmensidad del océano, incapaz, ya por siempre, de regresar.

—¿Tú has encontrado la isla que te pertenece, Caín? —De repente le interrumpe con curiosidad sincera.

—La encontré. Pero desgraciadamente, a veces, circunstancias que están fuera de nuestro control hacen que la tierra desaparezca bajo nuestros pies. Ella murió. —El rostro de Caín se ha ensombrecido de tal manera, con tanta tristeza, que hasta parece tener más edad.

María no tiene tiempo para expresar cuánto lo siente porque uno de los camareros llega hasta la mesa y dirigiéndose a Caín dice:

—Señor Silas, ya está todo dispuesto como ordenó. Cuando quieran ustedes. —Este sale de las sombras en las que había caído y, poniéndose en pie, con un gesto iluminado por una nueva sonrisa, invita a María a acompañarlo.

—Por favor, señorita. Si es usted tan amable de seguirme... El primer plato está servido en

un lugar diferente.

Han bajado hasta la planta principal del restaurante —igualmente impecable, lujoso y de elegante aspecto—, para llegar hasta una escalera que da acceso a una planta inferior que no es exactamente un sótano porque está rodeada por un jardín bien cuidado visible a través de amplios ventanales. Al parecer, es una zona de reservados para los clientes más selectos. Atravesando el nivel, la pareja llega a una puerta que, a su vez, les introduce en otra escalera que les lleva más abajo aún. Es un pasillo húmedo y estrecho, pero bien iluminado que se prolonga por varias decenas de metros. María no puede evitar asemejarlo en cierto modo con el sótano del local donde descubrió el secreto de Caín y, por un momento, se prepara para lo peor introduciendo su mano en el bolso. La actitud cariñosa de él, que la lleva agarrada del brazo y que no para de hablar, la tranquiliza en buena medida, aunque no del todo. Al final del pasadizo otra puerta, esta vez de hierro, les corta el paso. Caín da dos golpes en ella y un ruido de llaves llega hasta María como preludio de la apertura de la puerta y, sobre todo, de que no están solos.

Un camarero al que no había visto todavía les da la bienvenida a una zona privada al borde del río, inaccesible física y visualmente desde otro sitio que no sea la puerta metálica, en la que hay un embarcadero de madera con dos botes de remos amarrados y una caseta, también de madera, destinada presumiblemente a la guarda de material de navegación. Hay además una mesa, a la sombra de un fantástico sauce llorón, con dos bancos corridos situados a ambos lados de la misma. Y, sobre ella, un mantel, cubiertos, platos, servilletas y una cesta de mimbre custodiada por una cubitera que contiene otra botella de vino y un pequeño jarrón con flores frescas. Caín da la gracias al camarero y le pide que los deje solos, cosa que este hace sin la más mínima vacilación, eso sí, después de despedirse con una inclinación de cabeza que a María se le antoja incluso demasiado servil.

—Este sitio es precioso, Caín —comenta ella fascinada. —No me digas que es el lugar que utilizas para impresionar a las mujeres que recoges por la calle, porque me lo puedo creer.

—Pues no, chica lista. Este es el rincón que mi hermana Alicia y yo tenemos como refugio para los momentos en los que queremos aislarnos. Bueno, era el rincón, mejor dicho. Ella no podrá volver a compartir este espacio, ni ningún otro, con nadie. Ali era mi isla, mi materia complementaria. Pero ya no está. El mundo no volverá a ser el mismo sin ella.

—Lo siento, de verdad. Cuando hablabas de amor no pensaba que te pudieras estar refiriendo a tu hermana. Pensé que hablabas de una mujer.

—Y de eso te estaba hablando. De una mujer con mayúsculas, de una compañera, de una amiga, de una cómplice en todos los sentidos. —Algo en su rostro ha cambiado y aparece ahora duro y extrañamente sereno. —Mi hermana significaba para mí mucho más que cualquier otra mujer. Desde que éramos pequeños fuimos inseparables y solo el maldito destino nos ha podido alejar para siempre. En fin —vuelve a cambiar el gesto y el tono de voz—, no quiero ponerme triste ni darte el día porque te he traído aquí para compartir contigo una de las mayores exquisiteces gastronómicas que se pueden degustar en el mundo. Ven, siéntate conmigo.

Sentados a la mesa, en el mismo banco, muy juntos, Caín la mira y dice:

—¿Preparada? ¡Tachan! —Ha sacado de la cesta de mimbre la comida, que consiste en lo que a todas luces parece una ensalada César y unos ¡sándwiches de queso! Será por la cara de sorpresa, que ella no puede evitar, y porque él la detecta, que se ve obligado a dar explicaciones. —Sí, sí. Ya sé que parece un simple bocadillo de queso. Antes de decir nada, espera a probarlo.

Pero déjame que me explique. ¿Puedo? —Ella asiente con la cabeza.

—Verás, en el Xapar aprendemos continuamente. Nuestros clientes son muy exigentes y tenemos que estar siempre dispuestos a sorprender. Esto que ves aquí es nuestra última apuesta: hemos conseguido replicar el sándwich de queso a la parrilla por excelencia, que se vende por la friolera de doscientos catorce dólares en Serendipity, el legendario restaurante de Nueva York —dice con entusiasmo. Como puedes ver, lleva dos rebanadas gruesas de pan francés Pullman Champagne —parece estar dando una conferencia—, que se llama así porque está hecho con champagne Dom Perignon, copos de oro comestibles de veinticuatro quilates y gruesas capas de mantequilla de trufa blanca. También tiene unas rodajas gruesas de queso Caciocavallo Podolico. Cuando ya está montado el sándwich, se tuesta en una máquina de Pannini hasta que está dorado y crujiente y se corta en triángulos. Fíjate, ¿ves el color de los bordes? También es oro comestible de veinticuatro quilates. Se sirve, como puedes ver, en un cristal de Baccarat «Mille Nuits» y ya está, ¡listo!

María no puede creer lo que está oyendo. ¡Es un sándwich de queso, al fin y al cabo, por Dios!

—Vaya, Caín. ¡Estoy impresionada! Prometo que me gustará, aunque solo sea por lo que cuesta. ¡Jajaja! ¿Qué queso es ese Cacho Caballo del que hablas? No lo había oído en mi vida.

—¡Jajaja! ¡Nooo, Cacho Caballo no! Caciocavallo Podolico. Es un queso del sur de Italia, elaborado a partir de la leche de las vacas Podolica. Que sepas que hay muy pocas vacas de esa especie. Pastan en libertad y se alimentan de hierbas fuertemente aromáticas como el hinojo, regaliz, enebro, laurel y fresas silvestres, que le imprimen a la leche unos perfumes dulces únicos en el mundo. Además, estas vacas son tan especiales que solo pueden ser ordeñadas durante mayo y junio, por lo que este queso es uno de los mejores y más raros en el mundo. Qué te parece, ¿eh?

—Hombre, pues eso, en principio me parece un sándwich de queso. ¿Lo probamos, a ver si ha merecido la pena el trabajo de las vacas? —Ella pone su mano sobre el brazo de Caín. No puede evitar reírse mientras habla y piensa que esto supera cualquiera de sus expectativas. Hace solo unos días no hubiera podido imaginarse en una situación así: comiendo un sándwich de queso carísimo, a la orilla del agua en una zona privada del río, acompañada por un auténtico psicópata que, por lo demás, ha resultado ser realmente encantador.

De este modo, compartiendo un bocadillo de queso y oro, continúan charlando durante casi una hora. La segunda botella de vino hace rato que quedó vacía y se disponen a dar buena cuenta de una bandeja de pastelillos franceses, sentados sobre una manta muy cerca de la orilla del río. La tarde avanza y la luz que se filtra entre las ramas del sauce se refleja en ellos. Caín se ha tumbado casi completamente sobre la manta y apoya el codo derecho en el suelo para sostener su cabeza mientras la observa. María, que hace rato ya que ha olvidado cualquier precaución, lo imita adoptando una postura similar de tal manera que ambos quedan cara a cara.

—Tienes unos ojos preciosos. Te lo he dicho antes, ¿no? —dice él apartándole el pelo de la cara.

Ella sonríe sin decir nada y, por un momento, desvía la mirada en un gesto de timidez que no le va nada a su pretendida nueva personalidad. Caín se incorpora ligeramente y su mano pasa de apartarle el pelo a posarse sobre su cara. María vuelve a fijar sus ojos en los de él con un gesto serio en el que, sin embargo, se adivina su intención. Mientras él acaricia su rostro, ella se

aproxima y lo besa muy despacio, como con miedo a romper algo o a las consecuencias que pueda tener su atrevimiento. Para su sorpresa, Caín no le devuelve el beso, sencillamente se deja besar una, dos, tres veces, sin reacción alguna.

—Perdóneme Caín. Creo que me he confundido —dice María desconcertada por la actitud de su acompañante—. No sé en qué estaba pensando, lo siento mucho. —Pero él no la deja acabar de excusarse y, con un movimiento que la coge por sorpresa, se coloca encima de su cuerpo, sujetando sus brazos contra el suelo fuertemente, mirándola fijamente con ojos de acero por un instante en el que ella se ve perdida, muerta. Por confiada y por ilusa. —Por favor, Caín... —Es todo lo que alcanza a pronunciar antes de que él comience a besarla con ansia, pero sin soltar la presa que mantiene bajo sus brazos. Ella sí responde y se deja llevar por la suavidad de unos labios que ha deseado desde que los vio aquella tarde.

De repente, Caín se detiene bruscamente. No la suelta y vuelve a clavar en ella su mirada, que ahora tiene un brillo de excitación inquietante.

—María, tengo que confesarte una cosa. En realidad, no sé qué me excita más, si la posibilidad de devorar tu hermoso cuerpo o el hecho de que sepas quién soy, de que conozcas mi secreto y, sin embargo, estés aquí sin demostrar miedo, totalmente entregada y completamente a mi merced. Podría matarte aquí mismo. Lo sabes, ¿verdad?

Un escalofrío la recorre de arriba abajo. Ha bajado la guardia y ha ocurrido lo que rezaba porque no pasara. Efectivamente, está completamente perdida y a expensas de la voluntad de un auténtico depredador. Es este pensamiento el que se ha instalado en su vientre y juguetea con su sexo. La situación la excita tanto que se da cuenta de que está al borde del orgasmo, incluso sabiendo que en cualquier momento él puede acabar con su vida definitivamente. No ha desviado la mirada un solo instante, puede contemplarlo sobre ella y apreciar en su rostro toda la fiereza de la que es capaz, la infinita capacidad de aquellos ojos para contemplar el sufrimiento ajeno y un reflejo en ellos que le resulta familiar: ¿duda? Ahora es ella la que se mueve por instinto y levanta la cabeza para alcanzar de nuevo los labios desprevenidos de Caín, que vuelve a besar con auténtica pasión. Por un momento no hay reacción, pero solo por un momento, porque él también se deja llevar y responde soltando la presa que mantenía bajo sus brazos para abrazarla en un giro que la pone a ella encima. María se sienta sobre él y, con una rapidez que la sorprende incluso a ella, coloca el cuchillo que le ha acompañado todo el día sobre la garganta de Caín.

—¡Yo también podría acabar contigo ahora mismo, cabrón! —Los segundos en los que el Kudu aprieta su garganta se hacen eternos para Caín, que sabe que ella también es capaz de matar, hasta que la hoja comienza a bajar lentamente, deslizándose hacia su pecho para arrancar de cuajo los botones de su camisa mientras María, que controla la situación, le dice con una sonrisa—: ¡Joder, sí! Tal vez te mate Caín o tal vez me mates tú —ha clavado el arma, desentendiéndose de ella y atravesando la manta, a escasos centímetros de su cara—. Pero nada de eso va a pasar hasta que te folle como no te han follado nunca.

Y, como las auténticas bestias que son en realidad, dedican el resto de la tarde a darse placer a la sombra del fantástico sauce llorón, que predice con su nombre el destino de la relación que acaba de forjarse.

CAPÍTULO 15

parte 2

El Xapar no fue siempre un club gastronómico, pero sí un lugar exclusivo, privado y discreto. Mucho tiempo atrás albergó los secretos de un selecto grupo de empresarios, políticos y banqueros que acudían a él desde cualquier punto del país para celebrar sus encuentros y fiestas. Hace casi cuarenta años que es propiedad de la familia Silas. José Silas compró la finca cuando solo era una vetusta posada, cerrada y abandonada desde mucho tiempo atrás, que había servido de alojamiento a un sin número de tratantes de ganado, beneficiada por la proximidad del recinto donde se celebraban las ferias de animales. El negocio fue a menos cuando la feria de ganado se trasladó a otro punto de la ciudad y terminó por cerrar sus puertas con el fallecimiento de su propietario. La posada, que fue adquirida como inversión, permaneció tal cual durante otros veinte años para acabar formando parte de la herencia recibida por el único hijo de José, Alberto.

Por aquellos días, Alberto Silas ya era un consolidado hombre de negocios que empezaba a ser considerado influyente y poderoso por las fuerzas vivas de la ciudad. No le resultó demasiado complicado conseguir apoyo y dinero de otros personajes poderosos para fundar el que sería el club privado de caballeros más prestigioso de la época. La antigua hospedería fue transformada de arriba abajo y de ella nació El Xapar para posicionarse como un oasis de libertad y libertinaje absolutos donde tenían cabida desde juegos de casino hasta multitudinarias orgías en las que participaban las señoritas de compañía más selectas, siempre rodeado de un ambiente de máxima discreción en el que cualquier evento y sus participantes conservaban el anonimato que su posición social requería.

Una noche de diciembre del segundo año de vida del club, muy próxima ya la Navidad, Alberto, acompañado de dos de sus socios minoritarios en el Xapar, Antonio y Juan Manuel, asistía a una fiesta que estos últimos habían organizado por orden del primero. Todos los miembros del club estaban invitados y todos asistieron. En total, cuarenta y cuatro chacales despiadados que debían su fortuna a la absoluta falta de escrúpulos morales en el mundo de los negocios que por otra parte es, ayer igual que hoy, tan frecuente entre los que tienen verdadero éxito. En realidad, las actividades que se desarrollaban en el Xapar tenían esa falta de moralidad como denominador común y como seña de identidad de un espacio de impunidad, totalmente ajeno a la ley y a las convenciones del comportamiento respetable. La noche comenzó con un cóctel de bienvenida a los socios en el que se sirvieron bebidas y aperitivos acordes con el nivel de lujo del local. Treinta minutos después de que llegara el último de los asistentes, tomó la palabra el propietario del club para realizar una breve alocución en clave de bienvenida a la fiesta, pero, sobre todo, con la intención de obtener la adhesión de los presentes a su idea de lo que debía ser el Xapar.

—¡Buenas noches a todos! Quiero daros la bienvenida a esta pequeña reunión de amigos. Estoy seguro de que la noche de hoy será recordada por muchos de vosotros como la primera en la que os sentisteis verdaderamente libres. El Xapar cuenta ya con vuestra generosa lealtad. Es por eso que quiero haceros partícipes del proyecto que lo inspira. Todos sabéis que este es un espacio donde podéis mostraros tal y como sois. Nadie nos va a juzgar en función de convencionalismos paletos diseñados para controlar a las masas. Tenéis que ser conscientes de

que formáis parte de la élite, de un selecto club reservado exclusivamente para los que pueden. Sí, amigos. Nosotros somos los que pueden, los que podemos permitirnos dar rienda suelta a todos nuestros instintos en este espacio totalmente aislado donde solo nosotros somos la ley y la justicia, donde solo nosotros decidimos las normas y donde podemos sentirnos bien con lo que realmente somos.

»Ya conocéis el nivel de nuestras reuniones, quiero decir que sabéis que el Xapar os ofrece la posibilidad de disfrutar de los mejores manjares, del mejor juego, de las mejores fiestas y de los más exquisitos cuerpos de mujer. Aun así, os tengo reservada para hoy una sorpresa que ampliará, hasta el máximo de los límites, las posibilidades de disfrute de esta, vuestra casa. No quiero entreteneros más, estoy seguro de que no estáis aquí para escuchar mis divagaciones. Podemos ya, si os parece bien, bajar al sótano. Cinco señoritas que han sido especialmente seleccionadas para el día de hoy nos esperan para dedicarnos las más exquisitas artes, especialidad de su oficio. Hasta el momento en que os presente la sorpresa que os he prometido, alzad vuestras copas para brindar por nuestra hermandad. ¡Viva el Xapar! ¡Divertíos sin límite!

Tras el resonar de las copas que chocan entre sí, una salva de aplausos da por terminado el discurso y, poco a poco, todos los presentes se dirigen a las salas situadas en la parte inferior del edificio. La escalera que baja hasta allí se abre a una estancia a modo de *hall* en la que los invitados continúan charlando y bebiendo sin parar. Hay una puerta de doble hoja de madera maciza labrada con motivos de caza, delante de la cual un sirviente monta guardia. En un momento determinado, suena insistentemente una campanilla hasta que consigue imponerse sobre el murmullo y las risas. Se ha hecho el silencio entre los presentes y la voz de Juan Manuel Olivares se dirige hacia todos ellos, abriendo de par en par la puerta labrada con un gesto que da a entender que ahora está permitido traspasarla:

—¡Queridos todos! ¡Fiestaaa!

El salón es enorme. Dispuestos en diferentes zonas a modo de islas, se agrupan sofás y sillones en torno a grandes mesas bajas repletas de comida, bebida y bandejas que ofrecen a los invitados diferentes drogas, especialmente cocaína por ser prácticamente la sustancia oficial del club, la que consume todo el mundo. Un cuarteto de cuerda y piano comienza a interpretar conocidas piezas de música clásica desde detrás de unos biombo que impiden que los músicos puedan ver a los asistentes. Estos, sin embargo, sí pueden contemplar las siluetas de los que están tocando, iluminados desde atrás. Un gran cortinaje de techo a suelo, acota una de las esquinas de la sala restándole un espacio importante. Pronto se forman corrillos en torno a los sillones que intercambian miembros de tanto en tanto en animadas charlas que, con el trasiego de bebida y droga, se convierten en ocasiones en acalorados debates sobre política, economía o mujeres. En torno a la media noche y con el mismo procedimiento de iluminación utilizado con los músicos, sobre el cortinaje de la esquina aparecen las siluetas de cinco mujeres alrededor de lo que parece ser una enorme cama. Entre los socios se escuchan aullidos y gritos dirigidos a las chicas que perfectamente podían ser propios de la más baja calaña. Un escándalo que aumenta en intensidad cuando las sombras comienzan a tocarse, a besarse entre ellas, a dedicarse todo tipo de caricias con las manos y las cabezas que se pierden entre piernas ajenas. Una de las chicas se ha colocado un arnés cuya sombra da idea del tamaño que lleva puesto y, una a una, va penetrando al resto de las siluetas. Las que no están siendo embestidas por la sombra dominante continúan dedicándose a dar placer al resto de las compañeras. La excitación es tal entre los caballeros que alguien grita:

«Abrid ya la puta cortina» y, como si fuera una orden de obligado cumplimiento, esta se abre para dejar la escena, perfectamente iluminada, a la vista de todos. Cinco diosas de cuerpos perfectos se aman sobre una inmensa superficie redonda tapizada en terciopelo rojo y cubierta de cojines de diferentes colores. No es necesaria ninguna invitación para que los más lanzados se abalancen sobre ellas, uniéndose a la fiesta, mientras el resto continúa con sus charlas y disfruta del espectáculo. Las chicas son, efectivamente, profesionales de alto nivel en torno a los veinticinco años y, entre las cinco, se las ingenian para lidiar con un mínimo de quince lobos sedientos de carne a los que satisfacen una y otra vez. Continuamente se agregan nuevos miembros a la orgía y otros, exhaustos, la abandonan en una sucesión sin límite de sexo duro y lujuria. En un momento dado, la pelirroja imponente que portaba el arnés antes de que se abriera la cortina vuelve a colocárselo y se une a un grupo de cuatro hombres que dedican todas sus atenciones a una chica rubia de grandes pechos, con el pelo muy corto, que parece poder con todos ellos y tener capacidad para admitir alguno más. La pelirroja tiene intención de penetrar a alguien y se equivoca en la elección. Por algún motivo cree que es buena idea escoger a uno de ellos, tal vez el más joven que, a cuatro patas sobre la cara de la rubia, recibe en sus genitales toda la capacidad que ella tiene en la boca para procurar placer. Con el aparato lubricado hasta chorrear, agarra las caderas del hombre y comienza a penetrarlo sin que este haga el más mínimo gesto de disgusto. Los observantes enmudecen, pues si algo tienen en común, es su más absoluto desprecio por lo que están viendo, homófobos todos hasta la médula. Sin aviso previo, un chasquido seco y brutal atrona la sala por encima de la música clásica que continúa sonando sin interrupción ni alteración alguna. Y después otro chasquido. Dos latigazos brutales que Alberto Silas acaba de colocar sobre las respectivas espaldas de puta y puteado. A estos les siguen otros dos que abren la carne de ambos y salpican de sangre la escena entre los gritos de dolor de los castigados que se han arrojado sobre la cama adoptando posiciones defensivas. Mientras, el resto de los caballeros continúa a lo suyo con las chicas y las separan de los que están siendo escarmentados por su comportamiento inapropiado, trasladando la fiesta a los sillones más cercanos. Alberto pierde totalmente el control y golpea a la pareja sin cesar, como un poseso, con verdadera saña. La sangre lo cubre ya todo cuando el joven pierde la consciencia. Ni una sola voz se alza para impedir tan severo trato y cuando por fin el verdugo se da por satisfecho, a un gesto suyo, dos de los asistentes a la sazón, íntimos amigos del ajusticiado, lo cogen de brazos y piernas y se lo llevan a una sala aparte. La chica, con el arnés roto colgando groseramente a un lado de la cadera, no para de sangrar y llorar mientras suplica clemencia. Alberto la agarra del pelo sin vacilar, dedicando una brutal sonrisa a la audiencia que contempla lo que sucede sin alterarse, como si fuera algo natural, y la arrastra hasta la misma sala adonde se llevaron al otro castigado.

Sudando y cubierto por salpicaduras rojas, Alberto se pone en pie sobre la cama. Evidentemente ebrio, pero conservando intacta la capacidad de hablar con elocuencia, grita a la sala:

—¡Un momento, un momento! —Todos los presentes, incluidos la media docena que en ese momento batallan con las chicas, se disponen a escuchar lo que tiene que decir—. Os he hablado antes de una sorpresa. Pues bien, ha llegado el momento que os anuncié. Recordad que hacemos lo que hacemos porque podemos. Y precisamente porque podemos, vamos a dar un paso más en nuestra capacidad para decidir qué está bien y qué está mal. Desde hoy ya no existirá

absolutamente nada que pueda ser censurado por ninguno de nuestros socios, a excepción, claro está, de comportamientos expresamente prohibidos como el que acabamos de presenciar por parte de Pedro Álvarez. Por si alguien tiene alguna duda, los maricones no tienen cabida entre los socios del Xapar. —Mientras habla, su cara contraída por una mezcla de ira y triunfo no deja lugar a dudas de que está hablando en serio.

—Vosotros, los que estáis follando ¡Apartaos de las chicas, coño! Ponedlas sobre esta cama y sujetadlas. ¡Que no se muevan! —No ha terminado de hablar cuando la orden está cumplida. Las chicas, aterrorizadas, no dan crédito a lo que está pasando al ver cómo son arrastradas e inmovilizadas sobre el terciopelo rojo manchado de sangre y restos de carne y piel. —Por favor, acercaos todos. Haced un corro alrededor de la cama. Quiero que participéis de nuestro primer acto de poder absoluto.

Continúa de pie entre las chicas, forzadas a permanecer inmóviles. De la cintura trasera de su pantalón saca un cuchillo curvado con aspecto de estar muy afilado. Se agacha sobre la rubia de pelo corto, que es sujeta por dos hombres, deleitándose en la expresión de terror que habita su rostro, y le hace un corte largo, pero poco profundo, que parte en dos su ombligo. Inmediatamente comienza a sangrar y a proferir alaridos. Uno de los que la sujetan hace además de taponarle la boca, pero Alberto se lo impide.

—No, hermano, no. Queremos oír su sufrimiento, queremos escuchar sus gritos porque a los oídos de nosotros, de los que podemos, son la manifestación sonora de la súplica ante el tormento que un ser abyecto efectúa a su Dios. ¡Nosotros somos Dios! Y desde hoy tenemos dentro de nuestro club la potestad de decidir quién sufre, quién vive y quién muere. —Otro tajo sobre el vientre es seguido por uno en el brazo derecho y luego por otros en la parte interior de los muslos. Todos con la profundidad justa para ser muy dolorosos, permitir que la sangre mane abundantemente, pero ninguno de ellos mortal. Corta muy despacio y busca la mirada de la chica a cada milímetro de piel que abre. El resto de las putas han dejado de llorar y gritar, contagiadas por el *shock* de lo que se les viene encima. Alberto, completamente enajenado, vuelve a hablar.

—¡Sí, amigos míos! Hago esto porque quiero, porque me proporciona un placer que no acertaría a describiros, pero, sobre todo, lo hago porque puedo. En el cajón de ese mueble hay dagas como esta para todo aquel que quiera unirse a mí, para todo el que tenga los cojones suficientes para ejercer el poder que le otorga ser miembro de este club. Para todo aquel que quiera considerarse lo que yo me considero: un Rapax, un depredador inmune a la acción de la justicia que cohibe al resto de los mortales, un ser verdaderamente libre con auténtico poder. ¿Hay algún otro Rapax entre nosotros esta noche? —grita con toda la potencia de la que es capaz—. Todos aquellos que no lo podáis soportar o que no queráis uniros al club, debéis aprovechar este momento para marcharos. Pero recordad que al acceder a nuestro grupo jurasteis no divulgar por ningún medio nada de lo que ocurre entre las paredes del Xapar. Solo espero que seáis capaces de cumplir vuestra promesa. —Mientras habla no ha parado un instante de cortar la carne de la chica rubia que continúa consciente, envuelta su cara en lágrimas y quejándose, quedadamente ya, ante el dolor que le provocan sus heridas.

Son un grupo de seis hombres los que, en desacuerdo con lo que está pasando y sin mediar palabra, han salido de la sala del sótano ante la mirada despectiva del resto de los participantes en la particular fiesta. El resto no ha dudado un instante en recoger su correspondiente cuchillo del cajón. Algunos con timidez y otros con verdadera saña, comienzan a cubrir de cortes los

cuerpos de las tres chicas. La excitación va en aumento entre la manada de hienas que se pelean por encontrar, en cualquiera de los cuerpos, un resquicio donde asestar un corte. La sangre y los gritos de dolor envuelven por completo el salón mientras los músicos, parapetados detrás del biombo, interpretan a su modo la Cabalgata de las Valkirias de Wagner como si nada del horror que allí está ocurriendo fuera con ellos. Varios de los caballeros Rapax, saciados de sangre, se masturban sin ningún rubor contemplando la escena. Alberto se ha reservado para sí el cuerpo entero de la chica rubia y solo cuando está completamente empapado en su sangre y apenas puede sujetar el cuchillo, que le resbala entre los dedos ensangrentados, da el paso definitivo. Por un instante contempla lo que ha hecho con el aspecto de un lobo rabioso, jadeando por el esfuerzo, grabando en su cerebro cada corte y la forma en que se vierte la sangre sobre el terciopelo rojo alrededor del cuerpo. Es entonces cuando acerca su cara a la de la joven, que solo puede ya mantener los ojos entreabiertos, y pronuncia ante ellos la palabra «gracias» susurrando y arrastrando las letras mientras le abre la garganta de oreja a oreja.

Con el gesto último de Alberto, el resto de las chicas están sentenciadas y no pasa demasiado tiempo hasta que reciben el mismo final que la rubia del pelo corto. La jauría está cansada. Desparramados sobre los sillones, los socios se recuperan del esfuerzo entre risas y comentarios exultantes relativos a lo que acaban de hacer entre todos. Nunca ha sido más fuerte la sensación de pertenencia al grupo que ahora que todos están hermanados por el inconfesable secreto de la carnicería que acaban de llevar a cabo. Alberto se siente plenamente feliz, sin embargo, su rostro serio y pensativo suscita la pregunta que Antonio Robles le hace:

—¿Te pasa algo, Alberto? ¿Algo va mal? —Él levanta la cara cubierta de sangre y lo mira en silencio por un instante.

—No podemos fiarnos de esos seis. Antonio, encárgate tú de que nuestro secreto quede a salvo, por favor. No debemos dejarles pensar sobre cuánto han visto hoy, para mañana será tarde. No deben volver a ver la luz del sol. ¡Ah! Y encárgate de los dos amigos del maricón también. —Robles asiente con la cabeza.

—No te preocupes por nada. En cuanto acabemos con la pelirroja y el maricón de Pedro, me encargo de todo. Déjalo de mi cuenta.

—¡Caballeros, caballeros...! —Alberto vuelve a dirigirse a todos los presentes—. Felicidades por haber aceptado el reto de convertirlos en genuinos Rapax. Propongo que prolonguemos la velada en la sala club de la planta superior. Allí nos esperan Pedro Álvarez, la putilla pelirroja y una enorme cantidad de exquisitos platos, bebidas y cocaína. No debemos hacerlos esperar. Si me acompañan, por favor. —Y diciendo esto se encamina, seguido por la cohorte de empresarios, políticos y banqueros que constituyen la manada, hacia el salón que preside una enorme R laureada hecha de oro macizo.

La gran mesa de madera que preside la sala Rapax se encuentra dispuesta con todo lo necesario para agasajar al selecto grupo de psicópatas que se ha dado cita esa noche en el club gastronómico. Un par de sirvientes flambean queso sobre unos medallones de solomillo ibérico con sopletes de cocina de un tamaño excesivo para el fin que se pretende. Los asistentes se distribuyen por el salón hablando entre ellos y sirviéndose bebida y droga sin medida. La R laureada se encuentra colocada sobre una pared de madera de ébano veteado que disimula perfectamente la puerta sobre la que está fijado el símbolo de la sala club. Sin previo aviso, la puerta se abre y por ella entran otros dos empleados que empujan sendas camillas en las que

yacen, completamente desnudos e inmovilizados por fuertes correas, Pedro Álvarez y Cristi, que así se llama la fulana pelirroja. La expectación es máxima entre los socios, todos cubiertos por parte de la sangre derramada en el salón del sótano, que, pese a estar intrigados por la aparición en escena de tan particular caravana, continúan a lo que estaban —es decir, a la charla, la comida, la bebida y las drogas— y permanecen a la espera de acontecimientos. Pedro y Cristi los maldicen desde su posición tumbada con todo tipo de insultos y amenazas de denuncias ante la policía que no alteran lo más mínimo el ánimo de los presentes. Ambos acaban con sendas servilletas ocluyendo sus gargantas.

Llegados a este punto, Alberto habla de nuevo para todos llamando su atención golpeando una copa de cristal.

—Mis queridos amigos. Como colofón para la espléndida velada de la que estamos disfrutando hoy, quiero ofreceros una última vuelta de tuerca al concepto de poder del que os llevo hablando toda la noche. Sé que muchos de vosotros pensaréis que es posible alcanzar niveles incluso más sublimes en el arte de infligir dolor, lo sé. No obstante, en atención a aquellos otros de vosotros que sois nuevos en la delicada tarea de la tortura eficiente, he querido limitarme al acto que vais a contemplar. Se trata de un método muy conocido pero que gana en espectacularidad cuando uno tiene la oportunidad de presenciarlo en directo. En esencia no necesitamos justificación alguna para ejercer nuestro derecho sobre el dolor ajeno, lo hacemos porque podemos. Grabaros esto en vuestras mentes. ¡Porque podemos! Sin embargo, esta noche ajusticiaremos a dos personas que se merecen lo que está a punto de ocurrirles. ¡Una por puta pervertida y el otro por puto y pervertido maricón! Por favor, no quiero que perdáis tiempo prestando demasiada atención a los hechos que se sucedan a partir de ahora, principalmente porque el tormento será largo. Continúa a lo vuestro. Esto es una fiesta. Podéis mirar y escuchar cuanto queráis, pero, por favor, sentíos libres de no prestar atención si así lo creéis conveniente. No tengo nada más que decir. ¡Viva el Xapar! ¡Viva el Rapax!

Tras un viva unánime cada cual continúa con lo que estaba haciendo, prosiguen los círculos de charla y los grupos donde se cuentan chistes. Pero alrededor de los dos cuerpos empieza a haber movimiento. El propio Juan Manuel ha colocado un cubo metálico sobre el vientre de cada uno de los infortunados personajes. Antonio Robles ha aparecido con dos jaulas que contienen sendos ejemplares enormes de rata que convierte en prisioneras atrapándolas bajo los cubos de metal. Las caras de Pedro y Cristi dan motivos suficientes para pensar que ambos saben perfectamente lo que les va a ocurrir y cuánto les va a doler. Todo empieza cuando Alberto, con un soplete, y su inseparable amigo Antonio con otro, empiezan a calentar los cubos cuya inmovilidad han procurado previamente atándolos al cuerpo de las víctimas. Han decidido no sacarles las servilletas de la boca, al fin y al cabo, incluso con ellas dentro se les va a escuchar sufrir y no quieren interferir excesivamente en la diversión del resto de socios. No pasa demasiado tiempo hasta que Pedro primero y luego Cristi comienzan a intentar gritar y librarse de sus ataduras, tareas ambas totalmente inútiles dadas las circunstancias. Puede verse claramente la desesperación en sus ojos y las muecas de dolor que desfiguran sus rostros cuando empieza a ser palpable la agitación en el interior de los cubos, la desesperación de los animales por encontrar una salida de la trampa ardiente en la que los han metido y cómo intentan abrirse una vía de escape a través del vientre de su huésped. Un instante después, brota la primera sangre por debajo de los baldes y desde fuera los espectadores más curiosos que rodean las

camillas, contemplan los bultos que se mueven en el interior de los cuerpos intentando huir del infierno de los sopletes.

Mientras las ratas devoran las entrañas de los dos, Alberto, Antonio y Juan Manuel, junto a otros treinta y cinco representantes de lo más granado de la sociedad de la época, disfrutan de la primera de muchas noches y fiestas de este tipo que tendrán lugar en el Xapar a lo largo de los años.

CAPÍTULO 15

parte 3

Tras años de actividad, el Xapar se ha convertido en la auténtica referencia que comparte *sottovoce*, el exclusivo club de los más poderosos hombres del país. Desde aquella Navidad, Alberto gestiona, personal y rígidamente, el procedimiento de admisión al Xapar para el que es imprescindible ser presentado por uno de los treinta y cinco socios originales, los que sobrevivieron a la primera fiesta Rapax, que, además, debe depositar un aval personal con una fuerte suma de dinero como garantía de que la persona recomendada es digna de ser admitida en el club gastronómico e iniciada en los secretos que guarda. El número de socios se eleva ya a sesenta y dos cuando un joven empresario, importador de especias, telas y piedras preciosas, llamado Max Blanch se postula como candidato a nuevo miembro de la sociedad. Max tiene como padrino a Juan Manuel Olivares, que apuesta por él como un hombre de futuro brillante y capaz de asumir plenamente la filosofía que rige sus eventos y sus fiestas.

Max es un joven brillante, con gran éxito entre las mujeres por su aspecto cuidado y varonil y por su excelente formación en universidades de medio mundo, que le ha convertido en un excelente conversador capacitado para abordar con solvencia prácticamente cualquier tema. Aquella mañana, Alberto pasó por el club de vuelta de una reunión en la que acababa de cerrar un importante trato del que esperaba obtener importantes beneficios. Estaba de excelente humor y se alegró sinceramente de coincidir con Juan Manuel en el Xapar.

—¡Coño, Juan Manuel, qué alegría verte! Hace ya un mes que te he perdido la pista. ¿Dónde te has metido? —Con una sonrisa sincera, Alberto abraza a su amigo que se encuentra acompañado por un hombre al que no conoce.

—Ya no te acuerdas, ¿verdad? ¿No recuerdas que te dije que me iba de viaje de negocios a la India? ¡Vaya cabeza la tuya! ¿Cómo estás, viejo amigo? —dice respondiendo al abrazo.

—Tienes razón. Me lo dijiste. Es que voy de cabeza últimamente, el trabajo me desborda, pero hoy es uno de esos días en que te sientes compensado por los esfuerzos a los que te obliga. Acabo de cerrar la operación con la promotora de Barcelona. ¡Joder, me ha costado casi un año! Pero va a merecer la pena. Espero un montón de beneficios, Juan Manuel. ¡Tenemos que celebrarlo! ¿Nos vamos de caza este fin de semana?

—Me alegro muchísimo, Alberto. El trabajo bien hecho siempre obtiene resultados. No puedo irme de caza este fin de semana, tenemos un invitado y compromisos que atender en su honor —dice señalando al hombre que lo acompaña—. Mira, te voy a presentar. Max Blanch, este es mi socio, amigo y propietario de esta casa, Alberto Silas.

—Encantado de conocerle, señor Silas —dice Max—. He oído hablar mucho de usted, naturalmente todo bueno, por supuesto. —Una sonrisa franca acompaña a su gesto para estrechar la mano de Alberto.

—El placer es mío, sin duda. Espero que su estancia en la ciudad sea lo más agradable posible. Si puedo hacer algo por usted, por favor no dude en pedirlo. Los amigos de Juan Manuel son mis amigos también.

—Lo cierto es, Alberto —interviene su socio—, que Max me acompaña hoy porque teníamos la esperanza de encontrarte por aquí, aunque no sabía si estarías. Verás, quiero que se convierta en

uno de nuestros socios. Ya me conoces, doy fe de que es una persona completamente íntegra, con capacidad de sobra para asumir los descubrimientos que pueda hacer entre nosotros y con un gran potencial para convertirse en un personaje poderoso en el sector de la importación de materias primas. Yo lo avalo, por supuesto.

—Juan Manuel, ya sabes que cualquier persona que tú puedas presentar tiene abiertas las puertas del Xapar de par en par. En cuanto deposites el aval podemos nombrarlo oficialmente nuevo integrante de nuestro pequeño club y celebrar la correspondiente fiesta de bienvenida e iniciación.

Juan Manuel saca del bolsillo interior de su chaqueta un documento de depósito de la cantidad estipulada como aval para los nuevos socios y se lo entrega a Alberto.

—El aval ya está depositado, Alberto. Max se marcha el lunes y no quería perder el tiempo sabiendo que lo normal sería que tú no pusieras ningún pero a su admisión. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —responde Alberto—. ¡Deja que te dé un abrazo como nuevo hermano del Xapar, Max! Puedo llamarte así, ¿verdad? El aludido corresponde al abrazo y responde:

—Por supuesto que puedes. Muchas gracias por facilitarme tanto las cosas. Ya me advirtió Juan Manuel que no era fácil entrar en este club, pero, la verdad, me ha resultado tan sencillo que casi no me lo creo. Sé que hay personas importantes que llevan esperando más de dos años. Gracias, Alberto.

Desde ese día, los acontecimientos se sucedieron con rapidez y lo que comenzó con la admisión de Max en el Xapar se fue tornando en una fuerte amistad que Alberto disfrutaba sinceramente. Los viajes de Max se fueron distanciando de tal manera que cada vez disponía de más tiempo que, por supuesto, utilizaba para cultivar la relación con el dueño del club y participar en el mayor número de fiestas posibles. Max se reveló como un excelente compañero de correrías, cruel hasta límites insospechados, jugador empedernido y un auténtico Rapax con capacidad para las atrocidades más rebuscadas.

Todo sucedió casi sin querer, sin que nadie pudiera evitarlo. Alberto y Max esperaban a Juan Manuel para una de sus celebraciones. Cuatro chicas, profesionales habituales de las fiestas del Xapar y muy apreciadas en el club por su buen hacer y discreción, los esperaban en uno de los reservados del local. Una llamada de teléfono les hizo saber que estarían solos en la fiesta: el amigo que faltaba no podría acudir a su cita por un imprevisto. Al parecer, uno de sus cuñados había sufrido un accidente de tráfico y debía acudir al hospital porque iba a ser intervenido a vida o muerte. A ninguno de los dos le importó especialmente. Cuando uno de los empleados del local les informó de la llamada, ambos se miraron y, como si se hubieran puesto de acuerdo, exclamaron a la vez:

—¡A más cabemos! Las risas subsiguientes pudieron escucharse en todo el restaurante.

Lo cierto es que las cuatro eran fantásticas amantes. Alberto y Max morían y volvían a nacer continuamente entre los brazos expertos de las chicas en un torbellino de placeres inacabables. Tumbados uno junto al otro sobre una de las ya famosas camas de terciopelo rojo del Xapar, cada uno recibía los favores de dos de las putas. Como si se tratara de un espejo, las acciones de la pareja que estaba sobre Alberto eran reflejadas por las que atendían a Max llevando a los dos, que habían apostado a ser el que aguantara más, una y otra vez al borde del orgasmo. Como única norma que regía la apuesta, ambos acordaron que se permitiría interrumpir el trabajo de las chicas hasta tres veces a petición de cualquiera que estuviera a punto de perder el reto. Ambos

habían interrumpido la fiesta en todas las ocasiones en que les permitía la regla que se habían autoimpuesto. Seis paradas que convertían ya en un auténtico reto soportar los ataques de aquellas deliciosas bocas y de aquellas hermosas manos. Con la cara absolutamente desencajada por el placer recibido, Max sabe que está a punto de perder lo apostado y mira hacia Alberto cuya cara está apenas a unos centímetros de la suya y, justo cuando no hay manera de detener el orgasmo que le llega desde la misma médula espinal, Max coge entre sus manos la cara de su compañero y lo besa con toda la lujuria que le provoca el vertido incontrolable de su esperma en una de las bocas, no sabe cuál, que le han procurado tanta satisfacción. Alberto reacciona como jamás habría pensado que lo haría y devuelve el beso inesperado, acariciando el pecho de su amigo, quien se deshace de las cuatro chicas para ser él, personalmente, el que liquide con sus labios el asunto del orgasmo de Alberto.

Desde aquel día, surgió entre ellos una relación tan especial que les permitía compartir mujeres al principio, mujeres y hombres después. Una relación totalmente prohibida, absolutamente al margen de las normas del Xapar y cuya naturaleza tantas veces provocó castigos monstruosos, no solo a extraños, sino incluso a miembros del club. Pero Alberto no sabe que Max es un conquistador que distingue entre la fidelidad y la felicidad, optando por esta última en cuanto tiene ocasión y para ello no se conforma con un compañero de correrías. Hace años que es el amante secreto de Juan Manuel que, por razones obvias, jamás ha permitido que trasluzca la más mínima sospecha de su relación.

Y así, las aventuras de Max van minando poco a poco la naturaleza homófoba del Xapar, *restaurant club*, conforme va sumando amigos dispuestos a compartir con él la cama y las juergas desenfundadas. A lo largo de los años, son muchos los respetables chacales socios del local que pasan por la entrepierna del importador de especias, realmente muchos, pero ninguno como Alberto que, con el paso del tiempo, se ha convertido en su verdadero amor, por más que este siga considerándose homófobo y justifique su relación con Max como la excepción que confirma la regla.

Es un martes por la tarde, Max y Alberto han decidido encontrarse a solas en una de las salas que han reservado anotando en el libro del Xapar una reunión de negocios. Llevan media hora de encuentro cuando la puerta, que han cerrado por dentro, se abre con llave desde fuera y Juan Manuel, que quería unirse a la reunión con una propuesta de negocio, descubre de la peor manera posible que su amante, el niño al que avaló, por el que se ha jugado durante tanto tiempo la vida en un sitio como el Xapar, se tira a su mejor amigo, al que pone las normas, al anti maricones mayor del reino. Y no puede soportarlo. La emprende a golpes con los cuerpos desnudos de sus amigos que, impactados por el suceso, no quieren defenderse hasta que Olivares cae rendido al suelo, sin fuerzas para seguir luchando y llorando nerviosamente. Todas las explicaciones, excusas y peticiones de perdón caen en saco roto porque Juan Manuel no perdonará jamás la traición que ha sufrido.

Unas semanas después, Alberto vuelve a coincidir con Juan Manuel en el Xapar. Es este último el que se acerca y dice.

—Oye, tengo que hablar contigo. Quiero pedirte perdón por mi comportamiento impresentable. Lo siento. Max y yo manteníamos una relación muy especial desde hace muchos años y bueno, en fin, no supe digerir que tuviera otros amantes. ¡Joder, Alberto! Lo último que me esperaba era encontrarte acostado con él. Compréndelo.

—Yo también lo siento. Ha sido un asunto al que todavía no encuentro explicación. Te juro que no me gustan los hombres. Lo de este Max ha sido algo incontrolable, algo con lo que no contaba ni he sabido gestionar. Siento haberte hecho daño, amigo. ¡Venga ese abrazo!

Es el mediodía de un viernes cualquiera. Los viernes han sido de siempre un día de encuentro entre Alberto, Antonio y Juan Manuel, los tres amigos que transformaron la antigua posada en lo que es hoy. Normalmente quedan para comer en el restaurante, después toman café y unas copas y, salvo ocasiones especiales, acaban por marcharse a casa cada uno por su lado a la hora de la cena. Hoy guisa Juan Manuel. Ha preparado un arroz con setas que, como es habitual en él, estará para chuparse los dedos y sus amigos lo celebran bebiendo vino y degustando algunas de las excelentes raciones que se preparan en el local como aperitivo.

La amatoxina es una toxina peligrosa para las células del hígado que se encuentra en las setas venenosas como la oronja verde, otras especies de amanitas y la *conocybe filaris* y que destruye el hígado y los riñones. Actúa bloqueando toda síntesis proteica en las células. Provoca dolores de estómago, náuseas, vómitos y diarreas causando finalmente la muerte por paro cardíaco, aproximadamente, a los dos días de ser ingerida. No se conoce ningún antídoto contra sus efectos. Juan Manuel lo sabe y ha venido preparado con una dosis más que suficiente que mezcla con la ración de arroz que sirve en el plato de Alberto.

Lo más probable es que el próximo lunes el Xapar se encuentre cerrado por defunción de su máximo accionista.

CAPÍTULO 15

parte 4

El Range Rover negro de Caín Silas recorre las calles de la ciudad en dirección al Shangri La. Mientras conduce piensa que tiene que reconocer que la mujer que lo acompaña le atrae como un imán. La tarde con ella ha sido realmente fantástica, no solo por la extenuante sesión de sexo a la sombra del árbol, sino por su actitud. Caín hubiera esperado una reacción diferente de alguien que ha visto su obra, su inconfesable ansia de sangre, su perversión absoluta. Lo lógico, se dice a sí mismo, habría sido que, al conocerse en la plaza, se hubiera excusado e intentado huir, pero no, muy al contrario, su reacción ha sido de relajación absoluta, de curiosidad por saber más de él, casi de confianza en que estaba a salvo. Es cierto que, bajo el aspecto de niña bien que le proporciona su ropa, aún se puede distinguir la limpiadora sin estudios, pero también lo es que no tiene un átomo de tonta, que es una mujer de hoy con unas inmensas ganas de aprender, de mutar realmente en la persona sofisticada que quiere aparentar que ya es. La curiosidad por saber más también hace mella en él. Espera llegar a entender, quiere que sea ella quien se lo cuente, el proceso mental que opera en una chica corriente para, en un momento determinado, asesinar a una desconocida indefensa que milagrosamente sigue viva pese a haber sido torturada hasta los mismos límites de la muerte. Esa tarde María ha dado muestras de ser verdaderamente especial. Ha compartido con ella momentos de placer exquisito, la ha dominado y ha sido dominado sin el más mínimo complejo por su parte. Sí, ningún complejo, ningún miedo. Lo ha demostrado con creces. En un momento de máxima excitación de su segundo encuentro amoroso junto al río, María ha vuelto a tomar en su mano el Kudu que, clavado en el suelo, rozaba la cabeza de Caín y, mientras lo cabalgaba muy despacio, ha colocado los dedos de la mano izquierda sobre sus labios en un gesto que pide confianza y silencio. Él obedece, absorbo en la increíble sensación de suavidad que percibe cuando ella sube y baja recorriendo su miembro. No pierde de vista la mano que empuña el cuchillo y que sabe espera amenazante a verlo al borde del éxtasis para efectuar un movimiento que solo María puede predecir. Es entonces, cuando el vaivén de sus caderas se acelera previendo la llegada del orgasmo de su amante, cuando ella usa el afilado metal para abrir un pequeño corte en el hombro derecho de Caín y se abalanza sobre la herida y la sangre que brota, lamiéndola dulcemente sin dejar de moverse sobre él. María lo ha llevado de tal forma al límite del deseo, del dolor y del placer que le ha obligado a verterse por completo en sus entrañas, una vez más, preso de una mezcla de sensaciones contradictorias lindantes con la locura.

Ahora, en plena noche, camino de una buena copa, María sentada a su lado en el coche y en completo silencio, le ha tomado la mano entrelazando sus dedos, jugando con ellos. Caín siente cómo lo toca y que ella no es consciente de que sus caricias empiezan en su mano, pero acaban en su alma. Cuando la mira comprende que sus ojos acompañan a sus manos y todo en ella le hace sentir amor. Se siente tan bien que no quiere que la noche acabe, pero sabe que él es incapaz de amar a una mujer convencional. Tiene la fundada esperanza de que ella no lo sea. Tal vez, solo tal vez, haya encontrado a alguien con quien poder compartir sus secretos.

Sin duda, Ali la aprobaría.

CAPÍTULO 16

parte 1

La fotografía de Alba y su familia, los vecinos de Juana, habían proporcionado un dato inestimable: un número de matrícula de un vehículo Citroën, de color azul claro, en el que Caín depositó de inmediato todas sus esperanzas de localizar al tipo que acabó con la vida de Alicia. Tras la primera semana de trabajo, todo el potencial de investigación de RedLiber solo había servido para abandonar esas esperanzas en un callejón sin salida. El coche había sido alquilado a mil kilómetros de allí por la sucursal en el país de una compañía dedicada a la comercialización de artículos de todo a un euro radicada en Ereván, la capital de Armenia. Los hombres de Liberto solo tuvieron que tirar un poco del hilo para descubrir que nunca existió tal empresa, ni aquí ni allí. En realidad, la manera tan profesional de proteger la identidad del asesino y cualquier pista que pudiera ayudar en su localización, significaba que lo de Ali no tenía nada de casual y que tampoco se había tratado de un simple crimen pasional. Aunque ya sabía de otra operación en marcha contra ellos, afortunadamente fracasada, es evidente que había alguien más, seguramente con motivos y medios sobrados, con la voluntad de hacer daño a Caín y los suyos. Tal vez el objetivo fuera directamente Alicia, cuyas actividades de los últimos años también sembraron odios más que suficientes por sí mismos para ser objeto de una venganza.

Aun así, Caín piensa que hay algo que escapa a su sentido de la lógica. Hasta el día de hoy se ha considerado siempre a salvo porque nunca deja cabos sueltos que puedan relacionarlo con sus actos al margen de la ley. Por más que lo intenta, no recuerda ningún caso en el que haya cometido el más mínimo error que pudiera traicionarlos. Quizá ella sí lo haya hecho, al fin y al cabo, ha descubierto recientemente que había cosas en Alicia de las que no tenía la menor idea, incluido el tal Paul Adrien, el de las cartas de amor y puede que su asesino. Tal vez un fallo en su manera de proceder haya sido la causa de su muerte. Pero, si es así, ¿de verdad que alguien se tomaría tantas molestias para ocultar cualquier rastro que pudiera delatarlo? No, las cosas no se hacen así en este país. Aquí se roba un coche y punto, aquí se hace todo por cojones y por derecho. No, por supuesto que no ha sido un crimen casual, esto ha sido una ejecución perfectamente planificada por un profesional y no parará hasta descubrir los motivos, de entre los muchos posibles, que se esconden detrás del asesinato de su hermana. Aún queda la baza de la posible identificación del sospechoso, pues la fotografía de Alba, convenientemente ampliada y tratada informáticamente, les ha permitido obtener una imagen de su rostro. Aunque, sinceramente, piensa que no servirá de gran cosa porque el rostro que aparece en la foto es en esencia un conjunto de manchas, sombras y pocas luces, que esbozan un rostro humano que podría ser el de cualquiera. Liberto y su gente están en ello. Sin resultado hasta el momento, el equipo especialista está revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad de todos los establecimientos de la zona donde se cometió el asesinato, es decir, de los sistemas de video vigilancia que pueden ser «*hackeados*» sin riesgo de ser descubiertos. Si incluso así, los resultados fueran negativos, se proponen entrar a fondo en el asunto y piratear, si es necesario, incluso las cámaras de tráfico. Caín sabe que debe tener paciencia, en algún disco duro habrá una imagen perfecta de ese cabrón. Tal vez encuentre una pista fiable o tal vez deba fiarse de un golpe de suerte como el que le llevó hasta María. Sí, paciencia.

Todo lo que puede hacer por el momento es esperar y, sentado tras la mesa de su despacho, continúa con sus quehaceres diarios. La prensa económica del día se hace eco de los primeros ensayos de su *software* en China y de los excelentes resultados que se han obtenido en los test iniciales. Es verdad que su producto tendrá aplicaciones en inteligencia, como se ha divulgado a los cuatro vientos, pero también lo es que en realidad el diseño de su arquitectura está calculado expresamente para un uso intensivo en defensa. En cierto modo es consciente de que en el mundillo en que se mueve CyberAct no es fácil engañar a la competencia empresarial ni a la de los propios clientes y todo el mundo conoce o intuye el potencial que, desde el punto de vista de la estrategia de defensa de un país, pueden tener sus sistemas. El que da primero, da dos veces. Aún no se encuentra completamente implantada la versión inicial cuando ya están a punto de tener lista la primera evolución, mucho más potente y efectiva, del *software* en cuestión.

El sonido del teléfono lo saca de sus pensamientos. Es Cristina, su secretaria.

—Caín, tienes una llamada de Antonio Robles. ¿Te la paso?

Qué querrá este canalla ahora, es lo primero que le pasa por la mente.

—Sí, pásamela Cristina. Gracias.

—Don Antonio, buenos días. ¡Cuánto tiempo sin saber nada de ti! ¿Cómo estás, hombre? — Perfecto, ha sonado como si se alegrara de escuchar la voz de verdulera que tiene el tipo.

—Caín, ¿qué pasa, chico? Perdona que no te haya llamado antes. La puñetera Fundación mantiene ocupado el doscientos por ciento de mi tiempo. Oye, estoy desolado por lo que le ha pasado a Ali. Para mí era como una hija, ya lo sabes —habla como gritando bajito. Pues sí, parece una verdulera anunciando los tomates en oferta a una clientela escasa.

—Ya, sí. Gracias. Te echamos de menos mi madre y yo en el funeral. No esperábamos que faltases, al fin y al cabo, eras uno de los amigos más allegados a mi padre y a mi familia. Supongo que habrás tenido obligaciones que te impidieron abrazar a mi madre. Tu socio Juan Manuel sí estuvo presente en el sepelio. Al menos, hubo un representante de los tres mosqueteros. En fin, todo acabó ya para la pobre Alicia. Lo cierto es que apenas si empezamos a salir del *shock*.

—En serio, Caín. Me ha sido absolutamente imposible. Si necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo por favor. ¿Alguna idea sobre quién ha podido ser el criminal? ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—No puedes hacer nada, Antonio. Ni debes. Ya me estoy encargando yo personalmente. Te aseguro que voy a encontrar a los que han hecho esto a mi familia y les voy a sacar la piel a tiras, antes de descuartizarlos y dárselos de comer a los perros de mi jauría.

—Bueno, bueno. Cuenta conmigo para lo que sea, de verdad. Quiero pasar a ver a tu madre. ¡Pobre Juana, debe estar fatal! ¿Te parece bien si me acerco hasta su casa esta misma tarde? ¿Estarás tú? Me gustaría darte un abrazo.

—Sí, pasa por casa esta tarde, si quieres. Yo estaré por allí a eso de las siete.

Nunca le ha gustado este tipo y se despide, colgando el teléfono, con la misma frialdad que le ha prodigado en los últimos tiempos. No entiende qué fue lo que vio su padre en él y en Olivares. Dos tipos rastroeros siempre parapetados a la sombra de Alberto. Participando de lo bueno y permaneciendo al margen de los compromisos que, por fuerza, era necesario adquirir para la buena marcha del Xapar y asegurar la privacidad de cuanto allí ocurría. En cierto modo, para ellos, para Caín y Ali, siempre fueron algo parecido a unos tíos que aparecían de vez en cuando

por casa con algún regalo. Hubo una época, cuando eran niños, en la que los tres amigos pasaban noches enteras en el salón charlando, jugando a las cartas o viendo combates de boxeo que su padre grababa en vídeo. Antonio y Juan Manuel fueron sus padrinos en la fiesta de iniciación de Caín en el Xapar. Fue su padre, Alberto, quien la preparó y lo hizo solo cuando consideró que su hijo, al que llevaba meses instruyendo, había adquirido la solvencia suficiente como Rapax para garantizarle que el chico haría un papel digno ante los socios. Y Caín cumplió. Todavía hoy se le eriza el vello al recordar el momento en que le atravesó el corazón, la sensación de desgarrar que transmitía a su mano el avance lento del metal en el pecho de aquella basura humana y los vítores y aplausos del resto de los socios que habían participado con él en la fase previa, la de castigo a la víctima. Nunca supo de quién se trataba, sencillamente no le importó y sigue sin importarle hoy porque Caín sabe que todos somos culpables de algo y merecemos que se haga justicia en nosotros.

Cuando, tras la muerte de su padre, Caín se hizo cargo, como nuevo dueño que era, de la gestión del club, cambiaron muchas cosas. Reformó casi por completo la antigua posada, dictó nuevas reglas que normalizaban situaciones que eran una realidad de facto, aunque continuaban oficialmente prohibidas, especialmente en relación con la homofobia que quedó definitivamente desterrada del ideario del Xapar. Encargó en secreto una investigación sobre cada uno de los socios, sobre sus actividades fuera del local, su situación económica y patrimonial, sobre sus amistades y gustos privados. Todo con el objetivo de determinar si cada miembro del club era digno de seguir perteneciendo a él y si, de alguna manera, suponía el más mínimo riesgo para la privacidad e impunidad que eran imprescindibles para el grupo. De aquella investigación surgieron algunos nombres, no más de siete u ocho, que o bien eran un potencial peligro para todos ellos o bien eran ya un peligro cierto. Personas indiscretas o vanidosas, soberbias, que alardeaban en ciertos círculos de su pertenencia al club más selecto del país y de las que era imposible tener la certeza de que no terminarían por revelar alguno de los muchos secretos que encerraban aquellas paredes. Por su condición de socios fundadores, tanto Antonio como Juan Manuel fueron informados de las acciones que Caín consideraba urgentes. Ambos se opusieron a considerar por igual a todos los miembros del club señalados por el resultado de la investigación, especialmente porque, aunque coincidían en su carácter bocazas y fanfarrón, uno de los afectados era un concejal local y cuñado de Olivares, muy querido en su familia. De nada sirvieron las protestas y todos, sin excepción, fueron eliminados discretamente, dejando transcurrir un tiempo prudencial entre accidente y accidente, sin levantar sospechas excesivas entre el resto de los socios. El último en perder la vida fue el famoso cuñado.

Limpio el club de peligros incontrolables, Caín se consolidó rápidamente como digno sucesor de su padre al frente del establecimiento y, como tal, suscitó las más inquebrantables adhesiones y algún que otro rechazo. Entre los que empezaron a odiarlo profundamente estaban los dos compadres de Alberto. Caín siempre lo supo, a pesar de que en lo formal su relación continuó siendo fluida y cordial. Las visitas a casa de su familia, por parte de los que Ali y él mismo habían considerado sus tíos, se espaciaron cada vez más en el tiempo hasta que, sencillamente, dejaron de ir a visitarlos. Poco después, Robles y Olivares constituyeron como patronos principales una entidad sin ánimo de lucro, la Fundación Árboles, dedicada oficialmente a ejercer como *lobby* del sector energético y del medio ambiente representando los intereses de importantes compañías ante las instituciones nacionales y europeas.

Extraoficialmente, la Fundación interviene en una amplia variedad de negocios oscuros: desde trata de blancas hasta tráfico de todo tipo, incluido el de armas, que es la especialidad de Juan Manuel desde hace muchos años y la verdadera y principal fuente de su fortuna personal. En los últimos años, Caín ha creído ver la mano de los Árboles en varias operaciones de pequeño calibre que le han fallado, siempre a última hora, cuando todo estaba prácticamente acordado. Sin embargo, Caín los tolera, de mala gana, en deferencia a su propio padre y sobre todo por su madre, que permanece al margen de todo esto y sigue profesando por los dos socios la misma devoción que siempre pareció tener.

Aunque la investigación que encargó en su momento señalaba hacia ellos como elementos a extirpar, Caín guardó en un cajón los informes que hacían referencia a ambos. Ha pensado en más de una ocasión entrar más a fondo aún en los secretos de los Árboles y ahora cree llegado el momento de profundizar en sus secretos, y entonces, cuando lo sepa absolutamente todo de ellos, está seguro de que encontrará motivos definitivos que le aconsejen eliminarlos de una vez por todas.

CAPÍTULO 16

parte 2

El Mercedes S AMG negro de Liberto recorre las calles de La Estaca, un pequeño pueblo de no más de trescientos habitantes, con el aire acondicionado trabajando al máximo. Está siendo un verano especialmente caluroso y la llanura manchega parece empeñada en hacerlo aún más. En realidad, es la primera vez que pisa esa zona y no tiene muy clara la ubicación que está buscando. El GPS se empeña en sacarlo de la zona asfaltada por un camino de tierra que se pierde en una serranía casi de opereta, poco más que una mínima elevación del terreno cuyo punto más alto no supera los cien metros sobre el nivel de la plaza del pueblo. Algo menos de tres kilómetros de camino son los que hay hasta la casita de una sola planta rodeada por una valla de piedra pintada de blanco. Nada en lo que alcanza a ver desde el coche indica que haya vida en los alrededores, tal vez porque las cinco de la tarde no sea la mejor hora para exponerse al sol de finales de agosto. Sin embargo, basta con que Liberto ponga un pie en el interior de la propiedad para que la puerta de la casa se abra y en la entrada una mujer, que lo mira bajo un sombrero de paja, lo reconozca al instante.

—¡Liberto! ¡Qué alegría, cuánto tiempo sin verte! ¡Ya era hora de que vinieras a visitarnos! —Lupe no comprende cómo es posible que haya tardado tanto en aparecer por allí siendo precisamente él quien, tras regresar Aníbal a Madrid, los mandó casi inmediatamente a vivir a este pueblo.

—¡Lupe, tan guapa como siempre! ¿Cómo estás? Yo también me alegro de verte —dice Liberto con un abrazo sincero—. Tienes que perdonarme. Ya sabes que ahora tengo un enorme montón de cosas de las que ocuparme. Además, no ha sido hasta ayer mismo que ha quedado claro lo que me trae a veros. ¿Y Aníbal, está por aquí?

—Sí, ya sé que eres don ocupado, ya lo sé. Pero eso no quita para que hubieras venido antes a vernos solo por cortesía, aunque conociéndote no me extraña que hayas querido esperar para venir a ver al chaval con algún encargo especial. ¿No te lo irás a llevar otra vez ahora, no? Creo que se ha acostumbrado a la tranquilidad de este sitio mucho mejor que yo. Lo cierto es que no me extraña porque está tanto o más ocupado que en Madrid. Ya sabes, entre los estudios y entrenar se le queda corto el día y aquí lo aprovecha al cien por cien. Sígueme si quieres. Yo voy a bajar al pueblo a comprar algunas cosas que necesitamos, pero, de camino, te indico el desvío que te llevará hasta el páramo donde entrena Aníbal. Lleva por allí desde las doce de esta mañana, que vaya horitas que escoge también para machacarse el cuerpo. ¡Por Dios! Con el calor que hace.

Liberto está de acuerdo. ¡Joder, qué horror de tiempo! Solo faltaría que después de invertir tanto en el chico, acabara todo con un golpe de calor y un ataque al corazón —piensa mientras circula de vuelta por el camino de tierra por el que llegó, detrás del Ibiza blanco de Lupe. Faltarán unos mil doscientos metros para llegar a las primeras calles del pueblo cuando el brazo de la mujer asoma por la ventanilla del coche y le indica una vereda pedregosa, con muy mal aspecto, en la que no había reparado en su viaje de ida hasta la casa. Toca el claxon a modo de despedida y toma el desvío maldiciendo los rebotes de la suspensión al iniciar el tramo plagado de piedras con demasiada velocidad. El camino empeora a unos dos mil metros del desvío. Las

piedras de las que está hecho se convierten en rocas de un volumen importante y los socavones del terreno son cada vez más profundos y numerosos. No cree que pueda continuar adentrándose mucho más en esa tortura mata coches cuando, a lo lejos, distingue la silueta de un todoterreno. Detiene el vehículo allí mismo, bajo la sombra ridícula del único y raquítico arbolito que puede verse alrededor y comienza a andar, siguiendo una desvencijada cerca hecha de postes bajos unidos por alambre de espino, en dirección al todoterreno. Se escuchan disparos a intervalos regulares. Cinco segundos exactos entre tiro y tiro. No se ha separado de su coche cien metros cuando distingue, colocadas sobre los postes del cercado separados entre sí unos diez metros, una sucesión de latas y botellas de plástico. Casi no tiene tiempo de responderse lo que pintan ahí cuando la lata que le queda más cerca sale disparada por los aires primero y se escucha el disparo después. Su mente entrenada ha efectuado un cálculo rápido para determinar la procedencia del disparo. Detrás de la valla, el terreno no tarda en formar una hondonada que, al otro lado, asciende en un cerrete ligeramente más alto que la zona que pisa. Sabe que es allí desde dónde se tiene mejor línea de tiro, pero no ve a nadie ni nada que le haga pensar que es el lugar desde el que se ha disparado. Unos segundos más tarde, cruza el cielo sin nubes una bengala náutica lanzada aproximadamente a setecientos metros en línea recta, desde el mismo risco desierto que ha escudriñado hace un momento y una figura diminuta encaramada a un enorme peñasco destaca sobre el azul puro agitando los brazos a modo de saludo.

—¡Este chico está loco! He creado un monstruo —dice en voz alta como si alguien pudiera escucharlo. Continúa andando en la duda de si volver sobre sus pasos para recoger el coche y recorrer lo que queda de camino en él, pues el calor es insoportable y el chaval está bastante lejos del punto donde se encuentra. El terreno a partir de ahí es tanto o peor de malo que el ya recorrido. Mejor andando.

—¡Entra en el coche y conecta el aire! ¡Las llaves están puestas! ¡Ya llego! —El absoluto silencio que reina en el paraje le permite oír con total claridad los gritos de Aníbal, a una cierta distancia todavía, justo en el momento en que Liberto alcanza el Jeep Wrangler plateado. Lo cierto es que se agradece el aire, al principio calentorro y después cada vez más frío, que sale por las toberas de la ventilación. Está empapado en sudor. Daría cualquier cosa por una botella de cerveza helada. Mira hacia atrás y la figura del chico se hace más grande por momentos. Viene corriendo y trae algo sobre los hombros. Un par de minutos después ya puede distinguir que el bulto que carga Aníbal, sujeto a su cuerpo con un arnés, es un saco que parece lleno de tierra. Efectivamente lo es, tierra y piedras dentro de un envoltorio que debe pesar al menos cuarenta kilos y que el chico arroja al suelo junto al coche—. ¡Joder, Liberto! Ya creía que te habías olvidado de mí —su voz suena sin vacilaciones, como si el esfuerzo de la carrera y la carga no hubiera sido tal—. Empiezo a echar de menos tener un objetivo claro, una misión. No he estado preparándome todo este tiempo para hacer de cabra por estos lares.

Liberto sale del coche. El tipo que tiene delante no es el niño que acogió unos años atrás. Es un tío guapo, hay que reconocerlo —piensa—. El entrenamiento duro ha convertido su cuerpo en una máquina aparentemente perfecta, sin un ápice de grasa y perfectamente definido. Una cicatriz de mal trazado le atraviesa quince centímetros de la parte izquierda del pecho. No va a preguntar por ella. No en este oficio, donde lo normal es tener más de una. Colgado en bandolera, con el cañón hacia abajo, cuelga de su torso desnudo y sucio, un rifle Cheytac M200 del ejército norteamericano que suma catorce kilos más al peso del saco de tierra. Parece que,

definitivamente, el chaval está en buena forma.

—Chico, estás hecho un toro. ¡Dame un abrazo, joder! —La franqueza de su sonrisa y de su voz no dejan lugar a dudas. Está orgulloso de su chaval—. ¡Aunque estás un poco loco! Desde dónde has disparado podrías haber fallado y haberme hecho un agujero en el pecho, cabrón. ¿Qué distancia hay, unos setecientos metros?

—Casi. Novecientos veintidós, para ser exactos. Parece mentira que me digas eso. ¿Cómo iba a errar un tiro a esa distancia con este juguete? —Golpea con la palma de la mano el rifle que lleva a la espalda—. Podría haber fallado a partir de mil quinientos metros, pero a novecientos, imposible fallar. Ya me conoces, hombre. ¡Tú lo que quieres es oírme! ¿Verdad? —Mientras habla ha buscado en una bolsa térmica que lleva en la parte trasera del coche y ha sacado dos botellas de agua muy fría, una para cada uno. Bebe un trago largo de la suya y se vuelca el resto sobre la cabeza.

—¿Haces esto todos los días? Quiero decir que si te das estas palizas a diario. No seas temerario, estas temperaturas pueden terminar por joderte, Aníbal. —Está sudando a mares.

—Este sitio ha resultado ser perfecto, Libertó. Perfecto para no perder la forma física al menos y para hacer prácticas de tiro. ¿Cuántas veces me has necesitado en estos últimos dos años? Te lo digo yo, por si no te acuerdas... Cuatro, la última hace ya casi seis meses. Aun así, entreno cada día para no perder un ápice de operatividad porque sé que en cualquier momento me puedes volver a necesitar. Recorro estos montes todos los días. A veces lo hago corriendo y a veces, como hoy, corriendo con peso adicional. Disparar por aquí es como disparar en el desierto. No hay ni un alma. En el pueblo no conozco a nadie que tenga menos de sesenta años, ya casi nadie sale al campo. Aquí el tiempo se mide de otra manera y da para todo. Por el calor no te preocupes. Después de África, esto ni es calor ni es nada. A ver, dime, ¿qué quieres de mí? No has venido hasta aquí solo por vernos, ¿verdad?

—Chico, ya me conoces. No doy puntada sin hilo, como decía mi madre. Naturalmente que he venido a veros, lo tenía pendiente, pero evidentemente no estoy aquí solo por eso —dice, mientras cae en la cuenta de que, por no haber en ese trozo de tierra perdido en el mapa, no hay ni pájaros. Normal, piensa, habrán muerto asfixiados—. Ha llegado el momento de que demuestres y pongas en práctica todo cuanto has aprendido en este tiempo. He fijado una reunión con las personas que nos patrocinan esta misma noche. Así que recoge tus trastos y date una ducha. Yo me daré otra, con tu permiso. Tardaremos como una hora en llegar al lugar de nuestra cita.

—No hay mucho que recoger. Ya ves —responde Aníbal dejando el saco de tierra y guardando el rifle en su caja de porte, dentro del maletero—. No dejes la botella aquí. La tiramos en casa. Cuéntame de qué va todo esto porque ando un poco perdido. Te he oído hablar muchas veces de los patronos de la Fundación, siempre como una referencia de que lo que hacemos cuenta con el respaldo de gente poderosa, pero creo que ya va siendo hora de que me expliques con más detalle el papel que juegan en RedLiber y, sobre todo, cómo me afecta a mí la relación que mantienes con ellos. Estoy seguro de que la gente con poder no hace nada gratis. ¡Sube que nos vamos!

—Por supuesto. Para eso he venido. Déjame en mi coche, que está un poco más adelante en el camino, y te sigo hasta la casa. Allí charlamos y te voy contando con algo de beber bien frío.

El aspecto externo de la casita de Lupe y Aníbal, modesto y rústico, contrasta con un interior cómodo y luminoso, decorado con bastante buen gusto a base de muebles modernos de calidad. El despacho de Aníbal es sobrio y cuenta con lo imprescindible: una gran mesa de trabajo en la que se mezclan libros del máster que está terminando a distancia con manuales de armamento y revistas militares, un sillón anatómico con aspecto de cómodo y una estantería en la que destacan, entre más libros, una serie de fotografías familiares y procedentes de su etapa de formación en las academias y sobre el terreno. Aunque la habitación es sencilla está perfectamente dotada en términos de equipamiento informático y de comunicaciones. En una de las paredes hay un espejo de cuerpo entero que desaparece tras el tabique cuando el chaval envía una clave por *bluetooth* desde su teléfono móvil. Perfectamente iluminado, un armero bien surtido acoge en su interior el M200 que ha utilizado esa tarde, para volver a quedar oculto tras el cristal cuando Aníbal pulsa un interruptor que hay en un lateral. Liberto conoce bien todo esto porque es el que ha pagado la factura y cree que ha sido una buena inversión. Quizá la mejor que haya hecho hasta el momento porque este chico representa la garantía de supervivencia futura de su empresa y para su retiro, que cada día anhela más.

Con un tercio helado de Mahou en la mano, Liberto hace un resumen de su relación con la Fundación Árboles, con Juan Manuel Olivares y con su socio Antonio Robles. No se deja nada en el tintero, cuantas menos dudas tenga el chico sobre los que impulsan el proyecto, mejor. Al fin y al cabo, a partir del día de hoy, cuenta con él como su mano derecha y deberá ir asumiendo protagonismo en RedLiber a medida que vaya demostrando su valía. También le cuenta la información adicional de que dispone en torno a la Fundación y a sus patronos principales. Liberto lleva muchos años sobreviviendo en un mundo complicado precisamente porque es un maestro de la investigación, pues cree firmemente que el conocimiento es poder, de tal modo que, a lo largo de los primeros meses que siguieron al acuerdo para constituir su empresa, decidió conocer a fondo a los que le hacían tan generosa oferta. La ingente cantidad de mierda que encontró en torno a la vida de ambos tipos y a la actividad extraoficial de la Fundación, no le extrañó en absoluto, pues jamás había creído en los fines altruistas como motivación de según que tipo de personas. Pese a ser consciente desde entonces de que trabaja para auténticos desalmados implicados en todo tipo de basura moral, desde tráfico de drogas hasta asesinatos por pura maldad, hace tiempo que decidió que ni su vida ni sus acciones pasadas le autorizan a juzgar a nadie, especialmente si ese alguien le pone delante la gallina de los huevos de oro. Sin embargo, la información le permite saber con quién se juega los cuartos y ahora Aníbal también lo sabe.

—¡Hostia, Liberto! Estos tíos son peligrosos de verdad. ¿Estás seguro de que nos conviene relacionarnos con sus historias y sus chanchullos? Por lo que me dices, lo que tendríamos que hacer es poner en conocimiento de la policía lo que sabes y quitárnoslos de encima.

—Mira Aníbal, a mí me importa muy poco en lo que anden metidos. Eso sí, quiero saberlo para evitar que nos salpiquen algunas de esas mierdas. Pero no te equivoques, nuestro trabajo consiste en tragar mierda igual. Olvídate de las cuestiones morales en lo que tenga que ver con lo que hacemos en RedLiber. —Sentados frente a frente, Liberto aproxima su cara a la del chico. — ¡Coño, somos especialistas militares! Torturamos y asesinamos por encargo entre otras canalladas. Lo único que quiero que sepas es que, si traspasas los límites y no eres capaz de discernir entre un objetivo militar y una actividad puramente criminal, estás perdido. Es muy

posible que estos hombres terminen por exigirnos cosas que no estemos dispuestos a hacer y entonces tendremos que tomar decisiones. No quiero que te lleves a engaño. Mientras no sea así, somos todo suyos. ¡A cumplir y a ganar pasta! Como tiene que ser.

—Sabes que lo que tú digas está bien. Por mi parte, no hay problema. Pero ya te advierto que no pienso cometer los mismos errores que cometiste tú o los que cometió mi padre. No quiero acabar mis días con una legión de fantasmas dándome patadas en la conciencia.

—De acuerdo. Vamos a ir a ver qué quieren. Debe ser algo importante, al menos para ellos, porque es el motivo principal por el que se decidieron a financiar la empresa y a contar con nosotros, hace años ya. Lo que debemos hacer es escuchar y aceptar lo que nos propongan. Cuando hayamos salido de allí, analizaremos exactamente el alcance de lo que se nos pide y tomaremos decisiones al respecto. ¿Entendido? —dice poniendo una mano sobre la pierna del chico en un gesto de complicidad.

—Por supuesto. Entendido —responde Aníbal, justo en el mismo momento en que Lupe entra por la puerta cargada con las bolsas de la compra—. ¡Hola mamá! ¡Mira que eres cabezota! Te he dicho antes de irme esta mañana que luego iría yo a comprar. Hace demasiado calor para que salgas a estas horas.

—Pero vamos a ver. ¿A que te vas a ir con Liberto? Seguro que sí. Pues entonces, ¿quién habría hecho la compra? —dice Lupe, que en realidad se marchó porque necesitaba salir de las cuatro paredes de la casita y tomar algo de aire, aunque este le quemara la garganta—. Se puede saber dónde vais o es uno de esos secretitos de niños grandes que os gastáis.

—Es uno de esos secretitos, mamá. Trabajo, por fin. Supongo que volveré tarde. —Mira a Liberto esperando una confirmación a lo que dice, que llega en forma de asentimiento con la cabeza. —¿Cómo vamos de hora?

Liberto mira su reloj y decide que permanecer sentado allí terminará por obligarle a contestar a las preguntas de Lupe. La conoce, sabe lo pesada que puede llegar a ponerse y que acabará por dar más información de la que conviene. En realidad, aún hay tiempo.

—Se nos hace tarde. Anda, date una ducha y después, con tu permiso Lupe, me gustaría ducharme a mí también.

CAPÍTULO 16

parte 3

La noche avanza en el fantástico punto de observación del cielo de la Sierra Norte que es el sillón junto a la piscina de la casa de campo de María. A medida que ha avanzado en su relato, Gael ha demostrado un interés creciente por saber más de Caín y de la relación que mantuvieron ambos. Ella, que es la primera vez que verbaliza su historia al completo y sin tapujos, se siente aliviada por tener la posibilidad de hablar con alguien de sus motivaciones y, en cierto modo, de justificar las atrocidades de las que ha sido protagonista. El transcurrir de las horas del día no hace sino afianzar su confianza en el chico que ha demostrado ser, para confundir sus propósitos iniciales con respecto a él, buen amante, buen conversador y, sobre todo, buen escuchante.

—¿Tan fuerte fue lo de ese hombre? En fin, quiero decir... sabías que era un tío peligroso, muy peligroso, un enfermo mental con tendencias asesinas y aun así te rendiste a él a la primera de cambio. Perdona, pero el hecho de que tú también hubieras cometido un par de asesinatos no equiparaba tu potencial para hacer daño con el de Caín. Él era un auténtico psicópata incapaz de empatizar con nadie mientras, equivocada o no, tú tenías una motivación para castigar a tus víctimas, si obviamos el caso de Eva, que pudiéramos considerar casi como un accidente. Por eso no acabo de entender qué fue lo que viste en él que te desató de esa manera y cómo fuiste capaz de entregarte por completo desde el primer momento.

—Me apetece un baño —María se ha puesto en pie y ha comenzado a desnudarse—. ¡Venga, al agua! ¡Pon las copas al borde! —Se ha lanzado completamente desnuda al agua iluminada provocando que Gael la siga en lo que tarda en quitarse la ropa. En el centro de la piscina, con la profundidad justa para que él pueda hacer pie y le quede la cabeza completamente fuera del agua, María se abraza con brazos y piernas al cuerpo de Gael.

—Oye, chico. Todo esto que te estoy contando no tiene por qué ponerte celoso. Lo sabes, ¿verdad? —acaba la frase besándolo suavemente en los labios—. La historia con Caín fue especial, como ahora lo es la historia contigo. No hay pasado ni futuro, solo presente. Y el presente es aquí, ahora y tú. Lo demás casi que no importa demasiado —dice abandonando el abrazo y nadando hasta el borde donde les esperan las copas. Gael la vuelve a seguir.

—Aquéel día —cuenta María—, descubrí un hombre fascinante. Estoy de acuerdo, sabía los riesgos que corría y no me importaron. Después de pasar la tarde en el río, salimos a tomar unas copas. No puedo describirte lo que supuso esa noche para mí. De repente, la chacha se convierte en Cenicienta y acompaña al chico más popular del baile. Me sentí como una diosa porque así me trataba todo el mundo. Conocí gente de la que solo tenía conocimiento por las noticias o las revistas de la prensa rosa y me sentí acogida y partícipe de la fiesta como una más. Bebimos, comimos, bailamos, reímos. Tuvimos tiempo, incluso, de un polvo rápido en el ropero de una discoteca propiedad de un amigo de Caín. Fue fantástico.

»A eso de las seis de la mañana, muchas copas después de comenzada la noche, se acercó y me dijo al oído que tenía una sorpresa para mí. Yo estaba extasiada por tantas atenciones y francamente estaba lanzada, podría haber aceptado cualquier propuesta de Caín y, por supuesto, acepté encantada conocer la sorpresa que me tenía reservada. Miguel Estrada, el dueño de la discoteca, vino hasta nosotros y nos dijo que, cuando quisiéramos, que por él podíamos irnos en

cualquier momento. Y nos fuimos. Subimos los tres al Range Rover de Caín y comprendí que, en principio, la sorpresa tenía que ver también con Miguel. Muy pronto reconocí las calles que atravesábamos y empecé a sospechar cuál era nuestro destino final. No tardamos demasiado en aparcar en el muelle de carga del pasaje en el que conocí las actividades de Caín. Bajamos los tres al sótano del local. Caín y Miguel permanecían constantemente pendientes de mis reacciones, pero yo, que me había percatado de que no me quitaban ojo, intenté permanecer inalterable por la situación que se estaba dibujando, como si el hecho de saber adónde nos dirigíamos y lo que podría esperarse que pasara, me resultara indiferente. Reía sus gracias y participaba de los comentarios como si no me afectara lo que realmente sabía que iba a pasar.

»Descendimos en el ascensor hasta la sala inferior y las luces volvieron a encenderse automáticamente. ¡Joder, Gael! Las piernas se me hicieron gelatina. Una pareja, chico y chica, de no más de dieciocho o diecinueve años estaba colgada del techo, desnudos y ensartados por unos ganchos que les atravesaban la piel de la espalda —después supe que por obra y gracia de la maestría de Miguel en ese tipo de cosas—. Ambos parecían semiinconscientes, tal vez por el efecto de alguna droga, y no manifestaban ningún dolor ni malestar, allí colgados. El chico exhibía una erección potentísima que no acabé de entender dada la situación. La imagen en el monitor gigante era, la verdad, espantosa. Sin embargo, no fui capaz de pronunciar palabra en contra de lo que estaba pasando, al contrario, me sentí intrigada por lo que estaba por venir. Caín fue el que se dirigió a mí para decirme que había llegado el momento de la verdad, que íbamos a descubrir, aquí y ahora, la verdadera mujer que había en mi interior. María, la limpiadora resignada o María, la depredadora. Si te digo la verdad, sus palabras me sonaron a pura locura, pero quizá el alcohol, el morbo, posiblemente alguna droga que yo no había consumido conscientemente pero que pudieron administrarme como a los chicos o una mezcla de todas esas cosas, me llevaron a contestar, como si fuera lo más natural del mundo, que efectivamente íbamos a saberlo enseguida.

»Miguel entró en la sala y encendió el resto de las luces. Caín le siguió llevándome a mí cogida del brazo. Con ayuda de una escalera, descolgaron a los chicos que, para mi sorpresa, hablaban con total normalidad y no parecían en absoluto asustados o molestos con la terrible situación en la que estaban. Nos sentamos en un sofá, que no recordaba de mi primera visita al sótano, delante de una mesa con bebidas y una bandeja repleta de rayas de un polvo, entre blanco y amarillo, que no supe identificar a primera vista. Lo cierto es que empezamos a beber y a consumir el polvo sin medida mientras Miguel se acercaba a la chica, cuya espalda ensangrentada permanecía atravesada por los ganchos de los que pendía del techo, y comenzó a besarla y a tocarla de un modo violento que nada tenía que ver con lo que puede entenderse por caricias. Le susurraba palabras al oído, ahora sé que le estaba dando órdenes, a las que ella respondía complaciente de forma automática. Caín, a mi lado, me explicaba lo que estaba pasando. Ambos chicos habían sido escogidos por su belleza y captados, fue la palabra que utilizó, en la discoteca de Miguel. Les habían suministrado una dosis de *escopolamina*, en unas copas invitación de la casa, convenientemente aliñadas con un cóctel que, según dijo Caín, era también «especialidad de la casa» y que los mantendría por varias horas insensibles al dolor y en un estado de excitación sexual incontenible. Yo no tenía ni idea de lo que eran esas sustancias. No necesité preguntar, porque él asumió el papel de instructor y me informó de cómo a los pocos minutos de la administración de la burundanga, que así se conoce también a la *escopolamina*,

anula la voluntad de la víctima y hace que esta colabore en lo que se le proponga de forma inconsciente. Me contó lo fantástica que podía llegar a ser para estos ratos en el sótano, ya que la propia víctima colaboraba voluntariamente en cualquier cosa que quisieran hacer con ella y que, de hecho, la droga permitía que la víctima pudiera hablar y comportarse de manera aparentemente normal.

»—¿No es fantástico? Vamos a follarnos a los dos y a deshacernos de ellos después y ¡les va a parecer cojonudo! —dijo Caín riendo. Su mirada, enturbiada por los excesos de la noche y la excitación, continuaba clavada en mí, escudriñando cualquier gesto, cualquier atisbo de desagrado por mi parte ante lo que estaba viendo. Sin embargo, creo que en mi rostro solo había curiosidad, morbo, ansiedad por participar de la fiesta.

»Miguel violaba ya, como un auténtico animal, a la pobre chica y Caín, desentendiéndose momentáneamente de mí, daba órdenes al oído del chaval que, atendiéndolas, se unió a la fiesta que Miguel se estaba dando a expensas del maravilloso cuerpo de su amiga. Reconozco que estaba fascinada. La visión de aquellos hermosos chicos, enredados en una batalla que no podían ganar, me atraía como un faro en la noche. No podía dejar de mirarlos mientras un viento cálido recorría mis entrañas. Me moría de ganas de participar activamente y sé que podía verse en mis ojos porque Caín, sentado a mi lado, introdujo una de sus manos entre mis piernas y comenzó a tocarme. Sin perder detalle de lo que estaba ocurriendo delante de nosotros y de cómo nuestro amigo violentaba por igual a los dos chicos, volvimos a devorarnos como fieras en celo por mucho rato. Después, Caín me arrastró hasta el trío y susurró algo al oído del chico, que inmediatamente comenzó a besar mis pechos y acariciar mi sexo. Un instante más tarde, la chica se unió a su compañero en el empeño de complacer el deseo que me consumía. Caín y Miguel desaparecieron de la sala, probablemente para contemplarnos desde el monitor, aunque a mí, envuelta en una nube de placer casi irreal, realmente me importaba muy poco lo que estuvieran haciendo. No puedo decirte las horas que duró aquel encuentro, pero sí tengo que confesar que el placer que me obsequiaron aquellos cuerpos divinos fue infinito, tanto que obtuve cuatro orgasmos sucesivamente más intensos y prolongados, rallando el último la más insoportable exquisitez. Con el quinto perdí la consciencia y me desmayé.

Gael, con medio cuerpo fuera del agua, escucha atentamente. No quiere interrumpir el relato de María, pero en su rostro se refleja una amalgama de sentimientos contradictorios en reacción a la crueldad de lo que está oyendo. Da un sorbo de la copa que tiene al borde de la piscina.

—Continúa, por favor. ¿Cómo acabó todo eso? —La mirada de María, fija en sus ojos y muy fría, le hace temer que pueda dar por acabado el relato en ese punto. Tal vez solo por eso, Gael se acerca a ella y la besa suavemente, como si nada de lo que le está contando pudiera marcar diferencias entre ellos.

—Gael, contar esto no es fácil —reacciona despertando del trance en que se había sumido por un momento—. Ya te he dicho que es la primera vez que verbalizo este pasaje de mi vida, al menos así, al completo. Sí, voy a terminar de relatarlo, pero permíteme que me ahorre algunos detalles. No te gustarían. Desperté en el sofá de la sala, sola, muerta de hambre, con un frío espantoso, a pesar de que alguien me había tapado con una manta, pero con una sensación de plenitud física y mental absolutas. Mi primera reacción fue salir a la sala del monitor, pero tampoco había nadie. Y entonces reparé en que la zona donde habíamos estado celebrando nuestra pequeña orgía era ahora una gran mancha roja. La sangre había sido empujada hacia el

desagüe con una fregona o un cepillo y en el suelo permanecían las señales de haberlo hecho. Ni rastro de los chicos tampoco. Esperé por un momento que aquellos restos de sangre no significaran lo peor. Tal vez, después de todo, Caín y Miguel se hubieran apiadado y limitado tan solo a jugar un poco con ellos. Me recompuse la ropa y el aspecto como pude y volví a salir a la sala externa con la intención de subir hasta el local y con la esperanza de que mis amigos estuvieran aún allí. Solo quería marcharme de una vez. Pero al echar un último vistazo alrededor reparé en una hoja de papel que había sobre la mesa de cristal. Era una nota de Caín que decía algo parecido a «buenas tardes, dormilona. Espero que lo hayas pasado la mitad de bien de lo que parecía. Hemos terminado la función sin ti. Está todo grabado en vídeo, por si te apetece ver nuestro fin de fiesta. Incluso si lo haces, si lo ves, te esperaré esta noche para cenar. En el Xapar a las nueve. Espero que vengas, pero si decides no acudir, lo entenderé. Tuyo, CS». Ni que decir tiene que la nota llevaba implícita una amenaza a mi salud mental pues entendí a la primera lectura que lo que contenía aquella grabación no era apto para cualquiera. Durante un buen rato me debatí entre pulsar el *play* en la pantalla del ordenador o no hacerlo. Lo hice. La grabación comenzaba en el momento en que Caín me cogía entre sus brazos, con una delicadeza conmovedora, y depositaba mi cuerpo con cuidado en el sofá. Me tapaba con la manta y acariciaba dulcemente mi pelo mientras me besaba en los labios con un beso largo y tierno. Creo que en ese momento me enamoré de verdad de él. Lo que vino a continuación es eso que ya te he comentado que no voy a detallar. Te diré que Caín y Miguel se ensañaron de tal manera con aquellos chicos, que estuve a punto de vomitar en varias ocasiones. El simple aspecto de las herramientas que enseñaban a cámara, antes de utilizarlas con toda fiereza, ya era aterrador. No sé qué tipo de droga utilizaron, pero lo cierto es que ambas víctimas soportaban la tortura en aparente apatía. No creo que sintieran dolor o al menos, no lo parecía. En un momento dado, con todo el cuerpo del chico cubierto de cortes y bañado en sangre desde la cara a los pies, Caín y Miguel se dedicaron a fondo a la chica, mientras el otro los miraba con cara de extasiado y yo dormía profundamente, inconsciente de lo que ocurría a tres metros de mi cuerpo. Caín dejó en el suelo la sierra de mano que acababa de utilizar en una pierna de la chica, se volvió hacia el chaval y volvió a decirle algo al oído. Se levantó del suelo, resbaló en su propia sangre y volvió a levantarse, tomó de la mano de Miguel el hacha que le ofrecía y, sin parpadear, acabó con la vida de su compañera de un solo golpe en la cabeza. Yo no podía ni mover un músculo, horrorizada y atrapada a la vez por la escena que se desarrollaba ante mis ojos. Una mezcla de repulsión y atracción, que no sabría definir aún hoy, me mantenía clavada ante el monitor. Después de acabar con la chica todo se precipitó para el chaval, cuya vida terminó apenas medio minuto más tarde, el tiempo que tardaron los dos amigos en deleitarse en la contemplación del penoso estado en que había quedado el cuerpo de ella. El cuchillo Kudu, del que Caín había vuelto a tomar posesión, atravesó sin dificultad el cuerpo del muchacho para partir en dos su corazón y cayó al suelo fulminado. Supongo que la grabación continuaría por un rato más pero no lo sé, porque en ese punto detuve la reproducción y me derrumbé, sentada ante la mesa, temblando y envuelta en lágrimas. Quizá temblaba ante el horror o quizá lo hacía de emoción. Quizá lloraba por el destino terrible de los chicos o quizá lo hacía de puro placer. Si tengo que ser del todo sincera te diré que la pena que sentía por aquellos cuerpos mancillados y vejados hasta el límite quedaba compensada por la sensación de formar parte del bando del poder, del bando de los impunes, de los que deciden sobre la vida y la muerte de otros, hasta tal punto que me di cuenta de que toda

aquella mierda había vuelto a excitarme sexualmente. Lo siento Gael, pero así fue —se justifica ante el rostro descompuesto de su amante—. Yo también me asqueé de mis propios pensamientos.

»Dejé de mirar la imagen congelada en la pantalla que mostraba al chico tumbado en el suelo y a Caín sobre él, rodilla en tierra, agarrado a la empuñadura de la hoja y mirando a la cámara con el rostro fiero de un león que, cubierto de sangre, defiende su presa. Miré el reloj: eran las siete menos cuarto de la tarde. Salí corriendo hacia el ascensor y abandoné el local tan rápido como pude con una sola idea: Llegar a casa lo antes posible y ponerme todo lo guapa que pudiera.

»A las nueve tenía una cita a la que no pensaba faltar bajo ningún concepto.

CAPÍTULO 17

parte 1

El Mercedes de Liberto surca la carretera a gran velocidad en dirección a un destino marcado hace mucho tiempo. *Sympathy for the devil* suena en la radio mientras Liberto relata a Aníbal, por primera vez, la historia detallada de la creación de RedLiber y el acuerdo al que llegó en su momento con la Fundación Árboles, especialmente la parte que atañe directamente al chico. Le cuenta cómo el trato que mantiene con los hombres a los que van a ver incluye, como contrapartida a la creación y desarrollo de la empresa de seguridad, la realización de un trabajo de naturaleza especial del que no tiene más datos que ese: no es un encargo cualquiera. En breve sabrán de qué se trata. Liberto ha querido que Aníbal sea consciente del tipo de personas con las que están tratando una vez que ya está al corriente de sus investigaciones al respecto. Le hace saber también que quiere que esté presente en la reunión por dos motivos. El primero porque piensa en él como heredero de la empresa y lo considera capacitado plenamente para empezar a asumir la responsabilidad de participar en el análisis de las propuestas que llegan a RedLiber y el segundo porque es él el destinado al cumplimiento del trabajo que se les va a encomendar esa noche.

—Así que ya sabes, eres una pieza clave en toda esta historia. Todo cuanto he hecho por tu formación responde a un propósito. No te equivoques, chaval. Tengo algo más que simple interés económico en ti. Te aprecio y admiro tu capacidad de sacrificio. Te has convertido en el profesional que yo nunca he sido, preparado para actuar en las situaciones más complejas, con una formación perfectamente estudiada para facultarte en posiciones dentro del mundo de la empresa a las que jamás hubiera podido aspirar yo y, sobre todo, preparado para dirigir RedLiber cuando llegue el momento. Confío plenamente en tus capacidades, Aníbal. Sé que no me defraudarás.

Sentado a su lado, Aníbal mira fijamente por la ventana perdido en sus propios pensamientos, escuchando en silencio. Unos segundos después de que Liberto termine su discurso, vuelve la mirada hacia él e interrumpe el mutismo que resuena por encima de la música.

—Liberto, ¿conoces a un tal Joao Figueroa? —Escudriña la cara de su mentor, esperando algún gesto o alguna mueca que sabe que no se producirá. Un suspiro profundo es la primera respuesta que recibe justo antes de que empiece a hablar.

—Sabía que este momento llegaría, Aníbal. Lo he sabido siempre. Sí, conozco a Joao perfectamente y él a mí también. ¿De qué conoces tú a ese chagal?

—Fue uno de mis profesores de tácticas de guerrilla en Skopje. ¡Ya ves, el mundo es un pañuelo! La verdad es que, ya me conoces, yo siempre he sido un verso libre. Mis salidas de ocio solían ser en solitario. Siempre me ha resultado más fácil conocer chicas yendo solo, y en Macedonia no había ninguna razón para que eso no fuera así. Sin embargo, una noche, casi terminando el curso, salí con un grupo de compañeros a tomar unas copas y nos encontramos a Joao en un bar. Estaba muy bebido. Es un tipo bastante gracioso y con la cosa de los chistes y las bromas, acabó por unirse a nosotros. Continuamos bebiendo hasta bien avanzada la noche y, francamente, el primero que consiguió llegar a estar totalmente pedo fui yo. En un momento dado, Joao se quedó mirándome fijamente con sus ojos de borracho y levantó un dedo hacia mí.

—¡Joder, chico! Llevo todo el curso pensando en que te conozco de algo, pero no sabía de qué. Acabo de caer. Dime que no eres pariente de Freddy Álvarez. Lo eres, ¿verdad? ¿Su hijo, tal vez? —Como podrías imaginar, me quedé helado. Mi padre es un recuerdo borroso para mí, un señor que aparecía por casa de vez en cuando, secuestraba a mi madre durante dos o tres días en su habitación y solo salía cuando mis llantos de hambre se le hacían insoportables, para regalarme el par de hostias que siempre tenía reservadas para mí. Después, de buenas a primeras, volvía a desaparecer durante varios meses. Sin embargo, me sorprendió que alguien en un sitio tan lejano pudiera haberme relacionado con él solo por el parecido físico.

—Pues sí. El mismo. Hijo de Freddy, sí señor. Ese soy yo. —Me contó entonces las aventuras que corrió junto a mi padre. Y junto a ti. Yo lo escuchaba embelesado con una mezcla de franco interés y exceso de alcohol que desapareció fulminada de repente cuando me habló de aquella noche en el burdel de Kebri Dahar.

—Escucha, chico. No sé lo que te contó ese portugués borracho, pero quiero que sepas...

—Tranquilo Liberto —lo interrumpe con un gesto de su mano que pide silencio—. Me lo contó todo, el muy cabrón. No me ahorró detalle alguno. Seguramente si me lo contaras tú encontraría diferencias con la versión de Joao, pero eso ya no importa en absoluto. Sé lo que esa noche hacía mi padre con aquella niña sobre la mesa y lo que hiciste tú. Si te digo la verdad, después de escucharlo, totalmente ebrio como estaba yo, salí disparado de aquel bar cual alma que lleva el diablo y acabé sentado en el suelo, llorando entre los contenedores de basura. De repente sentí que las únicas referencias que tenía en el mundo eran abominables y que, de alguna manera, yo había comenzado a recorrer un camino que acabaría por llevarme al mismo abismo por el que transitasteis vosotros. No fue hasta la tarde del día siguiente, pasada ya la borrachera, que la verdad apareció clara ante mis ojos. Al menos, la verdad en la que yo creo. Entendí que la vida en la guerra es cruenta y atroz pero que hay cosas que no se pueden tolerar. Mi padre traspasó una frontera que, estoy seguro, la mayoría de vosotros habéis traspasado con frecuencia, sin embargo, creo que estuvo mal lo que hizo y me alegro de que fueras tú el que sobreviviera a la necesidad de hacer daño por hacerlo. Me alegro de que fueras tú quien le quitase la vida y que eso te sirviera para recuperar el control sobre la tuya. Mi padre era una mala persona con vocación de serlo. Jamás hubiera cambiado.

—Iba a decirte, cuando me has interrumpido, que quiero que sepas que lo que pasó con tu padre podía haber pasado con cualquiera de nosotros. En aquellos tiempos, el que abusaba de la pobre chica podría haber sido yo perfectamente y podría haber sido tu padre el que, de repente, despertara asqueado de la vida que llevábamos todos. Del horror, del placer por el dolor ajeno, de la barbarie más absoluta. Sí, yo también me alegro de haber sido el que despertara aquella noche porque creo que tienes razón, creo que tu padre no podría haberlo hecho nunca. La maldad era parte de su propia naturaleza. En todo caso, lo siento, Aníbal. Créeme si te digo que he estado a punto en varias ocasiones de contarte lo ocurrido, pero he preferido esperar a verte hecho un hombre. El hombre que ya eres, sin duda. Siento que te hayas adelantado, debería habértelo contado yo.

—Está bien, está bien. Hace años que conozco la historia y lo tengo totalmente superado. Solo quería que supieras que lo sé todo con respecto a lo sucedido con mi padre y que probablemente yo habría actuado como lo hiciste tú. No quiero hacerte ningún reproche. Siento que eres mi familia, el único hombre que se ha preocupado realmente por mi madre y por mí. He

creído conveniente contarte todo esto porque, a partir de ahora, no quiero que existan secretos entre nosotros. Mi vida va a depender de ti y, en cierto modo, la tuya dependerá de mí en muchas ocasiones. Mejor así. Una última cosa: preferiría no volver a hablar de este tema contigo nunca más. Te ruego que sigas manteniendo al margen de toda esta basura a mi madre. No tiene por qué saberlo. Por lo demás y por mi parte, en serio, todo bien.

—De acuerdo, chico. Todo bien entonces —contesta Liberto mientras lo mira a los ojos para descubrir que en ellos no hay un ápice de emoción. Es un asunto zanjado.

Cuando el coche llega a la puerta de la Fundación Árboles, un guardia de seguridad de RedLiber les pide la documentación para registrar la visita. A Liberto le gusta eso de ver trabajar a los suyos, aunque sea a un simple vigilante sin especialización alguna. Le hace sentir orgulloso del trabajo que hace.

—Adelante. Pueden pasar. Dos personas estarán esperándoles al final de la avenida —dice señalando el camino por el que deben continuar.

Siguiendo las indicaciones del agente, avanzan por una calle que termina frente a tres edificios de cinco plantas, que albergan las actividades de la Fundación. Rodeados de grandes zonas ajardinadas, los edificios están dispuestos sobre el terreno en las esquinas de un triángulo imaginario que delimita una plaza con una fuente circular en cuyo centro se levanta un grupo escultórico que representa varios árboles de diferentes especies. Justo delante de la plaza, un hombre y una mujer les esperan. Mientras el hombre les indica que lo sigan, a pesar de que a Liberto no le hace ninguna gracia prestar su Mercedes ni siquiera para que lo aparcuen, la mujer recoge las llaves del coche y se lo lleva en dirección a un aparcamiento que no se ve por ninguna parte.

Atravesando la plaza, el hombre les guía hacia el edificio más alejado. Es noche cerrada, pero, aunque no hay nadie en los alrededores del complejo, la sede de la Fundación Árboles bulle de actividad en la planta de acceso al edificio central. Desde la recepción puede verse, detrás de un enorme muro de cristal, una zona de trabajo donde varias decenas de personas atienden el teléfono o mantienen reuniones en torno a mesas de trabajo aisladas del resto de la gente por mamparas portátiles. Una mujer joven y muy atractiva toma el relevo del hombre que los llevó hasta allí para conducirlos a una sala de cortesía de la planta quinta.

—Les ruego que esperen un momento. El señor Olivares les atenderá enseguida. En ese bar disponen de todo tipo de bebidas y de diferentes *snacks*. Por favor, siéntanse como en su casa.

Diez minutos más tarde, es la misma chica guapa que los atendió la que vuelve a entrar en la sala. Al parecer, Olivares se retrasa un poco y ha recibido instrucciones de acomodarlos, mientras tanto, en una sala de reuniones. Recorriendo un pasillo que se abre a una pequeña sala, llegan los tres a un puesto de seguridad donde un guarda vuelve a comprobar su documentación y les hace pasar por un escáner de objetos metálicos. Delante de ellos hay una puerta con un sistema biométrico de acceso en cuya pantalla coloca la chica la palma de su mano derecha. La puerta se abre y da acceso a otro pasillo, por el que avanzan, en el que hay varias salas de reuniones situadas una detrás de otra. Llama la atención el despliegue de cámaras en toda la zona. Demasiada seguridad para una simple Fundación —piensa Aníbal—. Por fin, al doblar una esquina del gran pasillo que los ha llevado hasta allí, la mujer que les guía abre una sala de reuniones separada del resto y les invita a tomar asiento indicándoles que le acaban de comunicar por el auricular que lleva puesto que, ahora sí, en breve se incorporarán a la reunión tanto Juan

Manuel Olivares como Antonio Robles.

CAPÍTULO 17

parte 2

Los Árboles se acaban de incorporar a la reunión. Es una pequeña sala acristalada por tres de sus lados, con capacidad para diez o doce personas a lo sumo, equipada con una gran pantalla colgada de la pared y que en ese momento permanece estática mostrando el logo de la Fundación sobre un fondo azul. Con ellos viene una mujer en torno a los sesenta años que, a la primera impresión, puede ser la señora de la limpieza o un conserje pues, aunque lleva un traje color gris marengo de buen corte, su pelo grasiento y sus rasgos vulgares, junto a un sobrepeso evidente, le confieren un aspecto como de trabajadora poco cualificada.

—Señores, ella es Dora Gutiérrez, nuestra directora de operaciones especiales. —Hace las presentaciones Antonio Robles mientras Juan Manuel hace un gesto dirigido a alguien que no está en la sala pero que, evidentemente, está observándolos—. Bueno, vamos a empezar. No queremos que esto se alargue demasiado. Dora, si eres tan amable de ponernos en antecedentes...

La señora de la limpieza o la conserje desaparece en el mismo momento que su voz grave, segura y cargada de personalidad, comienza a sonar. Las pequeñas gafas de montura de pasta verde que utiliza para leer la hacen parecer más joven.

—Bien, se me ha encomendado que les haga una introducción en relación con las circunstancias que deben afrontar a diario en África tanto la Fundación como algunas de sus empresas amigas. Por favor, dentro vídeo.

Inmediatamente, alguien que les observa pulsa el botón del *play* y comienza la reproducción sobre el pantallón que preside el testero de madera de la sala. Una sucesión de imágenes, gráficos, estadísticas y documentos varios, ilustran la exposición que hace Dora y que todos los presentes siguen atentamente.

—La situación de inestabilidad generalizada que se vive en el continente africano es de sobra conocida. África es un continente donde las disputas y tensiones suelen terminar, en la mayoría de las ocasiones, en conflictos armados entre grupos que aspiran a controlar y dominar territorios donde establecer su propia ley. A las revueltas de la primavera árabe, han sucedido cruentas guerras como las de Libia, Irak o Siria y un sinnúmero de guerrillas y movimientos armados. Todos conocemos los casos relacionados con la amenaza yihadista de Boko Haram en Nigeria, Chad o Camerún, Al Qaeda del Magreb Islámico y grupos satélites en el Sahel y Al Shabab en Somalia y Kenia, o el Estado Islámico que aterrorizan sus zonas de influencia y generan gran inquietud en occidente. También en el conflicto de Sudán del Sur podemos apreciar esta tendencia con la implicación de países vecinos como Sudán o Uganda, por ejemplo.

»En el origen de todos estos conflictos no podemos ignorar que está el choque de intereses de las potencias mundiales o emergentes. Así, la lucha de poder entre Arabia Saudí e Irán, sunitas y chiíes, está afectando al norte de África, especialmente a Egipto o Libia. Sin embargo, la confrontación más fuerte es la que se está produciendo entre los intereses estadounidenses y los chinos por el control de las materias primas de África. Ambas potencias, hasta el momento, parece que prefieran, si no fomentar los conflictos, sí al menos tutelarlos en cierto modo, dando la impresión de que en este escenario se estuviese dilucidando la hegemonía y control de una u

otra sobre los recursos naturales del continente.

»Las relaciones de Pekín con África se intensificaron a partir de la década de 1950, cuando China respaldó los movimientos africanos de liberación del colonialismo occidental. En los últimos veinte años, ha construido y financiado todo tipo de infraestructuras —carreteras, aeropuertos, ferrocarriles, estadios, puertos, hospitales, escuelas, etc.—, siempre a cambio del acceso a los recursos minerales, madereros y energéticos de un continente rico en ellos. El ochenta y cinco por ciento de las exportaciones africanas a China son materias primas, como petróleo y minerales, imprescindibles para alimentar el incesante crecimiento de las necesidades del país. Hoy, China ha superado a Estados Unidos y se ha convertido en el mayor socio comercial de África. El comercio bilateral ha pasado de diez mil millones de dólares en el año 2000 a doscientos mil millones de dólares en la actualidad y hay unas dos mil quinientas empresas chinas operando en el continente.

»Es evidente que esta situación no es del agrado de los Estados Unidos, especialmente de determinados grupos de poder que ven cómo los chinos se están quedando con una porción del pastel cada vez más grande. En todo caso, ante la situación de inestabilidad extrema del continente y el volumen de sus inversiones, ambas potencias han tomado consciencia de la necesidad de garantizar la seguridad en la región de la manera que mejor convenga a sus respectivos intereses, lo que constituye un nuevo motivo de enfrentamiento entre ellas.

»Durante años, Estados Unidos ha dirigido una campaña secreta y sofisticada de vigilancia masiva y minería de datos contra el mundo árabe —que ahora va a ser ampliada a la totalidad del continente africano—, lo que permite a la comunidad de inteligencia controlar los hábitos, las conversaciones, la actividad de millones de personas a la vez y con esta capacidad extendida de monitorización sobre la población, las mismas agencias de inteligencia tienen ahora mejores medios para proporcionar información de los disidentes a los dictadores regionales que son aliados estratégicos de los EE.UU. La idea pasa por armar a grupos pequeños e incontrolables de personal estatal y militar con un conjunto de herramientas con las que lograr un mejor y mayor «conocimiento de la situación» en relación con el total de la población, y al mismo tiempo ser capaces de manipular el flujo de información de tal manera que sirva para orientar, en el sentido que interese, a esas mismas poblaciones.

»El gobierno chino por su parte, sabedor de que a estas alturas lo que más conviene al desarrollo de su economía y a sus intereses estratégicos en la zona es intervenir en la seguridad de la región, está poniendo en marcha un proyecto similar al que EEUU ha desplegado allí. Este tipo de programas de vigilancia masiva y análisis de los datos obtenidos es extremadamente complejo y especializado. Por eso los proveedores del servicio son agrupaciones de empresas, cada una de las cuales se responsabiliza de un determinado aspecto del proyecto. En el caso de China, se han comenzado las pruebas preliminares de un sistema llamado K-Focus, aún en fase experimental, liderado por la compañía CyberAct, que ha sabido rodearse de otras empresas expertas en estrategia, planificación, infraestructura, lingüística especializada, desarrollo de aplicaciones móviles, desarrollo de plataformas, telecomunicaciones, videojuegos, redes sociales y un larguísimo etcétera de campos a tener en cuenta para conseguir, no solo anticipar lo que va a ocurrir, sino educar, influir culturalmente a la población en la línea de los objetivos estratégicos en la región del gobierno chino.

»Nuestros socios norteamericanos tienen el máximo interés en interferir de alguna manera

en el desarrollo del servicio de CyberAct. Desde mi dirección de operaciones se han tomado medidas tendentes a asegurar que así sea y, aunque no son competencia directa mía, disponemos de activos importantes involucrados en la implementación de K-Focus, con capacidad de decisión dentro de la compañía y con posibilidades ciertamente esperanzadoras de dirigir los esfuerzos de la empresa hacia terrenos poco fructíferos, hacia resultados mediocres que hagan inútil la apuesta de los chinos por el control de masas. En ese sentido, lo tenemos todo bastante encauzado. Básicamente es cuanto tengo que comentarles a modo de resumen. ¿Alguna pregunta al respecto? —dice mirando fijamente a Liberto por encima de sus gafas de lectura.

—Sí. Bueno. Los sistemas de control de la población existen desde hace muchísimo tiempo. ¿Qué tiene de especial el sistema de CyberAct? Quiero decir, ¿es solo la posibilidad de que los chinos influyan en la zona lo que preocupa a sus socios americanos, o hay otras cuestiones que no nos cuenta? —interviene Aníbal, anticipándose a la respuesta de Liberto a la interpelación visual de Dora.

—Verá señor, lo que acabo de exponer es un minimísimo resumen de una situación tan compleja que no viene al caso que la conozcan en detalle. Créame cuando le digo que las sinergias que se han creado en torno al proyecto de vigilancia e inteligencia de CyberAct tienen implicaciones que van mucho más allá del control sobre la población africana. Por favor, no intente ir más lejos en este sentido. Ya saben lo que tenían que saber.

—Está bien, Dora —dice Juan Manuel, con un gesto que da por finalizadas las explicaciones—. Continuaremos nosotros la conversación con nuestros invitados. Muchas gracias por su trabajo. Puede marcharse. —Como si supiera la orden que iba a recibir, la mujer ha comenzado a recoger sus documentos a la vez que su jefe empezaba a hablar y, poniéndose en pie, saluda con un gesto de cabeza a los presentes y sin decir palabra sale de la habitación.

—Verá, Juan Manuel. Todo esto que nos ha contado Dora está muy bien, pero, ¿qué esperan de RedLiber? Ya tienen activos encargándose sobre el terreno. ¿En qué podemos ayudar nosotros? —Liberto, evidentemente confuso, no entiende lo que se espera de ellos.

Antonio Robles se pone en pie y se acerca a los contratistas, apoyándose en el respaldo del sillón vacío que hay entre Liberto y Olivares.

—Jorge, deja de grabar y márchate. Esto no es necesario tenerlo registrado —dice dirigiéndose a la pared de madera. Espera un momento hasta que, por el pasillo que recorre por fuera la sala, acaba de marcharse Dora, con su carpeta debajo del brazo, y se pierde por una de las puertas. Continúa hablando dirigiéndose ahora directamente a ellos.

—Liberto, esta operación que ha relatado Dora tiene derivadas que solo atañen a las personas que están presentes ahora mismo en esta sala. De hecho, si es usted observador, habrá advertido que no les he presentado por sus nombres ni como representantes de ninguna empresa. Dora piensa que estamos buscando especialistas que se encarguen de cubrir la seguridad de las personas que tenemos infiltradas en el equipo de desarrollo de K-Focus, asunto, por otra parte, que llevamos nosotros personalmente y del que esa mujer está completamente al margen. El caso es que hemos creído interesante que fuera ella misma, realmente es una experta en la materia, la que les pusiese en antecedentes de la situación con respecto a todo el asunto de vigilancia e inteligencia en la zona. Sin embargo, necesitamos de ustedes algo más. Nuestros socios creen que dado el alto grado de dependencia que tiene el proyecto en cuestión de Caín Silas, su impulsor y presidente de CyberAct, y de sus colaboradores más cercanos, es necesaria una

operación de desprestigio profesional, de sometimiento al escarnio público, que les sitúe en una posición de debilidad que les haga propensos a ser captados para servir a los intereses de determinados actores en la cuestión. Ni siquiera voy a perder el tiempo en darles detalles de lo que se pretende en este sentido, porque vamos a encargarles, directamente, el asesinato del señor Silas y de su familia. ¿Algún problema?

—Explíquese, por favor —replica Liberto—. Y hágalo bien, porque nosotros no asesinamos a nadie. Fijamos y eliminamos objetivos militares, que es cosa distinta.

—Mi querido Liberto —interviene ahora Juan Manuel, que parece mucho más viejo que la primera vez que se vieron—. ¿Cómo va su empresa? Tengo entendido que las cosas marchan bastante bien, incluso me han llegado referencias de que está resultando un negocio muy rentable. Me alegro por usted. En serio, me alegro mucho. Por nuestra parte, continuaremos aportando nuestro granito de arena a su prosperidad. Lo hemos hecho desde el primer día, tal y como acordamos usted y yo. ¿Lo recuerda? Entonces... —De repente su cara se incendia de ira, se pone en pie de un salto impropio de su edad y, golpeando con ambos puños la mesa, grita fuera de sí: —¿Por qué coño cree que voy a tolerar su insolencia?! ¡Solo se le pidió una cosa!, ¡una sola! ¡Pues bien, esa cosa es la misión que se les va a encomendar y no admite la más mínima discusión! ¿Me ha entendido bien? —Los fríos ojos del anciano cortan el aire de la sala y se aferran a los de Liberto con una fuerza que no deja lugar a dudas en cuanto a la determinación de sus palabras.

—Verá, Don Juan Manuel. Yo soy un profesional. —No parece impresionado por el numerito del cabreado que acaba de dedicarle Olivares y habla calmadamente—. Mi empresa es, en buena parte, obra suya. Por otro lado, la palabra dada es una de las pocas cosas que tienen importancia en mi vida. No se preocupe, pienso cumplir el trato que hice con usted. Sin embargo, necesito que me justifique los motivos por los que hay que eliminar a esas personas, especialmente cuando ustedes mismos me han dicho que sirven a intereses que se conforman con arruinarles la vida. Entiendo que en esto hay un componente que se me escapa porque aún no me lo han contado. Mi objeción va por ahí: ¿Sería tan amable de explicarnos por qué tenemos que asesinar a esa gente? Necesito saberlo. —Liberto adopta la misma posición que el viejo, apoya los puños sobre la mesa, se yergue en todo su metro noventa y continúa hablando con rotundidad, pero sin alzar la voz. —Y que le quede claro desde ahora mismo que, si no piensa hacerlo o no me convence lo que diga, puede meterse el trabajo y RedLiber por el puto culo. ¿Me ha entendido bien usted a mí?

El viejo, que continúa con los puños clavados en el tablero de la mesa, está a punto de volver a contestar seguramente con un contraataque demoledor, pero no tiene tiempo porque interviene su socio que le pasa el brazo por los hombros en un gesto que parece tranquilizarlo.

—Señores, señores... Calma, por favor. Calma. Creo que debemos reconducir esta situación. No hay motivo alguno para alterarse. Tal vez el error haya sido mío, debería haber empezado por motivar la petición antes de hacerla. Disculpen. Por favor, vuelvan a sentarse y sean tan amables de escuchar lo que tengo que decir.

»La familia Silas es una vieja conocida nuestra, de Juan Manuel y mía. Durante mucho tiempo consideramos al padre de Caín, Alberto, nuestro hermano. Para nosotros fue mucho más que eso, fue nuestro mentor, nuestra guía en cuestiones de negocios y personales. Nosotros, los dos, pusimos en él toda nuestra fe y lo hicimos porque Alberto cumplía. Jamás hubo una sola

promesa, un solo consejo, una orden, que nos acarreará un perjuicio. Al contrario, cada indicación suya contribuía de una manera u otra a mejorar nuestras vidas. Con su ayuda nos hicimos ricos, muy ricos. Estoy seguro de que ustedes ya están al tanto de, al menos, algunas de nuestras actividades al margen de la Fundación. Su reputación le precede, Liberto. No creo que estuviera aquí sentado si no supiera con quién se juega los cuartos. ¿Me equivoco? —él responde negando con la cabeza—. Bien, entonces sabe el tipo de personas que somos y el tipo de negocios que dirigimos. Entienda que no estamos acostumbrados a recibir negativas ni a que se cuestionen nuestras órdenes. Pero... Perdonen, estoy mayor, me estoy desviando del tema.

»Entre nuestras muchas actividades, mantenemos excelentes relaciones comerciales con numerosos proveedores de armamento a nivel mundial. Me refiero a armamento incontrolado, ustedes ya lo saben. Sí. Bueno, les cuento esto porque nuestro pequeño negocio de armas está viviendo una época dorada en relación con lo que Dora les ha contado que sucede en África. Nuestros aliados internacionales disponen de capacidad para intervenir legalmente, con contratos de suministros armamentísticos, a los gobiernos de la zona y dejan para nosotros la parte más fea, pero igualmente rentable, que supone vender también a las guerrillas y grupos armados contra los que combaten sus clientes. Esto viene siendo así desde hace décadas, la verdad. Fue el bueno de Alberto el que nos introdujo en este negocio. Disponía de los contactos y de las influencias necesarias para comenzar la actividad, tímidamente al principio, a pleno rendimiento en apenas unos años. Todo el potencial del que disponía estuvo a nuestra disposición con la única condición de que él debía permanecer en la sombra y nosotros aceptamos y cumplimos. Nadie tuvo nunca conocimiento de que el verdadero cerebro de nuestra organización era Alberto Silas.

»Alberto era un hombre previsor al que difícilmente se le escapaba nada. En un momento determinado, decidió que su hijo Caín debería seguir sus pasos, dando un giro de tuerca a nuestro negocio para meterlo de lleno en la guerra tecnológica e informática. El chaval estudió, se preparó a fondo y resultó ser un auténtico genio. Tengo que decirles que Alberto había puesto en antecedentes de nuestro negocio a Caín, cuestión a la que ni Juan Manuel ni yo pusimos objeción alguna ya que, como he dicho antes, confiábamos en él plenamente. El último año de sus estudios de doctorado pidió a su padre una reunión formal, no crean que se conformó con contarle lo que quería decir a la hora del almuerzo, en la que deberíamos estar presentes nosotros también. El muy cabrón del chico nos puso delante de la cara unas posibilidades con las que no habíamos ni siquiera soñado. Se trataba de un complejo sistema de espionaje a escala masiva que nos permitiría contar con un servicio de predicción de comportamientos, movimientos y acciones de grupos terroristas y un sinfín de aplicaciones derivadas por el que no habría gobierno ni banda en el mundo que no quisiera apostar. Grandes empresas que desarrollaban sistemas operativos móviles nativos que acumulaban información del usuario de manera oculta, estudios de desarrollo de video juegos, de películas, compañías de telefonía que nos facilitaban las escuchas y un larguísimo conjunto de proveedores que jamás podrían negarse a hacer para nosotros lo mismo que ya hacían por separado para gobiernos como el de Estados Unidos. El muy hijo de puta se las había arreglado para conseguir pruebas que implicaban a muchas de estas compañías en actividades ilegales que, para mayor gravedad, eran sufragadas con dinero del contribuyente. Antes de presentarnos su proyecto, aprovechando el conocimiento del sector que tenía su padre y sus contactos, se había preocupado de chantajear a cada una de estas empresas. No fue muy

difícil conseguir que colaboraran ante la perspectiva de un escándalo de proporciones globales que podría arruinar a cualquier compañía. La cuestión es que aquella tarde en el Xapar, nuestro club privado, se decidió poner en marcha aquel descabellado proyecto al que el chico llamaba K-Focus. Entre nosotros jamás fue necesario documento alguno, pues la palabra de Alberto, la de Juan Manuel o la mía propia eran aval más que suficiente ante los demás. Desde aquel día, CyberAct destinaría recursos humanos y económicos a la idea del chico, nosotros dos contribuiríamos con una cantidad de dinero que, en principio, se fijó en once millones de dólares a cambio, por supuesto, de una participación del cincuenta por ciento del negocio.

—Supongo que ahora nos contará dónde se produjo el problema, porque tal y como lo cuenta parece que había dinero en grandes cantidades. Algo tuvo que pasar, ¿no es cierto? — interviene Liberto.

—Efectivamente, algo pasó. La repentina muerte de Alberto dejó al mando de los negocios familiares a Caín, que para aquel entonces ya era un avezado hombre de empresa. El proyecto se encontraba en una fase de maduración bastante avanzada y nuestros contactos nos habían facilitado la posibilidad de entablar conversaciones con diferentes agencias gubernamentales de varios países. Escogimos China, por su enorme potencial y sobre todo por el interés que demostraron en su aplicación inmediata, tanto dentro del país como al servicio de sus necesidades estratégicas en África. La muerte de Alberto nos generó ciertas dudas con respecto al futuro de nuestra participación en el proyecto y así se lo hicimos saber a Caín. La respuesta fue desalentadora. Por resumir, nos apartaba de todo lo relacionado con el desarrollo y la comercialización, a la espera de que el negocio generara beneficios, momento en el cual Caín nos garantizaba una participación del diez por ciento en beneficios. El mocoso tuvo la desfachatez de decirnos a la cara que nuestro apoyo al proyecto había sido testimonial y que no podíamos esperar que CyberAct firmara un contrato en el que se nos reconociera tan exigua aportación. El muy cabrón.

»Tengo que decir que las cosas fueron de mal en peor. A la mala relación profesional se sumaron una serie de ignominiosas decisiones de Caín en contra de nuestros intereses que prácticamente acabaron con la relación que manteníamos con el chico desde que nació. Todos hacemos un esfuerzo por aparentar una cierta cordialidad al menos en lo formal, pero, del mismo modo, todos sabemos que si hay una palabra que ha ido cogiendo cuerpo entre nosotros esa es la palabra odio. He ahí el origen de nuestra petición. Por una parte, no podemos permitir que Caín siga al frente del proyecto porque eso iría contra nuestros propios intereses. Ya tenemos prevista su sustitución al frente de la empresa por una persona que controlamos. Por otra parte, no estamos convencidos de que una acción en contra de su reputación pública y profesional sea suficiente para obligarle a tomar decisiones que no quiere tomar. Lo conocemos bien y estamos seguros de que Caín debe haber previsto esa posible eventualidad. Nuestros socios no conocen hasta dónde puede llegar la determinación de este chaval, afortunadamente, nosotros sí. Espero que esta explicación haya sido suficiente para dejarles claros los motivos de la misión que les encomendamos.

Durante unos instantes Liberto y Aníbal permanecen en silencio con la mirada fija en Antonio Robles y solo cuando este está a punto de preguntar si tienen algún problema, habla el primero de ellos.

—Está bien. Entiendo que este hombre es un objetivo estratégico que conviene eliminar,

pero tengo dos preguntas. La primera es: ustedes han hablado de eliminar a toda su familia, ¿es realmente necesario? Y la segunda: ¿eliminar esta amenaza justifica el trato que han hecho conmigo? Quiero decir, ¿realmente es un asunto tan importante y difícil de solventar que se han visto obligados a montar todo este tinglado? —En su cara se refleja un cierto desconcierto, en especial en lo relacionado con la segunda cuestión.

—Señor San Juan, no sabe usted de quién estamos hablando —ahora es Juan Manuel Olivares quién interviene—. Tendrá a su disposición un *dossier* completo que le servirá para hacerse una idea del tipo de persona de que se trata. Hablamos de un hombre que yo definiría con la palabra feroz. Es extremadamente inteligente, con una capacidad de anticipación a cualquier movimiento hostil como le aseguro que no ha conocido nunca y, por encima de todo, es absolutamente despiadado en todos los sentidos. No cometa el error de subestimarle, nunca. Si lo hace, puede darse por muerto, no lo dude.

»En respuesta a su primera pregunta le diré que la familia directa de Caín es muy corta. Se trata de su madre y de su hermana, Alicia. Ali es una chica que comparte los atributos que acabo de relacionarle en referencia a su hermano y que está destinada a secundar en principio, y a dirigir después, la empresa que preside su hermano. No podemos permitir que eso suceda. En cuanto a Juana, podríamos considerarla un daño colateral ya que, aunque podríamos manipularla con facilidad, no queremos correr el riesgo de que tome decisiones equivocadas una vez que la muerte de sus hijos la haga única heredera del patrimonio familiar. Es un cabo suelto que tampoco nos podemos permitir. Créannos, llevar a cabo este trabajo no va a ser sencillo, pero si se ciñen en todo momento al plan que hemos trazado, conseguirán llevarlo a buen puerto a tiempo de que el gran negocio caiga en nuestras manos. Naturalmente, RedLiber recibirá una compensación adicional adecuada al nivel del encargo. Hemos pensado en una cifra en torno a los tres millones de euros, que supongo que les parecerá razonable.

Ninguno de los dos hace la más mínima observación en relación con el dinero que se les ofrece, dando a entender que la cantidad les parece adecuada. Aníbal, que ha permanecido muy atento a las explicaciones que han recibido de los dos ancianos, pregunta:

—Por mi parte todo claro. ¿No, Liberto? —dice mirando a su protector, que asiente con la cabeza—. Supongo que tendrán que facilitarnos los detalles de la operación. ¿Cómo han pensado acometer este asunto, señor Robles?

—Todo está pensado desde hace mucho tiempo. De hecho, RedLiber es nuestra pantalla para acercarnos a Caín Silas. Hemos comentado antes que disponemos de activos infiltrados en la organización. Uno de ellos, muy próximo al presidente, recomendará en breve que se afronte en serio la cuestión de la seguridad y recomendará su empresa. Caín no pondrá objeciones a la contratación de RedLiber, de hecho, el control de accesos de CyberAct ya lo realizan ustedes, porque durante este tiempo hemos hecho que se convierta en la referencia del sector de la seguridad empresarial con necesidades militares. Su reputación le precede, Liberto, pero ahora es positiva. No tendrá ningún problema para convertirse en un infiltrado más. Gánese la confianza de Caín y de Alicia y deshágase de ellos cuando se lo ordenemos. Conviértase en una herramienta imprescindible. Solo así podrá tener una opción de éxito porque si, en algún momento, cualquiera de los dos llegara a sospechar de usted o de su empresa, le aseguro que no vivirá para avisarnos. Es más, si eso ocurriera estamos convencidos de que los Silas llegarían al fondo de este asunto y acabarían por encontrarnos, a nosotros y a la Fundación, al final del

camino. Estaríamos condenados a una muerte nada piadosa. También puedo asegurárselo.

Y ahora, señores, si no se les ocurre ninguna otra pregunta pónganse en marcha por favor, tienen por delante un trabajo muy delicado y bastante arduo. En este *pendrive* encontrarán toda la información que necesitan para el desarrollo de su cometido. Estudien su contenido, sean meticulosos, cuidadosos, eficientes. Sus objetivos lo son. Si después de estudiarlo necesitan alguna cosa que no hayamos previsto, no duden en solicitar una nueva entrevista y les facilitaremos cuanto precisen.

CAPÍTULO 17

parte 3

El Mercedes de Liberto estaba bien cuando le fue devuelto y su cara de preocupación terminó por relajarse. Aníbal no puede evitar una sonrisa al comprobar el gesto de alivio de su compañero.

—¡Joder con el coche, macho! Cualquiera diría que te preocupa más que lo arañen que la reunión de la que salimos —comenta mientras ambos entran en el vehículo y ponen rumbo a la salida del complejo.

—Chaval, esto no es un coche. Es un símbolo. Un símbolo de que después de medio siglo de ser un perfecto paria, por fin estoy haciendo algo bien en la vida, tío. Y sí, me importa más el coche que la reunión. Aparte de los datos que nos han apuntado y del *dossier* que nos llevamos en el USB, estos tíos no nos han aportado nada que no supiésemos ya. No me asusta el tipo ese al que hay que eliminar y su hermanita pequeña mucho menos. ¡Pues no he lidiado yo en plazas de todo tipo! Como para andarme a estas alturas con miramientos.

—No hables tan pronto. Creo que ese par de viejos no tienen nada de idiotas y no me ha dado la impresión de que estuvieran exagerando. Espera a empaparte del informe para saber hasta qué punto tenemos que respetar a nuestros objetivos. Estoy deseando echarle un vistazo.

—No te equivoques, Aníbal. No necesito leer un informe para respetar a un objetivo. He aprendido con los años que el más imbécil te puede pegar un tiro y acabar con la broma de una vez por todas. No es eso. Yo solo digo que no tengo miedo de nada ni de nadie y que la cuestión, después de todo, es siempre la misma: el más inteligente gana. Así de simple.

Son las cuatro de la madrugada cuando llegan a la pequeña casa de La Estaca. Se acercan al porche sin hacer ruido para no despertar a Lupe pero es inútil porque, antes de introducir la llave en la puerta de entrada, se enciende la luz dentro de la casa.

—¡Hola Lupe! Ya estamos de vuelta. Pero ¿qué haces levantándote a estas horas, mujer? Vete a la cama, estamos bien. No te preocupes.

—Claro, claro... ¿Habéis comido algo? ¿A que no? —Lo cierto es que con la urgencia de llegar a tiempo a la reunión y con la charla del viaje de vuelta, apenas si han probado bocado. Unos *snacks* de patata y poco más—. Venga, que en un momento os hago un bocadillo de lomo con pimientos y os lo coméis con una cervecita. No tardo nada, de verdad. ¿Cómo ha ido la reunión?

—Muy bien, mamá. Todo ha ido fantástico. Gracias por los bocatas, ahora que me has hecho pensar lo creo que tengo bastante hambre. Oye, Liberto y yo vamos a echar un vistazo a unos documentos que nos han dado. Estaremos en el despacho un rato, pero volvemos enseguida aquí contigo. Avísanos si terminas antes que nosotros, por favor.

En el despacho de Aníbal el ordenador nunca se apaga. Simplemente con sentarse delante de la pantalla, un sensor despierta la máquina de su letargo y en unos segundos está lista para comenzar a trabajar. La idea es comprobar el tipo, la cantidad y calidad de los expedientes. Nada más. Una ojeada somera que les permita hacerse una composición del lugar y conocer por primera vez las caras de sus objetivos. El *pendrive* tarda un momento en estar preparado para ser

usado. Contiene una serie de carpetas, ordenadas alfabéticamente, cada una de las cuales aglutina toda la información relativa a los diferentes escenarios y actores a tener en cuenta en el desarrollo del drama: CyberAct, K-Focus, China, Negocios familiares, Xapar, Rapax, Seguridad, Alberto Silas, Juana de Conde, Caín Silas y Alicia Silas. Como primera medida, Aníbal hace dos copias de toda la información en sendos USB, entrega una a Liberto para que pueda estudiar la información con detenimiento y pone otra a buen recaudo en la caja fuerte de la que dispone el armero que hay detrás del espejo.

—Echa un vistazo a las carpetas de Caín y Alicia —ordena Liberto, mirando la pantalla por encima del hombro de Aníbal—. Conozcamos a nuestros amigos.

La carpeta de Caín Silas contiene a su vez otras en las que se detallan diferentes aspectos de su vida profesional y personal. En esta última, disponen de información en cuanto a aficiones, propiedades, relaciones conocidas, fotografías, vídeos, etc... Llama la atención un documento de texto que solo contiene un enlace a la carpeta Rapax pero, en este momento, lo que realmente interesa es conocer físicamente al personaje. Existe un documento resumen, que contiene cuatro fotos de un hombre de treinta y tres años. Dos de ellas han sido tomadas en actos públicos y Caín aparece impecablemente vestido de traje, en una junto al alcalde de la ciudad. Las otras dos son instantáneas robadas en plena calle con ropa más informal. Es evidente que es uno de esos hombres que son elegantes por naturaleza, con independencia de lo que vistan y lo que estén haciendo, con una imagen personal que aúna un porte señorial con un toque de deportista consumado que, indudablemente, lo hacen un tipo muy atractivo. Seguramente será el terror de las nenas —piensa Liberto—. Por lo que saben de él, quizá la palabra terror se quede corta. Ya se verá.

Aníbal abre ahora la carpeta de Alicia Silas. Al igual que la de su hermano, contiene un archivo que enlaza a la carpeta Rapax, que dejan para más adelante. Busca un documento resumen análogo al de Caín y lo abre inmediatamente. Desde las fotos que aparecen los observa una mujer realmente hermosa. No puede apartar su vista de una de ellas en la que, vestida con unos vaqueros que le encajan a la perfección y una camiseta blanca muy ajustada, unos increíbles ojos verdes miran a la cámara detrás de una espléndida melena, revuelta y oscura, que le cubre descuidada y ligeramente el rostro.

Liberto no puede ver su cara, situado como está justo detrás de Aníbal. Si hubiera podido hacerlo, sin duda habría advertido el rictus de sorpresa, de estupor, que deforma la cara del chaval en un gesto tan intenso que incluso debe doler.

—¡Hostia, que tía más guapa! —es lo primero que sale de la boca de Liberto—. Es una lástima que sea nuestro objetivo, me gusta para ti. ¿Eh, chico? ¡No me digas que no está buena!

Las palabras de su mentor lo hacen reaccionar, sacándolo del *shock* instantáneamente y responde con total naturalidad, pero sin entrar en el tono desenfadado que ha utilizado el otro:

—Sí, es una mujer preciosa. Sin duda. Me pregunto ¿qué tipo de amenaza puede suponer ella para los Árboles? ¿Tan grave es como para tener que eliminarla? —sus palabras tienen un tono de seriedad que sorprende a Liberto.

—Aníbal, que es una amenaza para los planes de esta gente está fuera de toda duda. De todas formas, cuando estudiemos a fondo la documentación, estoy seguro de que nos quedarán claras las razones, con independencia de que las compartamos o no. No debes cuestionarte esas cosas. No en este trabajo, ya lo sabes.

—Claro. Ya lo sé. Es solo que me ha sorprendido que sea tan joven y ya esté sentenciada. En fin, esto es así. Tienes razón, es mejor no hacer preguntas. ¿Quieres que echemos un vistazo al resto de carpetas? ¿O lo dejamos para más tarde? No sé tú, pero yo me muero de hambre ya. ¿Hueles eso?

—Mejor lo estudiamos mañana por separado. Pienso marcharme en cuanto eche una cabezada. Tengo cosas que hacer a mediodía. Como estamos en contacto, ya discutiremos nuestras impresiones por *Skype* o por teléfono. ¿Te parece? ¡Vamos a ver cómo va tu madre con los bocadillos!

Aunque intenta que no se note demasiado, Aníbal sale casi tambaleándose de la habitación detrás de Liberto en dirección a la cocina. Está deseando quedarse solo para empaparse del expediente de Alicia. Aún no puede creer la terrible coincidencia que acaba de paralizarle el corazón.

CAPÍTULO 18

parte 1

El agua templada cae sobre el cuerpo de María que permanece inmóvil bajo el chorro de la ducha digiriendo lo vivido en las últimas horas. Con las manos apoyadas sobre los azulejos de la pared y los ojos cerrados rememora la excitación, el exceso, el crimen, la borrachera de poder que ha experimentado con Caín. De todas las sensaciones acumuladas en su mente se queda con el deseo desmedido, brutal, de una violencia casi sin sentido, que ese hombre despierta en ella. Aún puede percibir la mirada de Caín clavada en sus ojos, las manos fuertes capaces a un tiempo de rozarla apenas y de manejar su cuerpo como si fuera un juguete, los labios que la besan con delicadeza o se convierten en cómplices de una boca que la devora sin piedad. Su vientre mojado por fuera es también líquido por dentro, tiene las vísceras deshechas por el recuerdo del intenso placer que ha recibido, se reconoce a sí misma como uno más de los monstruos capaces de exprimir la vida de dos inocentes en aras de la consecución del éxtasis supremo. Se le eriza la piel recordando la contradicción entre las secuencias de vídeo: una en la que unos brazos fuertes la depositan suavemente sobre el sofá, y otra donde aquellos mismos brazos terminan con la vida de un chaval sin ningún tipo de miramiento. Le atrae la capacidad que tiene para ser a la vez el más refinado de los hombres y la más despiadada de las bestias. Tal vez porque ella aspira a serlo también. Sea por lo que sea, María sabe que está perdida en Caín, que no hay nada que pueda hacer por desvincularse de la mezcla de amor y terror que le ofrece y comprende que se ha enamorado de un hermoso monstruo con el que nada en su vida volverá a ser convencional.

El timbre del portero automático la saca de sus pensamientos. Llaman con insistencia y, aunque ha pensado no abrir, acaba por cerrar el grifo y salir disparada, desnuda y secándose por el camino hacia el telefonillo.

—Mamá, ¿no oyes que están llamando? ¡Joder! ¿Sí? ¿Quién es? —dice atropelladamente.

—¿María Martín? Traigo un paquete para usted —responde la voz de chico joven de un mensajero.

Mientras el muchacho sube hasta su casa, se coloca un albornoz y se recoge el cabello con la toalla a toda prisa.

—Traigo esto para usted. —Ha acertado: es un chaval uniformado que le enseña una caja bastante grande—. Firme aquí, por favor. —Intrigada por el contenido de aquel paquete, lo mira como intentando imaginar lo que contiene y una sonrisa se dibuja en su rostro cuando cae en la cuenta de que es la primera vez en su vida que un mensajero le lleva algo a casa. Tiene que ser de Caín, se dice mientras cierra la puerta y se dirige a la cocina. Rápidamente se deshace del plástico primero y del embalaje de papel después para descubrir una caja de color púrpura con un logo dorado en el centro, debajo del cual unas letras componen la palabra Chanel. Pegado en una de las esquinas de la caja, un sobre también dorado con las letras CS en relieve acaba por desbordar su paciencia de tal manera que lo arranca de inmediato, nerviosa, para leer la carta manuscrita que contiene:

«Mi hermosa María:

Te ruego que aceptes este pequeño obsequio con la esperanza de que sea de tu agrado. Aunque habíamos quedado en un lugar y una hora, ya me conocerás, he cambiado de opinión. Sé que voy a renunciar al placer de contemplar la envidia reflejada en los rostros de otros hombres, que me odiarían con toda seguridad al contemplar la espléndida mujer que me acompañará esta noche, sin embargo, ha ganado el egoísta que hay en mí, he decidido que no quiero compartir el espectáculo de tu presencia con nadie y he variado el lugar por otro donde brilles solo para mí. Espero que no te importe demasiado este cambio de planes.

Un coche pasará a recogerte a las nueve de la noche.

Tuyo.

CS

P.D.: Lo intento, pero no consigo sacarte de mi cabeza ni un solo momento.»

Una euforia desmedida recorre su cuerpo mientras levanta la tapa de la caja, que ha apoyado sobre la lavadora. Dentro hay un elegante vestido largo de color azul noche, tan bonito que se siente casi obligada a pedirle perdón por desembalarlo frente a la pila de platos sucios. La caja contiene, además, un par de zapatos a juego con un conjunto de oro y pedrería compuesto por pendientes, gargantilla y cuatro grandes pulseras que la dejan sin respiración. No pierde un segundo para plantarse en su habitación y comprobar que todo le encaja a la perfección, como si sus medidas exactas hubieran servido de guía para fabricar cada prenda. Delante del espejo que tantas veces la ha maltratado vuelve a sentirse una mujer nueva, imparable ya. Tiene que hacer un esfuerzo para reconocerse como la chica de siempre porque su reflejo le presenta una mujer impresionante, con un aire de sofisticación que no sabía que pudiera llegar a tener. Una mujer deseable y satisfecha consigo misma. Una mujer sin pasado y ansiosa por brillar para un único hombre.

Son las nueve menos cuarto y María ya está lista.

—Hija mía, pareces un ángel. ¿Y ese vestido? ¡Qué cosa tan bonita! —Su madre, sentada en el salón frente al televisor, casi no la ha reconocido al verla salir de la habitación y ha derramado una lagrimita de alegría.

—¿Te gusta, mamá? Es un regalo de un amigo. Me invita a cenar. Vienen a recogerme en un momento. Cena tú algo y que el niño coma algo también. ¿Todavía está en la calle? —Ana asiente con la cabeza.

—Sí, sí. No te preocupes por nada. Diviértete hija. Ojalá hayas dado con un buen hombre. De momento parece que está coladito por ti, porque vaya regalito. ¡Ay, hija! Ya era hora de que tuvieras un poco de suerte en la vida.

El conductor guía la máquina a baja velocidad por las estrechas calles del barrio hasta llegar a un pequeño ensanchamiento de una de ellas que ofrece el espacio justo para aparcar los casi seis metros de coche. Es el sitio perfecto porque se encuentra justo frente a su destino. Poca gente está capacitada para apreciar lo sublime, lo realmente especial que es un Maybach S600. De hecho, la mayoría de los mortales no saben siquiera que existe. Este en concreto ha sido la propiedad más preciada de Alberto Silas y su hijo lo conserva como una pieza de museo que jamás sale a la calle. Excepto hoy. Un grupo de chavales que juegan al fútbol en los jardines de

la iglesia que hay en la esquina, dejan lo que están haciendo para acercarse a ver de cerca el impresionante vehículo, profiriendo gritos de asombro y de excitación.

—¡Es un Rolls Royce! —dice uno

—No, es un Maybach —contesta Lucas que es un auténtico enamorado de las cosas con ruedas—, ¿es que no tienes ni idea de coches!

—Efectivamente, es un Maybach —dice el hombre que acaba de salir por la puerta del conductor, vestido con un traje gris y colocándose una gorra del mismo color—. Tu eres Lucas, ¿no? —Con un tono de voz extremadamente sosegado, habla sonriendo y dirigiéndose al chaval—. He venido a verte a ti, bueno, en realidad me envían para recoger a tu madre. Supongo que está en casa, ¿verdad?

—Creo que sí. Ha llegado hace un rato, pero ya me daba a mí que se volvería a marchar pronto —contesta Lucas, un tanto perplejo porque el chófer conozca su nombre y porque esté allí por ellos—. ¿Quiere que avise a mi madre? —En realidad la pregunta no es tal porque el niño sale disparado hasta el portal de su casa y pulsa el botón del portero automático. —¡Abuela, dile a mamá que se asome por la ventana! Aquí hay un hombre con un cochazo que dice que viene a buscarla. —Pero María ya está abriendo la puerta para salir a la calle. El niño, al verla, se abraza a ella para besarla y, orgulloso, dirige una mirada al resto de los chavales y dice: «A ver quién de vosotros tiene una madre tan guapa como la mía».

El chófer abre la puerta del coche con un «buenas noches, señorita Martín. Por favor, acomódese». Tardan unos minutos en salir de la ciudad por una carretera que asciende por la montaña en una sucesión de curvas casi continua. Varios kilómetros más adelante, el coche se desvía atravesando una verja, aparentemente colocada sin sentido en un camino que no está vallado, y avanza entre árboles mientras la noche se cierra alrededor. Al final del camino, en mitad de la nada, aparece un claro en la espesa arboleda que los rodea y en él una escalera de piedra delante de la cual se detiene el vehículo.

—Por favor, señorita. El señor Silas la espera arriba —dice el conductor abriendo la puerta trasera. Al pie de la escalera, María no puede ver dónde termina esta, más allá de apreciar que el final parece estar iluminado. Recogiéndose el vestido de noche para no pisarlo, asciende por los escalones para descubrir que el último tramo la deja ante una gran explanada sobreelevada desde la que puede contemplarse el océano de luces que traza la ciudad sobre el lienzo de la oscuridad. Buena parte de la meseta está ocupada por un inmenso lago artificial de aguas transparentes a la luz que irradia su fondo y que parece derramarse al precipicio como si de una piscina infinita se tratara. Situado en el interior del lago, una isla accesible por un paseo sobre el agua, todo construido en madera, aloja entre muchas plantas un antiguo cenador de hierro y forja totalmente pintado en blanco. Todo está dispuesto, el paseo, la isla y el cenador perfectamente iluminados por grandes candelabros con velas, para recibirla con una mesa exquisitamente decorada y preparada para servir la cena. A unos metros de allí hay un carro de restauración custodiado por tres camareros que la saludan con una ligera inclinación de cabeza. Caín, con un traje negro de Armani, charla con uno de los camareros cuando se percata de la presencia de María e inmediatamente se dirige hacia ella con una enorme sonrisa y los brazos abiertos.

—Por Dios, María. ¡Pareces una diosa! Deja que te vea —dice al llegar a su altura para besarla en la mejilla—. Yo tenía razón. Estás tan hermosa que te quiero solo para mí. Acompáñame, por favor. Espero que te guste el sitio. No se me ha ocurrido otro más íntimo.

—Tú también estás guapísimo. Muchas gracias por el regalo. No era necesario, pero me ha hecho muchísima ilusión, sobre todo porque venía de ti —el brillo de sus ojos airea a los cuatro vientos la felicidad que la inunda esa noche—. Este sitio es una maravilla. Aunque resulta un poco raro encontrarte con algo como esto en mitad de la nada, lo cierto es que me encanta.

La cena transcurre relajadamente entre risas y ocurrencias. Ninguno de los dos hace la menor referencia a la noche anterior, tal vez porque son conscientes de que puede aparecer entre ellos algún punto de fricción que acabe por romper la magia del momento. La música suena en el cenador, desde varios puntos difíciles de definir, creando una atmósfera íntima y muy agradable. María disfruta la velada como no lo había hecho nunca en su vida, una noche como no había tenido jamás. En los rostros de ambos se reflejan la atracción y el deseo que sienten el uno por el otro, intercambiando comentarios, miradas y sonrisas cargadas de intención.

Terminando ya la cena, Caín ha dado instrucciones al servicio para que les deje solos y alargando el brazo sobre la mesa toma la mano de ella.

—Mi preciosa María, ¿qué voy a hacer contigo? —dice con una sonrisa que pretende ser tranquilizadora—. Eres una mujer excepcional, el tipo de mujer que me deja indefenso, creo. Todo mi cuerpo me pide amarte, aunque, en realidad, no sé si debo. Ven, déjame ofrecerte una copa —dice poniéndose en pie sin soltar su mano—. Voy a enseñarte algo.

—¿Qué quieres decir con no sé si debo? —responde mientras, agarrada a su brazo, salen del cenador para adentrarse entre las plantas que lo rodean—. No entiendo tu inseguridad. Yo ya he decidido que no debo y, también, que voy a hacerlo de todos modos. Mírame, por favor —dice haciéndole girar hasta tenerlo enfrente—. Mírame a los ojos y dime qué ves en mí que te hace dudar.

Caín sostiene su mirada por un instante, la misma mirada que durante la cena se ha insinuado continuamente, y la besa con los ojos abiertos, observando los de ella, cerrados en respuesta al beso. Sabe que cree estar enamorada y, aunque no está tan seguro de que pueda continuar estándolo cuando lo conozca mejor, cierra también sus ojos para disfrutar de unos labios que tienen el poder de dejarlo desarmado.

Sin mediar palabra, su mirada y su sonrisa la invitan a seguirlo. Detrás de uno de los árboles que viven en la isleta, una escalera desciende hasta un nivel inferior. Es una habitación completamente de cristal y sumergida bajo las aguas del lago iluminado. En el centro de la sala, hay un enorme sofá blanco delante de una mesa en la que se ha dispuesto todo lo necesario para servir las copas.

—¿Sabes que el agua de este lago es salada? —dice Caín mientras recoge un mando a distancia que hay sobre la mesa y pulsa un botón—. Siéntate a mi lado y brindemos por el espectáculo.

Unos segundos después, un millón de diminutos puntos reflejan la luz del fondo en una lluvia de estrellas que los rodea completamente. Impulsados por cañones de aire, cientos de miles de pequeños crustáceos, a los que Caín llama *kril*, se mueven en todas direcciones, brillando a su alrededor y componiendo una visión casi irreal.

—¿Qué maravilla! ¡Es precioso! — exclama María, impresionada, levantando su copa para brindar—. ¡Por ti, mi increíble Caín!

Él la acompaña en el brindis un tanto ausente, y con una sonrisa traviesa en el rostro murmura: —Espera. Esto no ha hecho más que empezar. —Mientras vuelve a pulsar otro de los

botones del aparato que tiene en su mano izquierda. Al instante, desde la jaula de cristal en que se encuentran pueden verse, nadando despreocupadamente, seis focas que juguetean alrededor de ellos entre la vegetación y las rocas que adornan las profundidades del lago. La fascinación de María aumenta por momentos y ahora está realmente entusiasmada.

El pelaje blanco de las focas cangrejeras brilla también en el fondo del lago mientras las luces diminutas intentan escapar a su destino como banquete. Como rayos de movimiento y fuerza, las focas surcan el agua en todas direcciones presas del ansia por comer cuanto les sea posible.

—¿Me permite este baile, señorita? —dice Caín poniéndose en pie y tomándola de la mano.

—¡Por supuesto, caballero! —responde ella mientras comienza a sonar un viejo éxito de Sade cuyo título, *No ordinary love*, es perfecto para definir la naturaleza de la relación que mantienen.

Así, estrechados el uno contra el otro, bailando suavemente al ritmo de la canción, flotando a salvo en un universo creado solo para ellos y rodeados del frenesí que puede verse a través del cristal, comienzan a acariciarse una vez más como ya habían hecho el día anterior. Mientras la boca de Caín mordisquea la garganta de María, sus manos deslizan lenta y provocadoramente la cremallera de su vestido que, libre de obstáculos, cae al suelo dejando al descubierto su cuerpo, deslumbrante sobre los preciosos zapatos de tacón. Sin separarse de ella, muy juntos, las manos de Caín pueden moverse libremente sobre su piel en una sinfonía de caricias que la vuelven loca de excitación. María no aguanta más, quiere tenerlo dentro de ella y lo quiere ya. Lo empuja sobre el sillón y prácticamente arranca de su cuerpo el Armani que lleva puesto hasta verlo completamente desnudo a sus pies. Se recrea en aquel cuerpo de hombre, que a esas alturas tampoco puede disimular su deseo, y lo mira por un momento antes de decirle:

—¡Dios, qué polvazo tienes!

—Espera, espera un momento. ¡No podemos olvidarnos del espectáculo! Aún no ha terminado, falta lo mejor —dice pulsando de nuevo el mando—. ¡Ya! Perdona, señorita ¿me estaba diciendo no sé qué de un polvazo, por casualidad? —Agarrándola por las caderas, la atrae sobre su cuerpo tumbado en el sofá, para empezar a amarla lentamente. Ella, sobre él, se sobresalta repentinamente cuando las focas que nadan a su alrededor parecen haber enloquecido y dan vueltas a la urna de cristal como queriendo encontrar una salida. En un instante entiende por qué. Dos enormes tiburones toro que han aparecido de la nada persiguen a las aterrorizadas criaturas delante de sus asombrados ojos. —¿Ves, cariño? Como en la vida misma. El pez grande se come al chico. ¡Y yo voy a comerte a ti! —Caín la ha tumbado bruscamente boca abajo en el sofá y la ha penetrado, violentamente ahora. María tiembla de placer al sentirlo de nuevo dentro de su cuerpo mientras contempla la masacre que tiñe el lago de rojo. Una niebla de sangre que se hace más intensa conforme las focas son destrozadas a dentelladas por quienes tienen verdadero poder para hacerlo.

Y así, como dos tiburones hambrientos, se devoran uno al otro durante toda la noche. Sin remordimiento alguno.

CAPÍTULO 18

parte 2

—¡No puedo creer que no sacarais el tema de lo ocurrido la noche anterior! —Gael habla con rabia, casi con indignación—. ¿Cómo es posible que la atrocidad que habíais cometido no tuviera ninguna importancia para vosotros? ¿Cómo es posible que no la tuviera para ti?

María, que sigue apoyada en el borde de la piscina que hay en el patio de su casa de campo, contesta sin alteración alguna en su tono de voz:

—Sencillamente porque aquellos chicos solo eran cosas para nosotros. Herramientas al servicio de la infinita sed de placer y de poder que guiaban nuestros principios como Rapax. Yo aún no lo sabía, pero me convertí en uno de ellos en el mismo instante en que me colé en el local de Caín por primera vez. Al acabar por instinto con la vida de aquella pobre chica torturada y vejada hasta la saciedad, estaba abrazando mi condición de depredadora, de demente peligrosa que sabe que lo es. De asesina, al fin y al cabo.

—Pero... Bueno, no sé... Supongo que en algún momento eso cambió, ¿no? ¿Cómo fue? ¿Acaso un buen día te despertaste y al mirarte al espejo te viste a ti misma con cuernos y rabo? ¿Qué pasó para que dejaras de comportarte como una psicópata? —La cara del chico es todo un compendio de emociones difícil de entender.

—Deja que siga contándote la historia, Gael. Te prometo que, cuando termine, responderé a cada una de las preguntas que quieras hacerme. ¿Te parece bien? —Él, por toda respuesta, se encoje de hombros y abre los brazos aceptando la propuesta.

—Continúa, por favor —termina diciendo.

—La noche en el lago artificial fue maravillosa, la verdad —sigue hablando María mientras le dedica una leve caricia en el pelo—. Maravillosa y muy adictiva. Después de haber pasado prácticamente dos días completos con aquel hombre, mi cabeza no podía ya pensar en otra cosa. De repente mi mundo se hizo infinitamente largo e infinitamente estrecho. Infinitamente largo ante el sinfín de posibilidades que me brindaba la perspectiva de compartirlo con él, pero también infinitamente estrecho porque no quería a nadie más en mi vida. Me colmaba de atenciones, me regalaba cosas que resultaban increíbles para mí. Viajamos, bailamos, reímos, nos amamos en cualquier sitio y a cualquier hora.

»Y fueron pasando los días, las semanas y los meses, hasta llegar a un punto en el que ni siquiera el tiempo tenía ya sentido para mí. Comía cuando tenía hambre, dormía cuando tenía sueño, bebía cuando tenía sed y hablaba solo con él. No conseguía quitarme el sexo de la cabeza. Daba igual la hora, si era de día o de noche, lo único que ocupaba mis cinco sentidos era Caín. Me introdujo de lleno en su mundo, en todos sus mundos. Conocí de cerca y a fondo la parte más tenebrosa de su personalidad. Descubrí mil maneras de hacer sufrir y mil maneras de convertir cada una de ellas en una fuente de placer. Integrarme en sus círculos más restringidos no fue sencillo.

»El Xapar es un club gastronómico extremadamente exclusivo donde solo se admiten caballeros. Todos ellos se complacen, secretamente, en llamarse a sí mismos Rapax, que, como sabrás, significa depredador en latín, dejando claramente de manifiesto su propia naturaleza. Ninguna mujer había pertenecido nunca al club, dudo incluso que alguna lo hubiera pisado antes

salvo, naturalmente, las putas más refinadas y las desgraciadas que habían tenido la desdicha de convertirse en juguete para alguna de las orgías que allí se organizaban. Ahora sé que el lugar para nuestra cita terminó por ser el lago artificial, porque Caín no estaba completamente seguro de que llevarme al Xapar de noche, sin haberlo anunciado previamente y estando el local lleno de socios, fuera una buena idea.

»Aún recuerdo la primera vez que entré en aquel sitio para ser presentada a los miembros del club. Es cierto que me había advertido sobre la circunstancia de la prohibición de membresía a las mujeres, pero, incluso siendo así, me extrañó su comportamiento nervioso, impropio de Caín, tanto por su personalidad como por su condición de verdadero dueño del Xapar. Ya de entrada, me sorprendió el hecho de que, a nuestra llegada, todos los socios que se encontraban esa noche en el club se reunieran en el patio para darnos —o darme— la bienvenida. En mi primera impresión, encontré en ellos un exceso de falso servilismo que, francamente, no me gustó nada. La sucesión de sonrisas forzadas y frases impostadas acabaron por hacerme sentir incómoda. A pesar de eso, por respeto a Caín, supongo que los socios lo hacían por igual motivo, continué departiendo con aquella multitud de señores y, poco a poco, en el transcurrir de la noche, fui encontrando mi lugar entre ellos. Reconozco que en alguna ocasión llegué a encontrarme hasta integrada e incluso creo que empaticé con algunos de aquellos hombres que, en general, eran personas bastante cultas y refinadas. En un momento dado, Caín tuvo que ausentarse para tratar en privado, según me dijo, un asunto importante con dos políticos muy populares por aquellos tiempos, a pesar de lo cual, la bebida, la comida abundante, la charla y las risas terminaron por hacerme sentir del todo bien allí dentro, estando como sabía que estaba, sola y en el centro de una manada de lobos. Hasta que, a eso de la una de la mañana, hizo su entrada en el salón donde nos encontrábamos un joven empresario llamado León Morlán, bastante guapo y sobre todo muy bebido. Lo vi desde lejos, cosa que evidentemente, en función de lo que sucedió después, no hizo él. Desde donde estaba yo, pude ver cómo bromeaba ruidosamente con un grupo de hombres que le reían las gracias mientras seguían consumiendo más y más copas. León reparó en mí justo cuando más interesante era la conversación con Juan Manuel Olivares, uno de los socios más antiguos del Xapar, y por fin me había abstraído del jaleo impropio que estaba organizando aquel patán. Borracho como una cuba, llegó hasta mi altura y, sin mediar palabra, me soltó un puñetazo en el vientre que dio conmigo en el suelo. Confusa, sin aire y retorciéndome de dolor por los cortes que me habían hecho los trozos de la copa de la que estaba bebiendo, alcé la vista para verlo allí, de pie junto a mí, con un gesto como de cazador que se fotografía con su presa.

»—¡Coño, si tenemos puta nueva! ¡Eso se avisa, joder! —gritó el gilipollas mientras el silencio más absoluto se hacía a nuestro alrededor. Todos los asistentes se quedaron paralizados como si, de repente, se hubieran convertido en estatuas de sal. —¡Ven bonita, ven...! Que te voy a dar lo que te mereces —dijo, agarrando mi brazo para intentar levantarme del suelo. Ni siquiera sé de dónde diablos saqué las fuerzas para responder a mi agresor, pero lo cierto es que me puse de pie de un salto y le crucé la cara dos veces con un trozo de cristal. El pobre borracho se quedó allí plantado, sangrando abundantemente por los cortes que le había hecho, uno en cada mejilla, sin pronunciar palabra y con cara de estupor. Cuando reaccionó, se lanzó contra mí y creo que me hubiera matado allí mismo si no lo hubiera detenido, siempre funciona, clavando mi rodilla en su entrepierna. Cayó fulminado. Ahora el que se retorció de dolor era él. Olivares reaccionó y, detrás de él, el resto de los que estaban en nuestro grupo. Entre todos me apartaron de León

cuando fueron conscientes de que lo había agarrado del pelo y tiraba de su cabeza hacia atrás con el único objetivo de rebanarle el cuello. Todo acabó en un instante porque Caín se incorporó al salón justo cuando me apartaban de mi presa. Con el mismo rictus felino que ya le había visto antes, levantó al tipejo del suelo con un solo brazo y le regaló el más amplio catálogo de golpes que te puedas imaginar. Solo se calmó cuando, entre varios de los presentes, lo separaron a la fuerza del cuerpo desmadejado de León que tenía ya la presencia y el aspecto de un trapo sucio y ensangrentado, apenas con vida. Después supe que, aunque Morlán fue castigado severamente, se libró de mayor castigo por las circunstancias en que se produjo su confusión. Tuvo suerte, se le permitió seguir con vida a condición de pagar una multa realmente elevada y ser privado de algunos de los privilegios que había alcanzado como miembro del club en función de su antigüedad. Sin embargo, un tiempo después, un par de meses a lo sumo, desapareció por completo y nadie volvió a verlo nunca más. Todo aquel episodio me sirvió en definitiva para demostrar mi condición de digna compañera del más feroz de los Rapax, lo que en principio me permitió ser tolerada en las reuniones del Xapar y más tarde ser uno más de los socios, a pesar de que nunca se me otorgara oficialmente esa condición. Sí, yo fui la única mujer en la historia del club que consiguió ser aceptada como uno de sus miembros.

»Gael, en serio, no puedes imaginarte el nivel de perversión que hay entre las paredes del Xapar. Cualquier atrocidad que pueda pasar por tu mente ya ha ocurrido allí y probablemente se haya visto superada con creces. Dignísimos señores que aparecen a diario en la prensa y en la televisión, convertidos en alimañas esclavas del hedonismo más absoluto, perdidos en fiestas privadas donde tienen la oportunidad de mostrarse tal y como son en realidad: despiadados, crueles e insensibles al dolor ajeno. No quiero descargarme de culpa. Yo participé en todas aquellas fiestas; en todas las que pude y fui invitada. He visto y hecho cosas, que no podría contarte, en reuniones donde al instinto Rapax de los participantes se sumaban continuamente drogas formuladas expresamente para nosotros y mucho, mucho alcohol. Llegué a aceptar que Caín se organizara a sí mismo una fiesta en la que se nos unieron cuatro chicas de su elección. Tengo que reconocer que hubo un momento en que me pareció incluso excitante todas aquellas manos y bocas a mi alrededor, agolpándose sobre Caín o sobre mí, relevándose sobre nuestros cuerpos para mantenernos continuamente al borde del clímax, durante horas. Hasta que, de repente, pareció olvidarse de mí y se centró en las demás chicas. Verlo así, totalmente desentendido de mí y con los ojos embotados por el placer que le proporcionaban otros cuerpos, fue demasiado para mí. No pude soportarlo demasiado tiempo y terminé por montar en cólera y echarlas a todas de allí. Caín contempló la escena en silencio. Ni siquiera me hizo un reproche. No sé muy bien por qué, pero arranqué a llorar desconsoladamente y él reaccionó, sencillamente, atrayéndome hasta su cuerpo para tomarme con saña hasta que consiguió convertir mi llanto en un orgasmo glorioso, hecho a partes iguales de placer y de rabia. Creo que fue la primera vez que Caín me descubrió uno de mis límites. —La mirada de María vuelve a aparecer perdida, rememorando el momento que está contando, mientras Gael, absorto en la historia y a su lado, espera a que continúe el relato.

»La cuestión es —prosigue— que mi relación con Caín, forjada sobre situaciones extremas, acabó por inundarme por completo. Sinceramente creo que a él le pasó exactamente igual. Vivíamos el uno por el otro y no nos separábamos nunca. Por lo demás, CyberAct había experimentado un crecimiento espectacular, ganaba dinero por montañas. La estrategia y la clara

orientación a mercado que Caín decidió para su compañía, habían comenzado a dar sus frutos y su salida a bolsa, sumada a un fuerte incremento en la expansión internacional de la empresa, especialmente en Asia y Latinoamérica, lo convirtieron en un hombre muy, muy rico. Mucho más de lo que ya era cuando lo conocí. Por mi parte, había avanzado mucho en el proceso de refinamiento personal al que, casi sin darme cuenta, me destinó mi amante. El contacto permanente con gente de gran nivel social y a veces, no siempre, cultural, y la afición que acabé por desarrollar a los libros, la pintura y el teatro, que eran grandes pasiones para él, hicieron de mí una mujer mejor, socialmente más apta para encajar en los círculos en que nos movíamos. Veía a mi hijo a menudo, pero continuó viviendo con mi madre en el nuevo piso que alquilé para ellos en una zona residencial donde no les faltaba de nada. Creo que los dos eran conscientes de que necesitaba vivir mi vida, de que no tenía demasiado tiempo para dedicarles, y prefirieron la compañía mutua a la soledad a la que con toda seguridad les condenaría yo.

»Con el viento a favor en lo personal y en lo profesional, Caín me sorprendió una noche de verano con la idea de pasar unos días en un espléndido hotel del Golfo de Nápoles, el Capo La Gala, en una pequeña localidad de la región de Campania llamada Vico Equense. Fue allí, mientras tomábamos el sol tumbados en unas hamacas de la playa privada del hotel, cuando se decidió a romper el completo silencio que reinaba sobre el hilo musical que amenizaba el lugar, a pesar de que en él estábamos no menos de veinte personas. De repente, sin que yo pudiera imaginarme lo que pasaba, se puso en pie y levantó la voz llamando la atención de todas las personas que estaban a nuestro alrededor.

»—*Scusi, signori. Vorrei che siano testimoni di mia proposta di matrimonio di questa bella, donna straordinaria* —dijo volviéndose hacia la gente con los brazos abiertos para después girarse hacia mí y postrarse de rodillas junto a mi hamaca—. *María, voi sposarmi?*

»Aún hoy sigo sin tener ni idea de italiano, pero en aquella ocasión no me fue necesario un conocimiento avanzado del idioma para entender la pregunta que hacía aquel hombre hermoso, tostado por el sol, que estaba de rodillas frente a mí mostrándome un anillo de diamantes. Sorprendida por el hecho de que estuviera ocurriendo algo en lo que no me había atrevido siquiera a soñar, me quedé paralizada. Por unos segundos, el silencio en la playa se hizo mucho más hondo y espeso. Solo fui capaz de reaccionar cuando se me hizo audible un cierto murmullo proveniente de algunos de nuestros acompañantes, presos ya de la impaciencia ante mi mutismo. Reconozco que el subidón de alegría que experimenté no estaba previsto y reaccioné, traicionada por los nervios del momento, riéndome a carcajadas.

»—Por supuesto, mi amor. Me casaría contigo mil veces —dije abrazándome a su cuello para besarlo.

»La gente arrancó a aplaudir en uno de esos momentos que se quedan grabados en tu mente para el resto de la vida. Inmediatamente, a una orden de Caín, entraron los camareros del hotel para servir champán y ostras a todos los presentes como atención a su condición, aunque hubiera sido involuntaria, de testigos de nuestro compromiso. La verdad es que fue muy emocionante. No sabes cómo lo quería, Gael. En aquellos días hubiera aceptado la condenación eterna por estar a su lado un minuto más, hubiera dado mi vida por Caín sin la menor duda. Lo que sentía por él era tan intenso que, en ocasiones, con el simple hecho de refugiarme entre sus brazos, creía que se me escapaba el aliento definitivamente, que merecía la pena morir así, rodeada por el calor de aquel hombre que había conseguido hacer crecer en mí un amor inmedible.

»Tres meses después nos casamos, ceremonia católica incluida, en la catedral de San Augusto. A nuestra boda asistieron personalidades del mundo de la política, incluidos cinco ministros, del mundo empresarial, actores, banqueros, en definitiva, creo que no faltó nadie que fuera «alguien» en aquel momento. Es posible que, si haces memoria, recuerdes algo de aquel día porque fue portada en las revistas del corazón y noticia en la prensa y la televisión. Fue un día maravilloso en el que asumí, por primera vez, que realmente había alcanzado la categoría de reina o de diosa, como le gustaba llamarme a Caín.

»El apartamento que ya conoces fue su regalo de boda y nuestro hogar. Una propiedad impresionante solo para mí, imagínate. La limpiadora que jamás había aspirado a otra cosa que no fuera a llegar a fin de mes con leche en la nevera. La pobre chica que era una idiota en manos de hombres que pasan ante los demás por ser «normales», se había convertido en una diosa a los ojos de un hombre que era un verdadero monstruo. ¡Qué ironía! ¿Verdad? La buena chica, honrada y trabajadora, que no pasa de ser una cosa que solo sirve para trabajar, follar y después hincharla a hostias, mientras la tía buena, cruel, viciosa e implacable alcanza el éxito más absoluto de la mano de un hombre con poder. No, no existen recompensas en la otra vida, la recompensa hay que buscarla en esta y te aseguro que no depende de que tus actos sean buenos o malos porque cualquier cosa que hagamos estará bien o mal según el punto de vista de quien te juzgue. Y yo había decidido que jamás dejaría que me juzgara otra persona que no fuera yo misma.

»El Xapar siguió siendo el más claro ejemplo de esta eterna discusión entre la bondad y la maldad. Caín, cada vez con más peso en la escena internacional, decidió hacer con el club algo parecido a lo que había hecho con su empresa y abrió un segundo local, esta vez en Lisboa, apadrinado por la sombra de unos socios tan potentes como para acabar de ganar unas elecciones. En menos de un año, se sumaron clubs en París, Londres y Berlín. La idea de fondo era aglutinar en un lugar de referencia toda la perversión inherente al poder. Un lugar que permitiera conocer en sus aspectos más oscuros los secretos de los personajes que dirigen la vida de ciudades, de países, de la gente, porque la información es poder y de eso, querido Gael, nunca se tiene bastante.

»El tiempo fue pasando y Caín, cada día más ocupado, viajaba sin parar. Al principio no había un solo sitio al que tuviera que acudir, por negocios o por placer, al que no me llevara con él. Tengo recuerdos de fiestas Rapax en todos nuestros locales de Europa e incluso en otras muchas ciudades del mundo donde se organizaban sin necesidad de que existiera un Xapar. Sin embargo, un día en que tenía que marcharse durante una semana a Brasil me dijo, sin inmutarse, que en esta ocasión no lo acompañaría. Ni siquiera protesté. Estaba segura de que, fuera por lo que fuera, existía una razón por la que debía ser así. A su regreso, volvió a ser el hombre del que seguía locamente enamorada, pero aquella situación comenzó a convertirse en algo que pasaba con relativa frecuencia. De vez en cuando surgía un viaje al que yo no podía acompañarle. Poco a poco, entendí que había determinados destinos en los que mi presencia no era conveniente y comencé a sentir, como el ritmo cardíaco que late en los bordes de una herida, la necesidad de saber lo que estaba pasando, qué era tan importante como para separarlo de mí. Y volví a experimentar la locura de los celos.

»Caín llevaba dos días en Praga y aún tardaría otros dos más en volver. Decidí hacer algo que, tengo que reconocer, se me había pasado por la cabeza en varias ocasiones con anterioridad

pero que nunca me decidí a llevar a cabo. Cogí las llaves y me dirigí al sótano del local. Desde el primer día que estuve allí, me había sentido intrigada por el enorme armario de metal y caoba que hay en la antesala de la cámara de tortura. Sabía que detrás de dos de sus cuatro puertas descansaban, en perfecto orden y muy limpias, las herramientas más apreciadas por Caín, las que tenían un significado especial para él. Pero también sabía que el resto del mueble contenía información, *dosieres*, grabaciones e informes que nunca llegué a ver. Esas otras puertas se abrían con una llave de la que nunca se desprendía cuando le conocí, pero que con el tiempo y, supongo que, con la confianza en mí, pasó a formar parte del llavero que contenía las demás.

»Al abrir por primera vez aquellas puertas me impresionó la cantidad de información que contenían. Un hueco de casi dos metros y medio de alto por dos de ancho en el que, perfectamente clasificadas en cajas con etiquetas, Caín almacenaba grabaciones y documentos, algunos de los cuales llevaban incluso sellos oficiales de la policía o de los servicios secretos. Casi un centenar de discos duros, rotulados con letras y números, ocupaban una de las cajas etiquetada con la palabra «Cámara». Después supe que los códigos alfanuméricos que daban nombre a cada uno de ellos se encontraban perfectamente identificados en una base de datos en la nube que los asociaba exclusivamente con unos pocos parámetros: el ID de todas las grabaciones que contenía cada disco, el número de víctimas en cada grabación y su sexo y un valor entre cero y cinco que acabé por entender era la calificación del contenido según la calidad, en función del criterio de Caín, de las atrocidades que se habían cometido y grabado en cada ocasión. Encontré expedientes de relevantes políticos, incluidos los últimos alcaldes de la ciudad, de varios altos representantes de la iglesia, de algunos empresarios y de todos y cada uno de los socios del Xapar. Pero lo que realmente cambió una vez más mi destino fue el hallazgo de una caja etiquetada como «Ali». Alicia Silas, la hermana de Caín, cuyo asesinato sirvió en cierto modo para unirnos, la chica que vi morir aquella tarde, esa cuyas cartas de amor con el tal Paul Adrien me habían conmovido tan profundamente. Saqué la caja del estante inferior, la puse sobre la mesa de cristal y comencé a revisar su contenido.

—Joder, María —dice Gael, aparentemente preocupado por las consecuencias de aquella acción—. ¿No se te ocurrió pensar que, a veces, es mejor no saberlo todo? Que hay cosas cuyo desconocimiento nos permite vivir en paz mientras que el conocerlas no mejorará nuestras vidas y, sin embargo, nos destruirá. Tenías que saber más, ¿verdad? Lo necesitabas.

—Claro que sí, feo. Claro que me lo pensé dos veces antes de comenzar a meter las narices en la vida de Ali y Caín. Decidí que tenía que hacerlo y lo hice. Tardé menos de una hora en saber que la historia de María y el hermoso monstruo, nuestra historia, estaba condenada a terminar en tragedia.

Y no había absolutamente nada que pudiera hacer por evitarlo.

CAPÍTULO 18

parte 3

Gael tampoco puede hacer absolutamente nada para evitar la atracción que siente por María. Aún dentro del agua, escucha el relato de su vida intentando aparentar que es la primera vez que lo escucha, pero no es así. Oír de sus labios tanta atrocidad, la falta total de remordimientos por los crímenes cometidos y la asquerosa impunidad que permite a esas alimañas salirse siempre con la suya sin temor a ser castigados, le revuelve las entrañas. Pero el gesto de pesar sincero que se dibuja en el rostro de María, le conmueve. Sabe, porque ya ha vivido antes situaciones parecidas, que no es imparcial y debiera serlo. Sin embargo, hay algo en esa mujer que lo cautiva. Ni siquiera está seguro de si es el sexo o el hecho de que se esté sincerando con él de esa manera, lo que tiene claro es que le gusta y le gusta mucho.

En ese momento, apoyados los dos sobre los brazos en el borde de la piscina, le resulta imposible distanciarse de la compasión que siente al ver sus ojos envueltos en lágrimas. Lágrimas que ruedan sobre su cara en silencio, tal vez por parecer menos culpables, mientras lo mira fijamente esperando quizá un gesto de comprensión por su parte. Gael sale de la piscina de un salto y alarga sus brazos hacia ella.

—Ven conmigo, preciosa. Para un momento. Si todo esto te hace sentir mal, por favor no me lo cuentes. Tomemos otra copa.

María se agarra a los brazos de Gael para salir del agua y abrazarse a él.

—Estoy bien, no te preocupes. Hablar de mi vida de esta manera me está reconfortando. Tengo tantas cosas sobre mi conciencia que necesito compartirlas —dice mientras, completamente desnudos los dos, se refugia en su pecho y levanta la cabeza para mirarlo desde abajo y acariciarle la cara—. No puedo dejar de culparme porque supongo que estarás impactado por lo que te estoy contando, pero no temas, te he dicho antes que ya no soy esa mujer. Es cierto que lo fui y que era consciente en todo momento de lo que hacía, pero también lo es que un día me miré al espejo y me vi con rabo y cuernos, como decías tú. Ese día fue el que conocí a Ali, el que me enseñó su manera de ver el mundo que la rodeaba, el que lo cambió todo para siempre.

La brisa fresca que corre a esas horas de la noche rodea sus cuerpos y enfría las gotas de agua erizándoles la piel.

—Espera un momento, Gael. Nos podemos quedar helados aquí. Voy a buscar un par de albornos —dice María—. Subo a la habitación. No tardo nada. ¿Vas poniendo las copas?

Solo unos segundos después desaparece por la puerta del patio y él no pierde un momento para coger su móvil y redactar a toda prisa un correo electrónico: «¿Es absolutamente imprescindible que me deshaga de la chica? Porque está muy lejos de ser la misma persona que se me marcó como objetivo. Ya no parece ser un peligro para nadie. Te ruego que consultes la posibilidad de proporcionarle una salida que le permita continuar viva. En todo caso, si no me das otra alternativa, terminaré el encargo sin vacilar. Por lo demás, todo marcha según lo previsto. Espero tu contestación».

Para cuando aparece de nuevo María, él ya tiene listas las copas y la recibe con una sonrisa. —No has tardado nada. Me he secado un poco con la toalla, pero me vendrá bien el alborno. — Ella, que también parece haber secado su cuerpo, se aproxima a Gael arrojando una de las

prendas que trae sobre un sillón—. ¿Me dejarás que te lo ponga? —Su voz vuelve a insinuar que algo está a punto de pasar—. Déjame que te acabe de secar.

Ella aplica la tela esponjosa y perfumada sobre su pecho en pequeños golpes hechos de movimientos suaves. Continúa secando su vientre, aunque es evidente que ya no está mojado, y se sitúa justo detrás de él para ayudarle a meter los brazos por las mangas y acabar de ponerle la prenda.

—Así está mejor —dice—. ¿Vas entrando en calor? —María, aún a su espalda, levanta el albornoz y comienza a besar sus piernas, a morderlas suavemente y a acariciarle el trasero con las manos primero y con la lengua después. Él permanece de pie, inmóvil, disfrutando las atenciones de su amante que, desde donde está, comprueba que el albornoz ya no puede contener su miembro y traslada una de sus manos directamente sobre él para conseguirle una erección tremenda.

Allí, al borde de la piscina, sobre el suelo encharcado que los vuelve a dejar chorreando, comienzan a amarse una vez más. Con ganas uno de otro, con auténtico deseo. Cuando Gael la penetra, mirándola a los ojos, pone sus manos sobre el cuello de María apretando suavemente su garganta mientras piensa que va a ser realmente doloroso quitarle la vida. Ella, abrazándolo por la espalda, sintiéndolo en su interior, se pregunta por primera vez si habrá tomado la decisión correcta, porque ese hombre le parece tan especial que ya no sabe si debe matarlo o dejar que sea él quién acabe con ella de una vez por todas.

CAPÍTULO 19

parte 1

La International Security Academy de Skopje es un centro que se inspira y apoya en la institución homónima de Israel, que lleva décadas formando los mejores profesionales en lucha antiterrorista y contra el crimen. La mejora física y mental de las capacidades de los alumnos a través de la preparación y el entrenamiento intensivo en una atmósfera de exigencia total han convertido a la ISA en una referencia a nivel mundial.

Aníbal desembarcó en Skopje como los antiguos reclutas lo hacían en la mili: un poco perdido y a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos. Su estancia allí va más allá de los cursos de reciclaje o especialización que habitualmente se organizan en este tipo de centros, tanto por la duración como por las características formativas del programa al que se va a someter, y tiene por objetivo su total capacitación para desenvolverse con eficacia y garantía de éxito en el mundo de las contratistas de seguridad. Tras una fase de adaptación relativamente corta en la que tuvo que demostrar que sus pocos años no eran un obstáculo para estar a la altura del resto de los hombres, apenas una semana después de su incorporación a la escuela consiguió comenzar a sentirse cómodo con la operativa y la intensidad marcadas por el altísimo nivel de las clases teóricas y prácticas.

El segundo sábado en la ciudad, Aníbal, que ya había hecho algunos camaradas entre los alumnos de la ISA, salió por primera vez a conocer la vida nocturna de la capital de Macedonia. Lo cierto es que el grupo, formado por seis hombres de varias nacionalidades, era bastante heterogéneo en cuanto a edad y experiencia profesional previa. Tres de ellos, un ruso llamado Vlad, un alemán al que todos conocían por Klaus y Santi, un negro brasileño menudo y mal encarado, habían trabajado juntos en tareas de protección de barcos contra los piratas del Índico. Martens, un gigante belga de dos metros de altura y Stephan, un chico danés, procedente de buena familia, absolutamente loco por el *kendo* y las espadas *samuráis*, completaban junto con Aníbal el pelotón de hombres ávidos de diversión que recorría los bares de la zona más moderna de la ciudad. Martens, que durante dos años había sido asignado por su empresa a la protección personal del presidente de una de las mayores compañías exportadoras de acero del país, hacía de guía. Como demostró aquel sábado, el tipo conocía auténticos antros donde la diversión consistía, básicamente, en una sucesión de consumo de sexo, alcohol y drogas en cantidades que podían llevar fácilmente a cualquiera hasta el hartazgo. Desde luego Aníbal, que no era adicto a ninguna de las tres cosas, no se divirtió demasiado y tampoco Stephan, tal vez por ser los más jóvenes del grupo y los de hábitos más sanos con diferencia.

Al día siguiente, domingo, Stephan apareció en la puerta de la habitación de Aníbal con una propuesta diferente. Esa misma tarde se celebraba en Skopje la jornada inaugural de un encuentro internacional de Filipino Combat System (FCS), una especialidad, mezcla de diferentes Artes Marciales, en el que las armas blancas tienen un especial protagonismo. Así que, frente a la alternativa de otra tarde recorriendo bares, ambos decidieron acudir al Pabellón Boris Trajkovski para asistir a la presentación del programa que durante toda la semana ocuparía a los asistentes y, especialmente, para presenciar la exhibición de espada larga que daría por

inaugurado el evento.

Le sorprendió la cantidad de asistentes al acto, sobre todo teniendo en cuenta que, a pesar de considerarse un experto en varias disciplinas de combate, conocía muy vagamente las particularidades del FCS e ignoraba que pudiera generar tanta expectación. Personas provenientes de casi cualquier parte del globo se daban cita en el recinto recién inaugurado y se arremolinaban alrededor de los fundadores del sistema y de los principales maestros, charlando con ellos e interesándose por los detalles de la ceremonia inaugural y de los actos previstos para toda la semana. El inglés era con diferencia la lengua más escuchada en los corrillos que se formaban, sin embargo, la pequeña Babel en la que se había convertido el pabellón, permitía oír conversaciones en muchas otras lenguas, algunas de las cuales resultaban complicadas de distinguir incluso para Aníbal, que presumía de tener una capacidad excelente para los idiomas.

Stephan le había presentado a unos compatriotas suyos con los que ambos conversaban animadamente cuando, justo detrás del corrillo que formaban, Aníbal distinguió una voz de mujer que hablaba por teléfono en español.

—En realidad, las espadas son mi pasión. Bueno, tú ya lo sabes. No...No te preocupes. Ni siquiera sé si me quedaré toda la semana. Además, me vendrá bien despejarme un poco, distanciarme de la facultad y de la gente de siempre... Está bien, te lo prometo. Que sí, que no seas pesado. Bueno, te llamaré. Ten cuidado con lo que haces sin mí, eh...Adiós. Te quiero.

—¡Por Dios! ¡Qué alegría oír de nuevo español! —Aníbal se ha vuelto hacia ella con una sonrisa mientras habla. La chica que tiene delante debe tener más o menos su edad y es realmente guapa. Unos hermosos ojos verdes, enmarcados en una oscura melena corta, brillan sobre una nariz adornada con algunas pecas y lo miran con sorpresa. A pesar de vestir con el tipo de ropa deportiva amplia habitual en estas especialidades deportivas, su cuerpo, alto y bien proporcionado, le impresiona. De repente, es consciente de que se ha quedado sin palabras.

—¡Vaya, qué sorpresa! —responde ella devolviéndole la sonrisa—. Me habían dicho que era la única española que asistiría al encuentro, así que, o te has inscrito a última hora o no eres uno de los participantes. ¿Verdad?

—Pues no, no soy uno de los participantes —dice Aníbal que repara en la *katana* que lleva atravesada sobre la espalda—. Pero me gusta descubrir disciplinas nuevas. Ya conozco otras artes marciales y he sentido curiosidad por esta. Me ha traído un amigo que es un auténtico *friki* de todo lo que tenga filo. Como eso que llevas a la espalda. ¿Puedo verla?

—Claro, pero por favor no saques del todo la hoja. Soy un poco delicada con mis armas y no me gusta que las toque nadie. Pero, dime: ¿Qué se te ha perdido a ti en Macedonia?

—Estoy estudiando en una academia militar. —Aníbal no quiere dar más explicaciones—. Oye, muchas gracias por dejarme verla —aunque la espada que ella le acerca es realmente hermosa, apenas se atreve a rozarla con los dedos—, pero no quiero ponerte en un compromiso. Te entiendo. Yo también soy de esos a los que no les gusta prestar sus cosas.

La megafonía del recinto pide a los asistentes que despejen la zona de pista porque el acto inaugural va a comenzar y ella, dándose inmediatamente por aludida, vuelve a colgar su arma a la espalda y le dedica una hermosa sonrisa.

—Todo esto va a empezar ya. Soy integrante de uno de los equipos de exhibición. Espero que te guste. Ha sido un placer conocerte. Ya nos veremos.

—Oye —él, que ve cómo la chica se dispone a marcharse, la toca ligeramente en un brazo—,

estaba pensando que tal vez podríamos vernos cuando acabe el acto y, no sé, tomar un refresco y charlar un rato. Echo de menos el español. Bueno, quiero decir, si te apetece. —Se ha escuchado a sí mismo decir todo esto y no puede creer que se haya atrevido a hacerlo.

Con una media sonrisa que la hace aún más atractiva, ella lo mira a los ojos por un instante, que a él se le hace eterno, antes de contestar.

—Estupendo. Buena idea. Terminaremos sobre las ocho. Me cambio y tomamos algo. Te buscaré en las gradas.

—Genial. Estaré sentado por allí —dice señalando un punto a media altura entre los asientos del pabellón—. Por cierto, me llamo Aníbal Álvarez.

—Encantada de conocerte, Aníbal —contesta alejándose de él en dirección a la zona interna para deportistas pero sin dejar de mirarlo y sonreírle—. Yo soy Alicia Silas.

CAPÍTULO 19

parte 2

En la soledad de su despacho, Aníbal lleva un buen rato absorto en la contemplación de aquel rostro impreso en papel, el rostro de Alicia, que dirige sus recuerdos a su encuentro casual tan lejos de casa, a la belleza serena de aquella chica con alma de guerrero y cómo se vio envuelto en un mar de olas insalvables que le empujaban hacia ella. Tal vez fuera la manera en que lo miraba o, tal vez, su risa desinhibida y franca, o quizá la mezcla, que tan bien manejaba, entre sencillez y sabiduría. En cualquiera de los casos el resultado fue un deseo constante de permanecer a su lado, de que pasaran las horas de clase para volver a verla.

Aquel domingo, terminado ya el acto en cuestión, ella cumplió su palabra y apareció justo por detrás de donde Aníbal y Stephan se encontraban sentados. Ambos la felicitaron por la magnífica exhibición de manejo de la espada que acababa de protagonizar. Lo cierto es que Alicia era una consumada maestra en el anciano arte del *Kendo* y una auténtica experta en todo tipo de armas blancas. Historia, materiales, artesanos, fabricantes... Parecía saberlo todo en lo referente a ese tipo de armas. Stephan, con el buen criterio que caracteriza a las personas que saben cuándo sobran en un lugar, se despidió de ellos y quedó con Aníbal en verse a la mañana siguiente para asistir a la primera clase del día.

Alicia resultó ser una chica encantadora, con un punto de timidez, pero abierta, simpática y de risa fácil. Aníbal, de carácter más serio, la escuchaba embobado mientras ella le relataba los mil motivos por los que era una enamorada de las espadas, puñales, cuchillos y de las armas blancas en general.

Le contó que estaba pensando poner en marcha un blog dedicado al tema, tarea en la que Aníbal, más allá de animarla, se ofreció para colaborar. Alicia, que en principio lo había considerado como un mero espectador, descubrió con sorpresa cómo los conocimientos que demostraba sobre el tema eran muy superiores a la media, sin que él dejara entrever en ningún momento la formación recibida de Liberto en el manejo de ese tipo de armas y, menos aún, su condición de avezado informático.

Ella le contó que su asistencia al encuentro de FCS no era sino una pausa en su intensa vida de estudiante de derecho en Oxford, materia que el próximo curso complementaría con formación empresarial en la Universidad de Harvard. Estaba destinada a incorporarse al negocio familiar y completamente decidida a convertirse en la mejor profesional posible. En un momento de la conversación, Aníbal hizo una observación referente a la llamada que había servido para encontrarla. Alicia, riendo a carcajadas, le hizo saber que no se trataba de ningún novio sino de su hermano mayor, al que quería mucho más de lo que se puede querer a ningún novio pero que, siempre que viajaba, se preocupaba por ella hasta la pesadez. Aníbal se sintió aliviado al saber todo eso porque, a esas alturas de la tarde, Alicia lo atraía ya como un imán. Para el instante en que Aníbal la dejó en la puerta del hotel Villa Vodno, un lugar estupendo en plena naturaleza al pie del monte del mismo nombre, ya existía entre ellos una conexión que ambos podían percibir. Se despidieron, con un beso en la mejilla, solo hasta la tarde del día siguiente en que volverían a encontrarse.

La segunda de las citas vino a confirmar la afinidad entre los dos, hasta tal punto que pasaron

la noche sentados, uno junto al otro, en un claro del bosque que rodeaba el hotel de Alicia y desde el que podía observarse la ciudad decorada con un millón de luces, charlando, riendo y contemplando las estrellas. Sin embargo, todo acabó, como el primer día, con un beso en la mejilla y un sencillo hasta mañana. Quizá por ser demasiado jóvenes o, tal vez, por cualquier otra razón que Aníbal no supo nunca identificar, la relación que se forjaba en aquellos momentos estaba destinada a no ir más allá de la que puede existir entre dos buenos amigos. La semana pasó sin que ninguno de los dos terminara por dar un paso adelante y todas las miradas, las caricias en las manos entrelazadas y las noches en blanco bajo los árboles terminaron como empezaron. Así, sin más.

Aníbal fue consciente de su error prácticamente en el instante en que se percató de que no habría una próxima cita, de que no la volvería a ver salvo que fuera a buscarla expresamente. Sintió el verdadero peso de su inseguridad y entendió que ella nunca podría imaginarse la cantidad de veces que estuvo a punto de acercarse más y tocarla como le pedía el cuerpo que lo hiciera. Y acariciarla y besarla, sin importar lo que dijera. Alicia nunca sabría que hubo muchos de aquellos días en que la presión que sentía en su interior lo superaba, que habría necesitado decirle que estaba loco por ella y que quería tenerla a su lado como algo más que una simple compatriota en un país extranjero.

El primero en que ella no estuvo allí, con él, fue uno de esos días. De alguna manera, sentía cómo Alicia se le acababa de escapar entre los dedos, que jamás conseguiría acercarse a ella lo suficiente como para poder decirle lo que aquellas horas juntos y ella misma significaron para él. En cualquier caso, besar su mano, dejar que sus labios rozaran los dedos de ella, le permitió intuir lo maravilloso que hubiera sido tenerla, pero también ser consciente de que, separados por intereses y destinos diferentes, no era capaz de superar el abismo que existía entre los dos. Se declaró a sí mismo incapaz de leer los signos de su cara, de su cuerpo y de su manera de comportarse. Siempre ha pensado que debería haberse atrevido a superar sus dedos y besar sus brazos, sus hombros y su cuello, porque, aunque no estuviera seguro de los sentimientos de Alicia, sí que lo estaba de los suyos. Fue un cobarde hecho de la misma pasta con que se hacen los idiotas, porque solo ellos son capaces de soportar sin rechistar algo así. Y lo ha pagado durante muchos años.

Volver a verla, aunque sea en una simple fotografía, le hace lamentar haber sido tan inseguro, especialmente porque ya no lo es y porque siente la necesidad de decirle lo absolutamente especial que siempre ha sido para él, la increíblemente hermosa mujer que le parece hoy y que daría lo que fuera por volver a besar sus dedos.

En todo caso, piensa despertando de tiempos pasados, Alicia ya no es más un simple recuerdo de algo que pudo ser y no fue. Ahora es, junto al resto de su familia, un objetivo que se le ha marcado. Confuso, se pregunta de qué forma podrá superar lo que siempre ha sentido por ella, condenar al vacío la memoria de sus ojos verdes, de su cuerpo, de su risa, y convertirla sin más en el blanco de lo que mejor sabe hacer. Es consciente de que la estricta educación en el deber recibida desde muy niño, de Freddy primero y de Liberto después, los años de entrenamiento, el instinto profesional que ha desarrollado y su sentido del deber, terminarán por hacerle cumplir con lo encomendado de la manera más eficiente posible, pero también sabe que se va a enfrentar a la tarea más dolorosa que se le puede encargar a un hombre: Quitar la vida, porque así conviene, a quien se quiere por encima de cualquier cosa.

CAPÍTULO 19

parte 3

No ha resultado complicado encontrar el blog de Alicia. Aunque en varias ocasiones estuvo tentado de buscarlo y retomar el contacto con ella usando como excusa su interés en el mundo de las armas blancas, siempre evitó hacerlo. Aníbal, viviendo una realidad que lo mantiene ocupado al cien por cien, mantuvo vivo el recuerdo de sus sentimientos hacia Ali durante todos los años en que no supo nada de ella. Sin embargo, nunca se atrevió a dejarlos superar la barrera de esa realidad, a dejarlos aflorar por encima de sus obligaciones y de la gente que lo rodeaba. En el fondo, pensaba, lo más probable es que ella se hubiera olvidado por completo de aquellos días en Skopje o que, en caso contrario, los considerara agua pasada y, simplemente, decidió no retomar el contacto.

Pero ya no hay tiempo para elucubraciones sobre lo que pudiera o no pudiera haber sido. El *dossier* que se le ha proporcionado le presenta a una persona desconocida para él: cruel, incapaz de llegar a la empatía con facilidad y dispuesta a cualquier cosa para conseguir lo que se proponga. Sigue siendo la belleza que en su día conoció, incluso el paso del tiempo la ha hecho aún más bella, pero la psicopatía que reflejan los documentos no es una simple cuestión de literatura. Los actos que se le imputan en ellos están acompañados de abundante material gráfico, de fotografías y vídeos que no dejan lugar a dudas con respecto a quién es en realidad. Una depredadora sin escrúpulos que puede acabar con la vida de cualquiera sin el más mínimo parpadeo, con la suya propia también. Es el momento de ponerse a trabajar. Las instrucciones recibidas de Liberto son claras: acercarse a Alicia Silas, conseguir la mayor cantidad posible de información relativa a CyberAct, a K-Focus y a su hermano Caín y, una vez conseguida esta, eliminarla de forma que parezca un crimen casual o un accidente. Una consulta al servicio apropiado en la Darknet y, en poco menos de diez minutos, toda la información personal relativa a la chica está en su poder, incluidos su número de documento de identidad, seguridad social, dirección personal y profesional, información bancaria y números de teléfono. La cuestión es ahora trazar un plan de acción perfectamente enfocado a la consecución de sus objetivos y que deje completamente al margen los sentimientos que Alicia sigue despertando en él a pesar incluso de lo que ahora conoce.

Ha valorado todas las posibilidades y decidido que la mejor manera de llegar a ella, la más limpia y la menos sospechosa es, sin duda, a través del blog. Sin embargo, intuye que hacerlo directamente, con su nombre y en calidad de antiguo amigo, puede resultar más perjudicial que beneficioso. No quiere dar lugar a que pudiera hacerse preguntas del tipo: ¿por qué aparece este ahora? Pues, sin duda, Alicia no es la chica alegre y confiada que vive en su memoria sino alguien predispuesto a la caza y, por tanto, con los cinco sentidos atentos a lo que ocurre a su alrededor. No, no está dispuesto a correr ese riesgo. Sin embargo, tiene a su favor el conocimiento de su manera de pensar en determinados temas, de su pasión por las armas, de su amor por la familia, de su formación y de sus aspiraciones profesionales, datos que, en su conjunto, constituyen una excelente base de partida para crear un personaje con capacidad para acercarse realmente a ella, tal y como pretende.

Un primer análisis de los usuarios que interactúan en los foros del blog proporciona una

imagen del tipo de individuos que pululan por él. A pesar de que se trata de un sitio editado por una mujer, la gran mayoría de los usuarios son hombres cuyos *nicks* tienen, en muchos casos, reminiscencias de referencias fálicas —nada de extrañar en un sitio dedicado a potentes armas con aspecto de grandes penes metálicos—. Así, hay registrados alias tan ridículos como «torregorda», «empalador69» o «Rabocop», que dan la razón a sus conclusiones y le aconsejan estudiar un apodo para el foro que se salga de la tónica más o menos generalizada. Tras algunos descartes, se decide por «LocoX...» con el que pretende expresar su condición de apasionado fan, en este caso, de cuchillos, hachas y demás herramientas de metal. Para completar el proceso de registro necesita disponer de un correo electrónico que sirva para interactuar con los miembros de la comunidad. Por supuesto, una dirección totalmente limpia de un servicio de correo popular, que conduzca a una persona inexistente, obtenida desde una dirección IP falsa. Escoge Gmail y, mientras intenta componer el nombre de la cuenta de correo, su mirada fija en la pantalla se recrea en la imagen que tiene de Alicia. Casi no puede creer que sea una asesina, pero lo es. Sí, loco por una asesina. ¿Quién se lo iba a decir? ¡Ah, pues mira! el nombre de la cuenta de correo casi se escribe solo: `locox.ti.as@gmail.com`.

Una vez registrado, su estrategia pasa por comenzar a postear en los foros del sitio, en principio, respondiendo a las cuestiones que planteen otros usuarios y más tarde planteando las suyas propias. El objetivo es ganar notoriedad en la comunidad para acabar interactuando con la editora que participa activamente en diferentes hilos, muchos de ellos propuestos por la misma Alicia. Discutir con criterio con personas que son auténticos apasionados, da igual de lo que sea, no es tarea fácil. Sin embargo, escoge las discusiones más técnicas, las reservadas para los muy expertos, pues ganar reputación dentro del foro es algo primordial para sus intenciones. Así, la labor de documentación es muy importante y se convierte en un asiduo de publicaciones especializadas que tratan temas como la composición química de los diferentes aceros y aleaciones, maderas utilizadas para empuñaduras, sistemas de afilado, etc... En algo más de un par de semanas de actividad, comienza ya a ser citado por otros usuarios, plantea cuestiones que suscitan el interés de la comunidad y hace aportes gráficos de armas que, bien sea por su diseño, características o por haber pertenecido a algún personaje famoso, son muy apreciadas en el foro. Y, de repente, sin haber siquiera intentado avanzar en su aproximación a Ali, es ella quien responde a uno de los temas propuestos, que ha resultado ser muy atractivo para los usuarios, en torno a Miyamoto Musashi, un *samurái* japonés del siglo XVII creador de un sistema de combate conocido como la técnica de las dos espadas y de un tratado de artes marciales llamado «El libro de los cinco anillos».

Alicia pregunta por las fuentes que nutren la información sobre el guerrero, que parecen estar científicamente contrastadas en función de la multitud de datos que aporta Aníbal relativos al entorno feudal, a las circunstancias políticas de la zona en aquella época y a las batallas en las que participó Musashi. Para ella es especialmente llamativa la perfecta documentación de su participación, con tan solo dieciséis años, en la batalla de Sekigahara, que duró tres días y se cobró la vida de setenta mil guerreros, sobreviviendo incluso, como miembro del bando perdedor, a la caza y masacre posterior por parte de los vencedores. Tras esa derrota, Musashi se embarcó en un viaje de autoperfeccionamiento, vagabundeando de ciudad en ciudad, hasta que, a la edad de cincuenta años, consideró alcanzado su objetivo de comprender los principios del camino de la espada.

El caso del guerrero que necesitó treinta y cuatro años para encontrar su destino enfrentándose al hambre, el frío, la soledad y la muerte, atravesando todo tipo de situaciones adversas, genera una animada discusión en la que participan varios usuarios del foro y en la que terminan por quedar solos Aníbal y Alicia. La conversación había ido derivando desde lo estrictamente relacionado con la cuestión hacia asuntos casi filosóficos al principio e incluso personales más adelante, cuando Aníbal recibe un email de Alicia que continúa la conversación que mantienen, sacándola así del foro y, por tanto, del ámbito de lo público.

de: Ali <alisdec@gmail.com>
para: locox.ti.as@gmail.com
fecha: 11 de octubre de 2010, 02:01
asunto: Musashi

Hola, buenas noches.

Tengo que decirte que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto con un debate del foro. La verdad es que he revisado tus intervenciones y, sinceramente, creo que son brillantes. Sé que no llevas demasiado tiempo entre nosotros, pero quiero agradecerte que eleves el nivel de las discusiones que se mantienen en el blog.

Con respecto a Miyamoto Musashi, después de todo lo que hemos hablado sobre su vida y su obra, quiero comentar contigo un cierto paralelismo con mi propia vida que me inquieta. Me gustaría conocer qué piensas al respecto. Yo, como él, creo que jamás he sido dueña de mi destino, que me ha venido impuesto prácticamente desde que nací y que toda mi existencia es un peregrinar de vagabundo en busca de mi propia razón de ser. Aunque esto pueda sonarte un poco críptico, créeme, no lo es. Sencillamente no puedo darte detalles del porqué, pero hay aspectos de mi vida que no me gustan demasiado y sé que debería cambiar.

Te escribo desde mi correo personal, que, por supuesto, puedes usar cuando quieras. Por alguna razón, me siento cómoda hablando contigo. Aunque el trabajo y la remodelación del blog me mantienen muy ocupada ¿crees que sería posible que charláramos por teléfono? Te dejo mi número al pie. Llámame cuando tengas un hueco y charlamos. Si te parece bien, claro.

Gracias por todo. Saludos.

Ali (572 300 001)

Se lo ha puesto tan fácil que Aníbal casi no puede creerlo. Le acaba de dar su correo personal y su número de teléfono. Eso lo hace todo más sencillo, es cuestión de no dar pasos en falso y acercarse a ella con cautela, dejarla hablar y no aventurarse a dar respuestas rápidas al problema que la preocupa. Es curioso que —piensa—, hasta las personas de más éxito en la vida, incluso si son despiadadas y crueles como parece el caso, pueden, en un momento dado, necesitar sincerarse con alguien para aliviar el peso que llevan encima.

No han pasado ni tres horas desde que leyó el correo de Ali, cuando recibe otro sumamente escueto e inquietante:

de: Ali <alisdec@gmail.com>

para: locox.ti.as@gmail.com
fecha: 11 de octubre de 2010, 11:15
asunto: Urgente

Por favor, olvida lo de contactar conmigo por teléfono. Tampoco me escribas a este correo de momento. Hay circunstancias nuevas, que te explicaré en su momento, que lo hacen peligroso. Como administradora del foro, voy a eliminar los mensajes que hemos intercambiado entre nosotros e incluso estos correos. Tú deberías hacer lo mismo.

No te alarmes, es una inconveniencia pasajera. Volveré a contactar contigo. Te ruego que me perdones.

*Saludos.
Ali*

Aníbal no entiende nada y se queda con un palmo de narices ante el cambio brusco de las expectativas que tenía con respecto a Alicia. Lo cierto es que le preocupa la razón de ese cambio porque sabe que en el mundo en que ella se mueve hay situaciones y cosas que se pagan con la muerte o con algo peor. Aunque su tarea sea eliminar a la chica, se reconoce a sí mismo la preocupación, no sin que le resulte molesta, pues saberla en peligro e ignorar la naturaleza de este puede influir en los resultados de su misión.

—Aníbal, tío, ella es solo un objetivo. No debes preocuparte por lo que le pueda pasar a nivel personal y lo sabes —dice hablando en voz alta con el reflejo de su rostro en la pantalla del ordenador.

Han pasado cinco días y, aunque Ali sigue actualizando el blog y participando en sus foros, es cierto que cualquier rastro de las comunicaciones entre ambos ha desaparecido. La preocupación por lo que ha pasado lo consume. Necesita hacer algo al respecto y por fin se decide por arriesgarse a enviar un correo:

de: LocoX... <locox.ti.as@gmail.com>
para: alisdec@gmail.com
fecha: 16 de octubre de 2010, 10:44
asunto: ¿Estás bien?

Hola Ali.

Ante todo, te ruego que perdones mi atrevimiento al escribirte a pesar de tu deseo expreso de que no lo hiciera. No puedo soportar la incertidumbre de ignorar si estás bien. Por favor, dime que sí, que lo estás, y confía en mí para cualquier cosa que puedas necesitar. Te ayudaré sin importar a qué.

*Saludos.
LX*

Una vez redactado el texto del mensaje, con el puntero del ratón sobre el botón de enviar, lo

lee para comprobar lo escrito y cae en la cuenta de que, aunque le pese, la última de sus frases es rigurosamente cierta. Por más que intente distanciarse de ella es consciente de que haría cualquier cosa por protegerla aun sabiendo que su destino está sellado, porque si no fuera él el que acabara con su vida, lo haría otro y nada podrá cambiar eso. Pero a su debido tiempo, no ahora. Enviar.

La contestación no se hace esperar y en poco más de quince minutos recibe respuesta. Un mail corto en el que Alicia trata de tranquilizarlo y le dice que estaría dispuesta a hablar con él a condición de que borre los correos que se crucen. Solo volverán a contactar si previamente le da su palabra de que así será y él lo hace sin pensarlo dos veces: en otro correo que envía inmediatamente, le promete que no dejará rastro de cuanto ella pueda contarle. Después, la comunicación entre ambos vuelve a interrumpirse por otros dos días. El siguiente mensaje llega de madrugada, pero Aníbal está despierto y lo abre, impaciente, por ver si puede arrojar luz sobre la situación que lo mantiene tenso y preocupado.

de: Ali <alisdec@gmail.com>
para: locox.ti.as@gmail.com
fecha: 11 de octubre de 2010, 11:15
asunto: Recuerda: Leer y borrar

No sabes lo que siento ponerte en esta situación y cuánto te agradezco tu interés por mí. Estoy bien, pero realmente corro peligro y, aunque sea por cercanía, puedes correrlo tú también. Voy a contarte algo en la confianza de que sabrás entenderme. No espero que lo hagas completamente pero sí que comprendas los motivos de mi comportamiento.

Desde muy pequeña he sido educada de una manera muy especial y siempre me ha gustado el resultado. Cuando digo esto no me refiero a mi buena suerte por la formación de prestigio que he recibido sino a mi educación en determinados valores y forma de ver la vida. Fue mi padre quien hizo de mi hermano mayor el primer seguidor de una doctrina que busca ante todo el placer y el poder. Y fue él, mi hermano, el encargado de iniciarme a mí. No voy a mentir, como ya te he dicho, he disfrutado durante muchos años de la incomparable sensación de poder que supone vivir con tal intensidad. Jamás pensé en las consecuencias de nuestras acciones porque esa cuestión carecía de importancia. El simple hecho de poder hacer una cosa, por intrínsecamente mala que esta fuera, nos daba derecho a hacerla sin remordimiento alguno. En cuanto a la naturaleza de esas acciones, solo te diré que puedes imaginarte las cuestiones más sórdidas y aun así no llegarás a comprender la profundidad de la oscuridad en que he vivido.

Mi hermano lo es todo para mí, sin embargo, de repente y sin que tuviera el menor indicio previo de que algo así podría pasar, he descubierto en él toda la podredumbre de su alma condenada. Como si siempre hubiera estado ciega y hubiera recuperado la vista de buenas a primeras, sin saber por qué, ha bastado una tarde cualquiera, de las muchas tardes iguales que hemos compartido, para comprender que el simple hecho de poder hacer algo no te autoriza a hacerlo, que el dolor de otros no puede serme ajeno por más tiempo y que obtener placer de él es tan humillante para quien lo sufre como para los que lo hacemos sufrir. Tomar conciencia de esto es caer en la cuenta de que los principios en los que se ha basado mi vida entera son absolutamente abyectos y de que, a pesar de no haber vivido otra cosa y, por tanto, considerar

normales estas actitudes, todo el mal que he hecho jamás podrá ser redimido. Me niego a seguir por esa senda porque ya no es la mía, es más, me propongo hacer cuanto esté en mi mano porque mi hermano y otros que son como él, acaben pagando por lo que han hecho, aunque eso suponga recibir yo misma idéntico castigo. Sin duda lo merezco.

Te pedí que no contactaras conmigo porque esa mañana, él, que sabe cuál es mi nueva posición al respecto de su forma de vida porque he tenido el valor de decírselo a la cara, vino a verme a mi despacho con su habitual cara de chico bueno. Temo esa forma de mirar. La he visto tantas veces como preludio de cosas terribles que me aterroriza pensar en cuáles son sus verdaderas intenciones con respecto a mí. Me arrepiento de haberle hablado como le hablé en su momento porque no fue buena idea. Le he asegurado que, aunque ya no quiera seguir su juego, no tiene nada que temer de mí, a pesar de lo cual, me amenazó con descubrir lo que pretendo y tomar medidas contra cualquiera, incluida yo, que pueda resultar un peligro para él o sus socios. Lo conozco y sé que habla muy en serio. También sé que sus medios para conseguir descubrir los secretos mejor guardados de una persona son muchos y potentes. Es por eso que no he querido contactar contigo, debes estar seguro de que con este email puedo estar poniendo tu vida en serio riesgo. Por favor, recuerda destruirlo.

Conforme escribo estoy advirtiéndote que todo cuanto te cuento lo hago por primera vez a un extraño. Necesito que alguien más sepa lo que me está pasando y, aunque sé que no debería, quiero compartirlo contigo porque siento que puedo confiar en ti. Perdóname, sé que es muy injusto implicarte así en un asunto tan escabroso, pero, a pesar de mi posición profesional y personal siento que, llegada a este punto, cualquiera de las personas que me rodean puede terminar por traicionarme. Creo que tú sí serás capaz de comprenderme.

Gracias por todo.

Ali

Si Caín se ha vuelto contra ella, o ella contra él —para el caso es lo mismo—, la situación puede ponerse condenadamente fea para Ali. Del hermano mayor sabe que es la esencia de la impudicia, del más sórdido de los infiernos, capaz de someterla a cualquier procedimiento, por salvaje que sea, con tal de conocer si ha contado lo que sabe y a quién. Sí, efectivamente, el peligro es muy cierto. Aníbal ha reparado en el cuidado con que Alicia evita referir detalles de los crímenes que ha cometido durante años y decide que no quiere de ella una confesión. El arrepentimiento que muestra es suficiente para él, que alberga en lo más profundo de su ser la esperanza de que, de alguna manera, pueda salir con vida de este trance en el que pugnan por arrebatarla tanto su hermano como la misión que se le ha encomendado a él mismo. ¿Quién sabe? Tal vez haya alguna manera de salvarla.

En los días siguientes, el intercambio de correos entre ellos sirve para que Alicia vea en Aníbal la persona fiel y fiable que esperaba que fuera. Un hombre que no hace preguntas sobre su pasado, que no la hace sentir incómoda, ni indigna, todo lo contrario, su manera atenta de contribuir a calmarle el ánimo, su apoyo incondicional y su infinita capacidad para entender las cosas que la preocupan, lo han convertido en una persona imprescindible en su vida. A pesar de que le ha contado incluso más cosas de las que debiera y que de ellas sabe que puede trazarse un perfil bastante aproximado de su personalidad, Alicia no percibe en Aníbal el menor interés por

censurarla, mucho menos por delatarla, y eso la tranquiliza.

Le ha contado la sensación que invadió su cuerpecito de niña de ocho años la primera vez que segó una vida, la de un pollo, la intensidad del momento en que su pequeña mano seccionó el cuello del ave hasta cortarle la cabeza. Cómo el rojo de la sangre la fascinó, cómo su propio padre, que la había guiado en el sacrificio, la incitó a cortar en trozos el animal y cómo, sin saber lo que estaba haciendo, destrozó el pollo con mil cortes, al descubrir el placentero tacto de la carne abriéndose al paso del cuchillo. Fue tal su ímpetu en la tarea, que el pollo quedó inservible y su padre, regañándola entre risas, tuvo que sacrificar otro animal para añadir a la paella que cocinaban. Es consciente de que, así contada, la anécdota perfila la psicopatía en potencia de aquella niña, pero ha querido compartirla con él para observar su reacción porque tal vez, si ese hombre adorable que la consuela así lo quisiera, pueda llegar a confesarle al completo su historia, descargar el insoportable peso que lastra su conciencia y acabar pagando como debe por tanto dolor causado. Sí, lo haría. Se lo contaría todo y dejaría que fuera él quien decidiera el castigo adecuado a los pecados que ha cometido, incluso si por ellos debe perder la vida.

CAPÍTULO 20

parte 1

Amar a esa mujer es extenuante. Exige tanto como da, y es mucho. Al borde de la piscina han vuelto a amarse con furia, como si fuera la última vez antes de despedirse de este mundo. Gael, tumbado sobre uno de los sillones, contempla la infinita belleza del cielo nocturno inmerso en sus pensamientos, mientras María, sentada en el suelo, apoya la espalda contra el sillón y recuesta la cabeza sobre su hombro. No hay forma de saber lo que motiva el silencio entre los dos, desnudos por fuera y a punto de desnudarse también por dentro, si la necesidad de recuperar el aliento o la certeza de que la historia de María está llegando a su fin. Quizá sean ambas cosas.

—¿Sabes, cariño? —dice María mientras enciende un cigarrillo—, me has gustado desde que te vi. Desde aquel alegato torpe que defendiste ante el panoli que pretendía ligar conmigo en la discoteca. Pero no pienses ni por un momento, mi amor, que no sé por qué estás aquí y quién te envía. —Aunque él permanece en silencio, un leve estremecimiento de su cuerpo le dice que Gael está sorprendido por sus palabras, tal vez alertado también—. No, no te preocupes. Lo tengo asumido. Sé que de alguna manera toda esta locura tiene que tener un final, pero déjame explicarte cómo y por qué se precipitaron las cosas con mi marido. El final de mi historia, de mi verdad. Estoy segura de que hay en ella cosas que incluso tú desconoces.

—Estoy fascinado contigo, María. —Sin moverse, por unos segundos se ha hecho un vacío espeso e incómodo entre los dos. Ella continúa apoyada en él con total confianza mientras Gael habla con un tono en la voz tan diferente al habitual que se puede percibir claramente que algo ha cambiado—. Y con tu historia. Sinceramente, los detalles que me cuentas me asquean, pero también me conmueven, me asombran. Reconozco que estoy deslumbrado por tu entereza, por la confianza que has depositado en mí, por cómo me tocas y cómo me amas. Créeme si te digo que desearía que este instante no se acabara nunca, pero ambos sabemos, al parecer, que no hay manera de que esto pueda ser así —con la mano izquierda acaricia su pelo—. Estoy deseando saber cómo acaba todo. Por favor, quiero conocer tu verdad. Te prometo que la daré por cierta. Continúa, cariño.

—Te estaba contando que una caja en el interior del armario que hay en el sótano de Caín contenía gran cantidad de documentos de todo tipo en relación con Alicia, entre ellos cinco DVD, un *pendrive* y copias en papel, también algunos originales, de informes, formularios y expedientes relacionados con su trabajo en CyberAct que, francamente, no supe valorar en la medida en que su relevancia escapaba de mis posibilidades de entender lo que suponían. No tengo la menor idea de cómo Caín se hizo con todo esto ni cuándo lo hizo, pero creo que tuvo que ser mucho después del asesinato de Ali. Yo fui testigo de su búsqueda insistente de los culpables y creo que, de haber dispuesto de esta información, me hubiera enterado directamente por Caín, ya que esta documentación aclaraba bastante lo sucedido con su hermana y, sin duda, hubiera terminado por hacerme partícipe de su hallazgo. No, seguramente cuando encontró todo esto ya era irrelevante para él.

»En fin, los discos de que te hablo estaban numerados. Cogí el marcado con el número uno y lo introduje en el ordenador. Un listado de su contenido fue lo primero que me devolvió la pantalla. Treinta y seis vídeos nombrados con etiquetas que entendí correspondían a la fecha en

que fueron grabados seguidamente —cuando existían varias secuencias realizadas el mismo día— de un número de orden. Pulsé sobre el primero y comenzó a reproducirse.

»Alicia estaba en su despacho, sentada tras la mesa completamente limpia donde, dicen, le gustaba tanto trabajar. Su rostro, que yo había visto siempre sereno en las fotografías, parecía alterado por un rictus de gravedad que, a pesar de no haberla conocido en vida, me pareció poco propio de una chica a la que siempre me habían descrito como jovial y risueña. Por unos segundos permanece callada, mirando a la cámara, recostada en el sillón para después apoyar los brazos sobre la mesa y comenzar a hablar. Recuerdo aquellas palabras iniciales, una a una, como si las acabara de escuchar:

»Este es el primero de una serie de vídeos que quiero grabar a modo de diario personal a partir de hoy. He tomado la decisión de dejar aquí constancia de los acontecimientos que se están desarrollando a mi alrededor porque temo que me pueda pasar algo grave en cualquier momento. Voy a dejar claro desde ahora mismo que si eso ocurriera tengo la absoluta certeza de que, fuera lo que fuera lo que me ocurriera, incluso si pareciera accidental, el responsable último sería mi hermano Caín.

»Como puedes entender, aquella declaración me paralizó pues, desde que conocí a Caín y me habló de ella, supe que sentían auténtica devoción el uno por el otro. Mi mente comenzó a trabajar a la desesperada en la inútil tarea de intentar barruntar qué coño podía haber pasado entre ellos para que Ali hubiera tomado esa decisión. Tardé más de un minuto en volver a pulsar el *play*. Durante casi cinco minutos y medio, ella exponía las razones de sus temores. Como supuse que algún día necesitaría enseñar esto a alguien, he subido todos esos contenidos a un canal privado de YouTube. Si te cuento lo que vi, corro el riesgo de dejarme algo atrás. Espera un momento, quiero que lo veas con tus propios ojos —María coge el *smartphone* y accede a su canal de vídeo—. Observa lo que dice Ali en el primer corte, sin cambiar de gesto desde el principio hasta el final y con total frialdad:

«No quiero que esto sea solo una sucesión de apuntes de las cosas que me vayan ocurriendo. Creo que, en cierto modo, voy a convertir estas grabaciones en la historia de mi vida, a relatar lo más detalladamente posible las cosas que me han marcado, que me han convertido en la repugnante persona que soy y hasta qué punto he llegado a asumir el mal como motor de mis actos, como una manera de obtener placer y poder.

Quiero que sepas, seas quien seas el que está viendo este vídeo, que no siempre fui así, como soy hoy. Que fui una niña que se sintió querida por su familia y feliz. Recibí una educación de gran nivel y desde muy pequeña se me instruyó en disciplinas que fueron dando forma a mi cuerpo y a mi mente. Soy completamente bilingüe en inglés y francés y hablo correctamente alemán y ruso, además de español, por supuesto. Soy licenciada en derecho por Oxford y doctora en empresariales por Harvard, donde en un solo año finalicé estudios en dos Masters de especialización. Debo mi pasión por el conocimiento a esa educación, que imbuyó en mí la curiosidad por saber más sobre cualquier cosa, incluida la necesidad de profundizar en el mundo de las artes marciales y especialmente el Kendo, disciplina que comencé a practicar con seis años y que me ha convertido en una experta en el manejo de la espada. Soy consejera delegada de CyberAct, la empresa de mi familia o mejor, la empresa de mi hermano Caín Silas. Sí, esa soy yo. Al menos en la parte del iceberg que está a la vista de todos.

Quiero comenzar a mostrar las siete partes de mí que se esconden bajo el agua. Empezaré

por contarte que cuando tenía quince años, Caín, al que siempre admiré más que como a un hermano como a un hombre, recibió de mi padre el encargo de convertirme en fiel reflejo de su manera de ver la vida, a lo que yo, halagada y fantasiosa niña aún, me presté con verdadero afán. Placer, poder y por único principio, la familia. Eran las tres cosas que debían ser importantes para mí, sin ningún tipo de consideración moral que limitara las posibilidades de conseguir cuanto ordenara mi voluntad. Insensible al dolor ajeno, hedonista y libre de todo prejuicio en cualquier materia, incluida la sexual. Me convertí en amante de mi propio hermano primero y, más tarde, en compañera de sus correrías de todo tipo y, tengo que reconocer, que en instigadora de muchas barbaridades que iré relatando en grabaciones posteriores.

Pienso dejar constancia de cuantos episodios criminales he protagonizado, junto a mi hermano, e incluso sola. No se me ocurre otra manera de reparar el daño, en tanto no caiga sobre mi mayor justicia, que reconocer mi culpa a las familias de nuestras víctimas.

Solo espero tener tiempo de relatar todo lo que soy y lo que sé.»

La imagen de Alicia pulsa una tecla del ratón y la grabación finaliza sin más.

—¡Joder! Se la ve hecha añicos. Realmente mal. —Gael está al borde de las lágrimas y, al darse cuenta de ello, carraspea haciendo un esfuerzo por disimularlo y continúa hablando—. Pobre Ali. Tú eras su mujer, su amante, su cómplice ¿Vas a decirme que Caín no te comentó nunca nada al respecto de lo sucedido con su hermana, de que habían acabado separados y enfrentados?

—En ningún momento. De todas formas, era imposible que yo hiciera preguntas insidiosas ni siquiera sobre Alicia. Sentí algo especial por ella desde que la vi morir aquel día. Pero durante todos esos años, ya te lo he contado antes, solo vivía por y para Caín. No había nada ni nadie que me interesara lo más mínimo. Estaba completamente ciega, sorda y muda.

»La cuestión es, Gael, que ese que acabas de ver es el primero de una serie de vídeos contenidos en los cinco DVD de los que te hablé. En total hay ciento ochenta y tres como el primero, todos de una duración aproximada a los cinco minutos, grabados en su mayoría en el despacho, pero también los hay grabados en casa de Ali y algunos, quizá los más duros, en los mismos sitios en los que sucedieron los hechos que se narran. Ya te he contado las cosas que he compartido con Caín, pero lo que yo no sabía y descubrí en aquellos DVD era que, antes de que yo entrara en su vida, Caín la compartía con su hermana, que era su amante y su cómplice, su razón para vivir y, como me confesó el día que nos conocimos, la isla que estaba destinado a habitar.

»Reconozco que llegar a conocer esa relación incestuosa me puso enferma, pero no porque fuera algo repugnante en sí misma, sino por puros y terribles celos. Sin embargo, pronto los celos pasaron a un segundo plano, minimizados por el horror de las experiencias que narraba y porque daban respuesta a cosas por las que yo siempre había temido preguntar. Recuerdo especialmente un vídeo, rodado a un solo plano fijo, como todos, en el antiguo matadero de San Román, propiedad de la familia en aquel entonces, y ahora mía. En él, Ali aparecía en dos salas. Una con una enorme máquina picadora de carne que, según dice, es una pieza esencial en la desaparición de las pruebas de sus fechorías y en la alimentación de las jaurías de perros de caza que tanto le gustan a su hermano. Otra de las tomas está rodada en lo que parecía ser una sala de despiece o algo parecido. Un lugar en el que unas barras que cruzaban el techo mostraban multitud de

ganchos que colgaban de ellas. Todavía me estremezco al recordarlo y si tienes interés incluso podemos verlo. Todo está aquí —dice María señalando su teléfono mientras él niega con la cabeza—. Alicia cuenta que, cuando Caín, a la muerte de su padre, se hizo cargo del Xapar, encargó una investigación con respecto a todos y cada uno de los socios que lo componían y que, en aquel sitio, de uno en uno, a veces por parejas, se deshicieron de los que se consideraron peligrosos para la seguridad del club en una sucesión de fiestas privadas para las que solo ellos dos tenían invitación. Los detalles que da son escalofriantes, no porque me resulten extraños, he vivido cosas parecidas en primera persona, sino porque así contados, vistos desde fuera en una pantalla de televisión, son objetivamente el relato de las acciones de dos personajes carcomidos por la locura más auténtica. No puedo dejar de pensar lo probable que es que León Morlán, aquel tipo que me atacó en el Xapar el día de mi presentación a los socios, terminara colgado de uno de aquellos ganchos, agonizando durante horas mientras Caín se ensañaba con su cuerpo. Recuerdo un comentario que hizo, al respecto de la desaparición de León, que unía en la misma frase el nombre del tipo y el del matadero. En fin. Un horror, puro delirio. Lo entendí viendo las lágrimas de esa chica que, de alguna manera, intentaban transmitir su arrepentimiento por más que el entendimiento de sus palabras hiciera imposible compadecerse de ella.

»Perdóname si utilizo, carentes de todo sentido saliendo de mis labios, las palabras horror, locura, delirio... sé que no soy la persona indicada para hablar en esos términos de comportamientos que yo misma he compartido y practicado. Lo hago hoy, a sabiendas ya de que no existe otra manera de calificar nuestras acciones.

»El caso es que así, corte tras corte, Alicia deja al descubierto la verdadera personalidad de Caín y la suya propia, la que en ese momento ya abomina. Me parecieron especialmente significativos varios vídeos más. Te diré que hay tres de ellos donde se despacha a gusto con respecto a dos socios del Xapar. Un tal Robles y un tal Olivares, a los que imputa graves acusaciones que van más allá de ser dos de los más significados Rapax. Al parecer los angelitos, hoy ya ancianos, han dedicado su vida entera al tráfico de armas, de personas, de órganos... pero lo que a su juicio es intolerable es la sospecha, que cree fundada, de que tuvieron algo que ver con la muerte de su padre, Alberto Silas. Reconoce que no lo ha comentado con su hermano, pero está segura de que algo pasó entre ellos, socios en varios negocios, que hizo que decidieran acabar con su vida. Dice que no tiene pruebas pero que si logra vivir lo suficiente sabe que algún día la verdad saldrá a la luz y, cosa que me extrañó oír de su boca, los entregará a la justicia, aunque solo sea por ese crimen. Hubiera esperado una determinación más drástica, pero, al parecer, estaba firmemente decidida a no continuar por el camino que había seguido durante toda su vida. A estos mismos, los acusa de estar detrás de varias conspiraciones para perjudicar a CyberAct y manifiesta su creencia de que planean algo contra su hermano en relación con K-Focus, el *software* de espionaje. Estoy segura de que tanto ellos como su Fundación Árboles tampoco son desconocidos para ti —hace una pequeña pausa para comprobar la reacción de Gael pero, simplemente, este ni se inmuta.

»Espera, quiero que veas uno de los vídeos que es importante para saber lo que pasaba por su mente. —La imagen estática de YouTube muestra, bajo el botón de *play*, un fotograma en el que aparece Alicia con la mano apoyada sobre el brazo del sillón de la sala de tortura del sótano—. En un momento dado, continúa relatando muy gráficamente algunas de sus atrocidades. En este clip, entendí los motivos por los que había roto final y emocionalmente con Caín. Te pongo solo

la parte última.

«...Y en pleno éxtasis de maldad, mientras aquella niña que raptamos de la puerta de su casa, lloraba y gimoteaba sin cesar, lo que solo servía para excitarnos más, de repente, entendí una de las frases que murmuraba, comprendí el significado de sus palabras entrecortadas. Decía: “tengo un cachorrito nuevo”. Lo repetía sin cesar, como si fuera lo único que le preocupara en el mundo. Algo se rompió en mi mente enferma y me liberó de la ponzoña que la había mantenido así durante tanto tiempo. Aquella criatura, incluso en las aterradoras circunstancias en las que se encontraba, solo podía hablar de amor. No se molestaba en insultar, en amenazar con lo que nos harían sus padres, no se había rendido en silencio, actitudes todas ellas que ya me resultaban familiares por las tantas veces que las había visto. Sencillamente le preocupaba lo que fuera a ser de un animal. Joder, ni siquiera sé si era un perro, un gato o qué.

Aunque intenté que Caín la dejara marchar, su respuesta fue hacerme el amor en el suelo delante de la chiquilla y, una vez terminados, atravesarle el corazón con un cuchillo. Así, sin más. Ya no pude seguir queriéndole igual, sencillamente lo vi como el hijo de puta, loco y asesino que era y continúa siendo.»

María había olvidado comentar antes de reproducir la secuencia que Alicia aparece completamente desarbolada en ella. Visiblemente decaída pero firme en su actitud ante la cámara y, pese a tener un habla clara y sin signos emocionales aparentes, llorando abundantemente. Gael parece superado por la imagen y separándose un poco de María, vuelve la cara y dice:

—Por favor, no quiero ver más vídeos de Alicia. Me basta con lo que me cuentas tú.

—Te he dicho que había varios muy interesantes. No te los mostraré, si no quieres verlos. Al parecer, Caín había ido separándose de ella y apartándola de muchas de sus salidas, de sus viajes, exactamente igual que me estaba pasando a mí por aquel entonces. Por supuesto, la situación se agravó el día en que, según cuenta ella, fue a verlo a su despacho para decirle que la Ali que había conocido había muerto, que ya no participaría más de esa locura y que la única aspiración que tenía era continuar con su trabajo en la empresa y llevar una vida lo más normal posible. Pese a que tuvo especial cuidado de que sus palabras no resultaran amenazantes para su hermano, su reacción aparentemente conciliadora la hizo sospechar desde ese mismo momento lo que acabaría por ocurrir unos días más tarde cuando Caín fue a verla a su despacho, la amenazó con descubrir si tramaba algo contra él y le aseguró que, de ser así, estaba decidido a protegerse frente a ella y a cualquiera que pudiera estar ayudándola.

»Esa es otra. Al parecer, Ali había conocido a alguien en quien depositó toda su confianza, según dice, porque le había demostrado ser digno de ella y porque necesitaba apoyarse en una persona ajena a su vida, pues se había percatado de que todo su entorno, las personas que la rodeaban desde siempre, era tan poco de fiar como su propio hermano. En los primeros vídeos en los que hace mención a ese hombre, no termina de ponerle nombre, pero ya en el tercero o el cuarto —hay bastantes, no recuerdo exactamente cuántos—, acaba por decirlo. Se trata de un tal Paul Adrien. Un nombre muy particular, tal vez extranjero, no lo sé. Me pareció reseñable, por extraño, el hecho de que al parecer la relación que mantenían era exclusivamente a través del correo electrónico y que, en principio, ni siquiera sabían, el uno del otro, el aspecto físico que

tenían. Pero lo justifiqué porque Ali era una mujer muy especial y cualquier elemento podía tener cabida en su forma de hacer las cosas.

»La cuestión es que en los cortes en los que habla de Paul, su cara parece distinta, como si la luz hubiera vuelto a ella. Cuando habla de él sonrío y todo su lenguaje corporal destila entusiasmo. Creo que llegó a estar muy enamorada. Por fin había encontrado una persona que la hacía feliz, sin embargo, descubrí que había algo decididamente atípico en esa historia cuando Ali confiesa a la cámara que han tenido un primer encuentro en persona y hablando al objetivo comenta, como si se dirigiera solamente a él, que tendría que haberla besado hace muchos años y que, aunque probablemente ella hubiera sido incapaz de hacer algo distinto a bajar la cabeza porque nadie la había besado nunca de esa forma pura y sin maldad, hubiera aprendido a besar sus labios, a adaptar los suyos a su boca, y todo habría sido distinto. ¡Joder, Gael! ¡Se conocían desde hacía años! La intriga se apoderó de mí. Si eso era así, ¿por qué diablos habían retomado la relación como desconocidos? Estoy segura de que era Paul Adrien el interesado en hacerlo de ese modo porque de lo contrario Ali se hubiera referido a él por su nombre desde el principio en la intimidad de su relato, incluso lo hubiera hecho indicando que lo había vuelto a encontrar. No sé, todavía no acabo de entenderlo.

»Pero hay más. Junto a los DVD, había un *pendrive* que solo contiene una copia de seguridad de los correos que mantuvieron entre ellos, el último fechado el día de la muerte de Alicia. Ese mismo día también graba un último vídeo en el que hace mención del USB para contar dos cosas muy importantes. La primera era que creía estar cometiendo un error al conservar una copia de los *emails* pese a que, desde los primeros contactos que mantuvieron, había llegado al acuerdo con él de que todos los mensajes que se cruzaran debían ser eliminados en cuanto se leyeran. Ella lo había hecho, pero solo con unos cuantos porque la gran mayoría de los correos estaban almacenados en ese *pendrive*. Alicia temía que su hermano pudiera realizar una investigación que acabara por encontrar la relación que mantenían y, ante la certeza de que eso podría tener fatales consecuencias para ambos, había decidido que borrar cualquier mensaje que los relacionara sería lo más prudente, aunque al final, efectivamente, cometiera el error de conservarlos por puro romanticismo. Supongo que él no sería tan descuidado como ella, pero claro, no tengo forma de saberlo. ¿Tú qué opinas? —Como no obtiene respuesta, continúa hablando—. La segunda revelación es, a mi juicio, la más importante, porque en ella Alicia nombra por primera y única vez con su auténtico nombre al hombre que ama: lo llama Aníbal. Sospecho que tal vez ese tal Aníbal tuvo algo que ver con su asesinato porque Ali dice haber quedado con él esa misma tarde en un bar del centro. En todo caso, fuera él quien la mató o no lo fuera, te prometo que yo personalmente lo he buscado por todos sitios y no he encontrado ni rastro suyo. Simplemente se esfumó y con él la esperanza que albergué, desde que presencié el asesinato, de encontrarlo algún día.

María ha dejado el suelo para subir al sillón y tumbarse encima del cuerpo desnudo de Gael y abrazándose a él, continúa hablando.

—De todas formas, creo que Aníbal también estaba profundamente enamorado de ella. En esta carpeta de Drive puedes leer los correos que se enviaban —la pantalla del móvil muestra una etiqueta «USB Ali» que los contiene todos, perfectamente ordenados por fecha—. Hay algunos realmente preciosos. Déjame que te lea uno que él le envía como respuesta a otro que había recibido de Ali después de su encuentro y en el que le decía lo que ya te he contado antes, eso de

«tendrías que haberme besado hace muchos años...». El asunto del correo es «Tendrías» y a mi parecer no puede estar escrito por alguien que tiene por intención matarla. Confieso que Aníbal también me tiene desconcertada. No sé qué pensar, la verdad. Mira lo que dice:

«Últimamente he descubierto que solamente somos capaces de esbozar el guion de nuestras vidas y que nuestras historias personales se escriben realmente solas, apenas orientadas por lo que pretendemos que sean.

“Tendrías que” es una expresión que, en sí misma, implica error, obligación no satisfecha, fallo. Así: en absoluto y sin matices. Es, además, una expresión profundamente injusta que no contempla que la historia, efectivamente, se escribe sola por más que el guion tenga previsto un desarrollo distinto.

Como el punto azul pálido de Sagan, somos solo una parte de un todo mayor que se rige por leyes que nos está vetado comprender del todo y que en el fondo, sean cuales sean las circunstancias que nos han traído hasta aquí, determinan que hoy nuestro papel sea importante en la vida del otro.

He entendido que estoy en lo cierto con toda esta teoría cuando, simplemente, te he tenido de nuevo a mi lado y me he sorprendido a mí mismo descubriendo que, a pesar de los años transcurridos, todo en ti me es familiar. Estás delante de mí como la hermosa mujer en que te has convertido y es como si tu cuerpo, tu pelo, tus labios y hasta la forma que tienes de reír me hubieran acompañado desde siempre. Siento tan intensamente que tengo derecho a tocarte y a acariciarte que acabo por no creérmelo y, reprimiendo el impulso que me llevaría mucho más lejos, me conformo con rozarte apenas.

El tiempo y el espacio se pliegan cada vez que te miro para mostrarme que sigues siendo la persona tímida en lo personal que conocí y que aún no sabes, quizá porque nadie te lo ha hecho ver en toda su magnitud, que en realidad desprendes un brillo tan intenso que ya no tienes por qué serlo.

Preciosa, creo que tendremos que intentar poner remedio a lo que tendrías que haber sido y no fue. Aunque solo sea porque, tal vez, el guion de nuestras vidas, a pesar de estar ahora cargadas de obligaciones, sigue ofreciéndonos la oportunidad de escribir una historia que sea solo nuestra.»

—¿Tú crees que alguien que le habla así tiene intención de matarla? Lo siento, pero no me cabe en la cabeza a pesar de que podría haber sido la última persona en verla. En fin.

—Realmente, nadie puede saber lo que pasa por la cabeza de otra persona. Las apariencias pueden engañar, María. Deberías saberlo mejor que nadie. Está bien, me queda claro que Alicia estaba arrepentida de la vida que había llevado, pero, cuando comenzaste a hablarme de todo esto, dijiste que ibas a contarme cómo acabó lo tuyo con Caín. ¿Verdad?

—Sí, claro. Lo haré. Sigo, entonces. Pues bien, el descubrimiento de esa documentación de Alicia —María no hace referencia a la investigación que mucho tiempo antes había realizado con la ayuda de su expareja— me hizo empatizar con su proceso de desapego a todo cuanto significaba Caín. En cierto modo, las cosas que relataba en sus vídeos contaban también mi historia. El hecho de que todo comenzara a precipitarse en su relación con la manera en que él empezó a apartarla de su vida y que eso acabara con Alicia temiendo por poder perder la suya

propia a manos de su hermano, me hizo pensar que lo nuestro tendría por fuerza que recorrer un camino similar. Que yo no podía significar para Caín más de lo que lo hizo su hermana y que cualquier cosa que hubiera podido hacer con ella, podría hacerla mil veces conmigo.

»Querido Gael, si algo había aprendido a su lado era que toda precaución es poca. Y decidí tomar ventaja en el posible desarrollo de los acontecimientos y dar primero para no tener que dar dos veces.

CAPÍTULO 20

parte 2

Con cada email que ella le manda se difumina en su mente la verdadera razón por la que ha vuelto a encontrarla. Aníbal, que sigue trabajando desde su pequeña casa en el campo, realiza desplazamientos frecuentes hasta la ciudad porque su misión los requiere. CyberAct y K-Focus son igualmente parte de su trabajo y obtener de Alicia cuanto pueda en relación a las dos cosas, un objetivo primordial. Dentro de la organización de Caín Silas hay personas que le facilitan la tarea y a las que resulta sencillo dirigir para acceder a la información que la chica guarda en su despacho, en su casa y en sus ordenadores.

En realidad, aunque es consciente de la necesidad de no dejar nada al azar, no entiende qué esperan sacar de ella y que los Árboles no sepan ya, pues le consta que hace tiempo que se monitoriza la actividad en los servidores de la empresa. Juan Campos, director general del proyecto K-Focus y hombre de absoluta confianza del presidente, continúa ascendiendo peldaños en el organigrama de CyberAct y su nombre suena insistentemente como nuevo vicepresidente de la compañía. También suena su nombre en la Fundación porque es él mismo quien, desde hace mucho tiempo, trabaja para los Árboles recopilando datos e información de la actividad de la empresa, del proyecto que dirige y de los hermanos Silas. Aníbal sabe que no es esa, la parte de inteligencia, la clave de su encargo ni lo que se espera realmente como resultado final de su trabajo. Él es el verdugo, el asesino especializado que debe allanar el camino de aquellos viejos miserables, delincuentes y depravados, hacia el control de CyberAct y la venganza personal.

Una semana después de la reunión que mantuvieron en el edificio de la Fundación Árboles con sus patronos, Liberto recibió una solicitud de encuentro con la dirección de seguridad de CyberAct, empresa que ya era cliente suyo desde hacía varios años y donde se encargaban únicamente del control de accesos. El motivo final de la reunión resultó ser la intención de la compañía de implementar una estrategia de seguridad integral para la firma que abarcara todas sus necesidades al respecto, incluida la seguridad informática. Lo cierto es que RedLiber nunca lo había tenido tan fácil: en un mes su proyecto y presupuesto fueron aceptados sin trabas de ninguna clase y Liberto y su empresa asumieron el control de todo lo relacionado con la seguridad de la empresa de Caín. Este, como cabía esperar de un personaje de su calaña, no tardó demasiado en tantear las posibilidades que Liberto, hasta entonces un proveedor más al que ni siquiera conocía personalmente, podía ofrecer para la realización de trabajos que requerían una observación nada escrupulosa de los límites de lo legal, cuando no abiertamente ilegales, que, por supuesto, fueron asumiéndose con resultados plenamente satisfactorios. Así, en los siguientes cuatro meses de actividad, la empresa de seguridad —o mejor dicho, Liberto directamente—, facilitó informes y reportajes gráficos de varios personajes de la vida política relacionados con la defensa. Especialmente importante fue el *dossier* de las relaciones homosexuales del mismísimo ministro al margen de su matrimonio con una destacada líder de su partido, cuya utilidad para CyberAct y los propósitos de Caín no era necesario cuestionarse, menos aún dadas las felicitaciones y el nivel de agradecimiento —cifrado en treinta mil euros que Liberto ignoraba que estuvieran en juego— con que el presidente de la compañía recibió el *dossier* que el dueño de RedLiber le entregó personalmente. Desde ese día, los propietarios de

ambas empresas, seguridad e informática, ahondaron en una relación personal que se fue afianzando conforme los encargos extraoficiales se hacían más numerosos y resueltos con rapidez y eficacia. Así, de las labores de información, Caín pasó a solicitar un servicio que suponía un paso más allá de cuanto podría esperarse de Liberto, cuando una tarde en su despacho le encargó un trabajo especial: debería secuestrar a un simple empresario de la ciudad vecina, atarlo, amordazarlo y abandonarlo así en el sótano de un local propiedad de Caín muy cercano a CyberAct, no sin antes administrarle un potente sedante que lo dejaría completamente indefenso, incluso si no tuviera limitadas las posibilidades de movimiento. Eso era todo. No hizo preguntas, se limitó a recoger el *dossier* sobre el tipo en cuestión de las manos del mismísimo Caín y dos días después hizo la llamada que confirmaba que el paquete se había entregado sin contratiempo en el lugar indicado. Desde ese momento, Caín no dio un solo paso en determinados asuntos sin contar con la aprobación, dirección o supervisión de Liberto, que se había convertido en un hombre de su máxima confianza.

Así las cosas, con la organización de los Silas roída por los topes, el trabajo de Aníbal es, efectivamente, fácil de llevar a cabo en lo tocante a registrar el despacho de Alicia para fotografiar cualquier documento que pudiera tener el más mínimo interés, incluidos los de la caja de seguridad de la que tiene combinación y copia de la llave. Él mismo, incorporado temporalmente al equipo de control de seguridad del edificio unas semanas antes, aprovechó para hacer el trabajo durante tres de las noches en que realizaba rondas nocturnas por las dependencias de CyberAct. Con total impunidad, desconectó las cámaras de la planta noble, saqueó el despacho e instaló en el ordenador portátil de Alicia un troyano que le permitiría crear una copia exacta de su contenido que, además, se actualizaría en tiempo real conforme la chica fuera trabajando en él. Pan comido. Lo cierto es que la información obtenida por estos métodos resultó ser abundante y jugosa, especialmente en cuanto a la documentación interna de la empresa que valoraba las relaciones con las autoridades e instituciones chinas, los informes de la competencia de K-Focus y las previsiones de crecimiento, nuevos proyectos y estrategias de mercado de CyberAct. Redactó el pertinente informe y lo envió a Liberto, añadiendo que cualquier novedad de relevancia que pudiera descubrirse desde ese momento se enviaría igualmente como anexo y se olvidó relativamente del asunto para centrarse definitivamente en la parte del encargo referente a Alicia.

A esas alturas, la idea de eliminarla se le hacía ya absolutamente insoportable. A pesar de saberlo todo de ella no podía evitar amarla profundamente. Su relación, basada al principio en el intercambio de escritos, había avanzado enormemente desde el momento en que decidieron comunicarse a través del teléfono. Para hacerlo de manera segura, ambos se hicieron con tarjetas prepago a nombre de un tercero que, en teoría, resultarían más difíciles de controlar, aunque solo fuera porque nadie excepto ellos conociera su existencia. Pasaban el día prácticamente unidos por un flujo invisible de voz y datos que los mantenía en contacto casi a cualquier hora. Resultaba tan fácil hablar con ella, disfrutar de su conversación inteligente y ocurrente a la vez, reírse de las mismas cosas, que llegó un momento en que Paul sintió que la deseaba más que nunca, que necesitaba verla, tenerla entre sus brazos y confesar de una vez por todas que era el Aníbal que conoció en Skopje, que nunca había dejado de pensar en ella y que no tenía forma de quitársela de la cabeza. Los miedos que Ali manifestaba, su sincero arrepentimiento por la vida que había llevado y la dulzura con que le hablaba, se sumaban al deseo irrefrenable de mirarse en

aquellos ojos verdes para crear un muro infranqueable entre ella y la misión que se le había encomendado. Se decidió por fin a verla, a quedar con ella para comer en un sitio discreto donde su seguridad no se viera comprometida, pues por nada del mundo estaban dispuestos a correr el riesgo de que su relación llegara a conocimiento ni de Caín ni de nadie. Alicia se lo había propuesto un par de veces, pero él, cuyos planes incluían permanecer en el anonimato de su falsa identidad virtual, había evitado el encuentro aduciendo siempre compromisos de trabajo. Ahora, sin embargo, era él quien sentía la necesidad urgente de verla y, no pudiendo esperar más, le propuso un pequeño restaurante especializado en carnes como lugar ideal para verse por primera vez. Ali aceptó de inmediato.

Es el viernes, 22 de abril de 2011. Aníbal se dirige al lugar de la cita, está a menos de dos minutos, cuando recibe una llamada de Alicia que le indica que acaba de aparcar frente al restaurante y que lo espera junto a su coche. Ya puede verla. Sin detenerse, pasa conduciendo por su lado y el tiempo se ralentiza cuando la ve. Le impresiona su presencia, su camisa ajustada, sus vaqueros y su melena, tan hermosa como la recordaba desde siempre. Aparca en una calle cercana y se dirige a su encuentro. Está de espaldas. Se acerca a ella, que tarda unos segundos en advertir que llega. La contempla mientras avanza con la ilusión del náufrago que avista tierra. De repente, como intuyendo su presencia, Alicia se gira y lo mira directamente a los ojos con una sonrisa que disipa las dudas de Aníbal, que, hasta ese mismo instante, no tenía demasiado claro cómo reaccionaría al saber que Paul Adrien, la persona con la que lleva hablando tanto tiempo, es él mismo.

—No puedo creer que seas tú. ¿Paul? ¡Jajaja! ¡Por favor, qué tonto! ¿Sabes que te voy a dar una paliza por ser tan capullo, no?

No sabe si abrazarla, darle la mano o besarla directamente. Está tan nervioso que opta por una especie de pseudo abrazo que le hunde en su perfume y le termina de convencer de que es verdad, la tiene delante. Aun así, sigue sin saber cómo comportarse a su lado. Duda si agarrarla del brazo, de la cintura o simplemente caminar junto a ella. En los cien metros que hay desde el coche a la mesa del restaurante se da cuenta de que ni los años ni su expediente han cambiado lo que siente por ella y de lo que es peor, que sigue comportándose igual que el muchacho inseguro que no supo retenerla. Se dice a sí mismo que tiene que cambiar eso. En su mente no hay ni la más mínima sombra que haga referencia a la misión. Solo está ella y no quiere dejar sitio para nada más.

La comida se convierte en el mejor momento para dar explicaciones. La verdad es que Aníbal no ha preparado ninguna excusa porque todas las que se le han ocurrido no alcanzan el nivel suficiente como para justificar su comportamiento. Recurre a lo más simple porque la experiencia le dice que, generalmente, es lo más plausible en la mayoría de las ocasiones. No se ha dado a conocer hasta ahora, dice, porque al principio tuvo miedo de que los años transcurridos hubieran hecho que le olvidara completamente y no se decidió a irrumpir de nuevo en su vida ante el temor de ser una molestia más que otra cosa. Más tarde, aunque pensó en identificarse, no encontró el momento adecuado víctima de la indecisión que siempre le ha caracterizado y entonces ocurrió lo de Caín, que vino a agravar las circunstancias de la relación que mantenían. No se le ha ocurrido mejor explicación y ella, tal vez porque cree lo que le cuenta o tal vez porque, sin creerlo, en realidad no la necesita, da por buena la excusa y la comida acaba siendo

un reencuentro fantástico con el pasado.

Ha sido una tarde increíble. Como no quiere que acabe, Aníbal busca en su cabeza un sitio tranquilo donde poder tomar una copa y seguir disfrutando de Ali. Le da miedo que acabe por decir «me tengo que ir ya», pero le acepta la copa y piensa en un pub al que hacía siglos que no iba.

Sentada junto a él, le cuenta cosas que no sería capaz de recordar porque no puede dejar de mirarla embobado y de pensar en lo mucho que la desea y en lo mal que está, dada las circunstancias, mirarla así. Mientras le habla se recrea en el movimiento de sus labios, en los gestos de su rostro y de sus manos, increíblemente familiares, que lo transportan a otros tiempos, a sus charlas en el claro del bosque. Como entonces, la tiene al alcance de la mano y a un millón de millas a la vez. Se había propuesto cambiar eso y va a hacerlo. Le dice que hay una cosa que siempre tuvo ganas de hacer, que quiere besarla y ella acepta. El roce con sus labios lo funde por completo y hace que le recorra el cuerpo una sensación que solo podría describir como paz profunda, un raro escalofrío que lo reconforta y que da sentido en sí mismo a todos los años que ha perdido lejos de ella.

Por momentos tiene miedo de haberlo estropeado todo. Su cara refleja desconcierto o algo parecido, pero lo tranquiliza su lenguaje corporal que dice que todo está bien, que no pasa nada. Podría estar besándola allí mismo toda la eternidad, pero sabe que se tienen que ir. La ve caminar delante de él y todo su ser grita que la abrace y no la deje escapar. Quiere diluirse en ella y desaparecer para el mundo, juntos, pero es demasiado responsable, puede que hasta cobarde, para hacer eso.

Cuando al fin se marcha de su lado y lo deja solo, Aníbal conduce un rato por la ciudad sin ir a ningún sitio. Se da cuenta de que acaba de volver a enamorarse de alguien de quien ya estaba enamorado y de que se puede echar de menos aquello que nunca se ha tenido a condición de que lo sientas tuyo. Sí, no sabe si con razón o sin ella, pero la siente suya. Solo suya. Y no permitirá por nada del mundo que le pase nada malo, porque lo que siente por ella no tiene precio. Porque no existe forma de tasar lo invaluable.

A la mañana siguiente, Aníbal llama a Liberto cuando faltan apenas unos minutos para las siete de la mañana. Ha pasado la noche despierto, calculando las posibilidades que tiene Ali de librarse de la sentencia de muerte que, sin saberlo ella, él mismo hace pender sobre su cabeza. Su mentor coge la llamada al segundo tono.

—Liberto, tenemos que hablar. ¿Estás operativo ya? Tal vez prefieras que te llame más tarde—dice al darse cuenta de que su voz suena alterada, con un tono que denota que quiere hablar de algo personal, cosa que sabe no puede permitirse. No con Liberto y tratándose de un asunto profesional.

—Buenos días, chaval. Llevo en marcha desde la seis de la mañana. Joder, tú sabes que siempre me ha gustado madrugar. A ver, ¿qué te pasa? No me gustan un pelo esas prisas que hay en tu voz. —No ha colado. El viejo zorro las coge al vuelo—. ¿Es que hay algún problema grave o qué? ¿Cómo vas con el asunto de la Silas?

—Precisamente quiero hablarte de eso, Liberto. Creo que nos estamos equivocando con este encargo. Alicia no merece la muerte por más que sea lo que quieren para ella dos hijos de puta traficantes de armas. Créeme, he llegado a conocerla muy bien durante este tiempo y todo lo que hay en su *dossier* es agua pasada para ella. Además...

—Para, para, chico. No sigas por ahí. Tenemos un encargo que es mucho más que un encargo. ¡Coño, y además lo sabes, joder! ¿De qué cojones me estás hablando ahora? —grita por el teléfono como si quisiera que Aníbal le oyera sin necesidad de usarlo.

—Escúchame, por favor —responde haciendo un esfuerzo por reconducir el tono de la conversación—. No estoy dispuesto a eliminarla y no me digas que si no lo hago yo lo hará otro. Joder, tío. La conozco desde que estuve en Macedonia, Liberto. Ya allí estaba enamorado de ella y ahora me cae el marrón del puto encargo de los Árboles. Pero no puedo hacerlo, simplemente no puedo. Es más, me he vuelto a enamorar de Alicia. ¡Joder!

—¿Sabes una cosa chico? —Parece totalmente calmado ahora—. En muchos de los sitios donde combatí con tu padre, el problema con un tío que actuara como lo has hecho tú se resolvería inmediatamente descerrajándole un tiro en la nuca. ¿Cómo es posible que no me dijeras eso en el mismo momento que supiste de quién se trataba, gilipollas? Sabes que tu obligación era apartarte de la misión y que se hubiera encargado otro, entonces, ¿cómo te atreves a poner en peligro el trabajo de todos los que estamos contigo en esto? ¿No sabes que nos puede costar muy caro fallarle a los Árboles?

—Pienso llevármela, Liberto. Desapareceremos los dos y nunca más se sabrá de nosotros. Solo te estoy llamando porque creo que te lo debo y porque quiero que me garantices que no me buscarás ni dejarás que lo hagan otros. Es lo único que necesito de ti. No quiero dinero ni me preocupa mi madre, sé que cuidarás de ella. Necesito tu ayuda.

—Aníbal, no necesitas mi ayuda. Necesitas un milagro. Chico, hay cosas que no sabes que hacen imposible que tu amiga se salve o, al menos, tiene toda la pinta de que la cosa va por ahí. Ayer mismo, a primerísima hora, tuve una reunión con Caín Silas. El muy cabrón me ha encargado el seguimiento continuo de su hermana y me exige que le pase un informe diario de todas sus actividades, de qué es lo que hace, con quién habla, con quién se ve... Quiere saberlo todo porque, y te juro que no pongo ni una coma a sus palabras, sabe que Alicia tiene intención de hacer algo contra él y, aunque tenga que joderla viva antes de matarla, piensa averiguarlo antes de darle tiempo para perjudicarlo. Me ha encargado el trabajo, pero me ha puesto uno de sus gorilas, el que le hace de chofer, para que se encargue de vigilarla. Es un mal bicho ese tío, no descarto incluso que acabe por hacer algo a la chica si descubre materia suficiente, estoy seguro de que disfrutaría machacándola solo por el placer de hacerlo. Así que, chaval, tú me dirás qué hacemos. Da igual tus planes, Caín los descubrirá de un modo u otro, os seguirá al fin del mundo y acabará con vosotros.

—¡Qué hijo de puta! Voy a quitarlo de en medio ya. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—No puedes hacerlo, Aníbal. Hay demasiados intereses en juego, mucho poder por ganar y mucho, mucho dinero. Si lo eliminas antes de tiempo, serían los Árboles los que irían contra todos nosotros y no estoy seguro de si preferiría sus métodos a los de Caín. Una cosa es segura, si decides continuar adelante con lo que piensas hacer, estamos jodidos de todas, todas. Déjame que te de un consejo de perro viejo, chaval. Piénsate las cosas dos veces. Sé que el amor es un bicho peligroso que te muerde y hace que no puedas ver con claridad, pero razona las cosas. No hay nada que puedas hacer por ella, yo tampoco puedo. Disfrútala intensamente o distánciate de ella inmediatamente, lo que prefieras, porque en un momento dado alguien dará la orden y no podremos hacer nada.

—No me ayudas, Liberto. No me ayudas. Tengo que encontrar una salida. ¿Hay alguna

previsión de fecha para eliminarla?, ¿te han dicho algo al respecto?

—Por parte de los Árboles creo que la cosa va para un mes, más o menos. No me han dicho nada concreto excepto que me avisarán con tiempo suficiente, así que lo que te digo es solo un cálculo mío, pero creo que no voy desencaminado. Caín es imprevisible. Lo mismo la liquida mañana, que no lo hace nunca. Yo qué sé.

—Está bien, está bien. Puede que todavía haya algo de tiempo, entonces. Avísame si llega la orden. Te mantendré informado si encuentro una alternativa a toda esta puta locura. No voy a hacer nada insensato, por lo menos sin que lo sepas tú. Gracias Liberto.

—Pues claro que te avisaré. Eres el responsable de la misión. No la cagues, chico. No la cagues. Llámame para contarme.

Ahora sí que está jodido. Todo conspira en contra de la vida de Alicia y no parece que él pueda hacer gran cosa para evitar que se produzca el desenlace previsto desde hace tanto tiempo. Envuelto en la neblina de la impotencia, Aníbal empieza a valorar los actores de este drama. Los Árboles, Caín, RedLiber, él mismo y, como objetivo de todos, Alicia. Es un puzle de complicados intereses que requiere el tiempo que no tiene para ser resuelto, si es que finalmente existe una solución.

CAPÍTULO 20

parte 3

Mientras María continúa relatando el final de su historia con Caín, el móvil de Gael, silenciado, parpadea insistentemente con una lucecita blanca que le avisa de que hay un mensaje nuevo. Con total tranquilidad y sin ocultarse, pues cree que ya no hay motivo para ello, consulta la pantalla. Ha recibido un escueto correo electrónico que responde al que ha enviado hace un rato: «¡No me jodas otra vez! Termina la misión y sal de ahí. ¡Ya!».

—¿Un correo, cariño? Será importante para que alguien te escriba a estas horas —dice ella con ironía.

—No. Nada importante. Publicidad. Esa gente no sabe de horas. Pero, no te pares, por favor. Sigue contándome.

—Sí. Te estaba diciendo que ante la certeza de que la nueva actitud que mi marido mostraba hacia mí y hacia nuestra relación, no era nada nuevo en su manera de proceder con sus parejas, porque Ali podía entrar también de lleno en esa definición, decidí tomar la iniciativa en previsión de que estuviera planeando dejarme en la estacada o, quién sabe, tal vez algo peor.

»Pensé que, en principio, no había ningún motivo urgente para temer por mi vida porque, al fin y al cabo, Caín seguía tratándome como a su esposa, si bien es cierto que con el paso del tiempo había ido poniendo distancia entre los dos. Me atreví incluso a plantearle abiertamente la situación y quise saber si tenía algún problema conmigo. Sonrió y se acercó a mí. Nunca había sido consciente de ello, pero, tras ver los vídeos de Ali, identifiqué claramente lo que quería decir en cuanto a esa manera suya de sonreír. Me asusté Gael y creo que se dio cuenta porque me abrazó y me dio un beso en el cuello.

»—Cariño, tienes que perdonarme. K-Focus ocupa el cien por cien de mi mente ahora. Sé que te estoy descuidando un poco pero tienes que entender que, en este momento, es esencial para el futuro de la empresa que todo salga bien con los chinos. Te prometo que te compensaré. Muy pronto habrá terminado este agobio y nos iremos, solos tú y yo, a cualquier parte del mundo a la que quieras ir. Lo entiendes, ¿verdad?

»También su voz me pareció amenazante. Me percaté de que ya todo en su forma de ser conmigo, me parecía sospechoso. Intenté calmar la paranoia que empezaba a instalarse en mi cabeza, pero la situación fue claramente a peor. Un par de semanas más tarde, volví a encontrarme sola. Había tenido que marcharse a Berlín para una reunión con un proveedor de *hardware* y estaría fuera cuatro días. La segunda noche después de su partida hice lo que jamás había hecho sin él: me puse un vestido bonito y me fui a cenar al Xapar. Nunca me había atrevido a hacerlo sin Caín porque creo que, en el fondo, jamás me había sentido del todo segura entre tanta alimaña. Pero esa noche decidí que, al fin y al cabo, yo también era la dueña del local en cierto modo y que no había ninguna razón para no disfrutar de una buena cena en la terraza, tal vez acompañada por alguno de los socios con los que mejor relación tenía, si es que alguno de ellos se encontraba por allí.

»Llegué sobre las diez y media. Ya en la entrada, me pareció ver un gesto de sorpresa en la cara de Carlos, el portero, que atribuí al hecho de lo raro de mi visita al local sin que Caín me acompañara. Me divertí que mi presencia en solitario fuera motivo de sorpresa. No había

demasiada gente en el club, un par de mesas en el patio estaban ocupadas por hombres que en su mayoría no eran de mi devoción, aunque, muy educados todos, se levantaron a mi paso para darme las buenas noches. Más extraño me pareció que César, el *maître* de servicio esa noche en el Xapar, saliera a mi encuentro casi a la carrera e intentara acomodarme en el piso superior con unas prisas que me hicieron casi sentir mal. Pregunté por la concurrencia, pero, según me informaron, ninguna de las personas en que yo había pensado para compartir mesa había aparecido esa noche por el local. Así que me dispuse a cenar sola, contemplando las luces del río y las zonas aledañas.

»Incluso la forma en que se sirvió mi mesa me pareció precipitada y, de pronto, sospeché que por alguna razón que se me escapaba, los empleados estaban intentando que terminara mi cena a toda prisa con la esperanza de que abandonara el local en el menor tiempo posible. A mitad del segundo plato, esa idea tenía ya tanta fuerza en mi mente que me levanté del asiento y dejé mi servilleta sobre él. Cuando el camarero vio que me dirigía a la escalera, vino hacia mí casi corriendo y me aseguró que no tenía por qué dejar la cena a la mitad ya que él y todos los demás empleados estaban ahí para facilitarme cualquier cosa que pudiera necesitar. Lo miré indignada por el hecho de que, evidentemente, me estaban tomando por idiota. Quedaba claro que querían ocultarme algo.

»Encaminé mis pasos hacia el sótano donde celebrábamos las macro reuniones y fiestas, más concretamente hacia la suite donde Caín tenía su despacho. Desde fuera pude escuchar las risas. Sin poder reaccionar, me quedé clavada ante la puerta, con la mano en el pomo y sin atreverme a acabar de girarlo. Tardé unos segundos en decidirme a abrir. Caín estaba sobre la cama redonda, desnudo. Sus manos se perdían, sin dejar de moverse, entre las piernas de una de las cuatro chicas que estaban dando buena cuenta de su cuerpo. Tardó unos segundos en darse cuenta de que, petrificada bajo el marco de la puerta y apoyada en el mismo pomo para no caerme, estaba ahí, observando la escena. Me miró levantando la cabeza, me dedicó otra vez su mejor sonrisa de lobo y me hizo un gesto con la mano para que me uniera a la fiesta.

»—¡Eres un hijo de la gran puta! —le dije—. De manera que, como yo no me presto a este juego, sencillamente has decidido prescindir de mí, ¿no? No puedo creer que seas tan cabrón conmigo. —Lo cierto es que exploté con una rabia superior a todo lo que conocía en mí.

»Por toda respuesta, él se levantó y se dirigió, con gesto muy serio, hasta la puerta donde estaba yo. Se detuvo a medio metro de mí, en silencio, mirándome con los mismos ojos helados que yo había visto tantas veces en circunstancias que no quería asociar a mi persona, pero que era evidente que tenía que empezar a considerar como una amenaza también para mí. Y, de repente, me abofeteó con tal fuerza que mi cabeza rebotó contra la puerta. Y me volvió a abofetear. Solo dijo tres palabras: «Fuera de aquí». Su voz era casi un susurro, pero llegó clara hasta mí. En *shock*, con la cara ardiendo y despeinada por los golpes, salí corriendo del Xapar con la misma sensación de humillación que había sido una constante en mi vida hasta que lo encontré a él. Había vuelto a ser, en un instante, la chacha indigna de consideración a la que, por sentir un poco del cariño de un hombre, maltrataba cualquier tipejo. Entendí que, en el fondo, seguía siendo la misma pobre chica, ilusa y enamoradiza, que había sido siempre y que el amor de aquel hombre, también él, era como el de otros antes, una quimera que había llegado a su fin.

»Sin embargo, algunos rasgos que me habían caracterizado como María, la chacha, habían desaparecido completamente. La sumisión a mi destino era uno de ellos. Por nada del mundo

volvería a soportar ese tipo de cosas, ni siquiera de Caín. Otro rasgo, que antes no tenía pero que ahora me parecía imprescindible para progresar en la vida, era el cálculo de lo que más convenía a mis intereses, descartada para siempre la improvisación y la visceralidad en mis reacciones que en tantas ocasiones me llevaron a sufrir. Despedí al chófer para volver andando a casa y, por el camino, fue cobrando forma un plan que garantizara mi vida y mi futuro y llegué a la conclusión de que tendría que llevarlo a cabo hasta las últimas consecuencias.

»Dos días después, Caín volvió a casa. Parecía de nuevo el marido solícito, arrepentido por lo que había pasado. Me explicó que, en realidad, la reunión de Berlín le había ocupado solo los dos últimos días pero que sentía la necesidad de esos encuentros con varias chicas y, ante mi negativa a participar, hacía tiempo que había decidido mantenerme al margen. De modo que, en esta ocasión, el muy cerdo, había pensado que sería buena idea relajarse dándose un homenaje de dos días en los que varios grupos de chicas se dedicarían a él por completo y por turnos. De otra persona me hubiera parecido una fanfarronada, pero de Caín podía creerlo. Dos días enteros dedicados al sexo, parando justo el tiempo imprescindible para comer. Sí. De él me lo creía.

»Conectó el modo zalamero y soportó estoicamente la monumental bronca que le dediqué. La verdad es que ya hasta la bronca era falsa, puro teatro, porque yo había comprendido que mi comportamiento, a pesar de que mi amor por él se hubiera quedado pegado a la puerta contra la que me estampó, no podía dejar al trasluz mis verdaderas motivaciones. Cuando creí suficiente el castigo, cedí a sus peticiones de perdón y, en unos días, nuestra relación volvió a ser lo que era. No. Volvió a ser lo que había sido.

»Disfruté de su sorpresa, desprovista de amor por él, cuando, a la semana siguiente, organicé para Caín una pequeña fiesta privada, esta vez en un lujoso hotel del centro de la ciudad. Lo hice acudir a media mañana con indicación expresa de que preguntara en recepción por María. Aunque el juego pudo parecerle raro, se prestó a él sin rechistar y apareció en el hotel a la hora acordada. Al preguntar en recepción por mi nombre, fue guiado al fantástico *spa* de que disponían las instalaciones. Una hora después, el trabajo de los masajistas lo había dejado como nuevo y fue advertido de que el tratamiento tenía continuación en una de las suites del hotel. Una chica impresionantemente atractiva que, vestida como el resto de masajistas, con una bata blanca y zuecos de plástico blanco también, esperaba en la entrada del servicio de *spa*, fue la encargada de acompañarlo hasta la habitación.

»Ya en la suite, la chica lo invitó a ponerse cómodo sobre una camilla dispuesta en una de las estancias que la componían. Caín, desnudo y tumbado boca abajo, sintió cómo chorros de aceite regaban todo su cuerpo. Me hubiera gustado ver la cara que puso cuando la chica se desnudó por completo y empezó a restregar su cuerpo sobre el de él, a deslizar sus pechos, su vientre y sus caderas sobre su espalda lubricada por la suavidad del aceite. Esperé en el salón el tiempo que consideré prudente y cuando me pareció que ya debería estar listo, me dediqué por completo al sexo de otra chica, tal vez más hermosa que la que lo atendía a él, hasta hacerla gemir de placer. No pasó mucho rato hasta que pude ver cómo Caín nos miraba penetrando a su puta por detrás, recostado el torso de ella sobre el respaldo de un enorme sofá que estaba justo detrás de mí.

»Reconozco que aquel fue un gran día para los dos y que incluso a punto estuve de volver a enamorarme de él. Pero el plan trazado no me permitía ya esa clase de cosas. Sencillamente había puesto la primera piedra para recuperar totalmente su confianza y así fue. Ceder a su pretensión de verme gozar, hacerle gozar a él, junto a otras mujeres, sirvió para que su mente de

macho alfa entendiera como sumisión a su voluntad lo que realmente era una jugada calculada. Y volví a ser la mujer encandilada con él que había sido hasta poco tiempo atrás, al menos a la percepción de sus ojos, porque la realidad distaba mucho de la apariencia. Cada día, con cada beso, con cada mirada pretendidamente cómplice, me obligaba a mí misma a recordar las dos hostias que me obsequió en el Xapar e inmediatamente alejaba cualquier tentación de volver a caer en la trampa de su seducción, sabiendo que, cuando un hombre emprende ese camino, la situación solo puede ir a peor.

»Con el paso de los días fui dando pequeños pasos que me acercaban hacia el final que había previsto para nuestra historia, si bien es cierto que no tenía demasiado clara la mecánica final de su desenlace. Y llegó por fin el momento en que me entrevisté con Juan Manuel Olivares. El viejo cabrón debió suponer que lo que me llevaba hasta él estaba relacionado con Caín porque, a pesar de ser un hombre generalmente inaccesible, me concedió una cita en menos de veinticuatro horas. Decidí ir de farol y me presenté en la Fundación Árboles dispuesta a jugarme el todo por el todo. Me recibió en su despacho.

»—¡Querida María! ¡Qué alegría verte por aquí! Pero no era necesario, podíamos habernos visto en el Xapar cualquiera de estos días, mujer. —No se anduvo por las ramas. Ya de entrada me estaba preguntando el porqué de esa reunión a espaldas de mi marido.

»—Hola, Juan Manuel. Gracias por recibirme tan pronto. Estoy segura de que lo que vengo a proponerte te interesará, así que creo que esa celeridad nos vendrá bien a los dos. Como ya has supuesto, estoy aquí por Caín. Quiero deshacerme de él sin que me mate. ¿Podrás ayudarme?

»Ni que decir tiene que le faltó tiempo para prestarme toda su atención, en principio, y toda la ayuda que necesité después. No solo porque, como decía Alicia en sus vídeos, resultó ser cierta su animadversión hacia mi marido, sino porque le dejé bien claro que no me importaban sus negocios sucios a pesar de conocerlos todos. Creo que el viejo entendió, por la forma en que le hablé, que estaba dispuesta a tirar de una manta que ni tan siquiera tenía, pero la simple mención implícita en mis palabras de tal acción, fue suficiente para que valorara la conveniencia de colaborar conmigo de buen grado.

»Necesitaba asegurarme de que, si me separaba de Caín en cualquier circunstancia, mi condición de esposa fuera respetada en los acuerdos de divorcio o, como no quise dejar de mencionar, en la herencia fijada en su testamento. Olivares hizo por mí mucho más que ayudarme, resolvió ese asunto con una maestría absoluta. Al parecer, los servicios jurídicos de CyberAct están asesorados por los verdaderos abogados de Caín, el bufete de Herscht & Maryland, a la sazón deudores de Juan Manuel por una operación fallida en Oriente Medio en la que participaron como intermediarios. Un abogado de la firma, un tal Álvaro Leal estaba permanentemente destacado en la sede de la empresa con el objetivo último de detectar las necesidades legales que surgían a diario en las relaciones con los exigentes gobiernos e instituciones que componían la clientela de CyberAct. Fue este abogado el que propuso a Caín la revisión de sus asuntos personales, entre los que, por supuesto, estaba el asunto de la previsión de su legado en caso de fallecimiento. No me preguntes cómo lo hizo, pero la cuestión es que un día que habíamos quedado para comer, Caín me dijo, como el que no quiere la cosa, que sus abogados le habían aconsejado redactar un testamento que cubriera cualquier eventualidad luctuosa que pudiera acontecerle y que, dado que su madre era una persona muy anciana, había pensado que tal vez lo mejor sería confiar en que yo fuera capaz, llegado el caso, de continuar

con su legado. Así, sin más. De repente me había convertido en la heredera de todo un imperio valorado en más de mil millones. Increíble, ¿verdad?

»Yo creo que, en el fondo, Caín quiso anticiparse a la posibilidad de que a su muerte todo su patrimonio quedara en manos de Doña Juana. Sabía que, si eso llegara a ocurrir, los Árboles acabarían por controlar todo aquello por lo que había luchado y, enfrentado a esa posibilidad por sus abogados, prefirió delegar en mí antes que ponerles en bandeja el control de lo que tanto esfuerzo le había costado construir. Fuera por lo que fuera, el caso es que yo no hice especial aprecio a su intención de nombrarme heredera de su fortuna e insistí, incluso, en que tal vez se estaba precipitando dado que aún éramos muy jóvenes y, quién sabe, tal vez algún día podríamos plantearnos la posibilidad de tener hijos. No me dejó ninguna duda al respecto de que eso no pasaría jamás porque, dijo, el mundo era un lugar demasiado cruel para condenar a un hijo suyo a permanecer en él ochenta años. No insistí, la verdad.

»Poco después, ocurrió algo que no podía prever. El impresentable de mi exmarido, Lucas, se presentó una tarde en casa de mi madre exigiendo ver a su hijo. Había llegado a oídos del muy cabrón que las cosas me marchaban bien y que ahora era toda una señora adinerada que se codeaba con lo más selecto de la sociedad. No sé por qué razón su mente de enfermo llegó a pensar que yo estaría dispuesta a ayudarle a salir del pésimo momento que atravesaba Bensons, la zapatería que su afición al alcohol y a las drogas había llevado a la ruina. Cuando intentó acercarse a mí para pedirme dinero, obtuvo por respuesta lo que ya te puedes imaginar. Por decirlo suavemente, me negué en redondo a prestarle ayuda y, con muy poca educación, la verdad, le mandé directamente a la mierda. No merecía otra cosa. Le conté lo sucedido a Caín, que montó en cólera y quiso enviar a un par de sus gorilas a darle una paliza. Tuve que ser yo quien lo disuadiera de hacerlo y, únicamente después de asegurarle que solamente era un pobre borracho desesperado por sus vicios y de garantizarle que si volvía a molestarme le informaría inmediatamente, consintió en olvidar el asunto.

»Una semana después, como te decía antes, Lucas se presentó en casa de mi madre y se llevó a nuestro hijo con la intención, según me contó después ella, de pasar la tarde juntos. De repente, el niño que siempre había sido un estorbo para él, había pasado a ser su pobre hijito en poder de una madre que le imposibilitaba verlo. El muy cerdo. Yo no me enteré de nada hasta que, ya bien entrada la noche, serían las once más o menos, me telefoneó mi madre para contarme lo sucedido y que el pequeño Lucas había regresado a casa con un ojo hinchado y moratones en los brazos y en el pecho, según el niño contaba, provocados por una paliza de su padre borracho. Tranquilité a mi madre, le aseguré que me encargaría personalmente de mi ex y que, si el niño se encontraba bien, no avisara a la policía ni lo llevara al médico. Más tarde pasaría yo a verlo. Así, sin planearlo, el destino me ponía en bandeja la solución a todos mis problemas. El desenlace de la historia apareció ante mí, de repente y meridianamente claro.

»Caín estaba en su estudio, leyendo unas memorias técnicas relativas a un nuevo proyecto. Cuando irrumpí en la habitación con la cara completamente desencajada, dio un salto de su sillón y corrió hacia mí. Le conté lo sucedido entre lágrimas y con una gran desesperación que, tengo que reconocer, únicamente perseguía alterarlo hasta el punto en que lo hizo. Aquello solo podía salirme bien. Cogió el Kudu, que ya iba con él a todas partes, del cajón de su mesa y salió como una exhalación en dirección a la casa de Lucas, no sin antes advertirme de que ya no volvería a molestarnos nunca más.

»Esperé un par de minutos por si volvía. No sé, podría haberse olvidado algo. Como no lo hizo, cogí el móvil y llamé a Lucas. ¡Lo conocía tan bien! Primero le eché la bronca del siglo, a la que a duras penas pudo contestarme, claramente bebido como estaba, y después le advertí que Caín iba hacia su casa con la intención de quitarle la vida. Yo sabía que su condición de serpiente rastrera haría que, incluso borracho, se las ingeniara para tener ventaja sobre el que quería ser su matador. Conociendo a los dos, estaba segura de que uno de ellos resultaría cadáver esa noche, pero yo prefería que fuera Caín. Salí corriendo hacia el garaje y cogí el coche. Mi marido solo me llevaba cinco o seis minutos de ventaja. Pensé que podría llegar a tiempo y, efectivamente, así fue.

»De verdad que Lucas siempre me había sorprendido en su vileza, en su forma sucia de afrontar las cosas, pero esta vez se superó a sí mismo. Había dejado la puerta del piso abierta de par en par, cosa que a Caín seguramente no le sorprendería demasiado sabiendo, como sabía, que estaba borracho. Con la precaución lógica en quien se dispone a jugarse la vida frente a otro, mi marido avanzó lentamente desde la puerta de entrada hacia el pasillo del interior de la casa. Nunca había estado allí, pero sé que le resultó familiar porque yo le había contado alguna de las cosas que me había hecho Lucas en aquel pasillo y estoy segura también que reconocerlo lo encendió incluso más.

»Como te digo, llegué a tiempo de ver la escena. Del rellano de la planta superior, bajó Lucas armado con un enorme cuchillo de cocina. Ni siquiera reparó en mí, que desde el rellano inferior contemplaba cómo entraba en su propia casa con pasos que, más que de borracho, parecían de pantera. Subí los escalones de un salto y me planté en la puerta del piso de Lucas justo a tiempo de ver cómo Caín, que debía haberme oído a mí más que a Lucas, se giraba en el pasillo sin tiempo para evitar que este le atravesara el pecho dejándolo allí muerto instantáneamente. Por un momento, el cuerpo de Caín quedó suspendido del cuchillo de cocina que Lucas asía con fuerza contra su cuerpo. Recuerdo sus ojos de sorpresa, no sé si tanto por haber encontrado la muerte en casa de un simple vendedor de zapatos ebrio como porque creo que, en realidad, me miraba a mí que, situada a menos de dos metros de la escena, sonreía satisfecha por ver el final de aquel psicópata peligroso que lo había sido todo para mí.

»El peso de Caín acabó por arrastrar en su caída el poco equilibrio que conservaba Lucas, que cayó sobre él y se quedó allí, inmóvil, sobre el cuerpo que acababa de acuchillar. En un segundo todo el pasillo se convirtió en una gran mancha de sangre. Me quité los zapatos, los puse junto a la puerta de entrada y la cerré contra la posible indiscreción de cualquier curioso inoportuno. Con sumo cuidado y mirando dónde ponía los pies para no pisar ni una gota de sangre, pues no quería dejar ningún indicio de mi presencia allí, llegué hasta una posición desde donde zarandear a Lucas. Lo hice, pero no reaccionó. Lo volví a hacer y solo entonces me di cuenta de que la punta del Kudu salía por un lateral de su garganta. Con un último esfuerzo, empujé su cuerpo y rodó sobre el de Caín para quedar boca arriba, a su lado, luciendo orgulloso el rejón de muerte que atravesaba su cuello. Un final de justicia, salvo por ser una muerte la de ambos demasiado digna para los méritos que hicieron en vida.

»Salí de allí inmediatamente, no sin antes asegurarme varias veces de que nadie me veía abandonar el edificio. Me dirigí directamente a la comisaría central de policía. Apenas habían pasado treinta minutos desde que Caín salió de casa, un tiempo razonable para tomar la decisión de denunciar el caso. Cualquiera podría entender que me hubiera tomado, nerviosa y asustada,

media hora para decidir qué hacer. Conté al policía que me tomó declaración lo que había ocurrido tal cual fue, porque no había necesidad de mentir, a excepción hecha de mi visita al piso de Lucas, naturalmente. Menos aún conté que mi intención en esa visita no era otra que rematar al que hubiera quedado vivo. Gracias a Dios no fue necesario. Terminé el relato de cuanto había ocurrido expresando, muy alarmada y sobrecogida, mis temores porque pudiera pasar algo terrible. Un coche patrulla me llevó directamente a casa de mi madre para comprobar que Lucas se encontraba bien y acompañarme al hospital con el chiquillo, mientras otro coche se dirigía a toda prisa hacia la casa de Lucas.

»Y así, mi querido Gael, absuelta de una vez por todas tanto de mi pasado como de un futuro incierto, fue como me convertí en una mujer libre e indecentemente rica.

CAPÍTULO 21

parte 1

Las visitas de Alicia a casa de su madre se han ido espaciando en el tiempo desde que la relación con Caín comenzara a deteriorarse. La posibilidad de coincidir con él le desagrada y, aunque en la empresa continúan trabajando codo con codo con total normalidad, procura evitar cualquier encuentro que pueda tener un carácter personal. Desde la muerte de su padre, los hermanos acudían a la casa familiar con regularidad para comer con su madre, a veces para pasar la tarde todos juntos. También eso ha cambiado y Ali procura aprovechar los momentos en que sabe que su hermano está ocupado para pasar a verla.

Hoy ha recibido una llamada de su madre invitándola a comer. La agenda de Ali está bastante descargada a mediodía y la de Caín, en cambio, ocupada con una comida de trabajo. La señora que se encarga de atender las labores domésticas en casa de Juana es, además de sumamente competente como asistente, una excelente cocinera y ha prometido preparar una pierna de cordero asada, que es uno de los platos preferidos de Alicia. Un motivo más para aceptar la invitación sin dudar.

—Cariño, tienes que venir a verme más a menudo —sentadas en la salita, madre e hija esperan a que la mesa esté dispuesta—. Estoy acostumbrada a que pases por aquí casi todos los días y verte solo un par de veces a la semana se me hace cuesta arriba. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no vienes más por casa? Sé que estás enfadada con tu hermano. No será que nos vemos menos por eso, ¿no?

—Mamá, no sé qué te habrá contado, pero no estoy enfadada con Caín. Sencillamente necesito despegarme un poco de él. Eso es todo. Además, estoy hasta arriba de trabajo. Solo es por eso que tardo más en venir por aquí, pero no te preocupes, todo volverá a ser como siempre en cuanto me haya desliado un poco.

—Ya. Mira hija, creo que siempre he sabido que en algún momento debería afrontar esta conversación contigo. Durante toda mi vida me he comportado como si fuera ciega, sorda y muda, quizá porque tu padre me enseñó que ese era mi papel en esta familia. Pero nunca lo he sido.

»Reconozco que al principio estuve muy despistada pero más tarde me di cuenta de lo especial que era Alberto y de lo que pretendía para vosotros. Os he visto calcar sus rutinas y estoy segura de que habéis imitado a la perfección sus comportamientos fuera de esta casa. Es verdad que me da miedo conocer los detalles y que, en el fondo, no me importan en absoluto. Sois lo único que tengo, mis hijos, parte de mi propio cuerpo. No hay nada, por terrible que sea, que pueda cambiar eso y separarme de vosotros. Por eso, cariño, me duele tanto que andes disgustada con tu hermano o que él lo esté contigo, tanto da. Sois más que hermanos, sois los herederos de vuestro padre y, aunque solamente sea por honrar su memoria, deberéis permanecer juntos durante toda la vida.

La respuesta al alegato infantiloides de su madre, carente del conocimiento de la realidad entre ambos, se congela en la boca de Alicia cuando, justo en ese momento, escucha cómo unas llaves abren la puerta de la casa. No puede creerlo. Su madre ha invitado también a Caín.

—¡Hola mamá! Hola Ali. Llego a tiempo por lo que veo. Perdonadme, pero he tenido que

anular una comida de trabajo. Me has llamado demasiado tarde, mamá. Tenías que haberme avisado ayer. —Desde la puerta de la salita, sonrío a su familia. No parece que la presencia de Alicia le resulte una sorpresa—. Pero, bueno. Da igual. ¿Cómo va esa pierna de cordero? ¡Huele de maravilla!

—¡Hola, hijo! Sí, llegas justo a tiempo. Estaba comentando con Ali que no me gusta que os llevéis mal. —Juana va directa al grano, al motivo por el que ha citado a sus dos hijos—. Tenemos que recuperar las comidas en las que estamos todos juntos. Seguro que vuestras diferencias pueden arreglarse con facilidad. Ya soy mayor, mucho además, y me disgusta que entre vosotros haya esa situación.

Ni Caín ni Alicia son capaces de ver sufrir a su madre. Las dos criaturas despiadadas que habitan dentro de ellos tienen por único principio la protección de su familia y, aunque en este momento los caminos de ambos siguen trazos divergentes, ninguno se ha atrevido a considerar lo sucedido como irreversible. No al menos en cuanto al amor fraternal, al hecho de que son hermanos y ese vínculo permanecerá intacto incluso si uno acaba por matar al otro.

Compartir mesa con Caín es siempre agradable, aún en las circunstancias actuales. Nadie sabe de dónde saca tantas anécdotas y situaciones graciosas, propias y de otros, para no parar de hablar. A los postres, Alicia ha olvidado que su hermano es un peligro para ella o, por lo menos, ha relegado ese pensamiento a un rincón profundo de su mente. Ha disfrutado mucho viendo reír a su madre y escuchando las tonterías que ha contado. Sí, como siempre, como cuando eran más jóvenes. La sonrisa de Caín, la que a ella siempre le ha gustado, sigue resultándole irresistible y su mirada la derrite hasta tal punto que se sorprende a sí misma deseando quedarse a solas con él. Sabe que su madre tardará poco en retirarse a descansar un rato, pero el tiempo se alarga insoportablemente para Ali. Apenas si Juana ha abandonado la habitación cuando, presa de una confusión hecha de sentimientos contradictorios y enmarañados, se dirige a él.

—Caín, tenemos que hablar. No sé qué diablos ha pasado entre nosotros, pero tenemos que solucionarlo. ¡Joder, tío! Mamá tiene razón, por encima de todo somos hermanos. No puedo dejar de quererte ni creo que tú puedas dejar de quererme a mí.

De pie, tras una de las sillas de respaldo alto que rodean la mesa del comedor y apoyado sobre los antebrazos en él, Caín la mira fijamente mientras habla. En su mirada no hay un gramo de maldad ni de agresividad, más bien es una mirada tierna que Alicia solo puede procesar bajando sus defensas. Despacio, sin ninguna prisa, rodea la mesa para acercarse a ella, que continúa sentada. Se detiene a su lado por un instante, mirándola desde arriba, y después coge su cara entre las manos. Ali clava sus ojos verdes en el rostro de Caín, a muy pocos centímetros del suyo y espera acontecimientos completamente rendida. Por fin, Caín avanza para recorrer tan corta distancia y la besa suavemente en los labios con uno de esos besos que la han desarmado desde la primera vez que la tocó como se toca a una mujer.

—Mi amor, no pienses mal de mí. Jamás podré olvidarme de que somos hermanos, pero menos aún de que somos amantes, compañeros y amigos. No debes temer nada de mí. Sería incapaz de hacerte daño, aunque, en un momento dado, pueda decirte cosas horribles que, por supuesto, no siento. Perdóname, sencillamente al comprobar que ya no deseas seguir siendo mi compañera de juegos, mi mente se ha sumido en la desesperación de tu pérdida y me ha obligado a reaccionar mal. De verdad que lo siento mucho. Solo espero que, aunque te mantengas en esa postura, no haya nada entre nosotros que obligue a que también dejemos de ser amigos, amantes

y hermanos.

—¡Oh, Caín! ¡No sabes lo que para mí supone oírte decir eso! Lo estoy pasando fatal. Echo de menos tus brazos, tu cuerpo y todo lo que significas para mí —Alicia se ha puesto en pie y se abraza a su hermano, apoyando la cabeza en su pecho mientras habla—. Pero no puedo continuar con nuestros juegos, como insistes en llamarlos tú, porque no son juegos, Caín. Son torturas y asesinatos. ¿Es que no lo ves? Llevamos años haciendo barbaridades, hemos hecho sufrir a demasiada gente y todo ¿para qué? Para sabernos superiores, para sentir que nada ni nadie puede pararnos, para disponer del futuro de la gente como si fuéramos dioses o para sentirnos vivos a fuerza de ver cómo otros pierden la vida tan fácilmente. No lo sé. Lo que sí sé son dos cosas: la primera es que no puedo seguir haciéndolo y la segunda que no quiero perderte. ¿Son compatibles, Caín? No quiero de ti otra cosa distinta a que seas, simplemente, mi hermano. No quiero vivir con miedo a quien más quiero, en serio. No puedo soportarlo —acaba hablando con voz entrecortada por la emoción.

—Lo entiendo, mi niña. Lo entiendo. Yo también lo he estado pasando mal. Será como tú quieras. Por favor, no vayas a llorar —dice mientras levanta su cara con la mano derecha empujándola hacia arriba desde el mentón y acariciándole el pelo—. Te necesito, necesito saber que siempre estarás a mi lado, aunque no apruebes lo que haga. Y sé que lo estarás. Lo sé. Además —su voz cambia de tono para parecer desenfadada—, ¡menudo alegrón que le vamos a dar a mamá! La pobre ya está mayor, tenemos que hacer lo posible para hacerla feliz, Ali.

—Sí. Tienes razón. Comportémonos como hermanos y hagámosla feliz el tiempo que le quede por vivir —responde ella a la que Caín guía ahora de la mano hasta uno de los sillones de la sala de estar.

—Bueno, mira. La verdad es que me alegro de haber dejado esto claro entre nosotros. Viviremos mejor. Pero, además de intentar aclarar este asunto que me preocupaba mucho, he venido a verte aquí, a casa de mamá, por otro motivo. Me ha parecido mejor este sitio que la oficina. Siéntate, por favor, y escúchame atentamente porque voy a contarte varias cosas entre las que habrá algunas que desconozcas.

»Empezaré por decirte que Juan Manuel y Antonio fueron los responsables de la muerte de papá. ¿Lo sabías? —Alicia, lejos de parecer sorprendida, asiente con la cabeza y responde que no, pero que lo intuía—. Vale, pues te explicaré lo que pasó. Sabes que el club en sus inicios era un antro homófobo donde no se podía ser otra cosa que muy hombre y que, con el tiempo, eso acabó por cambiar. Era lógico que cambiara, al fin y al cabo, los socios van allí a explayarse, a divertirse sin cortapisas y, naturalmente, homosexuales y bisexuales los ha habido siempre y siempre los habrá. El caso es que el principio del cambio vino motivado, en parte, por una aventura de nuestro propio padre con un hombre llamado Max Blanch, importador de especias y materias primas en general. Al parecer, el tal Max había sido avalado por nuestro ínclito amigo Olivares, entre otras cosas porque era su amante desde hacía bastante tiempo. Cuando ese al que tú y yo llamábamos tito se enteró del asunto, de la peor manera posible porque pilló a papá con Max en uno de los reservados, decidió vengarse y envenenó el plato de arroz que le sirvieron en uno de aquellos días en que guisaba él. Parece ser que utilizó un tipo de seta venenosa que tarda un par de días en causar la muerte, sin que previamente presente mayores síntomas que los muy fáciles de confundir con enfermedades corrientes.

—Joder, Caín. ¿Cuánto tiempo hace que sabes esto y por qué sigue respirando ese hijo de

puta de Olivares? —Ahora el rostro de Ali está encogido por la ira.

—Espera, te lo voy a contar todo. Hace mucho tiempo que lo sé. Además, los dos son cómplices en la muerte de papá, porque Robles lo secundó el día en que lo envenenaron. Sabes que encargué una investigación sobre los socios cuando me hice cargo del Xapar. Pues lo sé desde entonces. Hace demasiado tiempo. Pero cariño, esos tipos ya eran, y después han sido, cruciales para el crecimiento de CyberAct, muy especialmente para el desarrollo de K-Focus. Habían puesto una pasta muy importante y los necesitaba para que siguieran apoyando el desarrollo del proyecto durante todos estos años. No sabes hasta qué punto me he sentido enfermo, no solo por permitirles seguir viviendo sino porque además he seguido tratándolos con asiduidad de buenas maneras, obligado por las circunstancias, pero lo he hecho inspirado por nuestro padre. Estoy seguro de que él hubiera hecho lo mismo. No se jode un buen negocio solo por una venganza, porque para eso se está a tiempo siempre.

»En cuanto pude, les arreé la primera hostia. Los dejé prácticamente fuera de K-Focus y con un palmo de narices ante las expectativas de beneficios que se habían hecho. Con el acuerdo con los chinos, dejamos de necesitar su dinero, pero para aquel entonces ya habían comenzado a relacionarse con nuestra competencia norteamericana en el desarrollo de servicios análogos a los que ofrecemos con K-Focus. Yo ya estaba al tanto de sus movimientos desleales porque, del mismo modo que ellos mantienen personal infiltrado en nuestra empresa, nosotros también disponemos de ojos y oídos dentro de la Fundación Árboles. Hay una tal Dora Gutiérrez, gerente de la Fundación oficialmente, pero, extraoficialmente, directora de operaciones especiales, que me está costando un dineral desde hace tiempo. El caso es que me mantiene informado puntualmente de los movimientos y novedades tanto de los Árboles como de sus socios estratégicos. Por cierto, antes de que me preguntes te diré que los muy cabrones de los viejos la mantienen al margen de todo lo relacionado con el personal que tienen infiltrado en CyberAct y dirigen el asunto personalmente. De forma que no sé de quién puede tratarse. Hubo un momento en que miraba a todo el mundo como a un espía, pero no he encontrado ningún indicio que me haga sospechar de personas concretas. Sigo alerta, algún día los descubriré.

»Hace unos días, Dora me llamó para concertar una entrevista. Cuando nos vimos me informó de que nuestros amigos se habían reunido con dos especialistas. Ella fue la encargada de ponerlos al tanto de la situación en África en lo concerniente a la rivalidad entre chinos y americanos por controlar la zona y a nuestra pequeña aportación al problema a través de K-Focus. Al parecer, el objetivo oficial de esa reunión era facilitar asesoramiento y respaldo militar para diferentes acciones de inteligencia que se han previsto realizar aprovechando el trabajo de los miembros de la organización infiltrados dentro de nuestra empresa. Algo completamente absurdo. ¿Qué pensaban hacer? ¿Tomar al asalto CyberAct? Dora, que como te cuento, sabe muy poco de lo que está pasando realmente en ese sentido, no se creyó en ningún momento tamaña tontería. Supongo que los Árboles, habituados a hacer siempre lo que les viene en gana y salirse con la suya, fueron víctimas de su propio ego y menospreciaron la inteligencia de la mujer. Algo que en ellos es bastante frecuente: pensar que todo el mundo es idiota.

»En fin, sea por lo que sea, el caso es que nuestra amiga fue avisada una hora antes de la celebración de esa reunión, lo que la dejaba sin tiempo para recabar más información sobre quién y por qué se celebraba el encuentro. Concluido el numerito de dar los datos que se le habían pedido, salió de la sala sin que en ningún momento se le facilitara el más mínimo indicio sobre la

identidad de los dos tipos a los que informó. Sin embargo, acabó por jugársela cuando, desde el pasillo que recorre por fuera la habitación acristalada y sin dejar de andar hacia la salida, hizo una sola fotografía con el teléfono móvil. La foto está hecha como buenamente pudo, así que a lo más que podía aspirar, confiando en la buena suerte, era a haber acertado a enmarcar a los asistentes en el objetivo. No hubo demasiada, porque la imagen es prácticamente la fotografía de una librería que hay en la sala. Digo prácticamente porque, en una esquina aparece gran parte del rostro de uno de los especialistas. Pienso ponerme a trabajar en ese tipo lo antes posible. En definitiva, un pobre resultado para lo que cabría esperar, pero disculpable, dadas las circunstancias en las que se produjo el encuentro. Dora es una mujer con recursos y aunque se maneja en el entorno de la Fundación con pies de plomo, porque no se fía de nadie, ha conseguido conocer el motivo último de la reunión. Sabes que Olivares es un paranoico de narices. Pues bien, el tipo hace grabar todas las reuniones. Hasta tiene un técnico encargado del asunto. Un tipo que, afortunadamente, debe algunos favores a nuestra amiga a causa de su afición a las drogas. El mismo que acabó por contarle, entre grandes ruegos de confidencialidad, que la reunión tenía por objetivo encargar la eliminación definitiva de Caín Silas y su familia, si bien se negó a facilitar ningún otro detalle en cuanto a quiénes eran esos tipos y los detalles del encuentro. Supongo que teme más por lo que puedan hacerle sus jefes que por el hecho de que su condición de drogata acabe privándole del trabajo.

—¡Qué cabrones los titos! De forma que ya se han decidido a quitarnos de en medio —la cara de Ali es una mezcla de rabia y decisión—. No pienso consentir que metan a mamá en esto. Tú y yo tenemos recursos suficientes para acabar de una vez por todas con esta gentuza.

—Ya, ya. Pero no nos conviene, Alicia. En el delicado juego de equilibrios que sustenta el mercado en el que nos movemos, desgraciadamente, la Fundación Árboles o mejor dicho el auténtico negocio de los viejos, es una pieza fundamental. Llevan demasiados años controlando muchas de las claves que hacen posible que la competencia entre nuestro grupo y nuestros competidores mantenga al alza, entre nuestra clientela, las expectativas que generan los servicios que ofrecemos. Deshacernos de ellos definitivamente puede tener consecuencias imprevisibles, hoy por hoy, de todo tipo además. Debemos ser cautos y manejar este asunto con la delicadeza que merece.

Vamos a empezar por identificar al hombre que aparece en la foto de Dora y a neutralizar cualquier acción que esos tipos quieran dirigir contra nosotros. No sabemos quiénes son ni cuáles son sus planes, pero debemos dar por hecho, por la cuenta que nos trae, que ya están trabajando para eliminarnos a todos. Doy por sentado que su primer objetivo debo ser yo, pero también puedes ser tú. No creo que mamá sea prioritaria. Conociendo a esos cabrones, preferirán en su venganza, verla sufrir mientras nos entierra a nosotros. Tal vez ni siquiera hagan nada contra ella, al fin y al cabo, sigue manteniendo una relación estupenda con ellos después de tantos años. Quién sabe, lo mismo esperan que acabe por tener el control total de CyberAct para poder manipularla. En fin. Necesito que estés alerta, hermana.

—Lo haré, Caín. Dices que tienes una fotografía de uno de los especialistas. Necesito que me la hagas llegar. No quiero encontrármelo sin saber a quién tengo delante.

—Te la envió ahora mismo —dice mientras busca en la galería de su móvil para enviar la imagen—. Aquí está... Ya la tienes.

Un «bip bip» suena en el bolso de Alicia. Nada en su rostro refleja la estupefacción que la

aturde por completo cuando, enmarcada en la pantalla, la sorprende una imagen parcial del rostro de Aníbal que, sin embargo, es suficiente para identificarlo sin lugar a dudas. Enmudecida, no puede dejar de mirarla, como digiriendo el mazazo que acaba de recibir. El hombre que ocupa ahora el centro de su universo ha resultado ser el encargado de darle muerte. Se niega a creerlo a pesar de saber que, perfectamente, podría ser cierto y se dice a sí misma que tiene que haber una explicación para toda esa locura. Reacciona justo a tiempo cuando algo en su interior la avisa de que su actitud acabará por levantar las sospechas de su hermano.

—¿Lo conoces? —pregunta él comprobando que Ali mira la foto de una forma peculiar.

—No, no. Es que estoy impactada. Tengo en la mano la imagen de un tío que quiere quitármelo todo —responde Ali con una sonrisa triste—. Al menos estamos avisados. Más les valdrá a estos tipos que no los identifiquemos.

Caín se ha sentado junto a ella y, abrazándola por los hombros, la besa en la frente.

—No te preocupes, mi amor. No dejaré que te ocurra nada. Y menos aún a mamá. Pienso destriparlos lentamente y enviar sus cabezas al despacho de los Árboles.

CAPÍTULO 21

parte 2

Más o menos a la misma hora en que Alicia se enteraba por boca de su hermano de los planes que se trazaban contra su vida, Aníbal, tumbado sobre la cama, ha llegado a una conclusión con respecto a las opciones que baraja para evitar su muerte.

Evidentemente, confesar que ha vuelto a reencontrarse con ella movido por el cumplimiento de un encargo para eliminarla, no es una opción. Aunque tal vez fuera lo único verdaderamente honesto, la quiere demasiado como para atreverse a hacerlo y arriesgar su relación en aras de una verdad que no modifica un ápice sus verdaderas intenciones con respecto a Ali, pues solo pretende amarla y mantenerla alejada del mundo repugnante en el que ha vivido. Él personalmente se encargará, por otra parte, de sacarla para siempre del alcance de los Árboles porque, con respecto a ellos, el tiempo juega a su favor y le deja un margen de maniobra suficiente como para planificar sus actos. Sin embargo, no está seguro de que pueda hacer lo mismo tratándose de Caín. Por el contrario, cree que, si el hermano ha decidido que ella no debe seguir viviendo, no tardará demasiado en llevar a la práctica sus intenciones.

Ha sopesado todas las posibilidades, una y otra vez. Solo ha encontrado una manera de poder alertarla sobre el peligro que corre y decide hablar con Alicia para explicarle lo que está pasando. El número al que llama, el que solo él conoce, está apagado o fuera de cobertura hasta cinco veces en una hora. Tampoco le extraña demasiado porque han quedado de acuerdo en mantener desconectados los teléfonos en caso de encontrarse en situaciones en las que, por cualquier circunstancia, pueda resultar comprometedor recibir una llamada en un número y en un terminal distinto al habitual. Sin embargo, teme que algo haya podido sucederle cuando no consigue contactar con ella en todo el día.

—Buenos días, Aníbal. Ayer tuve un día muy complicado —Alicia, que acaba de levantarse, le ha devuelto por fin la llamada, pero ha necesitado casi veinticuatro horas para hacerlo—. Espero no haberte preocupado. ¿Cómo estás?

—¡Joder, Ali! ¿Cómo quieres que esté? ¡Pues muy preocupado! Naturalmente. No me puedo creer que no hayas visto mis llamadas hasta ahora, de verdad. ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada. Sencillamente el trabajo se complicó y acabamos de madrugada con unos clientes que insistieron en que les enseñáramos la vida nocturna de la ciudad. Nada más. Llegué a casa tan cansada que ni siquiera me acordé de conectar el móvil para ver si me habías llamado. Perdóname, por favor. Siento que te hayas asustado. ¿Qué querías? ¿Pasa algo? Yo también me he asustado al ver dieciséis llamadas tuyas.

—Alicia, necesito que hablemos. ¿Podemos vernos? Tengo que contarte algo urgente. ¿Dónde quieres que quedemos?

—Imposible. No podemos vernos, Aníbal. Me marcho ahora mismo de viaje, en una hora más o menos. Vuelvo el domingo. Cuéntame qué es eso tan urgente. Me estás alarmando.

—¿Estarás fuera hasta el domingo? Eso es toda la semana. Verás, el caso es que no consigo quitarme de la cabeza que si te sientes amenazada por tu hermano es porque, realmente, supone un peligro para ti. ¿Cuánto hace que nos vimos? ¿Diez días? Pues desde entonces he intentado averiguar todo lo posible acerca de Caín. Lo cierto es que necesitaba conocer más de cerca al

personaje. Colaboro como abogado con algunos colegas, entre los que hay más de un bufete especializado en grandes empresas y, dentro de uno de ellos, mantengo excelentes relaciones con su equipo de investigadores. Es gente de primer nivel proveniente, en su mayoría, de los servicios secretos, cuerpos policiales e inteligencia militar. Muy profesionales. Te sorprendería saber los resultados del informe que me hicieron llegar ayer mismo.

—¿Que has investigado a Caín? ¿Te has vuelto loco? Si llega a enterarse de eso puedes darte por muerto. Mi hermano no es una persona con la que se pueda jugar, Aníbal —su voz suena realmente preocupada—. Pero, con independencia de las consecuencias que sin duda no has evaluado del todo bien, no entiendo qué pretendías encontrar haciendo semejante cosa. Yo misma te he informado del tipo de persona que es él y también del tipo de persona que he sido yo. No creo que hayas descubierto nada que llegue a resultarme una sorpresa, francamente, en cambio has corrido un riesgo casi temerario.

—Pues es verdad, en muchos aspectos no he encontrado nada que, de uno u otro modo, no supiera ya. El *dossier* que he recibido confirma que Caín no es una persona con la que se pueda bajar la guardia. Pero no son sus correrías psicopáticas lo que quiero contarte, ni tampoco sus negocios legales e ilegales. Tú ya estás al tanto de todo eso. Mis investigadores han descubierto algo más, Ali. Tu hermano ha encargado a la seguridad de la empresa que se te vigile a todas horas y te ha puesto una sombra, un tal Ferrán que hace de chófer habitualmente para CyberAct. Lo conocerás seguro. Y también sabrás que es un mal tipo con una lista de antecedentes que asustaría a cualquiera. Escúchame Alicia, al parecer Ferrán tiene orden de eliminarte si en un momento dado observa en ti cualquier movimiento que pueda ir en contra de tu hermano, inmediatamente y sin necesidad de pedir autorización a nadie porque ya la tiene, directamente de Caín. Todo parece confirmar que tus sospechas eran ciertas. En serio preciosa, tu vida está en grave peligro. Tenemos que hacer algo.

A pesar del encuentro del día anterior en casa de su madre, Alicia sabe que su hermano es de sobra capaz de mostrar una cara mientras maquina con la otra todo lo contrario a lo que te deja ver. Pero, ¿es posible que Aníbal pueda hacer lo mismo que Caín? ¿Puede, del mismo modo, mostrarse de una forma y comportarse de otra? Tal vez, sabiendo de él que custodia un encargo para acabar con su vida, solo pretenda con toda esa historia separarla de su hermano y debilitar cualquier posibilidad de apoyarse en Caín para defenderse. O tal vez no. Lo cierto es que Alicia está confusa, pero sabe que no debe permitir que Aníbal o Caín lo sepan, que debe jugar sus bazas con sumo cuidado y esperar acontecimientos que puedan aclararle las verdaderas intenciones de los dos hombres a los que, a pesar de todo, quiere.

—¡Joder, Aníbal! No me digas eso. Precisamente ayer nos vimos en casa de mi madre a la hora de comer. No te lo he dicho antes para no alarmarte, pero el caso es que Caín se mostró como siempre fue conmigo, amable y cariñoso. Me pidió perdón por todo lo que ha pasado entre nosotros y asumió el cambio en mi postura al respecto de la relación que manteníamos. Sus ojos nunca han tenido la habilidad de engañarme. Dice que solo quiere ser mi hermano, cuidar de mí y yo le creo, Aníbal.

—¿Que le crees? Pero, ¿cómo es posible que te engañes a ti misma? Lo conoces mejor que nadie. Sabes que, diciéndote eso, no pretende más que tenerte controlada, desactivarte como amenaza para sus intereses. Yo sé cuáles son tus intenciones, que lo único que quieres es vivir en paz, pero él no las tiene tan claras. Que no te quepa duda de que, si haces algún movimiento que

le pueda resultar sospechoso, acabará contigo sin vacilar.

»Por Dios, Ali, no quiero perderte, me ha costado demasiado tiempo saber que te pertenezco y que tú me perteneces a mí. Te necesito a mi lado. Solo de pensar que pudiera pasarte algo y que no podría hacer nada para evitarlo, me desespero. Por favor, hazme caso. Vámonos de aquí. A Jamaica o a Bali o a cualquier parte del mundo donde nadie pueda encontrarnos. Antes de que sea demasiado tarde.

—Cariño, creo que te preocupas demasiado. Tranquilízate —le cuesta tanto pensar que Aníbal la esté engañando...—. Estaré alerta sabiendo que Ferrán me vigila. Lo mejor que podemos hacer es no vernos de momento, aunque me muera de ganas por volver a tenerte junto a mí. Si lo hiciéramos estaríamos dándoles, según lo que crees, argumentos para sospechar de mi actitud, querrían saber quién eres, provocarías celos en mi hermano o, no sé, cualquier cosa que ahora mismo se me escapa pero que desencadenaría, a buen seguro, reacciones que no deseamos. Este viaje es importante para CyberAct. No puedo aplazarlo, pero te prometo que nos veremos a mi vuelta. Creo que necesito volver a besarte, ¿sabes? Esta vez, sin prisas. Prométeme que pasaremos la noche juntos.

—Si es lo que quieres, por supuesto que sí. No puedo dejar de pensar en ti, Ali. Ocupas toda mi mente a cualquier hora del día y de la noche. Hay tantas cosas que quisiera decirte... Te escribiré y nos veremos a tu vuelta. Es más, cerremos una cita ahora mismo. Mira, el miércoles once estoy invitado a una fiesta en casa de unos amigos. Podríamos vernos por la tarde, digamos a las seis, y me acompañas. Son una gente estupenda, te encantarán.

—Hecho. ¿Te parece bien si nos vemos en el pub El Reloj? Está relativamente cerca de la casa de mi madre. El miércoles voy a comer allí.

—Me parece perfecto, preciosa. Por favor, ten mucho cuidado. Escíbeme y llámame de vez en cuando. Necesito saber que estás ahí. Una última cosa, Alicia. Por favor, no pongas jamás en duda que te quiero, que siempre te he querido, es lo único que tengo claro en este momento de mi vida. Pero si llegaras a dudar de mí, vete muy lejos y desaparece por completo para el mundo, te lo ruego.

CAPÍTULO 21

parte 3

Ninguno de los dos sabe muy bien a qué atenerse. Aníbal ha entendido en la actitud y las palabras de Alicia las ganas de perdonar a su hermano, de volver a confiar en él, de seguir con su vida sin necesidad de apartarlo definitivamente de ella. Aunque está convencido de que la decisión de la chica de no seguir secundando a Caín en sus fechorías terminará con su vida, también lo está de que ella necesita tomar una decisión por sí misma. Nada de cuanto él pueda decir o hacer la convencerá definitivamente de que tiene razón. Luchar contra un vínculo de sangre, en todos los sentidos, tan fuerte como el que une a estos dos hermanos, es una tarea abocada al más seguro de los fracasos.

Impotente para influir en sus pensamientos y también perdido en el intento de transmitirle lo que para él significa, no tiene la certeza de que sus cartas, inspiradas y escritas solo por y para ella, consigan dibujar claramente la intensidad de lo que siente. Se confiesa incapaz de describir la sensación permanente de pérdida de tiempo que supone cada segundo que pasa obligado a estar lejos de ella, el dolor cuando la imagina en brazos de otro hombre, la envidia hacia los que tienen la suerte de poder compartir sus días, el instinto mil veces reprimido de acariciar su pelo, que lo asalta en cualquier momento, de mirar sus manos hermosas y de escucharla reír. Se necesitan dotes de escritor auténtico para definir el amor en un papel con la precisión que a él pudiera parecerle suficiente, y sabe que no las tiene. Sin embargo, también conoce que, a pesar de todo, le resulta más sencillo expresar todo eso por escrito que hacerlo verbalmente. Sí, ha decidido intentarlo una vez más y se dispone a redactar una serie de escritos, que titula *Four Feelings From a Fool —4F—*, con la esperanza de atinar a perfilar adecuadamente cuanto siente por ella y, así, recibirla a su vuelta descargado del peso de las cosas por decir. Tal vez, si lo consigue, si logra hacerle entender que ella es el centro de su universo, Alicia acabe confiando plenamente en él y atendiendo sus indicaciones para salvar la vida.

Instalada en su hotel de Los Ángeles, Ali yace tumbada sobre la cama, aún vestida con su traje gris de ejecutiva, mirando al techo con ojos que no ven. Ha sido el primer día de los cinco que ocupará en la ciudad en entrevistas con pequeñas empresas de desarrollo informático. A la búsqueda del verdadero talento entre las compañías más incipientes del sector que hay en la zona, su trabajo como consejera delegada de CyberAct la llena completamente. Disfruta de verdad escuchando las mil locuras en que trabajan legiones de jóvenes aspirantes a convertirse en Steve Jobs o en Mark Zuckerberg, porque lo cierto es que, entre esas mil locuras, siempre hay proyectos e ideas que la sorprenden gratamente. Ha sido un buen día, pero, aun así, le resulta imposible concentrarse en otra cosa que no sea la situación en que se encuentra, atrapada entre los avisos de peligro de muerte que le hacen Caín y Aníbal.

Absorta en el lujoso techo labrado de su habitación se reconoce partida en dos, dividida entre el amor de mujer que siente por el hombre en que se ha convertido aquel chico que conoció hace muchos años en una ciudad de la península balcánica y el amor de hermano que siente hacia Caín, único rescoldo de los muchos amores que encontró en él en otro tiempo, abrasados todos ellos por el fuego de la vida de locura que han llevado juntos. No quiere creer que cualquiera de

ellos pueda estar pensando en convertirla en su víctima y, sin embargo, sabe que su obligación y su instinto depredador exigen que esté alerta ante el peligro que, ciertamente, pueden suponer los dos.

Reencontrarse con Aníbal se convirtió en uno de los momentos más felices de su vida. Quizá fuera ese día, al volverlo a ver, cuando tomó consciencia de que entre ellos había una historia sin cerrar y de que, tal vez, había llegado el momento de remendar esa vieja herida para comenzar una nueva historia juntos. Pero a pesar de eso —no se sobrevive en un mundo como el suyo siendo una persona confiada—, un par de días después de su encuentro, encargó al responsable de seguridad de CyberAct, Liberto San Juan, un perfil personal y profesional de su amigo. En principio nada en el informe le resultó excesivamente raro ni tampoco encontró cosas relevantes que Aníbal le hubiera ocultado. El informe cuenta que es hijo de un militar colombiano y de una española, nacido en Inglaterra. Trasladado a Madrid, continuó sus estudios en España y se formó militarmente, siguiendo la tradición familiar, en Skopje y Carolina del Norte, simultaneando esa formación con estudios de derecho que convalidó a su vuelta a España. Excombatiente por cuenta de una contrata de seguridad en varios conflictos armados y, en la actualidad, abogado en ejercicio con despacho abierto en Madrid y especializado en derecho militar internacional. Eso es todo. Un tipo duro que trabaja como abogado. Recursos y conocimientos suficientes para defenderse. Tal vez también para defenderla a ella.

Para Alicia pensar en él es sentirse segura, arropada por el abrazo cálido que irradia cada una de sus palabras, navegar en un torrente de amor sin posibilidad de controlar la deriva de un barco que la lleva, lo quiera o no, hacia una isla donde solo habita Aníbal. Alicia sabe que está completamente enamorada, que lo estuvo en su momento sin atreverse a vencer las reservas que le imponía su juventud, y que ha bastado con tenerlo cerca para volver a sentirse totalmente inundada por él. Sí, no tiene la menor duda de que la ama tanto como ella lo ama a él y, siendo así, no hay razón que justifique desconfiar de quien solo puede querer lo mejor para ella. A su vuelta, extremará las precauciones con respecto a su hermano y procurará que Ferrán no tenga posibilidad de convertirse en una amenaza.

Los correos que recibe de Aníbal en el transcurso de su estancia en los Estados Unidos, no hacen sino ilusionarla más. Con cada nueva carta, el sentimiento hacia él se hace más y más fuerte, hasta llegar a un punto en que, no importándole nada más, descansar recostada en su pecho se convierte en la única razón verdaderamente importante para volver. Solo espera que pase rápido el tiempo para que llegue pronto la tarde del miércoles.

—Bienvenida, señorita Silas —Sorpresa. Ferrán la espera con el coche de empresa a su llegada al aeropuerto—. Me envía el Señor Silas para que la lleve directamente a CyberAct. —La mirada torva del chofer la recorre de arriba abajo y le provoca escalofríos. Nunca le ha gustado ese hombre que, por el contrario, es uno de los empleados favoritos de su hermano.

—Recoge las maletas, Ferrán, y llévalas a mi despacho. Que mi secretaria se haga cargo de ellas hasta mi llegada. Tengo un asunto urgente que resolver. Dile a Caín que estaré por allí enseguida y que iré a verlo en cuanto llegue —Alicia ha pensado que, si es cierto lo que dice Aníbal, no es buena idea meterse en un coche a solas con ese tipo—. Cogeré un taxi.

Desde el aeropuerto a su casa apenas se tardan veinte minutos una tarde de domingo como esa. Ha decidido que, a partir de ahora, irá siempre armada. En la caja fuerte tiene un revolver Taurus 85 que guarda en su bolso para que la libre de todo mal. Se ducha, se cambia de ropa y

sale hacia la empresa que está solo a quince minutos andando desde su casa. Caín la recibe inmediatamente, parece estar ansioso por hablar con ella y, tras las frases protocolarias de saludo, sin interesarse en lo más mínimo por el resultado de su viaje, pasa a relatarle las novedades con respecto al asunto de los Árboles.

—Durante tu ausencia he hecho que Liberto investigara al tipo que aparece en la foto de Dora. No hemos conseguido gran cosa, la verdad. Solo puedo decirte que se trata de un abogado con pasado militar, al parecer con experiencia de combate, y que no hemos encontrado relación alguna con ninguno de los grupos de profesionales que se dedican a dar matarile a la gente. No parece un sicario al uso —dice mientras le alarga un *dossier* que a la fuerza tiene que ser idéntico al que ella también maneja. Al parecer, Liberto no le ha dicho nada al respecto—. Es evidente que no trabaja solo, pero, incluso sabiendo esto, hemos sido incapaces de enmarcarlo en ninguna organización. Ali, esto es muy importante, recuerda que nuestras vidas están en juego, ¿estás segura de que no conoces de nada a ese tipo?

—Ya te contesté a esa pregunta, Caín, cuando me enseñaste su foto en casa de mamá. Jamás lo he visto. Es un hombre bastante atractivo —dice como si la frivolidad pudiera restar gravedad al gesto de su rostro—, seguramente lo recordaría. ¿Debería conocerlo?

—No, no. Sencillamente creo que es posible que haya estado cerca de nosotros en algún momento. Por mi parte, no logro recordarlo. Sabes que nunca olvido una cara. Te insisto para que hagas memoria. Si ya nos lo hemos cruzado, sería muy importante saber en qué contexto y con qué excusa se acercó a nosotros, a ti en este caso. Pero no importa. Haz memoria y si recuerdas algo, dímelo. Por cierto... He mandado a Ferrán al despacho del abogado y, aunque existe realmente, los vecinos le han informado de que jamás va nadie por allí. Huele a tapadera.

—Intentaré hacer memoria, pero ya te digo que lo recordaría de haberlo visto antes. Te informaré si me viene a la mente algo que pueda servir. De todas formas, si no lo has encontrado en su despacho supongo que lo habrás buscado en otros sitios. No sé, tendrá algún domicilio, familia, algo o alguien que nos pueda llevar hasta él.

—Nada, Ali. Ni familia, ni tarjetas de crédito que monitorizar, ni líneas de teléfono a su nombre, nada en el registro de la propiedad, tampoco había correspondencia en el buzón de su despacho. En fin, ese tipo es un fantasma, aunque sospecho que deberíamos buscarlo por aquí antes que en Madrid. Por cierto, se llama Aníbal Álvarez. No me lo habías preguntado.

—Sí, es verdad. No te lo había preguntado, pero es que me da igual cómo se llame. Lo único que me interesa es encontrarlo y acabar con él. Tengo que marcharme, Caín. Acabo de llegar, pero ya tenía agendada una reunión con la gente de Acceus, una consultora tecnológica muy prometedora. *The show must go on!*

—Estamos en contacto. Te informo o me informas si hay novedades. Oye, por cierto. Se me olvidaba... ¿Irás a comer a casa de mamá el miércoles? Acuérdate que habíamos quedado con ella.

—Por supuesto, Caín. Allí estaré. Ya no podemos permitirnos fallarle. Quién sabe, está tan mayor que cualquiera puede ser la última oportunidad que tengamos de verla con vida. Es tardísimo —dice Alicia mirando su reloj—. En serio, tengo que marcharme ya. Luego hablamos.

La mira mientras abandona su despacho disfrutando cada ondulación de su anatomía al andar hacia la puerta. Sentado detrás de su mesa, añora los días en que era el dueño y señor de esa chica, de su cuerpo y de su mente también. Daría lo que fuera por tenerla una vez más y sufrir por

ella, porque sabe que le está mintiendo. Abre uno de los cajones de su escritorio y saca un sobre que contiene varias fotografías en las que aparece Alicia acompañada por el tipo al que dice no haber visto en su vida. De entre todas, toma una en la que aparecen sentados uno frente al otro en una mesa del restaurante y que le resulta especialmente incómoda. Duele comprobar las miradas que se cruzan, congeladas en un instante de papel, que gritan a los cuatro vientos que no son unos desconocidos, que entre ellos hay una complicidad íntima imposible de ignorar estando en juego lo que está.

Álvarez tiene el encargo de acabar con toda su familia. Alicia lo sabe y lo protege. Eso solamente puede significar una cosa: Alicia y Aníbal son socios en esto. Tiene cierta lógica porque ella está luchando por distanciarse definitivamente de Caín, tiene ideas propias para CyberAct y un futuro brillante por delante, quién sabe si incluso avalada por los Árboles, para el que su hermano solo puede significar ya un obstáculo.

Con la mirada perdida en la puerta que ella acaba de atravesar, Caín piensa en que el próximo miércoles han quedado para comer. No quiere privar a su madre de estar con su hija, al fin y al cabo, lleva más de una semana sin verla y se merece tenerla a su lado una vez más. Aunque sea la última.

CAPÍTULO 22

parte 1

El cuerpo ya no da para tanto. El timbre del teléfono despierta a Liberto de un sueño inquieto, de no más de tres horas, después de una noche larga con dos de sus chicas favoritas. Ya no es solo la bebida y la edad, que no perdona, es que se empeña en ir con profesionales incansablemente buenas. La verdad es que las dos nenas de anoche le han dado una paliza como hacía tiempo que no recibía. Se siente orgulloso al haber comprobado una vez más que, para que todo funcione en él a la máxima potencia, no necesita pastillas azules sino chicas mulatas. Lo que le jode es dormir tan poco, luego se pasa el día hecho añicos.

La pantalla del móvil insiste en mostrarle un número entrante de esos que son interminablemente largos.

—¡Dígame! —contesta de mal humor— ¿Qué coño pasa? —Al otro lado del auricular, por un momento, solo se escucha el silencio y después, como con miedo, una voz de mujer joven por fin habla:

—¿Liberto San Juan? Le llamo de la Fundación Árboles. El señor Olivares desea hablar con usted. Espere un segundo, en seguida le paso.

Por alguna razón, escuchar el nombre del viejo lo espabila de golpe. Tiene la boca completamente seca, necesita beber algo, aunque sea agua. Se dirige a la cocina con el teléfono pegado a la oreja y se sirve un gran vaso que no llega a beberse porque Olivares comienza a hablar.

—Buenos días, señor San Juan. Le llamo porque tengo novedades importantes que compartir con usted. Perdone, mi descortesía no tiene remedio. ¿Va todo bien? Espero que encuentre satisfactorias las últimas aportaciones que hemos hecho a su ya no tan pequeño negocio —el puñetero viejo siempre intentando disfrazar el recordatorio constante de cuánto le debe RedLiber—. Estoy seguro de que sí.

—Claro que sí, señor Olivares —hace una pausa para beber porque teme que, al hablar, el aire acabe por cuartearle del todo la garganta—. Gracias por todo. ¿Qué tipo de novedades son esas?

—Oh, tal vez debería ser yo quien le hiciera esa pregunta. No alcanzo a entender cómo es posible que no nos haya informado del problema que tiene planteado. Su socio, el señor Álvarez se ha enamorado de su objetivo, de Alicia Silas. Por favor, no me diga que no lo sabía porque sería una señal indudable de que nos equivocamos al confiar en usted.

—Debí suponer que terminarían por enterarse —responde con serenidad—. Es cierto, mi hombre se ha enamorado de ella. Yo no lo sabía, pero resultó que se conocían desde hace años y, bueno, ha cometido el error de contactar con Alicia impulsado por la enfermedad esa que llaman amor. De todas formas, confío plenamente en Aníbal. Es un auténtico profesional que sabe cuáles son sus obligaciones y siempre cumple escrupulosamente con las instrucciones que recibe. Estoy tranquilo al respecto; a pesar de todo y aunque le costara la condena eterna, si tiene que eliminarla, lo hará.

—Verá, Liberto. Quizá usted no lo crea, pero la, digamos... pequeña estupidez que ha cometido su activo compromete las nuevas directrices que pretendo darle. La situación con

respecto a la señorita Silas ha sufrido una ligera variación. No puede seguir contando con él para cumplir con el nuevo encargo porque no creo que pudiera someterla a los rigores de un interrogatorio en toda la crudeza de los métodos que seguramente habrá que emplear con ella.

»Le voy a explicar con trazos básicos los motivos por los que se ha tomado esta decisión que bajo ninguna circunstancia implica, quiero que esto le quede bien claro, que el resto de operaciones que incluye el acuerdo que mantenemos, dejen de existir. Sencillamente, lo posponemos hasta que se den las circunstancias adecuadas.

»Como sabe, Alicia Silas acaba de celebrar una ronda de reuniones con empresas especializadas en desarrollo de *software* en Los Ángeles. El caso es que, entre las muchas compañías que se han visto con ella, hay una, llamada *Sun Software*, que resulta especialmente atractiva para nuestros intereses, que como usted conoce son de lo más variado. Se trata de un grupo de chavales de Silicon Valley con los que Alicia lleva trabajando en secreto, ni siquiera Caín está al tanto de ello, casi un año. Estos chicos se han entretenido en desarrollar un conjunto de aplicaciones específicas para usos militares o relacionados con la seguridad nacional en *smartphones*. La idea es encontrar herramientas que sean de utilidad para el usuario final que, en este caso, será el soldado de los rangos más bajos del escalafón militar. Lo que puedo decirle es que se trata de una visión, absolutamente innovadora, que supone una transformación en el enfoque técnico y en el proceso de desarrollo de aplicaciones que supera las limitaciones de las actuales y que permitirá dotar a los militares de capacidades de vanguardia en tecnologías de dispositivos móviles. A saber, equipos avanzados de comunicación y navegación por satélite, interfaces de usuario para manejar vehículos a distancia o herramientas para hacer cálculos balísticos de francotirador, junto a traductores hablados o escritos, aplicaciones para recepción de imágenes fotográficas o de vídeo e incluso informes de inteligencia desde aviones de reconocimiento. Todo servido al teléfono del soldado en tiempo real. Pero eso es todo cuanto sabemos. Cero detalles.

»La cuestión, Liberto, es que nuestra Ali hace tiempo que tiene sus propios planes para CyberAct y este tipo de *software* puede ser la clave para que consiga destronar de una vez por todas a su hermano. La niña ha conseguido lo que nadie hasta ahora: interesar a determinados actores internacionales en la firma de un acuerdo para, conjuntamente, poner en servicio las primeras de ese tipo de aplicaciones, entre ellos alguno de los clientes de K-Focus. Eso, en este momento, no nos conviene en absoluto.

»Naturalmente, nuestros socios estadounidenses, que ya intentaron sin éxito hacerse con la propiedad de *Sun Software*, no pueden consentir que esta tecnología llegue al mercado —sin ser ellos los que estén detrás, claro está—. Sabemos que el *alma mater* de todo este asunto es la propia Alicia y que los desarrolladores son meras herramientas técnicas que ejecutan las ideas que nacen en su cabecita privilegiada. Necesitamos conocer en detalle los pormenores del proyecto, las ventajas de su aplicación a proyectos existentes, la naturaleza de las innovaciones que plantea, todo. Y por supuesto, cuando obtengamos la información, descabezar el programa eliminando a la chica.

»Así que, tome nota de esto, su nuevo cometido consiste en capturar a Alicia Silas y extraer de ella cuanto pueda resultarnos de interés. Para los interrogatorios contará con el saber hacer de Austin Kleber, creo que ustedes son viejos conocidos. Después, sencillamente, desháganse de ella. En el fondo, la naturaleza del encargo permanece inalterable. La única diferencia es que

nuestros amigos americanos necesitan que se lleve a cabo inmediatamente, seguramente el tiempo sea una cuestión clave en la defensa de sus intereses. Tiene cuarenta y ocho horas para llevar a cabo este cometido en todos sus términos.

—¿Kleber? ¿Ese enano nazi y cabrón todavía está en activo? Me sorprende incluso que siga vivo. ¿Qué edad debe tener, ochenta años?

—Austin Kleber ha sido durante toda su vida uno de nuestros más valiosos colaboradores. Sí, es cierto, ya tiene una edad avanzada, pero sigue siendo capaz de introducir su brazo por el recto de cualquiera para retorcerle las tripas desde dentro. Esa técnica me impresiona. En cierta ocasión tuve la oportunidad de comprobar personalmente su pericia en ella. Muy desagradable, pero realmente efectiva a la hora de hacer sufrir a cualquiera. ¿Sabía usted que, en la correcta aplicación de ese método, solo tiene una persona como competencia? Porque claro, lo verdaderamente meritorio es conseguir que el torturado no muera inmediatamente.

—Sí, la conozco. Clarita Chacón, es una pandillera de la mara salvatrucha de San Salvador. Era aterrador ver con qué indiferencia usaba sus bracitos para esos menesteres con solo catorce años. —Por un momento vuelve a la selva para ver su carita de niña, aparentemente indefensa, descompuesta por la maldad mientras disfruta martirizando a un coronel colombiano—. En fin, a ver si le he entendido bien. Se trata de capturar a la Silas, llevarla a algún lugar del que supongo se me informará, extraer de ella la información, eliminarla y deshacernos después del cuerpo. ¿No es así?

—Lo ha entendido bien. Hay, sin embargo, otra consideración que deberá tener en cuenta. Sé que es usted un hombre con cierto potencial económico. Muchos lo considerarían rico. También sé que su fortuna está directamente relacionada con el éxito de RedLiber, como no podía ser de otro modo, y que sus servicios, no solo en este caso sino en muchos otros, son realmente valiosos para nuestros fines. Estoy seguro de que todos queremos que eso siga siendo así y para eso es imprescindible que podamos tener la seguridad de que su organización es absolutamente sólida. Deshágase también de Aníbal.

—¿Cómo dice? Eso es innegociable. Aníbal es como un hijo para mí. ¡Maldito cabrón! No piense ni por un momento que voy a consentirlo, mucho menos a quitarlo de en medio personalmente.

—Liberto, entiendo su postura de partida, pero sé que es usted un profesional. Debe mantener la cabeza fría y entender que ese hombre es una amenaza para su posición actual y para los planes de futuro de su empresa. Un soldado en el que no puedes confiar hará, más tarde o más temprano, que te maten. En cualquier caso, esto es una decisión tomada. Si prefiere no ser usted quien la lleve a cabo, nosotros nos encargaremos de ejecutarla de la manera más desagradable posible para su chico y, por supuesto, destruiremos todo su negocio del mismo modo en que lo hemos creado. Estoy seguro de que recapacitará y entenderá el razonamiento que le hago y la necesidad de una organización sin fisuras de ningún tipo.

—¿Es usted el mayor hijo de puta que he conocido! ¡Y he conocido a muchos, se lo aseguro!

—Ya, ya. Yo diría de mí mismo, más bien, que no me tiembla el pulso a la hora de tomar decisiones, pero si prefiere llamar a eso ser hijo de puta, no seré yo quien se lo afee.

»Por último, tiene que saber que creemos que el mejor momento para llevar a cabo el operativo es mañana miércoles. La parejita se comunica a través de dos números de teléfono que suponen seguros, desconocidos para el resto del mundo. Por supuesto, hace tiempo que los

hemos intervenido y sabemos que van a verse en un local llamado El Reloj, sobre las seis de la tarde. ¿Lo conoce usted, Liberto? Hemos dispuesto un pequeño equipo compuesto por cuatro hombres muy experimentados que dirigirá usted. Yo mismo acudiré a la cita para supervisarlos todo. Por favor, no se complique. Ejecute el plan tal y como lo recibirá en su correo electrónico y las cosas continuarán su marcha de la manera más satisfactoria para todo el mundo. Tengo que dejarle. Buenos días, señor San Juan. Hasta mañana.

Tiene el alma helada y teme que este golpe la quiebre en mil pedazos. Su sentido del deber no tiene nada que decir ante la orden recibida porque no hay nada digno en ella que le obligue a considerarla como una obligación. Secuestrar, torturar de la peor de las formas y después matar a una chica, por más que sea una alimaña peligrosa, no es su ideal de cómo abordar el problema que se le plantea, pero, si es absolutamente imprescindible, lo hará.

En cuanto a Aníbal, supo desde que habló con él que la torpeza de sus actos podría terminar por tener consecuencias. Joder, se supone que es un profesional. Debería saber cómo funciona este trabajo y que no suelen tolerarse ese tipo de errores. De todas formas, para Liberto eliminar al chico no es una opción. Salvo que después de hablar con él no se avenga a razones, en cuyo caso se vería obligado a tomar una decisión al respecto. Solo espera que no sea necesario.

CAPÍTULO 22

parte 2

Cuando, apenas una hora más tarde, vuelve a sonar el teléfono, le viene a la mente el azulejo que hay en muchas tabernas de la ciudad: «Hace un día precioso. Verás cómo viene un cabrón y lo jode». Es Ferrán.

—Liberto, tenemos que vernos —este no se molesta ni en dar los buenos días—. El señor Silas me ha encargado que te recoja y que vayamos al local. Nos espera allí en una hora. ¿Paso a por ti en cuarenta minutos?

—Joder. Siempre con las putas prisas. Todo tiene que ser ya. Pues claro, pásate cuando quieras. Estaré listo en cinco minutos. ¿Alguna idea de qué es lo quiere Caín de nosotros con tanta urgencia?

—Ni idea. Bueno, creo que tiene que ver con Alicia, pero no me hagas mucho caso, es solo una intuición. En realidad, no me ha dicho nada. Lo que pasa es que últimamente todo lo que tiene para mí está relacionado con ella y supongo que esto también lo estará. Paso a por ti en un rato, te doy un toque al móvil cuando esté llegando y me esperas en la puerta de tu casa.

—¡Qué poco me gusta este tío! —dice en voz alta cuando finaliza la llamada. No se conocían hasta que RedLiber se hizo cargo de la seguridad de la empresa de forma integral. Caín se lo presentó, en principio, como un colaborador del que podía disponer para trabajos delicados. Ferrán lo acompañó en varios de los encargos de secuestro que acababan, invariablemente, en el local del pasaje. Las miradas que dedicaba a sus víctimas, mientras les inyectaba el sedante para dejarlos allí, atados y amordazados, eran feroces como si estuviera ansioso por explicar a los pobres tipos lo que les iba a ocurrir y no pudiera hacerlo.

En cierta ocasión, bastante bebido y como el que no quiere la cosa, acabó por contarle algunas lindezas de su pasado. Resultó ser médico neurólogo y disponer de una amplísima experiencia militar adquirida en su mayor parte con el bando serbio en la guerra de la antigua Yugoslavia, aunque después, según relató, sus habilidades fueron de gran utilidad para varias organizaciones con necesidades muy concretas en el campo de la inteligencia. Israel, China, Korea del Norte... un gran número de encargos y patronos. Hasta que Caín lo reclutó para servir con su pericia en determinados eventos, muy exclusivos, que se celebraban en el Xapar. Su trabajo resultó ser tan satisfactorio que terminó por contratarle como conductor con el único objetivo de tenerlo a su disposición en cualquier momento. Su conocimiento del sistema nervioso, de las mil maneras en que se puede trabajar con él, es su mejor cualidad y Caín la valora adecuadamente. Sí, Ferrán disfruta con lo que hace. Otro genuino hijo de puta suelto.

Cuando llegan al local ya les está esperando el jefe delante de la entrada. Al verlos llegar por el pasaje, hace una seña con el brazo indicándoles que pasen dentro y se pierde por la puerta que deja abierta.

—Buenos días, a los dos. Acompañadme, por favor. Tú, Ferrán, ya conoces esto, pero Liberto no lo ha visto todo todavía. —Mientras habla bajan todos al pequeño sótano del inmueble. Caín teclea una combinación en el panel de la puerta que hay en él. Liberto, completamente en silencio, se dice a sí mismo que por fin va a descubrir lo que tantas veces se ha preguntado: qué hay detrás de esa puerta. Cuando llegan a la sala de tortura no puede evitar

que se le revuelva el estómago. Ese cabrón tiene, perfectamente montado, un lugar exclusivamente para el disfrute de su personalidad psicopática y Ferrán ya lo conoce. Empezamos mal, piensa.

—Bueno, vamos al grano porque no tengo demasiado tiempo. Empezaré por pedirte perdón, Liberto. Me he tomado la libertad de encargar a Ferrán algunas acciones obviando que yo mismo te he puesto al mando de la supervisión de las actividades de mi hermana. Lo siento, hace mucho tiempo que confío en él para determinados asuntos que no estoy seguro de que tú apruebes. No podía arriesgarme a que me fallaras.

»El caso es que Ferrán ha estado siguiendo a Ali mientras tú investigabas a Aníbal. Liberto, tengo pruebas de que ella y el abogado trabajan juntos. Estoy convencido de que vienen a por mí y que, sea lo que sea que piensen hacer, es inminente —dice arrojando sobre la mesa de cristal las fotografías de su encuentro—. También hemos colocado micrófonos en su despacho y en su casa, suficiente para tener conocimiento de que tienen previsto encontrarse mañana en un bar que hay cerca de la casa de mi madre, supongo que aprovechando que tenemos reunión familiar a la hora de comer. Han quedado a las seis —Liberto no puede creerlo. Si estos dos hubieran puesto un anuncio en la prensa avisando de que se iban a ver, diciendo cuándo y dónde, lo sabría menos gente—. Sé, porque es mi obligación saberlo y porque tengo contactos en Estados Unidos, que mi hermana hace tiempo que planea asumir el control de CyberAct liderando una batería de nuevos desarrollos de aplicación en defensa y creo que la Fundación Árboles trabaja con ella en ese sentido. Quiero saberlo todo, hay demasiadas cosas en juego como para que seamos considerados a estas alturas.

»Mañana, a las seis de la tarde, estaréis esperándolos en el lugar de la cita. Matadlo a él y traed a Ali aquí mismo. Yo no estaré, pero confío en ti, Liberto. Asegúrate de hacer lo que te digo y deja que sea Ferrán quien se quede a solas con ella, ya tiene instrucciones precisas sobre la información que necesitamos obtener —Mientras habla mira al chofer con una sonrisa entre triste y cómplice que el otro le devuelve con un aire de satisfacción—. Estoy seguro de que disfrutará el encargo. Cuando termines, Ferrán, deshazte de ella inmediatamente. Ya sabes, llévatela a San Román y sigue el procedimiento habitual. ¿Alguna duda?, ¿algún problema?

—Todos esos tipos que hemos estado trayendo aquí durante este tiempo. ¿también han acabado en tus manos, Ferrán? —No necesita oír la respuesta en realidad, pero la visión de la sala y de la silla sobre el desagüe le obligan a pensar en que ha sido cómplice de algo más que de secuestro. Siempre pensó que se trataba de simples ajustes de cuentas, asuntos de negocios, que Caín resolvería como mejor creyera oportuno, y cuyo final no era de su incumbencia. Ahora que lo piensa, no sabe por qué le extraña. Al fin y al cabo, siempre ha sabido con quién estaba tratando.

—Liberto, te he hecho bajar aquí por dos motivos. El primero es que compruebes el equipo que utilizaréis mañana. Alicia no será problema, pero el abogado irá armado con casi total seguridad —Obviando que la pregunta iba dirigida a Ferrán, es Caín quien responde. Se ha colocado junto a un contenedor de plástico que abre para mostrar que, si algo falla en la operación, no será por falta de armas de todo tipo—. Os acompañarán dos tipos de confianza, Ferrán te los presentará mañana. Supongo que cuatro hombres serán más que suficientes para el encargo.

»La segunda cuestión por la que estás aquí —dice apoyando ahora su mano sobre el hombro

derecho de Liberto— es porque has demostrado con creces que tú y tu empresa podéis jugar un papel importante en el despegue definitivo de CyberAct hacia la posición que le corresponde ocupar como una de las más grandes multinacionales del sector en el mundo. Para terminar de confiar en ti, creo que nada mejor que exponerte en toda su crudeza hasta dónde podemos llegar en nuestro propósito de avanzar inexorablemente hacia el liderazgo. Esta, querido amigo, es solo una de nuestras instalaciones. Conocerás más sitios como este y otros destinados a nuevos menesteres, pero necesito saber que estás de acuerdo con nuestros objetivos, con nuestros métodos, y que cuento con tu lealtad.

»La cuestión que le plantea solo admite una respuesta. Tendría que estar loco para hacer algo distinto encerrado con dos psicópatas en un sótano del que nadie conoce la existencia.

—Naturalmente, Caín. Cuenta conmigo y con los recursos que pueda aportar RedLiber.

—¡Todo claro, entonces! ¡Ah! Una última cosa Ferrán. Trae luego esa chiquita que me gusta tanto. ¿Eva, se llamaba? Sí, trae a Eva. Tengo previsto que pasemos juntos la noche, incluso es posible que ella continúe por aquí mañana cuando traigas a Ali. Si puede servirte para algo la preciosa Eva, siéntete libre de disponer de ella, por favor.

»Lo que me ha hecho mi hermana no tiene justificación posible. Que sufra, que sufra mucho Ferrán y, sobre todo, no la mates hasta que no tengas toda la información. ¿Me has entendido? No quiero que te pases y muera antes de tiempo. Sin tener claros en todos sus términos los pormenores que te pido que saques de ella, su muerte no me sirve de nada.

CAPÍTULO 22

parte 3

Liberto no da crédito a lo que está ocurriendo, pero sabe que estas cosas pasan. Hasta ahora no le había sucedido nada parecido a él personalmente, no obstante, sabe que sí, que son cosas que pasan. El análisis de la situación es de auténtica locura. De manera que tiene dos encargos, realizados por organizaciones enfrentadas, para cometer el mismo atentado. Las dos quieren secuestrar, torturar y extraer la información que vive en la cabecita de la niña Alicia y que, una vez conseguida, se deshaga de ella sin miramientos. Las dos quieren, igualmente, que aparte definitivamente del mundo de los vivos a su pupilo, al chico que ha sido para él lo más parecido a un hijo que ha tenido en la vida. Y, por si todo esto fuera poca coincidencia, tiene órdenes de hacerlo, para una y otra organización, el mismo día, a la misma hora, en el mismo sitio y con dos equipos de hombres armados hasta los dientes que no saben la que se va a montar allí. Liberto todavía es ajeno a que el día le depara una sorpresa definitiva.

—Alicia, ¿cómo estás? Supongo que todo bien en el vuelo de vuelta, ¿verdad? —Son poco más de las cinco de la tarde del martes cuando Alicia recibe una llamada desde San Francisco, California. Es Mike Gómez, compañero de estudios en Harvard, propietario de MGF Lawyers y asesor legal de Blackwater.

—¡Mike! Siempre es una alegría hablar contigo. Todo bien, el vuelo y yo. Dime que me llamas para contarme algo interesante.

—Claro. Tú, como siempre, directa al grano. Pues sí, tengo algo que contarte. He hecho algunas averiguaciones en la academia de Blackwater con respecto a tu amigo. Al parecer fue un alumno brillante que llegó procedente de otra academia, la ISA de Macedonia, tal y como me comentaste tú. Durante su estancia en Blackwater, afianzó los conocimientos militares que ya tenía y adquirió competencias que hicieron de él un especialista realmente preparado para desempeñar su trabajo como activo de campo, tanto de combate como de inteligencia. Cuando terminó su formación aquí, en el centro, fue incluido en un equipo que realizó varios trabajos en Afganistán, Siria, Egipto, Colombia y Bolivia, a las órdenes de la propia C.I.A. y del ejército de Estados Unidos. Aníbal era muy joven, pero su rendimiento sobre el campo de operaciones se califica aquí de excelente, muy por encima de la media. He hablado personalmente con Evan Taylor, su comandante en Somalia, y me cuenta que en todos los años que lleva con la empresa realizando servicios por todo el mundo, no había visto nunca un tipo tan eficaz. Al parecer lo tiene todo: dotes de mando, inteligencia, capacidad estratégica, valor, es un combatiente feroz muy preparado físicamente y especialmente hábil con las armas. Como punto en contra, Taylor me comenta que su tendencia a pensar por sí mismo puede acabar jugándole una mala pasada. Y ya está, es todo lo que te puedo decir. Básicamente es lo mismo que ya sabías, ¿no?

—Bueno, sí. No tenía detalles, pero sí, sabía que es un militar muy preparado. Todo eso está muy bien pero no me dices nada de lo que realmente quería saber cuando te pedí que me ayudaras. ¿Cómo diablos se las compone un chaval tan joven para entrar en un proceso de formación tan exhaustivo, exclusivo y caro, nada menos que con el primer contratista de seguridad del mundo?

—¡Ah, sí! Eso. Pues al parecer todo el proceso de admisión fue gestionado por una firma

legal que es competencia directa mía, Smith & Clever. Imposible obtener de ellos la más mínima información si no fuera porque con ellos trabaja una antigua secretaria y novia mía. Tú la conoces, Evelyn. ¿Te acuerdas de Evelyn? ¡Joder, qué buena está! Perdona, desvarío. El caso es que todo el proceso de admisión y formación de Álvarez se inició por orden directa de uno de los mayores y mejores clientes del despacho a nivel mundial: tu amigo Juan Manuel Olivares. ¿Qué te parece? Ali, ten cuidado con este asunto. No sé muy bien adónde quieres llegar con todo este tema, pero si Olivares está metido en él, toda precaución es poca. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Joder! Gracias, Mike. No te preocupes, lo tengo todo controlado. ¿Has averiguado algo con respecto al asunto de para quién ha trabajado Aníbal desde que salió de la órbita de Blackwater?

—Estoy en ello, Ali. En cuanto tenga datos concretos te vuelvo a llamar. Dame un par de días o tres, a lo sumo. Ya tengo gente investigando. Oye, tengo que dejarte. Cuídate mucho y llama de vez en cuando, aunque solo sea para charlar, que no todo tiene por qué ser trabajo, mujer. Un beso. Adiós.

Que Aníbal tenga relación directa con Olivares es la peor de las noticias para Alicia, pues sabe que esa relación y todo lo que está pasando en su vida en este momento no pueden ser hechos inconexos. Sus piernas, aquejadas de repente de una debilidad extrema, la obligan a sentarse en una silla que hay frente al ventanal de su despacho. Con la mirada perdida entre la gente que deambula por la plaza, una lágrima solitaria sella el hecho ya innegable de que Caín tiene razón: se ha enamorado de un hombre que tiene orden de asesinarla y que piensa hacerlo. Con el alma rota en pedazos, es consciente de que solo puede tomar una decisión y levanta el auricular de su teléfono para ordenar a su secretaria que busque a Liberto y lo haga acudir inmediatamente a su despacho.

—Cierra la puerta, Liberto. Pasa y siéntate, por favor. —Él, que por poco tiene un infarto cuando ha recibido la llamada de la mujer a la que todos quieren que mate, ha tardado apenas media hora en aparecer por el despacho de Ali.

—¿Qué pasa, Alicia? ¿Hay algún problema? —Aunque sabe que hay más de uno, algo en el rostro abatido de la chica le dice que le queda por conocer otro más. Cuando ella le cuenta lo que acaba de conocer con respecto a Aníbal, se pregunta si el guionista de su vida se ha vuelto loco de repente.

—De modo, Liberto, que la única certeza que tengo es que ese hombre trabaja para un tipo que hace años que quiere vernos muertos a todos los Silas y que mi hermano me asegura que pertenece a un grupo de operaciones especiales que tiene encargo directo de los Árboles en el mismo sentido. No me queda otro remedio que actuar en legítima defensa.

»Necesito que me ayudes a encargarme de él sin que Caín llegue a saberlo nunca. No quiero que sea mi hermano quien lo haga porque me temo que su muerte no sería rápida. Hago esto en defensa de mi propia vida, pero no estoy dispuesta a permitir que se ensañen con Aníbal.

»Mañana, a las seis de la tarde, estoy citada con él en un bar llamado El Reloj. Supongo que sabes dónde está —Liberto asiente con la cabeza. Como para no saberlo a estas alturas—. No creo que intente nada contra mí en público, pero tú estarás por allí, por si acaso. Voy a invitarlo a mi casa, estoy segura de que aceptará. Cuando salgamos, síguenos, iremos dando un paseo. Voy armada, Liberto, quiero ser yo personalmente quien termine el trabajo en los soportales de

la Plaza Mayor. Tu labor será la de darme apoyo por si lo necesito. Una vez hecho, desaparece rápidamente. No quiero problemas, ven solo. Fácil, rápido y limpio. ¿Algún problema?

—¿Que si tengo algún problema yo? No Alicia, no. Yo no tengo ningún problema.

CAPÍTULO 23

parte 1

A primera hora de la mañana del miércoles, completamente estupefacto por la precipitación de los acontecimientos, Aníbal escucha a Liberto creyendo a duras penas todo lo que le está contando. A pesar de la montaña de problemas que le plantea y de que sabe que le dice la verdad, lo único que le importa es lo que asegura en cuanto a la determinación de Alicia con respecto a él.

—Liberto, no sé qué pensar. Confío en ti por encima de cualquier otra cosa, pero necesito estar seguro de lo que dices que pretende Ali —habla noqueado como el boxeador que acaba de besar la lona—. No te ofendas, sencillamente me niego a creerlo. No es posible, siento que me quiere tanto como la quiero yo y por más que insistas no la veo disparándome a la nuca. Tengo que hablar con ella. Espera un segundo, la voy a llamar... ¿Dónde coño está mi teléfono?

De alguna manera siempre supo que no tendría manera de evitarle el mal trago. Liberto, sentado frente a él en un sillón de su casa, no dice nada, sencillamente pone encima de la mesa que hay entre ambos una grabadora y pulsa el *play*. Ya no hay posibilidad de duda. Cuando la voz de Alicia explica a la mente confundida de Aníbal cuáles son sus planes para él, se derrumba sobre el respaldo del sillón como impactado por un camión. Liberto apaga el aparato y permanece en silencio, mirándolo, en espera de que termine de digerir la cruda realidad de la situación. Todos, incluida su chica, quieren verlo muerto lo antes posible.

Ha dejado transcurrir casi un minuto, pero el chico no da señales de asumir la magnitud del problema y continúa inmerso, inmóvil, en sus pensamientos.

—Vamos, Aníbal, vamos. Ya sé que es un palo enorme para ti. Pero, ¿qué cojones esperabas? Chico esto no es *Instinto Básico*, no vais a acabar follando como leones, teniendo enanos y siendo felices para siempre. ¡Deberías haberlo sabido, joder! ¡Venga, espabila que tenemos mucho trabajo! —dice poniéndose en pie y trayendo dos cervezas del frigorífico.

Aníbal reacciona lentamente y termina por reconocerse a sí mismo que, efectivamente, su corazón le ha jugado una mala pasada. Ha sido entrenado para superar lo afectivo en caso de que se interponga entre su capacidad operativa y el objetivo de su misión. Pensó que podría saltarse las reglas de oro que tiene su profesión, que podría encontrar un modo de rodearlas, pero no es verdad. Tiene que hacer un esfuerzo por sobreponerse y entender que es urgente tomar decisiones, y así lo hace.

—Liberto, entiendo que estés preocupado por mi actitud. Perdóname. Sé que me advertiste, debería haberte hecho caso —su voz suena vacilante al principio, pero se rehace conforme va pronunciando palabras—. Tenemos que encontrar una solución a este embrollo, pero prométeme que ella no acabará en manos de Kleber o de Ferrán.

No conoce a esos sujetos salvo por las muy terribles referencias que le ha dado Liberto. Aunque quizá fuera una poética manera de hacer justicia a tanta gente que ha sufrido por sus actos, no quiere que Alicia pase por eso. No soporta la idea de su precioso cuerpo mancillado por las manos de una bestia sedienta de dolor. —Es más, Liberto, yo me encargo de ella. Déjalo de mi cuenta.

—¿Estás seguro, chico? Si no me hiciste caso antes, ahora ya no te queda más remedio que

atenerte exactamente a lo que yo te diga. No puedes fallar a última hora. Si no eliminas a Alicia, todo se irá al carajo. Lo sabes, ¿no?

—No te preocupes, estoy bien. —Por alguna razón, Liberto lo cree. Tal vez sea porque sus ojos brillan otra vez como el comando eficaz que siempre ha sido.

—Bueno, veamos. En un rato voy a encontrarme con la gente de Caín, a repartir los hierros y a ultimar los detalles para esta tarde. Los tíos de Olivares llegan con él a mediodía, también los veré y les explicaré los detalles del operativo. Ayer visité El Reloj. Es un sitio pequeño, un bar corriente con una barra, mesas y sillas y una zona reservada, que no se ve desde el resto del local, que utilizan las parejitas para tener más intimidad. Solo hay una camarera y se puede parar un coche en la puerta, aunque sea en doble fila. La verdad es que, desde el punto de vista que nos interesa, el sitio nos brinda una oportunidad de salir de esta. Aprovechémosla.

Te explicaré cómo veo yo lo que va a pasar esta tarde.

CAPÍTULO 23

parte 2

Acabar con la vida de Ali ha sido lo más duro que ha tenido que hacer, probablemente no haya nada en el futuro que le resulte más difícil. Sabe que arrastrará de por vida el peso de la culpa de haber tenido que eliminarla así, en un triste callejón que apesta a vino sin tan siquiera tener la oportunidad de decirle una vez más cuánto ha llegado a amarla, que debería haber confiado en él, que jamás le hubiera hecho daño y que si le daba muerte de esa manera fulgurante solo era para evitar que otros más despiadados lo hicieran lentamente a base de martirizar su cuerpo y su mente. Sin embargo, el dolor y la pena que lo están ahogando deben ser controlados de inmediato. Su capacidad para sobreponerse a lo que acaba de hacer resulta ser la que se espera de alguien como él y, apenas cinco minutos después de su acción, deja el Citroën azul, con las llaves puestas, en un garaje cercano a El Reloj. Alguien enviado por Liberto lo sacará inmediatamente y, esa misma tarde, lo hará desaparecer para siempre.

En los aseos del parking, se lava la cara y las manos y se cambia la camisa manchada por la sangre de la mujer que amaba. Otra punzada de dolor le recorre el alma cuando mete la camisa en una bolsa de plástico y la guarda en una mochila deportiva. Pero es solo un momento. Su reflejo en el espejo le asegura que todo marcha como estaba previsto y que su aspecto es el correcto para un hombre que se dirige al encuentro de su chica para pasar la tarde con ella. Comprueba que su semiautomática está lista para trabajar y le hace un sitio en la cintura trasera del pantalón. Una chaqueta, el maletín que necesita y listo para aterrizar en el bar.

Desde la calle, a través de un amplio ventanal presidido por un enorme y antiguo reloj, puede ver al grupo de cuatro hombres que Olivares ha dispuesto para la operación. Ni demasiado jóvenes ni demasiado mayores, vestidos con ropa de *sport* y charlando animadamente sobre fútbol, están sentados en el interior del local, alrededor de una mesa cercana a la puerta. Liberto le envió una foto que le permite reconocer a dos de ellos. Menos mal, porque de otro modo los tipos podrían pasar, sin problema alguno, simplemente por un grupo de amigos que están tomando una copa. Unos metros más adelante, correctamente aparcado en una curva que hace la calle, hay un Mercedes todoterreno de color negro y dentro, en la parte trasera, puede distinguir la cabeza del patrono de la Fundación que no quiere perderse la tangana para asegurarse que el resultado del operativo dispuesto es el que necesita. ¡Qué hijo de puta el viejo desconfiado!

Aníbal entra en el local con decisión y da las buenas tardes a la camarera. Además de los pistoleros, hay una pareja sentada en una mesa situada en una esquina del local. Por lo demás están solos. Demasiado temprano para que el sitio esté lleno. Los cuatro tipos interrumpen por un segundo la conversación y lo marcan descaradamente con la mirada. Sabe que lo han reconocido con seguridad, los saluda cortésmente como se hace con los desconocidos, con un gesto de la cabeza, pero está seguro de que ninguno de los hombres que lo esperan hará nada contra él hasta que no aparezca Alicia.

Así las cosas, pide un gin-tonic en la barra y se refugia en la zona reservada del bar. Desde ahí no puede ver, pero tampoco puede ser visto por el grupo de asesinos. Es más, está seguro de que los tipos considerarán una suerte tenerlo controlado en un rincón apartado del que no puede escapar sin pasar junto a ellos. En ese sentido tienen razón, sin embargo, el ventanal que queda al

fondo le ofrece una visión completa de lo que ocurre en la calle y, por tanto, una ventaja definitiva. Solo queda esperar.

Cuando faltan diez minutos para las seis llega el momento de ponerse en marcha. Por el cristal observa cómo el coche de Ferrán se detiene en doble fila justo a la altura de la puerta de El Reloj y de él bajan el chofer, Liberto y otros dos tipos. Uno de ellos es para él un completo desconocido, el otro, en cambio, le suena. Probablemente lo haya visto en algún sitio durante este tiempo en que ha estado cerca de CyberAct. Desde su mesa observa cómo Liberto y el hombre que cree conocer se quedan rezagados. Su socio le susurra algo al oído y el sicario se dirige hacia el coche de Olivares empuñando un revólver que llevaba bajo la chaqueta. Liberto sabe que ha tenido suerte; no pueden ser vistos desde el todoterreno pues el trazado de la calle los sitúa en un ángulo muerto que protege su posición. Ferrán y el otro tipo entran en el local.

Todo termina en diez segundos. Los que acaban de entrar creen que Aníbal está a punto de llegar y se sorprenden cuando lo reconocen mientras sale del reservado, sin que lo adviertan los hombres de Olivares enfrascados otra vez en su discusión futbolera, apuntándoles con una pistola. Inmediatamente sacan sus armas automáticas sin saber que lo hacen en dirección a un grupo fuertemente armado. La reunión de los cuatro amigos sentados a una mesa explota como una bomba cuando, todos a una, como si la amenaza de los tipos que tienen enfrente hubiera sido una orden de acción, sacan la artillería y vuelan hacia el suelo disparando contra los hombres de Caín, que devuelven instintivamente la agresión olvidándose de Aníbal. Desde atrás lo tiene fácil, solo necesita hacer dos disparos. El primero atraviesa el cráneo de uno de los chicos de la Fundación, de forma que el proyectil sale justo por el centro de la cara, que queda así completamente destrozada. Tiene especial cuidado en alojar el segundo tiro en el vientre de Ferrán, el último de los sicarios aún en pie, que cae al suelo y se encoge sobre sí mismo aullando de dolor.

En el suelo hay seis hombres. Todos muertos, parece a simple vista, a excepción del torturador que trabaja de chofer. Aníbal se inclina sobre el tipo de la Fundación al que ha disparado, el que según Liberto se parece más físicamente a él. Sabe que como buen profesional no lleva documentación alguna que pueda dar una pista sobre su identidad, mete su propia cartera en el bolsillo trasero del pantalón y cambia el arma del cadáver por la que ha utilizado él. No necesita ni siquiera moverlo porque su situación, separada del resto de cuerpos, es la correcta. Casi parece que pasaba por allí.

Después se detiene un segundo junto a Ferrán y le sonríe con desprecio.

—Duele, ¿eh, cabrón? He podido matarte, pero tengo entendido que te gusta el dolor y quiero que lo disfrutes un momento. No te preocupes, vuelvo en un rato y te acabo de quitar la vida. — No tiene tiempo para más, aleja de un puntapié la Micro Uzi que portaba el tipo y tira al suelo con fuerza el maletín con que ha llegado al bar. Con el golpe este se abre, esparciendo alrededor varias bolsas transparentes que contienen en total casi dos kilos de cocaína pura. Un vistazo a la escena para confirmar que todo está como debe y sale corriendo hacia la calle.

Ni rastro de Liberto ni del vehículo de CyberAct, el muy cabrón ha desaparecido como tragado por la tierra, tal y como estaba previsto. El tío que cree conocer está de pie junto al coche, apuntando con su arma al viejo que hay dentro. De repente lo reconoce. Es Castro, un insignificante con vocación de matón, vigilante de seguridad de CyberAct, pretencioso y

miserable, que RedLiber tuvo que integrar en su plantilla cuando se hizo cargo del servicio en la empresa. No es compañero suyo, no es buena persona. Liberto tuvo que admitirlo por imposición de Caín Silas a pesar de tener numerosos antecedentes, incluida la pedofilia. No le cuesta nada dispararle a la sien, a menos de cinco metros como está, y verlo caer al suelo muerto antes de aterrizar. El muy gilipollas ni siquiera lo ha visto venir.

Aníbal ha llegado a la altura del Mercedes negro y mira a través de la ventanilla abierta. El viejo Olivares le devuelve la mirada, desafiante en el gesto, pero con voz temblorosa que desmiente su actitud, siempre chulesca. Está muerto de miedo.

—Gracias a Dios, Aníbal. Menos mal que ha llegado a tiempo. Ese hijo de puta me ha dicho que tenía orden de matarme a las seis menos cinco exactamente. ¡Joder y ya es la hora! Gracias, gracias. —Tiembla como una hoja, sin caer en la cuenta de que el hombre que tiene delante era hasta hace un momento su verdadero objetivo y sin preguntarse cómo diablos ha conseguido salir vivo escapando de sus hombres.

—¿Juan Manuel Olivares? Pero, ¿qué hace usted aquí? ¿Y por qué quería matarlo ese tipo? Joder, de buena nos hemos librado. Estaba esperando a una mujer en el bar y me he visto envuelto en un tiroteo del que he escapado de milagro. Es igual, ¿tiene usted las llaves del coche? Hay que largarse de aquí, ya tendremos tiempo de darnos explicaciones.

—Las... las llaves las tiene uno de mis hombres. Está dentro. Es el de mayor edad de un grupo de cuatro. —Al parecer, ni el escándalo de las mil balas disparadas ni el hecho de que acabe de ver ejecutar a un hombre junto a su coche, le dan una pista de lo que ha pasado. Seguramente sea el *shock*—. Pídaselas y dígalas que la acción queda suspendida y que regresen a su centro de operaciones. ¡Vámonos, vámonos de aquí cuanto antes!

—Señor Olivares. Dentro no queda nadie con vida. Espere un segundo, enseguida regreso. —Volviendo sobre sus pasos, Aníbal entra de nuevo en El Reloj.

Milagrosamente, la pareja que estaba sentada en una esquina del local está bien. Ambos permanecen en el suelo, abrazados y mirando hacia la pared contraria a la entrada. Cuando oyen los pasos de Aníbal, el hombre grita casi llorando:

—¡Por favor, nosotros no tenemos nada que ver en esto! Desde detrás de la barra, responde la camarera que también se pega al piso como una lapa:

—¡Ni yo tampoco, ni yo tampoco!

—¡No miréis! Como os volváis hacia mí os mato a todos. ¿Entendido? —Aníbal sonrío por ellos. A pesar de que nunca podrán olvidar esta tarde de mayo, algún día, cuando se les pase el susto, comprenderán que hoy han vuelto a nacer.

Las llaves del Mercedes están en el bolsillo del pantalón del tipo que ha señalado el viejo. Es hora de marcharse. Ferrán llora de dolor, retorciéndose sobre sí mismo. Antes de abandonar definitivamente El Reloj, se detiene junto a él y lo remata de un tiro en la cabeza. Después de todo, piensa, no hay nada digno en hacer sufrir a otros innecesariamente.

Cuando vuelve a la calle, Olivares está asomado por la ventanilla del coche y al verlo salir del local, grita desesperado:

—¡Vamos, vamos! ¡Dese prisa! ¡Vámonos de aquí!

Aunque de buena gana acabaría la tarde dándose el gustazo de quitarle la vida, responde con un calmado «Tranquílcese, nos vamos ya». Diciendo esto, Aníbal entra en el coche y arranca. Acelera a fondo sabiendo que, poniendo a salvo a la alimaña que lleva por pasajero, sale

disparado, en el mejor de los casos, hacia una nueva vida.

Los periódicos de mañana se harán eco de lo sucedido: Aníbal Álvarez, un abogado madrileño de paso por la ciudad, ha muerto hoy víctima inocente de un tiroteo entre bandas de narcotraficantes que se ha producido en el bar El Reloj. Así debe ser.

Sea.

CAPÍTULO 23

parte 3

Justificar lo ocurrido ante Olivares resultó ser solo cuestión de hablar primero. Mientras vuela conduciendo por las calles de la ciudad hacia la autopista, Aníbal relata su versión de los hechos. Cuenta que esperaba a una amiga, no hace mención de Alicia porque el viejo le supone ajeno a lo que sabe, han entrado unos tipos que, sin mediar palabra, han sacado sus armas y se han puesto a disparar contra los hombres de la Fundación a los que, tal vez, han confundido con policías. Cree que eran narcotraficantes porque uno de ellos ha dejado caer un maletín cargado con lo que le ha parecido que era cocaína. La cuestión es que él ha permanecido a salvo, oculto en el reservado del local, hasta que han dejado de oírse disparos. Ha sido al salir corriendo a la calle cuando ha reconocido a Olivares a través de la luneta trasera y ha visto a otro tipo apuntándole con un arma por la ventanilla del coche. El resto ya lo conoce.

—¿Puede explicarme ahora qué cojones hacían usted y sus hombres en ese bar de mala muerte? ¡Joder! Le juro que no lo entiendo.

No se hace una carrera en el mundo del hampa como la de Juan Manuel sin ser un consumado mentiroso y sin una excelente capacidad de improvisación.

—Nos hemos detenido de regreso a la Fundación porque mis hombres tenían un primer contacto con dos potenciales fichajes, experimentados soldados, para una de nuestras, eh... digamos... actividades extraoficiales. No puedo ser más explícito, lo siento. Se suponía que era cuestión de quince minutos y he preferido quedarme en el coche. Entonces ha sido cuando ha aparecido ese tipo y me ha encañonado. Yo tampoco puedo decirle más al respecto de lo sucedido.

No hay más preguntas. Todo bien. Entre mentirosos no van a complicarse la vida queriendo hurgar en el fondo de las respectivas historias. El viaje hasta la Fundación transcurre en absoluto silencio. Para cuando llegan, Liberto ya ha telefonado a Olivares para decirle que va de camino hacia allí.

El viejo y su socio lo han dejado al margen y se han reunido a solas en el despacho de Juan Manuel. Por lo que a Liberto concierne, la cosa ha sido así: Se ha desplegado el operativo tal y como se había previsto en la reunión previa. Los cuatro activos, acompañados por Olivares, han llegado media hora antes de la señalada y se han acomodado en el local como haría cualquier cliente, a la espera de que aparecieran Aníbal y Alicia. En los preparativos de la operación se consideró que su presencia en el local hubiera resultado sospechosa para su hombre, así que Liberto ha permanecido en todo momento a la espera del desarrollo de los acontecimientos en una cafetería situada a lo que le ha parecido, en principio, una distancia prudente de El Reloj. Al parecer ha errado en el cálculo porque no ha oído nada, se ha enterado del tiroteo por una pareja que huía asustada y que, al parecer, estaba dentro del bar cuando se ha liado todo.

Ha llegado rápidamente al sitio y se ha encontrado una auténtica masacre. Reconoce a un tipo que está tirado en la acera con un disparo en la cabeza y a los dos individuos que han disparado a los suyos. Son hombres de Caín Silas. Desde luego Liberto, como asesor de seguridad de CyberAct y hombre de confianza del presidente de la compañía, no ha sido informado de esa acción, por lo que supone que tal vez se trate de negocios privados, de trapicheos de un grupo de

empleados. La droga que había en el suelo refuerza esa suposición.

La policía ha tardado en llegar. Para cuando lo ha hecho, Liberto ya había desaparecido del escenario. Antes de largarse, explica, ha visto una cartera tirada en el suelo. Por un momento pensó que alguno de los suyos podría haber cometido la torpeza de trabajar identificado. Como no había ni rastro de él, al comprobar que se trataba de la documentación de Aníbal, supo que había estado allí y que se había librado de la emboscada. Inmediatamente le asaltó la idea de hacer salir al chico del encargo sin necesidad de acabar con él. Para eso bastaba con que uno de los muertos asumiera su identidad. Sencillamente escogió el cadáver más desfigurado y le regaló la cartera. Aníbal, aunque sabe que para que así sea necesitará del consentimiento y el apoyo de la Fundación, acababa de morir.

Ha habido suerte, Olivares no pone pegos. Cree que si Liberto es capaz de hacer que la policía se conforme con la identificación y reclamación del cadáver de Aníbal, sin hacer más indagaciones, el hecho de que el chico le haya salvado la vida personalmente es más que suficiente para olvidarse de los planes que tenían para él. Quién sabe, tal vez dotándolo de una vida y un nombre nuevos, una vez pulida la cuestión de la confianza que necesitan tener en su manera de proceder, pueda incluso volver a trabajar para ellos. Deja todo en manos de Liberto, al que encarga también descubrir cuál ha sido el verdadero papel de los hombres de Caín en lo ocurrido.

De ese modo, convertido casi en héroe a los ojos del patrono de la Fundación Árboles, Aníbal abandona el edificio acompañado de Liberto.

—¡Joder, chaval! Nos hemos librado por un pelo. Sobre todo tú. ¿Estás bien? —La pregunta hace referencia a Alicia—. No quiero imaginarme por lo que estás pasando, pero debes entender que la alternativa, lo que esperaba a la chica, era mil veces peor.

—Jamás vuelvas a preguntarme cómo me siento, Liberto. Toda esta mierda me ha servido para comprender que los sentimientos no tienen cabida en este oficio. No volverá a ocurrirme nada parecido y, si me ocurriera, seré consciente en todo momento de que no hay nada que pueda interponerse con el objetivo marcado, pero no pienso volver a dar explicaciones de lo que siento por alguien nunca más. Ni tú ni nadie vais a quitarme mi derecho a vivir como un ser humano. ¡Arranca y vámonos de aquí de una puta vez!

Son más de las nueve de la noche. De vuelta en la ciudad, Aníbal sube a su coche y desaparece en dirección al refugio de La Estaca. Nadie volverá a saber de él. Liberto, por el contrario, permanece atado al problema porque aún le queda por salvar el último obstáculo. Debe informar a Caín de lo sucedido. Sabe que tiene tiempo, el asesinato de Ali va a mantener a su hermano, durante unos días, ocupado con la policía, las declaraciones, el funeral y el cuidado de su madre. Pero él debe continuar jugando su papel.

Ha pasado cerca del lugar donde ha muerto la chica y todavía, horas después de que todo ocurriera, hay gente en los alrededores. Para cubrir su versión de los hechos ha llamado a Caín tres veces, la primera llamada en torno a las siete de la tarde. Estaba dispuesto a contarle alarmado que todo había salido mal, que la operación había sido un desastre, que todos, incluido Aníbal, estaban muertos, pero que no tenía idea de qué había sido de Alicia porque no había aparecido por El Reloj. Sin embargo, como esperaba, Caín no ha respondido a sus llamadas y es ahora, que lo cree realmente conveniente, cuando deja un mensaje en el contestador del teléfono

móvil: «Solo hemos podido cumplir a medias. Ha caído todo el equipo, pero hemos conseguido llevarnos por delante al tipo. Ni rastro de Alicia. Llámame, es urgente».

Por fin, la tarde del día siguiente, Liberto recibe la llamada que espera de Caín. Sus explicaciones son bastante parecidas a las que ha dado a Olivares, pero alterando convenientemente el papel que su historia asigna a los protagonistas. Al parecer, casualidades de la vida, sus hombres han ido a coincidir en el bar con un grupo de narcos que los han confundido con policías. Se ha montado la de Dios, balas por todas partes. Está seguro de que Aníbal, que ya estaba en el local esperando a la chica cuando llegaron, ha resultado muerto. Ferrán le ha reventado la cabeza de un disparo. Uno de los traficantes ha salido corriendo hacia la calle perseguido por Castro, al que ha dado muerte en la misma acera, y ha escapado en un todoterreno negro del que no ha sido capaz de distinguir la matrícula. Todo ha terminado en un momento y Liberto ha escapado de allí a toda prisa, aún no puede creer que sin un rasguño. Es todo cuanto puede contar por el momento, pero intentará averiguar quiénes eran esos tipos y qué hacían allí. De Alicia no tiene noticia alguna.

—Liberto, ¿estás seguro de que el tipo ha caído? —Él responde que sí, que está seguro— ¿No te has enterado? Alicia ha muerto, la han asesinado justo al lado de la casa de mi madre. — No hay expresión en su tono de voz.

—¿Cómo? Pero... ¿quién... qué coño ha pasado, Caín? ¿Cómo es posible? No será cosa tuya, ¿no?

—Te aseguro que yo no he tenido nada que ver. Necesitábamos la información que pudiera darnos mi hermana. El hecho de que alguien haya acabado con ella antes de que la obtuviéramos, nos pone en una situación de desventaja en cuanto a la derivada empresarial del asunto. Sin embargo, creo que podré arreglármelas. El resultado final es el mismo, Ali ha muerto —Liberto tiene que separar el auricular porque, de repente, los gritos desaforados de Caín están a punto de dejarlo sordo—, ¡pero nadie, nadie me arrebatara a mi hermana sin mi permiso! ¡Nadie puede joderme así! ¡Alicia es mía, joder! Alicia es mía... —Hace una pausa, unos segundos de silencio que le permiten recuperar la compostura y continúa hablando, más calmado ya, como si fuera inocente—. Liberto, vamos a encontrar a los que me han hecho esto, a los que me han matado a mi Ali. Tú y yo. Ven a verme dentro de un par de días, cuando haya terminado todo el follón de declaraciones, funeral y demás. Llámame pasado mañana. Adiós.

Ni siquiera ha preguntado por sus hombres muertos ni por cómo es posible que haya salido indemne de una encerrona de ese calibre. Liberto sabe que lo hará, pero en este momento es lo último que le preocupa.

Silas es un desalmado, pero un desalmado que lo necesita más que nunca. Piensa jugar sus cartas de la mejor manera posible para seguir siendo absolutamente imprescindible en los planes de Caín y tal vez algún día, cuando pierda la vida, pueda estar presente para decirle a la cara lo asquerosa que le resulta su mente insana.

CAPÍTULO 24

parte 1

Continúan desnudos y abrazados, tumbados sobre un sillón junto a la piscina, en un silencio tranquilo que no se atreven a romper. Hace ya un buen rato que María dejó de hablar, de relatar la historia de su vida. Una historia que la carga con culpas muy graves y de las que no pretende escapar. Después de haberse escuchado a sí misma reconoce que, aunque no es digna de aspirar al perdón por sus innumerables pecados, en el fondo nunca ha sido otra cosa que una mujer enamorada agarrada a la deriva del hombre al que quiere. Con él ha surcado océanos insondablemente profundos, hechos de sangre y locura, pero también de ternura y admiración. Solamente cuando fue consciente de que navegar a la deriva difícilmente puede llevarte a puerto, despertó de la ensoñación, del espejismo que fue aquel amor de tintes casi infantiles si no fuera por la crueldad de las acciones que ha cometido en su nombre. Una historia en la que, ciega, sorda y muda, flotaba en la estela caprichosa del psicópata que la gobernaba.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos ayer? Sé que no fue algo casual por tu parte y quiero que sepas que yo estaba allí para encontrarte a ti. —María habla casi susurrando a su oído, en un tono íntimo que parece acunar sus palabras—. Te conozco Gael, te conozco desde hace tiempo. Desde aquel día en que, siendo yo una simple limpiadora, presencié desde una ventana cómo abrías la garganta de esa chica. Fuiste tú, solamente tú, el culpable de la mujer nueva que nació aquel día, la que atrapaste en tus lágrimas de asesino vertidas sobre el cuerpo aún caliente de la mujer que amabas, la que en aquel instante asumió que le estabas mostrando el verdadero sentido que habría de dar a su vida: sentir que muere y hace morir por amor, saber que alguien la sueña, la respira, la necesita para levantarse cada día y desear corresponderle con todas sus fuerzas. Saber que, pase lo que pase, jamás volverá a estar sola porque confía en unos brazos que le ofrecen refugio y abrigo. Tal fue el impacto en mí de lo que hiciste.

»Te busqué, no sabes con qué ansia, con qué esperanza, con qué ilusión. Toda mi pretensión era saber si los motivos de tu acción, que en aquel momento me parecían tan claros, eran, además, ciertos. Conseguí acercarme a ti y tuve acceso a parte de la correspondencia electrónica que mantuviste con Alicia, lo que solo sirvió para confundirme aún más, pues de tus escritos manaba tanto amor que no fui capaz de hallar la fórmula que lo tradujo en muerte. Y después, simplemente desapareciste. Reconozco que la aparición en escena de Caín, la misma tarde del crimen, hizo pasar a un segundo plano mi interés por ti, no porque dejaras realmente de interesarme, sino porque todo lo que creía haber aprendido desde la ventana de la bodega en cuanto a tu actitud, en cuanto a la necesidad de amar y ser amado hasta la muerte, se vio desbordado por un hombre que la representaba con una potencia mil veces superior. Aun así, seguí buscándote sin resultados.

»Y, de repente un día, casi dos años después, te volví a ver. Recuerdo que había quedado con Caín en recogerlo en su despacho para ir a comer y llegué, como era habitual en mí, con algo de adelanto sobre la hora prevista. Lo normal cuando pasaba algo así era que me entretuviera charlando con Cristina, su secretaria. Me gustaba hablar con ella. Sin embargo, aquel día Cristina estaba enferma, la sustituía una chica de la que no recuerdo el nombre, pero sí su carácter reservado que solo invitaba al silencio. Así que decidí esperar en la antesala del

despacho a que terminara la reunión que en ese momento mantenía con sus abogados. Diez minutos más tarde, cuando la puerta se abrió, pude verte salir acompañando a Álvaro Leal y despidiéndote de Caín. Estabas cambiado, tal vez la barba, el pelo más largo y el color más oscuro de tu melena, pero no me cupo duda de que eras tú. Te seguí con la mirada, sentada en un sillón, mientras te alejabas a cámara lenta en dirección a los ascensores. Fue una sensación tan extraña, tan difícil de definir... Por un lado, entendí que tu presencia en el despacho no presagiaba nada bueno, pero por otro, me dije a mí misma que no podía desaprovechar la oportunidad de conocerte al fin. Nunca mencioné a nadie este incidente, salvo al propio Leal, al que pregunté por ti en cuanto tuve ocasión. Lo hice como quien no quiere la cosa, diciéndole que creía recordarte del barrio donde me crie. Álvaro me dijo que no eras de la ciudad, que eras un primo suyo, experto en derecho internacional y director del departamento en el bufete, que aparecía por CyberAct por temporadas para supervisar los asuntos más importantes en esa área y que, precisamente, te marchabas ese mismo día a Alemania pero que, con mucho gusto, si es que yo tenía interés, podría presentarnos en otra ocasión. No me pareció lógico aceptar ser presentada a un extraño sin motivo alguno que lo excusara y me disculpé diciendo que, evidentemente, me había equivocado de persona.

—Recuerdo perfectamente ese día. Caín había estado especialmente incisivo con respecto a un tema de patentes en India que Herscht & Maryland defendía en su nombre —Gael responde con la intención de dejar caer, de una vez por todas, su pretendida inocencia—. Álvaro y yo mismo, fuimos capaces de hacerle entender que su postura radicalizada con respecto a las pretensiones que debíamos justificar frente a la competencia no era, en modo alguno, respetuosa con la actitud claramente dialogante de la otra parte y cedió. De mala gana, pero cedió. Yo también te vi sentada en la recepción, de hecho, ya te había visto unos días antes paseando por una calle del casco antiguo agarrada a su brazo. Tengo que decirte que me impresionaste, me pareciste una mujer espectacular y creo que, sabiendo quién era el hombre que te acompañaba, llegué a sentir envidia. Siempre he odiado que sean los auténticos cabrones los únicos que están en condición de atesorar la belleza.

»No sabes cuánto siento que aquella tarde estuvieras presente en el acto más vil y más ruin que he cometido en la vida. Créeme si te digo que no hay un solo día en que no piense que tal vez debí intentar encontrar otro remedio a una situación en la que tuve que optar por hacer lo que hice o dejar que fueran otros los que lo hicieran de una manera atroz, con un sufrimiento terrible y una agonía inimaginable.

»Pero sí, la amaba. Tanto que creo haber perdido para siempre la capacidad de querer a otra persona, al menos de quererla con la intensidad con que la amé a ella, tanto que me he convertido en una simple cáscara vacía, cerrada de forma hermética, a cuyo interior no existe modo de acceder. Escuchando mis palabras entenderás que no estabas en lo cierto, que no era la necesidad de amar y ser amado hasta la muerte lo que motivaba el asesinato, sino la necesidad de proteger el amor aún a costa de matarlo porque debes saber que también Alicia, con la mente envenenada por la duda, tenía planeado acabar con mi vida esa misma tarde.

María, con la cara apoyada sobre su pecho desnudo, navega por la historia de su relación con Alicia al compás de su respiración. Puede sentir la emoción, la alegría y la tristeza, según Gael va relatando los acontecimientos. Hasta tal punto lo hace que por fin cree haber obtenido respuesta a las preguntas que guardaba para él desde hacía tantos años. Del relato de su amor

entiende algo que cree haber leído con anterioridad en alguno de los correos que intercambié con Ali y que solo ahora que conoce la intensidad del verdadero drama que vivieron, cobra todo el sentido: que todos vibramos en un universo inconmensurable con el único objetivo de encontrar otra vibración que nos complete, la onda perfecta de otra persona que nos haga sentir el increíble placer de ser solo uno.

—La conocí cuando ambos éramos muy jóvenes y, a pesar de la distancia, su recuerdo siempre estuvo latente en mí. Cuando recibí el encargo de eliminarla, muchos años después de haberle perdido la pista completamente, me sentí morir. Después, al reencontrarla, me di cuenta de que, en realidad, ese encargo me había devuelto a la vida. Paul Adrien Dirac, el físico y matemático británico, creía que el universo estaba regido por la belleza incluso en la simetría de las ecuaciones que lo explican. Según su teoría, no existe el vacío y lo que percibimos como tal es un profundo mar de infinitas partículas donde cada una de ellas tiene otra complementaria, igual, pero de signo opuesto, que la aniquila para dejar un hueco en el vacío que inmediatamente vuelve a ser cubierto por una partícula nueva. Alicia fue, es, mi partícula de antimateria, la mujer destinada a completarme hasta la extinción, como tú lo fuiste para Caín y este lo fue para Ali. Una sucesión interminable de amores letales, que nos transforman para siempre y que son la verdadera materia de la que está hecho el mundo.

»La muerte de Alicia y los sucesos de aquel día me obligaron a desaparecer para siempre, muerto para Caín y quemado como activo para RedLiber y su relación con la Fundación Árboles. Liberto se encargó de todo y, en poco tiempo, cuanto en mí quedaba de Aníbal pasó a ser propiedad de Gael. Una identidad nueva diseñada para que todo volviera a ser lo mismo, para ofrecerme la oportunidad de continuar siendo una pieza valiosa en el complejo mundo en el que Liberto y yo nos movíamos. Así, seis meses después de aquella tarde, salí de La Estaca para no volver. Apadrinado por Olivares y Robles, comencé a ejercer el derecho en Herscht & Maryland y descubrí que me apasionaba tanto como la acción sobre el terreno. Al fin y al cabo, en muchos aspectos, las dos cosas son la guerra.

»Pese a ser casi una imposición, nunca sentí que el bufete desconfiara de mi trabajo, ni siquiera recién incorporado y, poco a poco, fui haciéndome sitio en el organigrama de la empresa hasta que, ocho meses más tarde, fui nombrado director del área internacional. Una carrera meteórica pero justificada por mis éxitos, para algunos, y un ejemplo claro de arribismo para otros. En todo caso, siempre fui consciente, creo que mis jefes también, de que no era un abogado corriente y de que, en cualquier momento podía recibir una llamada a la acción que exigiera de mí volver a la práctica de mi formación militar. No tardó demasiado en producirse. Realicé encargos, básicamente en el campo del espionaje industrial, en Francia, Argentina y Nueva Zelanda, todos plenamente satisfactorios y un buen día, recibí una llamada de Liberto que me citaba, de nuevo, en la Fundación.

»La cuestión era que los viejos habían decidido reactivar el encargo original en su segunda fase, es decir, requerían de mis servicios para extraer el máximo de información posible de Caín, aquella a la que no podían llegar a través de sus infiltrados, y una vez recibiera la orden, ejecutarlo sin miramientos. Tengo que confesar que acepté encantado. Nada podía motivarme más que acabar de una vez por todas con aquel loco degenerado.

»La barba y el pelo largo son una idea de Liberto, que a mí personalmente me pareció una tontería, pero que funcionó muy bien excepto contigo, al parecer. Me consta que, en su

momento, Caín tuvo acceso a una fotografía mía cuya calidad, sin embargo, hacía realmente imposible cualquier investigación basada en mi fisonomía. Fuera como fuera, amparado en mi nuevo aspecto, en el hecho de que Aníbal no había dejado ningún rastro gráfico de su rostro que pudiera servir para identificarme claramente con él y el tiempo transcurrido desde mi desaparición, comencé a visitar CyberAct, tal vez el mejor cliente de Herscht & Maryland, como responsable de internacional. El despacho tenía un hombre permanentemente en la compañía, Álvaro Leal, al que se instruyó para el nuevo cometido que se añadía a sus responsabilidades habituales. Aunque nadie me lo confirmó, ni yo lo pregunté jamás, estoy seguro de que todo eso se había previsto desde antes incluso de la creación de mi nueva identidad. No hay que ser demasiado listo para darse cuenta de que el apellido Leal también figura en mi documentación y, en este mundo, tamaña coincidencia no puede ser casualidad. Resulté convertido de repente en primo suyo, creo que por dotarme de un halo adicional de fiabilidad derivada del hecho de que Álvaro llevaba ya algunos años trabajando con Caín, y en poco tiempo me hice acreedor de la confianza del presidente y de sus directivos más allegados.

»Lo cierto es que mi posición en CyberAct, con independencia de que estuviera presente en sus instalaciones o no, me facilitó mucho las cosas. No tardé demasiado en conseguir lo que hasta aquel momento había resultado imposible: acceder al servidor privado de Caín y monitorizarlo. Por supuesto, dado que la encargada de supervisar la seguridad del edificio era RedLiber, se revisó y actualizó la amplia red de cámaras y de micrófonos que ya estaban funcionando desde hacía tiempo y que dejaron completamente expuesta la actividad de CyberAct. La información comenzó a fluir, limpia y caudalosamente, hasta que llegó el momento en que se me ordenó culminar mi encargo con la muerte de Caín Silas. Se fijó una fecha y un lugar que, a la postre, resultaron irrelevantes porque apenas transcurridos dos días desde que recibiera la orden, ocurrió la riña en la que perdió la vida.

Los dos continúan abrazados mientras habla Gael que ahora aparta, cuidadosamente, primero la cabeza de María, después su cuerpo entero, para ponerse en pie y dirigirse al carro de las bebidas con intención de servirse otra copa.

—¿Quieres que te ponga algo? —Ella niega con la cabeza y, estirándose completamente en el sillón, responde:

—No, gracias. Creo que he bebido bastante.

»¿Sabes? Los Árboles vieron el cielo abierto con la muerte de mi marido y la jugada maestra de haber conseguido para mí su herencia. Creo que pensaron que podrían manipularme con la misma facilidad y durante más tiempo que si la heredera hubiera sido Juana. Al fin y al cabo, tenían razón porque, como sabes, murió apenas un año después de haber enterrado a su hijo.

»La cosa es que, cuando acerté a tomar conciencia de la magnitud de la fortuna que había caído en mis manos, comencé a hacer planes de futuro. No quise precipitarme y, al principio, me dejé aconsejar por el dúo Robles-Olivares. Nunca he sabido gran cosa de empresas, lo que era un secreto a voces, la verdad, así que, otra vez aconsejada, acabé por nombrar consejero delegado a Juan Campos, hombre de confianza de la Fundación. Tengo que reconocer que en lo que a mí me importaba, que no era otra cosa que los resultados de la compañía, Campos hizo un buen trabajo. Sin embargo, un año después tomé conciencia de que acabar definitivamente con mi pasado incluía deshacerme de cualquier herencia recibida, también la empresarial. En realidad, creo que me sobrepasó una responsabilidad que nunca había estado preparada para asumir, así que decidí

vender CyberAct. Ni que decir tiene que en cuanto informé de mis planes a Olivares me hizo una oferta que, en principio, me pareció muy generosa. Digo en principio porque, de repente y sin que yo hubiera hecho nada para que así fuera, comenzaron a llegar proposiciones de compra de varios países del mundo. Entre ellas, una de Chinelect, la multinacional china, que triplicaba la suma que ofrecía Olivares y mejoraba considerablemente la forma de pago.

»Puede que no sea una empresaria avisada pero lo que tampoco soy, seguro, es tonta. Supuse que mi negativa a venderle la empresa desencadenaría una reacción en los Árboles que no tardó en llegar. Comencé a sentirme observada y tal vez porque, como me has contado, todo el edificio era una ventana abierta de par en par por la que escapaba información, o tal vez por simple corazonada, dejé de acudir a mi despacho. Encargué, sin que nadie lo supiera, un barrido de mi casa, de mis coches, de mi ropa y de mis comunicaciones a una empresa especializada que desplazó un equipo de profesionales desde Madrid. En total eliminaron once cámaras y veinte micrófonos, además de proteger mi actividad digital con programas específicos. Aún hoy me pregunto qué habrá sido de las grabaciones que se obtuvieron a través de esos equipos. En fin, segura ya de que podía trabajar sin miedo a ser escuchada, continué haciéndolo desde casa. En raras ocasiones pisaba CyberAct. Recordarás que nunca llegamos a conocernos personalmente, pero, conociendo de lo que eras capaz, tu insistencia en conseguir una reunión conmigo me hizo sospechar que quizá se te hubiera encargado algo más que aproximarte a mí. La idea de que pudieras tener la orden de hacer conmigo algo parecido a lo que te vi hacer con Alicia empezó a martillearme continuamente la cabeza y a eso se unió la machacona presión, resuelta siempre con mi negativa, a la que me sometió la Fundación para que accediera a sus pretensiones de compra.

»Entonces ocurrió el primer accidente, un coche golpeó a mi madre en plena calle y se dio a la fuga. Lo cierto es que no fue demasiado grave, unas contusiones y algún que otro arañazo, y yo, todavía en la inopia, no supe o no quise relacionarlo con el interés de los viejos en hacerse con la empresa.

»Sin embargo, con el segundo incidente lo relacioné todo. Lucas había insistido mucho en tener un perro y, como en el fondo siempre me sentí culpable por hacerlo vivir con su abuela, por haberlo alejado de mi lado, terminé por regalarle un cachorro de pastor alemán que al crecer se convirtió en un magnífico ejemplar. Sam, que así se llamaba, desapareció una tarde en el parque. Lucas lo buscó por todos sitios, sin que pudiera hacer nada más por encontrarlo. Al día siguiente, por la mañana, un amigo de mi hijo fue a casa de mi madre para decirle que Sam estaba colgado del cuello en un columpio del parque y que, al parecer, lo habían matado de un martillazo o un golpe con algo contundente en la cabeza. La policía encontró junto al animal una nota que decía: «La vida es una mierda. Demos gracias por estar vivos porque eso puede cambiar en cualquier momento», a pesar de lo cual, restó importancia a lo acontecido y todo pasó por ser una gamberrada de algún desalmado, nada más.

»Pero yo tomé nota de la amenaza. A esas alturas la presión comenzaba a ser insoportable para mí y me presenté de nuevo en el despacho de Olivares. Podría contarte la reunión palabra por palabra. Fue tan absolutamente desagradable que recuerdo cada gesto del viejo cabrón. Resumiendo, a mis quejas y amenazas respondió con un solo movimiento; sacó de una carpeta un documento y me lo puso delante. «Solo tienes que firmar esto». Fue todo lo que dijo. Un contrato de preacuerdo para la compraventa de CyberAct. Supondrás que salí de allí jurando y perjurando en arameo, pero, cuando conseguí serenarme, me di cuenta de que esa actitud mía

solo podía terminar por precipitar las cosas y fui consciente de que, ahora sí, mi vida y la de los míos corría serio peligro.

»Lo bueno de vivir en una ciudad de tamaño medio del sur de España es que todo el mundo conoce a todo el mundo y que a cada opción de ocio corresponde un puñado escaso de locales. No fue difícil saber que Álvaro y tú apenas salíais por ahí. ¿Recuerdas a Carmen, la contable? Fue ella la que me avisó de vuestros planes para el sábado. Es bastante pelota, fue sencillo pedirle un favor confidencial y que accediera de mil amores. Sabía que, si coincidíamos en el mismo sitio y si realmente me había convertido en tu objetivo, no desaprovecharías la ocasión de acercarte a mí como los desconocidos que éramos. Cuando se me colocó al lado aquel tipo tan pesado temí que fuera un obstáculo que te impidiera hacerlo, pero afortunadamente no fue así.

»Tengo que confesarte que cuando nos conocimos mi única obsesión era matarte antes de que fueras tú quien me quitara la vida. Quiero que lo tengas claro. Gael, no quiero seguir viviendo con miedo, pero no estoy dispuesta a que los cabrones de Robles y Olivares se salgan con la suya. Tras la reunión con este último pasé por la notaría, donde firmé digitalmente un preacuerdo con Chinelect e hice testamento en el sentido de que, si me ocurriera algo, se dé por bueno el documento de preacuerdo en todos sus términos para proceder inmediatamente a una venta de la que el beneficiario sería única y exclusivamente mi hijo Lucas, nuevo propietario también del resto de mi patrimonio. El mismo notario tiene instrucciones precisas para nombrar el albacea de mi fortuna hasta que Lucas alcance la mayoría de edad. Y ya está. Con esto estoy preparada para cualquier cosa. Creo que ya está todo dicho. La cuestión ahora es: ¿vas a matarme, Gael? Si es así, hazlo ahora, por favor. No creo que pueda haber noche más hermosa ni compañía más agradable para dejar este mundo.

Él continúa dándole la espalda, junto al carro de las bebidas, absorto en el reflejo de la luz artificial sobre la superficie del agua. Lentamente, con la copa en la mano, se gira hacia María, que permanece tumbada sobre el sillón. Nada en la expresión de su rostro recuerda ahora al joven que ha sido para ella hasta ese momento. La mirada acerada y la cara inexpresiva, sin rastro alguno de emotividad en su actitud, se acerca a ella dejando la bebida sobre la mesa con movimientos suaves que, de repente, se transforman en un borrón de acción cuando de la misma mesa agarra un tenedor y en una fracción de segundo lo aprieta contra la garganta de María con la fuerza justa para que broten de ella minúsculas gotas de sangre.

—Una vez cometí el error de acabar con algo bueno solo porque estaba basado en la maldad. Toda la mierda que había en torno a Alicia fue la responsable de su muerte y yo un mero títere desposeído del entendimiento necesario para discernir lo que está bien de lo que está mal. Preciosa, todos cargamos con una pesada mochila que guarda nuestros pecados, el mal que hemos hecho y que ya no tiene remedio. Pero tal vez lo importante no sea la mochila sino el camino que piensa emprender quien la porta. Créeme, nada me gustaría más que tener la seguridad de que, dejándote vivir, acierto. —Los ojos de María, clavados en los suyos, permanecen serenos y un rictus en su boca esboza una leve sonrisa.

—Gael, espera. —Con mucho cuidado ella hace intención de comenzar a moverse. Él, que continúa presionando su garganta, cede aligerando parte de su peso para ver cómo María mueve el brazo derecho hacia su cuerpo. En la mano tiene un cuchillo, que siempre había estado bajo los cojines del sillón, idéntico al favorito de Caín Silas.

—No, por favor. No te muevas. —Muy despacio, el Kudu se aproxima hacia el pecho de

Gael y en un último avance, rápido y preciso, abre su hombro con un tajo corto pero profundo.

Desconcertado, Gael suelta el tenedor, perdiendo así toda ventaja en la situación, para erguirse de tal manera que queda arrodillado junto al sillón, desarmado y completamente a merced de María, que se incorpora sin soltar el cuchillo y sin dejar de mirarlo. Sin embargo, sus ojos dicen que no debe tener miedo, que todo está bien, o al menos Gael así lo entiende, porque deja que ella, sentada delante de su cuerpo de rodillas, ponga las manos sobre su pecho y acerque los labios a su hombro para besar la herida. Un escalofrío de placer recorre todo su cuerpo mientras ella avanza en sus caricias, en sus besos y en el descarado de sus manos expertas que lo recorren de nuevo hasta llegar a su sexo hinchado por la más pura excitación. Cuando intenta tocarla, María reacciona deteniendo su movimiento, toma su cara entre las manos, recorre sus labios con un beso suave y largo y le susurra al oído:

—Amor mío, yo soy la partícula nueva que cubrió el hueco que dejaron Alicia y Caín. —Y diciendo esto, se deja caer en el sillón, separándose de Gael, mientras una sombra que proviene de su espalda lo golpea fuertemente en la cabeza para enviarlo a la más profunda oscuridad.

CAPÍTULO 24

parte 2

No sabe cuánto tiempo ha pasado ni dónde diablos está. A su alrededor todo es oscuridad, profunda y silenciosa oscuridad. La cabeza le va a estallar, mil agujas inmisericordes entran y salen de su cráneo en una sucesión inacabable de oleadas. Lentamente, trata de calmar la ansiedad para conseguir centrarse en cosas más importantes. Tiene que analizar la situación para recopilar la mayor cantidad de datos posibles porque de eso puede depender que tenga o no una oportunidad. Está sentado, pero sus pies no tocan el suelo y desde luego lo han inmovilizado al asiento. Tampoco logra mover la cabeza, puede sentir las correas que le rodean la frente y la aprietan contra la madera del respaldo. Hay algo todavía ligeramente húmedo adherido a su pelo, seguramente sangre no del todo reseca aún. Sí, ahora recuerda el golpe que ha recibido y que lo ha enviado a los brazos de Morfeo. ¿Dónde está María? Seguramente el porrazo fuera cosa de Andrés, por la fuerza con que lo agredieron. No parece propio de una mujer. Sí, ha sido Andrés y ni siquiera le oyó llegar.

Intenta mover los brazos sin conseguir que las sujeciones cedan lo más mínimo, pero el esfuerzo acaba por servirle para detectar una molestia leve en la parte interna de la articulación del codo izquierdo. Seguramente le han inyectado algo que lo ha mantenido fuera de combate durante el tiempo que hayan necesitado para traerlo hasta el lugar donde se encuentra ahora. Si han necesitado drogarlo para eso, lo más probable es que ya no esté en la finca de María, sino en un sitio bastante alejado de ella.

En la oscuridad, distingue una pequeña luz roja situada justo enfrente de él, no sería capaz de precisar la distancia, pero el piloto parpadeante puede estar a unos tres metros de su cuerpo. Es una cámara, seguramente transmitiendo su imagen iluminada por infrarrojos. Le observan, está seguro. Por un momento piensa en seguir inmóvil, pero decide que lo mejor será dejar claro que está despierto. No tiene ninguna intención de alargar lo que tenga que ser, prefiere que sea para lo que sea, alguien encienda la luz y quede claro qué sitio es ese y lo que piensan hacer con él. Por lo demás, no encuentra ningún otro indicio que le pueda servir, salvo que no está amordazado, que cree estar desnudo, como estaba en la piscina, y que el asiento sobre el que está es un tanto peculiar porque siente sus piernas encajadas en sendas curvaturas que parecen hechas a propósito para que eso sea así. Un momento... sí que es raro el asiento, muy raro. Ahora comprende que su posición de sentado se debe a que inconscientemente hace el esfuerzo de no hundirse más, apoyándose en los brazos y en las piernas. La silla no tiene fondo y desde la mitad de los muslos hasta el respaldo no existe asiento, lo cual deja una parte de su cuerpo flotando en el vacío. No quiere ni imaginarse qué función cumple el diseño de lo que está seguro no es una silla, sino más bien un cadalso.

La luz blanca lo inunda todo sin previo aviso y lo ciega completamente. Escucha voces que llegan a través de una puerta que debe haber a su espalda. Es María que habla con varios hombres, uno de ellos tiene un fuerte acento alemán y otro... ¡Joder! ¿Olivares? No puede ser. Continúan hablando, pero no puede distinguir lo que dicen, solo es un murmullo, a excepción de las carcajadas que sí le llegan nítidas. Al parecer, piensan pasárselo en grande y supone inmediatamente que la diversión es él mismo.

Sus ojos comienzan a funcionar. La habitación augura cosas terribles y tiene que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por el pánico que el lugar le sugiere que debe sentir. No es una de esas salas con aspecto de quirófano, alicatadas en blanco y con un tosco instrumental de tortura sobre un carrito metálico. Al contrario, las tres paredes que puede ver están cubiertas con una lujosa tela a rayas de colores y en las dos que están a los lados, hay colgados sendos cuadros de espectaculares marcos dorados, uno es un retrato de cuerpo entero, realizado al óleo, en el que aparece Alberto Silas, vestido y pertrechado de cazador, en pie con adusta pose sobre una montaña de cráneos, destacando ante un fondo oscuro que representa un paisaje de montaña en el que puede verse un sol, que en realidad es un letra «R» mayúscula rodeada por hojas de laurel. En la pared opuesta hay otro cuadro al óleo, idéntico en marco y dimensiones, donde el personaje representado es Caín Silas, también uniformado para la caza, que sujeta con una mano un correa del que tiran tres fieros perros que sostienen entre sus dientes extremidades humanas. Los cuatro personajes están de pie sobre un manto de serpientes que se pierde en un horizonte que acaba por confundirse con la oscuridad apenas iluminada por el mismo sol que alumbra la estampa de Alberto. Tiene sentido, los principales socios del Xapar, los auténticos dueños y señores de la locura y la depravación, presidiendo una sala donde se cometen, Gael está ya seguro de eso, las mayores atrocidades. Entonces, ¿lo han traído al Xapar? Está casi seguro de que así es.

La pared que hay justo enfrente de él está presidida por un amplio cristal enmarcado, cubierto por detrás con un cortinaje de color rojo. En su esquina superior derecha puede ver la cámara que imaginaba y, al pie, un precioso mueble bajo de madera labrada, decorado en azul cobalto y pan de oro, cuyas puertas de cristal dejan ver el contenido. Una enorme y espeluznante variedad de herramientas de acero, de evidente calidad, dignas del cirujano más prestigioso, a las que acompañan elementos motorizados, entre ellos varios tipos de sierras y de taladros. A los lados del cristal hay dos armarios gemelos, a juego con el mueble bajo, en los que, afortunadamente, las puertas son de madera. Su imaginación no necesita más estímulos.

Todo el suelo de la habitación es de una madera de color nogal, perfectamente pulida. Sin embargo, haciendo un esfuerzo por dirigir la mirada hacia el suelo, puede distinguir que la silla sobre la que está inmovilizado se eleva más de un metro y medio sobre una composición de cerámica también oscura. No puede por menos que imaginar que justo en el centro, la cerámica aloja un desagüe.

La puerta se abre detrás de él y deja paso a María que cierra tras de sí y se coloca justo delante, mirándole a los ojos con una sonrisa. Está realmente bella, con un largo vestido de fiesta dorado que se le ajusta como un guante y deja sus hombros al descubierto.

—Supongo que ya habrás comprendido cuál es tu situación —dice acariciándole la cara—. Mi pobre Gael, que tropieza dos veces en la misma piedra. Me ha gustado jugar contigo, cariño. Reconozco que incluso ha habido un momento en que dudé con respecto a lo que debería ser de ti. Pero, solo un momento, nada más. Porque, chico, llevo años soñando con tenerte a mi merced, con poder dedicarte lo mejor de mí, con hacer realidad mis fantasías más abyectas en ese cuerpazo tuyo.

»Tengo que reconocer que, al principio me identifiqué realmente contigo creyendo que matabas a aquella chica por despecho o por amor, daba igual. Pero Caín me enseñó que existen otras posibilidades, que se puede quitar la vida a cualquiera sin motivo, solo por el mero placer

de hacerlo. Y, entre las dos posibilidades, la que identifiqué contigo y la que me descubrió él, encontré que mi imaginación no tenía límites y, poco a poco, fui viéndote cada vez más como un objeto de deseo que como un ideal de vida. En realidad, creo que, desde aquella tarde de mayo, he soñado, al menos en lo más profundo de mi mente, con hacerte sufrir, con hacerte el daño más exquisito. En fin, creo que en la vida todo llega. Es cierto que me ha costado conseguir este momento íntimo contigo, pero tampoco creas que has sido una obsesión para mí. Un objetivo sí, pero una obsesión... en absoluto. En el camino he disfrutado con muchos otros sentados donde estás tú ahora y en otros sitios similares a este.

»Tal vez deberías haber acabado conmigo cuando tuviste oportunidad, pero te pierden los sentimientos. Eres fácil de manipular, cariño, y de prever. Mi suposición de que no querrías repetir conmigo el error que crees haber cometido con Ali, ha resultado ser cierta. Pero, cielo, el error lo has cometido ahora; yo merezco la muerte exactamente igual que la merecía tu «partícula complementaria». ¡Jajaja! Por favor, ¡menuda memez!

»Por cierto, antes de que se me olvide, me estoy emocionando demasiado, si te preguntas cómo has llegado a este punto sin retorno, no te preocupes. Voy a explicártelo porque creo que mereces saberlo dado el gran placer que me has dado y el que aún te queda por proporcionarme. Tú tenías un encargo de los Árboles para quitarme de en medio, hasta ahí supongo que estamos de acuerdo, pero todo se fue a la mierda por la razón más antigua del mundo: por dinero. Cuando comencé a negociar la venta de CyberAct consideré la oferta que me hizo la Fundación como insuficiente, ya te lo dije, pero, como tú y yo sabemos, Olivares y Robles pueden ser muy convincentes. En un momento dado, comprendí que incluso si daba por hecho que tendría que sacrificar mi vida no habría manera de salvar la de mi hijo. Se hubieran deshecho de él, exactamente igual que de mí. La única solución era negociar y sacar el máximo partido posible a la situación.

»Dos de las cosas que todo buen traficante valora como imprescindible son la lealtad y la honradez para con su causa que deben tener todos los que trabajan para él. Deberías haber visto la cara de Olivares cuando se enteró de que fuiste tú quien asesinó a Alicia privándole de la posibilidad de obtener de ella una información que hubiera servido para, inmediatamente, hacerlo todavía más rico. Por tu acción, todos sus planes con respecto a CyberAct, a Caín y a K-Focus quedaron en suspenso, a la espera de las circunstancias idóneas que solo han llegado con el acuerdo que han alcanzado conmigo. Ha sido solo por mi exigencia de encargarme de ti personalmente, que has llegado vivo hasta el día de hoy. Bueno, tú y el muy cobarde de tu jefe que te secundó y dio cobertura con el tema de Ali. ¿Sabes que Liberto ha desaparecido de la faz de la Tierra? El muy cabrón debe haberse enterado de que le esperaba lo mismo que te espera a ti y te ha abandonado sin miramientos. Ya ves, no se puede confiar en nadie.

—Estás loca, María. —Gael, que ha escuchado en silencio el discurso, habla con una calma que nadie esperaría de alguien en su situación—. ¿Acaso crees que tú y los tuyos no acabaréis como yo o incluso peor? ¿Crees que puedes fiarte de esos hijos de puta?

—Ah, una cosa más —continúa hablando como si no lo hubiera oído, despreciando sus palabras—. El próximo cuadro que se cuelgue en esta sala será el mío. Soy la nueva socia mayoritaria del Xapar y no creas que ha sido tan fácil como heredar de Caín. Todos estos cabrones siguen siendo unos misóginos repugnantes que, ni por asomo, tenían intención de permitir que los liderara una mujer. A pesar de que en todos estos años me he ganado una

reputación impecable entre los socios, solo el trabajo de los Árboles en mi favor ha hecho que sea posible que una mujer pueda presidir este club. Deberías felicitarme.

»En fin. Dame un beso, querido —dice María agarrándole la cabeza para restregar sus labios en él—. Me marcho ya, pero antes déjame presentarte a la persona que va a trabajar contigo.

María abre la puerta.

—Por favor, doctor Kleber... si es tan amable. Ya puede pasar, he terminado la pequeña charla con mi amigo. Querido Juan Manuel, ¿serías tan amable de pedir que abran la cortina? Estamos a punto de comenzar.

Un hombrecillo, de poco más de un metro y medio de altura, de rostro marcado por mil arrugas que acentúan aún más los muchos años que parece tener, se planta enfrente de él, lo observa por un instante y después se coloca a su lado. Gael prácticamente no puede verlo, pues la silla es tan alta como el anciano, hasta que alguien desde atrás lo amordaza y coloca una especie de pequeño andamio que rodea la silla por completo para que el viejo se suba a él. Es la voz alemana que ha escuchado antes la que le habla, mirándole a la cara de forma inexpresiva.

—Buenas tardes, mi querido amigo. Tengo entendido que usted va a ser mi compañero de juegos hoy. Prometo hacer que experimente usted los métodos más sofisticados de tortura, naturalmente siempre conservando plenamente funcional su lucidez. No queremos que se pierda ni un segundo de la acción. Al fin y al cabo, usted es la principal atracción y también tiene derecho a divertirse.

La cortina que había detrás de la cristalera ha desaparecido. Gael puede ver un enorme salón en el que un nutrido grupo de personas, todos hombres a excepción de María, que charla con ellos, entre risas y bromas, yendo de corrillo en corrillo. Todo el mundo con copas en la mano, parecen pasarlo en grande a la espera de que los acontecimientos tras el cristal ofrezcan momentos emocionantes. Reconoce a algunos personajes porque son populares en la escena pública y distingue a Olivares y a su socio Robles, reverenciados por la mayoría de los asistentes como si fueran dioses, los muy cabrones.

Desde el techo, más o menos en el centro del salón, se despliega una pantalla de televisión gigante que Gael puede ver perfectamente. Desde luego, María no quiere que la concurrencia, ni él mismo, se pierdan detalle del tormento al que se le va a someter, porque la programación que ponen en la pantalla es la que emite la cámara de alta definición que tiene frente a él. Suena música clásica, aunque no puede ver a los músicos, parece que interpretada en directo por el mismísimo Grieg.

—Me propongo, caballero, prolongar su sufrimiento lo máximo posible. Tengo entendido que mis anfitriones disponen de un día completo. Mírelo por el lado bueno, podría estar trabajando sobre su cuerpo semanas sin dejar que muriera. Al fin y al cabo, lo suyo puede considerarse casi misericordioso. Dado, entonces, el poco tiempo del que disponemos, procuraré agudizar los procesos a los que le voy a someter. —Austin Kleber, subido al andamio tiene una de sus manos puesta sobre su antebrazo derecho y lo acaricia suavemente mientras habla—. Permítame enseñarle un instrumento que es fundamental en mi manera de hacer las cosas —dice dirigiéndose hacia el cristal y poniendo sobre el mueble bajo un maletín que ha traído consigo. La proximidad al cristal del anciano parece ser suficiente para aumentar la expectación del público que, de repente, parece centrar su interés en lo que está a punto de suceder en la habitación.

—¿Sabe usted lo que es esto? —Kleber le muestra un aparato metálico con forma de pera, como de unos doce centímetros de longitud y seis de grosor en el extremo más ancho—. Es un artilingo que tiene cientos de años de antigüedad. Lo llaman «la pera» y se introduce en el cuerpo por el recto. Voy a aplicársela a usted y una vez dentro giraré esta manivela, lo que hará que se abra en su interior. Lo cierto es que causa un dolor insoportable, ¿puede imaginarlo ya? Claro que puede, pero no se preocupe, lo resistirá. Cuando lleve horas sintiéndola en su cuerpo y el dolor sea ya parte de usted, estará preparado para recibir en su interior un objeto más grande. Pero... no adelantemos acontecimientos. Ya llegará el momento. Ahora comencemos a jugar. Permítame.

»Voy a ir contándole qué es lo que hago y con qué fin, quiero que esté perfectamente informado de todo. Bien. En primer lugar —dice el torturador, mostrándole un bisturí que pone a la altura de sus ojos primero y clava en su carne después—, voy a hacerle una incisión en forma de T que le atravesará el pecho y bajará por su vientre hasta el ombligo. Habitualmente, esta técnica se realiza sobre la espalda, pero hoy variaremos el lugar de aplicación en aras a ofrecer el mejor espectáculo posible a nuestros anfitriones. Como le decía, practicaré una incisión que no va a ser muy profunda, no, pero nos permitirá a todos ver el color de su sangre y servirá para empezar nuestra sesión. Más adelante tiraré de su piel, con un movimiento rápido y seco, para arrancársela. Si todo sale bien, saldrá una buena porción de piel a cada lado del corte vertical.

Gael se retuerce de dolor en la prisión de sus ataduras a la vez que siente correr la sangre por su pecho. El cabrón de Kleber parece tener menos arrugas, se nota que empieza a divertirse, y se vuelve hacia el cristal para observar a la gente del salón. La primera sangre siempre es motivo de comentarios y ya hay hombres que señalan con el dedo al monitor en ademán de estar explicando algo relativo a la técnica, al doctor o al reo. Sí, parece que la expectativa de que se le arranque la piel ha sido bien acogida por el público, lo que anima al buen doctor a practicar idénticas incisiones en cada uno de sus muslos.

—¡Atención, señor! No pierda la compostura, deje de agitarse en la silla. Aún no hemos comenzado a trabajar, son solo unos cortes de nada. Mire, le diré lo que vamos a hacer. Para que usted tenga oportunidad de entender en todo su alcance el suplicio que va a soportar, y para que nuestros espectadores sepan algo más del arte que practico, vamos a ver todos juntos un documental realizado con algunos de mis trabajos más espectaculares. ¡Oh! No se preocupe, solo dura sesenta minutos, pero amenizará la fiesta y le permitirá a usted asumir lo irreversible de su situación. Quién sabe, quizá le sirva para preparar su mente para lo que se le avecina —y diciendo esto, pulsa un botón en un mando a distancia e inmediatamente la señal en directo que puede verse en el monitor es sustituida por un documento gráfico espeluznante, grabado en alta definición y editado y producido como si fuera obra del mismísimo Spielberg.

Mientras el abyecto vídeo se reproduce, afortunadamente sin sonido, María y Olivares acercan sus rostros al cristal y lo saludan divertidos. Gael se dejaría arrancar la piel de buen grado en ese momento si con eso consiguiera tenerlos a los dos al alcance de la mano por un instante. Durante veinte minutos, las imágenes del doctor masacrando a varias personas ocupan la atención de todo el público asistente a la reunión, pero, poco a poco, los socios van perdiendo el interés en la película y vuelven a departir en grupos, que charlan animadamente o comentan algún detalle de las imágenes del televisor.

En la pantalla, un hombre negro ocupa la misma silla donde ahora se sienta Gael. Kleber

aparece por detrás de él con su brazo derecho protegido por un guante de plástico que le llega hasta el hombro, se coloca justo debajo de la silla y empapa el guante en un líquido viscoso que Gael entiende que debe ser algún tipo de lubricante. Los gritos del hombre, a pesar de no poder oírse en el salón, son monstruosos, lo que no impide que el viejo enano continúe trabajando sin piedad. No quiere seguir mirando porque sabe que eso solo añade la tortura psicológica a la física y quiere conservar la mente lo más despierta posible, dadas las circunstancias, por si en algún momento tiene oportunidad de zafarse de su destino.

En estos pensamientos anda Gael enfrascado cuando una explosión sacude el salón e inmediatamente otra. Granadas, identifica el ruido sin posibilidad de duda, y disparos de subfusil a continuación. El caos es absoluto, los ilustres psicópatas que se prometían una fiesta a su costa corren en desbandada en todas direcciones, saltando por encima de sus socios destrozados por las explosiones o caídos por los disparos. El doctor no quiere dejar su presa sin terminar su trabajo y, aunque está seguro de que siente terminar con él precipitadamente, Gael siente incluso alivio viendo cómo Kleber se dispone a subir a su andamio con el bisturí en la mano, espera que para cortarle el cuello. Infinitamente mejor que el suplicio que le esperaba. Un estruendo ensordecedor arranca la puerta de las bisagras y la estampa con tal fuerza sobre el respaldo de la silla que la parte en dos mandando al anciano, sin tocar el suelo, hasta la pared de enfrente.

—¡No lo mates, Liberto! ¡No lo mates! —grita Gael a pesar de estar aturdido por la explosión de la puerta y el tremendo golpe que ha recibido. No puede verlo, pero sabe que es él. ¿Quién si no?

—No lo voy a hacer, chico. No creas que no tengo motivos. He visto demasiadas cosas de este pequeño monstruo como para no sentirme tentado de cortarle la cabeza ahora mismo, pero te lo voy a dejar a ti —dice Liberto mientras lo libera de sus ataduras cubiertas de sangre.

De inmediato, deja de sentir el dolor que le quemaba el pecho y las piernas, Gael se pone en pie y recorre los cinco pasos que lo separan del doctor muy despacio, ignorando las heridas que se abren aún más y las pisadas sobre su propia sangre. Al llegar a su altura, se agacha hasta quedar cara a cara con el torturador, su mirada clavada durante varios segundos en aquellos ojos sin vida que han causado tanto dolor a tanta gente. No hay ni el menor signo de emotividad en el viejo, tirado en el suelo con la espalda apoyada en el mueble, ni el menor atisbo de arrepentimiento ni de súplica por su vida, todo lo contrario, comienza a sonreír y deja escapar una sonora carcajada a centímetros de la cara de Gael que reacciona y agarrando, con toda la fuerza de que es capaz, la cabeza de Kleber entre sus manos, muerde su nariz con tanta furia que acaba por arrancarla mientras las carcajadas del viejo se convierten en un grito desgarrador. Por un instante contempla lo que ha hecho y, tomando el bisturí que estaba destinado a él, secciona la garganta del verdugo de parte a parte, lentamente y sin dejar de mirarlo a los ojos. Está muerto, están muertos los dos, porque Gael ha visto en aquellos ojos atroces la confirmación de que hay personas muertas en vida, víctimas de sus propios actos y él es una de ellas. Desde hoy vivirá sabiendo que tendrá que desconfiar de su alma noble porque su trabajo le obliga a enfrentarse a fieras indómitas, crueles e implacables, incapaces de sentir piedad y contra ellas no cabe sino situarse a su altura.

—¡Joder, Gael! ¿Pero qué has hecho? Hablaremos de esto más tarde. —Liberto, a su espalda, ha presenciado la escalofriante muerte de Kleber a manos de su chico y ha quedado impresionado por la brutalidad que ha demostrado—. Quítale algo de ropa a uno de los muertos

del salón y vámonos, quizá podamos alcanzar a Olivares antes de que se escabulla.

En la estancia, solo quedan en pie los dos soldados que acompañan a Liberto. Los dos, Jorge Dueñas y Sebastián Maroto, son empleados de RedLiber, pero, sobre todo, son compañeros de armas de su jefe, capaces de dejar la vida en sus manos después de combatir a su lado en la despiadada guerra de Ruanda, cuando apenas eran unos chavales. Al verlos salir de la sala de torturas, Jorge señala una puerta por la que desaparecieron, hace unos minutos ya, los Árboles y María.

—Se han largado por ahí. No sé si aún estamos a tiempo de alcanzarlos. Ya hace un rato.

Gael se ha hecho con unos pantalones que, de regalo, contienen una cartera, de la que se deshace inmediatamente porque no le sirve para nada, y un teléfono móvil, encendido y con batería, que guarda por lo que pueda necesitar. Sin mediar palabra, corre descalzo y sin camisa para sumarse a Liberto y, juntos, salen por la puerta señalada a un estrecho pasillo que termina en una escalera. Armado con una automática que le ha entregado Maroto, Gael va delante y se aventura por la escalera que los lleva a la sala del piso superior reservada para las grandes ocasiones. No hay nadie allí, sin embargo, Jorge Dueñas, asomado al balcón de la terraza que da al río, parece haber visto algo.

—¡Están ahí! —dice señalando un Mercedes todoterreno negro en el que entran en ese instante Robles y Olivares, acompañados por dos guardaespaldas. Detrás de ellos, otro coche idéntico está ocupado por dos tipos que sirven de escolta.

—¿Y María? ¿Dónde se ha metido? —grita Gael, mientras mira por el lado opuesto, desde el ventanal que da al patio de las antiguas cuadras. Todavía puede ver a muchos de los que estaban dispuestos a contemplar su agonía, huyendo a la carrera como ratas para perderse por las callejuelas que rodean al Xapar. Justo enfrente de su visual hay una calle, bastante más ancha que las demás, que sube en una empinada cuesta adoquinada, flanqueada por dos estrechas aceras plantadas de naranjos. Por el centro de la calle, a unos cien metros del club y descalza, corre una mujer que despide destellos dorados a la luz de las farolas. Es ella. Es María.

—¿Os encargáis vosotros de los viejos? —dice Gael que ya corre hacia la escalera para perseguir a la mujer. No espera contestación porque ya sabe la respuesta y baja casi volando hasta el patio para salir tras ella como alma que lleva el diablo. No siente dolor, las heridas de su pecho abierto y las de las piernas son simples recordatorios de lo que María le debe y sirven para hacer más firme su determinación de acabar con ella y más fuertes y rápidas sus zancadas sobre los adoquines.

—¿Dónde vas, hija de puta? —piensa mientras comprueba que su arma está dispuesta para ser usada contra ella.

CAPÍTULO 25

parte 1

Las cosas le van muy bien con RedLiber, tanto que puede permitirse el lujo de cambiar de coche tan a menudo como le plazca. El nuevo Maserati Quattroporte blanco de Liberto sale disparado detrás de los Árboles que le llevan algunos segundos de ventaja. Conduce Maroto, un mago de la conducción evasiva.

—Como me jodas el coche no tendré más remedio que cortarte los huevos, Lo sabes, ¿no, Sebas? —dice Liberto desde el asiento del acompañante mientras revisa, una a una, las cuatro armas que lleva.

Aunque los han perdido de vista, vuelan sobre el asfalto en dirección a la autopista. No saben que les siguen todavía, así que lo más lógico es pensar que los Árboles vuelven a la seguridad de su Fundación. Ya en carretera abierta, circulando prácticamente solos, Maroto hace que el Maserati rinda al máximo y, superando los doscientos treinta por hora, apenas tardan cinco minutos en avistar las luces traseras de los dos coches que persiguen y que también circulan a muy alta velocidad.

—¡Joder, corren que se las pelan esos también! —Dueñas, desde los asientos traseros, prepara con cinco proyectiles un lanza granadas MGL40 que le acompaña desde sus tiempos de combatiente —¡Dale caña, Sebas! ¡Este trasto puede correr más!

Con el pedal del acelerador pisado a fondo, el coche ruge como un demonio y patea a sus ocupantes empotrándolos contra los asientos. No tardan demasiado en situarse a menos de cincuenta metros de la caravana y amoldar la velocidad a su ritmo de marcha.

—Acércate un poco más. Jorge, cuando quieras. La orden de Liberto hace que este último asome todo el tronco por la ventanilla trasera empuñando el MGL, apunte cuidadosamente aprovechando que el asfalto, que es una alfombra, favorece la tarea y haga un primer disparo al segundo coche. El proyectil vuela durante un segundo, tiempo suficiente para que el conductor del vehículo objetivo reaccione al mínimo destello del arma que ocasiona el lanzamiento y dé un volantazo. Lo justo para esquivar por un metro la explosión.

Inmediatamente, el coche atacado frena en seco, girando sobre sí mismo, y los hombres que van dentro responden con fuego de armas automáticas que ilumina la noche mientras el todoterreno que lleva a los Árboles acelera para alejarse de la escena. Liberto y los suyos desencadenan el infierno sobre el enemigo y atacan con todo lo que tienen situando su coche lateralmente con respecto al atacado. Una lucha que recuerda las viejas películas de piratas donde dos barcos se masacran mutuamente a cañonazos, costado con costado, y que dura lo que Jorge tarda en volver a encuadrar en su mira el objetivo. Esta vez, sí. Un proyectil explosivo alcanza de lleno el Mercedes negro, volándolo en mil pedazos.

—¿Todo el mundo está bien? —pregunta Liberto volviéndose hacia sus compañeros— Pues claro, nadie acaba tan fácilmente con gente como nosotros. ¡Maroto, vuela! ¡Que se nos van!

De vuelta a la persecución, la distancia entre perseguidores y perseguidos se aminora por segundos. Liberto apunta con su rifle M200 equipado con visor nocturno y hace dos disparos que no llegan a alcanzar su objetivo. El tercero revienta uno de los neumáticos y el todoterreno, que circula a toda velocidad, comienza a girar dando vueltas de campana para terminar

desplazándose sobre el techo durante más de cien metros de carretera. El Maserati llega a su altura y sus ocupantes saltan de él con las armas en la mano. En el interior del Mercedes parece ser que están todos muertos. El conductor, que continúa sujeto por el cinturón, ha perdido la cabeza, contribuyendo con ello a que todo esté cubierto de restos orgánicos y de sangre. Robles también está desfigurado, como si hubiera arrastrado medio cuerpo por el asfalto en el accidente. Ni rastro del otro guardaespaldas, sencillamente ha desaparecido dejando su brazo derecho, que continúa agarrado al asidero del techo, como testimonio de que alguna vez estuvo dentro del coche. Pero Olivares aún vive. Una brecha muy fea en la cabeza y la cara completamente arañada parecen pronosticar que no le queda mucho de vida. Sin embargo, como cabía esperar de él, cuando habla con un hilo de voz apenas, lo hace para intentar volver a salirse con la suya.

—Liberto, Liberto... Todo tiene arreglo, Liberto. Ayúdeme, puedo hacerle un hombre más que rico... un hombre poderoso. Ayúdeme y le convertiré en el puto rey Midas...

—Eres un auténtico hijo de la gran puta, Olivares —le escupe las palabras a la cara metiendo medio cuerpo dentro del coche para asirlo por la chaqueta y tirar de él hacia la carretera—. Tenía que haber hecho esto hace mucho tiempo y...

Suena un disparo desde el interior del Mercedes y Liberto sale despedido varios metros hacia atrás para caer al suelo con un impacto en el pecho que ha acabado con su vida instantáneamente. El viejo Juan Manuel, todo genio y figura, piensa morir matando, pero no tiene opción. Dueñas, situado junto a su compañero a unos metros de la escena, reacciona incrustando un nuevo disparo de lanza granadas en el interior del vehículo. La explosión levanta el coche del suelo casi un metro y cuando vuelve a caer muestra en su interior una amalgama de carne que hace imposible saber ya quién fue quién en vida.

La Fundación ha entrado de golpe en pleno invierno y los Árboles han perdido todas las hojas de repente. Con su nombre, RedLiber ha hecho honor a su fundador, que yace muerto en el suelo, bañado en su propia sangre.

El pacto de socios entre las dos partes ha quedado derogado para siempre sobre el sucio asfalto de una carretera que no les ha llevado a ninguna parte.

CAPÍTULO 25

parte 2

Por las calles adoquinadas del casco antiguo, Gael corre detrás de una mujer que no tiene a la vista. La ha perdido. Medio desnudo y sin calzado, armado y cubierto de sangre por las heridas de su cuerpo, sus movimientos de fiera que persigue a una presa dibujan una imagen que impresionaría a cualquiera. Se detiene en un cruce que le ofrece tres posibles direcciones por las que seguir corriendo. En el silencio absoluto de esas horas, intenta distinguir algún ruido, un indicio que le oriente sobre el camino correcto e instintivamente, sin pensar, saca del bolsillo el teléfono móvil y marca de memoria el número de María. Espera un instante y enseguida suena en la noche la inconfundible melodía de un iPhone. Alejada pero audible, la musiquilla le señala una dirección que sigue inmediatamente con toda la velocidad de la que son capaces sus piernas. Han sido solamente tres tonos de llamada, seguramente María haya silenciado el móvil o se haya deshecho de él, pero cree que corre en la dirección correcta.

Su carrera desesperada desemboca en una calle principal, ya fuera de la zona más antigua de la ciudad. No hay ni un alma, solo el zumbido de un semáforo que tiene al lado le acompaña. Pero la calle en sí misma es la mejor pista de dónde puede estar la mujer que persigue. La bodega donde empezó todo está a menos de cincuenta metros de donde se encuentra ahora.

Aunque el portalón está cerrado, Gael, convencido de que María ha escogido ese lugar para acabar con él, empuja una de las puertas y esta cede suavemente mostrando el interior a oscuras. Con el arma en la mano, da un primer paso hacia la negrura del local y cierra la puerta tras de sí. Imposible ver nada, imposible avanzar hasta que sus ojos no se hayan habituado lo mejor que sepan a la ausencia de luz.

—¿Gael? ¿Eres tú, Gael? —La voz de María reverbera entre los muros de la vieja bodega, lo que pone difícil su localización—. Muy inteligente lo tuyo con la llamadita, sí señor. Y muy tonta yo por no haber caído antes en esa posibilidad. Mejor. Terminemos esto de una vez. ¡Ven, Gael! ¡Te estoy esperando!

Avanza por un corredor de suelo empedrado que tiene en uno de sus laterales una sucesión de enormes ventanales que lo separan de un patio al aire libre por el que entra la claridad que proporciona la luz de las calles y, al otro lado, viejos toneles de vino en los que, escritas con tiza, han dejado su firma, dedicatorias y frases ingeniosas, muchas personalidades de las más variopintas ocupaciones: toreros, políticos, cantantes, estrellas de cine... todo el que en el mundo es o ha sido alguien, de paso por la ciudad, ha dejado su rúbrica en alguno de aquellos barriles. Un ruido como de pasos descalzos a la carrera. Viene del piso superior.

Gael distingue, ahora con facilidad ayudado por los ventanales, un tiro de escalera al final del corredor de toneles. Aferra con fuerza el arma y adelanta el brazo que la sostiene cuando asciende por los primeros escalones. Desde el rellano de la entreplanta puede ver el hermoso arco que da paso a las estancias de la primera planta. No parece que haya ningún peligro de momento y continúa ascendiendo el siguiente tramo de escalones. Con el cuerpo pegado a un lateral de la arcada, asoma la cabeza al interior con un movimiento rápido que le permite comprobar que María no está a la vista. Avanza hacia un *hall* enorme, decorado con lienzos que representan escenas de la vida del toro en el campo y que tiene al fondo uno de esos animales

representado a tamaño natural, la escasa luz y la distancia impiden que pueda distinguir si es un cuerpo disecado o se trata de una escultura, pero, sea como sea, es impresionante.

A los lados del *hall*, en el centro, hay dos puertas de doble hoja, también muy grandes. La de la derecha está cerrada, la de la izquierda no. Gael piensa que de ser él quien tuviera que tender una emboscada, escogería el salón que menos luz tuviera y el que puede ver tiene ventanas a la calle que proporcionan la suficiente claridad como para ver perfectamente dentro. Sin duda, la habitación que hay tras la puerta cerrada ofrecerá mejores oportunidades para alguien que espera sorprenderlo. Se detiene junto a las hojas de madera que impiden el acceso al salón de la derecha y agudiza el oído. Un crujido en el interior, que puede deberse al movimiento de la mujer o, simplemente, a la antigüedad de la madera, lo pone en alerta. Se separa de la puerta y queda colocado en el centro del *hall*. El crujido se repite, esta vez mucho más fuerte, seguido de un chirriar que no identifica hasta que casi es demasiado tarde. Más por intuición que porque sepa lo que está pasando, Gael se lanza hacia la puerta abierta justo a tiempo de evitar que la enorme lámpara de hierro y cristal que preside la estancia termine por aplastarlo al caer a plomo desde el techo, a cuatro metros de altura. Ha habido suerte, pero no tanta como para evitar que uno de los brazos de la lámpara lo alcance en una pierna, en pleno salto hacia la salvación de la puerta abierta, produciéndole un dolor intenso y repentino que acaba por llevarlo al suelo que buscaba, ahora ya quiera o no quiera. La fuerza del impacto es tal que la luminaria destroza la madera que cubre el pavimento y un trozo de esa misma madera sale disparado con tan mala fortuna que finaliza su trayectoria enterrado en el hombro derecho de Gael, obligándole a proferir un grito sordo que procura controlar con escaso éxito.

Aturdido y, una vez más, herido, se arrastra por el suelo intentando refugiarse en el salón iluminado a medias por la luz ambiente de la ciudad. Apenas si puede moverse, tumbado boca arriba y arrastrándose hacia atrás a duras penas, sobre los codos, para alcanzar la seguridad que puede ofrecerle el centro de la estancia al que nunca llegará porque, justo en ese instante, María aparece desde la penumbra de una esquina y saltando sobre él acaba con su fútil empeño.

—¿Sabías que convencí a Caín para que me regalara esta bodega en nuestro primer aniversario de boda? ¡La compró para mí! —dice ella, sentada a horcajadas sobre su pecho y con los pies apoyados en el suelo a los lados del cuerpo de Gael. Con un gesto de su pierna derecha aleja el arma que él llevaba mientras la hoja de su cuchillo brilla en mate, reflejando la difusa radiación lumínica que baña la estancia, en el camino que recorre hasta llegar al puerto de su cuello. —Pobre Gael. Vas de mal en peor. ¿Qué es esto? —Cree ver las estrellas cuando ella tira de la gran astilla clavada en su hombro—. ¡No se puede tener peor suerte! Anda... ven. ¡Levántate! ¡Que te levantes, he dicho! —grita mientras continúa retorciendo la madera.

El esfuerzo para ponerse en pie ha sido titánico; la pierna no está rota y lo sabe, pero el dolor es abrumador, tanto que lo del hombro o los cortes que tiene repartidos por todo el cuerpo han dejado de ser una molestia. A su lado, María acompaña su agónico trayecto hasta uno de los ventanales, el mismo que le sirvió aquel día de mayo como balcón con vistas a la muerte de Alicia. —¡Quiero que veas el lugar desde donde te vi por primera vez, Gael, Aníbal, Paul o como coño quieras que te llame! —Le ha permitido apoyar su pecho en el murete que hace de alfeizar al ventanal y le obliga a asomar la cabeza por la ventana que acaba de abrir. Es una primera planta, pero hay no menos de cinco metros de altura hasta el suelo de la calleja que tienen a sus pies.

Echada sobre su espalda, María tiene apoyada la punta del cuchillo en el cuello y la mano que le queda libre se aferra a la estaca que continúa clavada en el hombro de Gael y sobre la que ejerce rítmica presión con la evidente intención de castigarlo, de que no deje de sentir dolor ni siquiera por un instante.

—¿No te parece poético morir aquí? En el mismo sitio en que asesinaste, a la vez, a la mujer que amabas y a aquella chacha idiota. Porque no te equivoques, chico, solo tú eres el culpable de que tu final sea este. Tú me convertiste en lo que soy y yo te lo pago con lo que me enseñaste a hacer: dándote muerte. Ya no sé si me gusta esta forma de ser mía, la verdad, pero la prefiero un millón de veces a la de la tonta indolente que fui. Y todo es gracias a ti. ¡Gracias, mi amor!

María percibe que Gael se ha rendido. El dolor y la desgracia lo han vencido y ahora está ya completamente a merced de los acontecimientos. No es solo su actitud, su silencio culpable, hasta su cuerpo dice que no le quedan fuerzas, que la muerte es un alivio para su alma torturada, incapaz ya de reaccionar incluso estando en juego su vida.

Ha decidido que no tiene nada más que hablar, María suelta la astilla con que lo sometía y agarra la fuerte melena de Gael para tirar de su cabeza hacia atrás con intención de cortar, como hiciera Aníbal en su día con Ali, la carne de su cuello. Pero él se resiste a dejarse llevar la cabeza por el primer tirón y justo cuando ella hace un segundo intento aplicando mucha mayor fuerza, Gael acompaña su esfuerzo girando sobre su cuerpo, para quedar apoyado en el alfeizar sobre la espalda. Agarrando la mano izquierda de María, que empuña el Kudu destinado a quitarle la vida y, sacando fuerzas de no sabe dónde, pero consciente que son las últimas que le quedan, Gael empuja el cuerpo de María y consigue separarla unos metros. La sorpresa termina por convertir el rostro de la mujer en una máscara, representación perfecta del pecado de la ira, y sale disparada de nuevo hacia él, con el cuchillo levantado apuntando en dirección a su pecho. Todo sucede muy deprisa. Gael reacciona arrancando la puntiaguda madera que muerde su hombro y la dispone para recibir la embestida de María. En el momento exacto, se separa del ventanal dando un paso adelante que hace errar los cálculos de distancia que instintivamente guiaban la agresión y, con un movimiento que resulta tan natural que parece ensayado, hunde la estaca en el vientre de María al tiempo que aprovecha el impulso que trae para proyectarla, por encima de su cabeza y a través de la ventana, hasta el mismo suelo del callejón que una vez les cambió la vida.

Gael mira desde la ventana para comprender cuánto puede impresionar la muerte vista desde arriba, el tremendo *shock* que puede producir en una mente perturbada la contemplación de un cuerpo al que acaban de arrancar la vida. Y, alegrándose de no ser él el que duerma para siempre en el frío suelo de una callejita que apesta a vino, exhausto y abatido, se deja caer al suelo vencido por el dolor y el agotamiento.

Ha perdido la consciencia por un momento y cuando vuelve a recobrarla hace lo que más natural le parece. Busca el móvil que llevaba en el pantalón y marca el número de Liberto. No hay respuesta. Solo al tercer intento, una voz responde al otro lado del auricular

—Dígame. —Tal vez se haya confundido al marcar.

—¿Liberto? —Sus palabras son poco más que un susurro—. ¿Puede ponerse Liberto, por favor?

—Gael, soy Dueñas. Liberto ha caído —informa con la habitual carencia cordial de emociones que se usa al comunicar a los familiares una baja en combate—. Lo siento mucho. Hemos alcanzado y neutralizado el objetivo, pero en el último momento Olivares le ha disparado

impactándole en pleno pecho. No ha podido superarlo. Aún estamos en el escenario, acabamos de subir su cadáver al coche. ¿Dónde estás tú? ¿Necesitas ayuda?

No tiene manera ya de digerir el cúmulo de terribles acontecimientos concentrados en tan poco espacio de tiempo. Sin soltar el teléfono, se echa las manos a la cabeza y emite un grito sin sonido por el que escapa el resto de humanidad que creía albergar aún.

—Gael, ¿estás bien? ¿Gael? —pregunta Dueñas. Gael contesta, primero con un pensamiento «Dame un segundo, Dueñas. Solo un segundo», y después, tragándose el dolor y la impotencia responde al teléfono con la máxima serenidad de que es capaz:

—Venid a por mí. Estoy en la bodega. ¿Sabéis dónde es? Recogedme en el mismo lugar donde murió Alicia Silas. ¿Cuánto tardáis?

Treinta minutos más tarde, el Maserati Quattroporte blanco lo recoge en el sitio indicado. El cuerpo sin vida de Liberto, ensangrentado y cubierto con un manta, viaja en el asiento trasero. Cuando al abrir la puerta lo contempla, allí tumbado, no puede evitar el comentario.

—Si estuvieras vivo, padre, no dejarías que nadie manchara la tapicería de cuero de tu coche nuevo —diciendo esto con una triste y cansada sonrisa, sube junto al cadáver apoyando sobre sus piernas malheridas la cabeza de aquel hombre que fue el único al que importó su vida, el único que se preocupó por su familia y el que procuró hacer de él un hombre preparado. Sí, su único y verdadero padre.

Mientras el coche abandona la ciudad en dirección a la sede central de RedLiber en Madrid, Gael llora en silencio por la muerte de Liberto y por la suya propia, pues no encuentra mejor manera de honrar la vida del hombre que yace sobre sus piernas que reconocer los errores cometidos y proponerse, a partir de ese momento, aplicar estrictamente cuanto le enseñó. Y así, una vez más, esta sin documentos que falsificar, da por muerto al Gael compasivo y saluda al nuevo Gael, el profesional.

¡Liberto ha muerto! ¡Viva Gael!

EPÍLOGO

Las heridas físicas son sencillas de reparar, pero las secuelas que quedarán en su mente, como trozos de metralla imposibles de extraer, impedirán ya para siempre que pueda confiar plenamente en nadie. Tres meses después de aquella noche en la que a punto estuvo de perder la vida y volvió a quedar huérfano de padre, se ha hecho cargo de la compañía de seguridad como era la voluntad de Liberto.

Gael se recupera del daño recibido y acude con regularidad a la sede de RedLiber. Tiene la intención de transformarla para convertirla en algo más que la empresa que resuelve los problemas y las meteduras de pata más toscas de la élite empresarial a la que prestan sus servicios. Un equipo de expertos en diferentes áreas, seleccionado por él mismo, tiene la misión de internacionalizar su actividad y de enfocar una parte importante de sus recursos hacia los asuntos relacionados con la inteligencia, el espionaje industrial y la ciberseguridad, como garantía de futuro y crecimiento para la empresa. Gael conoce el alcance y la dificultad de los retos que deberá afrontar para alcanzar el éxito en el empeño de hacer de RedLiber una verdadera multinacional y espera que los contactos con que cuentan en todo el mundo, fruto del patrocinio original de la Fundación, sirvan de plataforma de lanzamiento para abordar la tarea. Solo el tiempo y el trabajo duro darán o quitarán la razón a sus planteamientos.

Aunque tiene claro que su actividad deberá desarrollarse en terrenos que no siempre serán legales, ha decidido no volver a aceptar encargos que no tengan una estricta motivación profesional. Los odios ancestrales, la locura o la megalomanía de las personas con las que se vio obligado a lidiar en los últimos años no volverán a ser motivación suficiente para que arriesgue su vida ni la de sus hombres. No lo permitirá nunca más. Incluso ha intentado acabar de una vez por todas con el antro escandalosamente inmoral que es el club Xapar, pero, a pesar de haber remitido a la fiscalía, de manera anónima naturalmente, cuantas pruebas de lo que allí ocurría llegó a acumular, el establecimiento sigue abierto y plenamente operativo. Debería haber supuesto que esperar que el sistema actúe contra sus próceres es demasiado esperar y que en el Xapar, desgraciadamente, sobran tipos con capacidad suficiente para enterrar en lo más profundo de la tierra cualquier intento de privarlos de sus privilegios como depredadores. Ha considerado también, ante la inactividad de la justicia, recurrir a la prensa para denunciar el asunto. Sin embargo, lo ha descartado completamente al sopesar los riesgos que hacer pública tamaña bomba pueden entrañar. No le cabe la menor duda de que terminaría por saberse, de una manera u otra, la fuente de la noticia y sabe que no habría forma entonces de escapar a una venganza, contra él mismo y contra los suyos, que podría ser terrible.

En cuanto a la muerte de María y su tratamiento, no puede estar más sorprendido. Los medios de comunicación y la propia policía lo llaman ya «el caso del asesino de la bodega». Parece ser que al constatarse que la mujer fue asesinada en un salón de la planta superior y arrojada desde allí al callejón, donde también apareciera muerta Alicia Silas años atrás, las cabezas pensantes de la investigación han declarado a algún periodista sagaz que tal vez, sea quien sea el culpable, actúa con centro de operaciones u ocultándose en la bodega para cometer sus crímenes. Estamos salvados, piensa Gael sentado ante la mesa de su despacho.

Es casi mediodía, la herida del hombro continúa molestándole. Los desgarros provocados al

clavarse la madera y la despiadada manera de retorcerla en su interior que tuvo María, hicieron que la reconstrucción de la zona fuera una tarea complicada. Los médicos dicen que recuperará la funcionalidad casi total del hombro, pero que es probable que el dolor reaparezca con frecuencia. Un recuerdo, para toda la vida, de aquella mujer que por un día consiguió hacerlo dudar en el cumplimiento del objetivo que se le había marcado, dudar sobre la conveniencia de su eliminación. Una mujer que, pese a todo, no puede ver sino como una víctima de su propio destino, deslumbrada por un mundo de personajes despiadados, en su búsqueda de la persona que jamás alcanzaría ser y de un amor que la redimiera de su condición de pobre ser humano.

El teléfono interrumpe sus pensamientos con una llamada, según dice su secretaria, de un tal Pascual de Lienzo, notario.

—Buenos días, señor Leal. Soy Pascual de Lienzo, notario. Encantado de saludarle —dice la voz servil que se dirige a él desde el otro lado del auricular.

—Buenos días, señor de Lienzo. Dígame. ¿Qué puedo hacer por usted? —contesta Gael, que no alcanza a adivinar el motivo de la llamada.

—Sí. Pues verá, tenemos aquí, en el despacho, un encargo que le afecta a usted directamente. Se trata de una herencia. La herencia de doña María Martín. Tenemos el honor de ser depositarios del encargo de velar por la ejecución de lo dispuesto por la señora Martín para el caso, desafortunadamente acaecido, de su muerte. ¿Está usted al tanto de los términos en que se articula el testamento?

—Perdone, Pascual. Ni siquiera sé de qué me está hablando. María y yo apenas nos conocíamos. Sé que murió en unas circunstancias muy desagradables, pero, créame, lo que me cuenta no tiene para mí el menor sentido. Y, por supuesto, tampoco tengo la menor idea de los términos en que dispuso que fueran repartidos sus bienes, ni mucho menos.

—Bien. En todo caso, es mi obligación comunicarle, por expreso deseo de ella, que la totalidad de esos bienes han sido legados a su único descendiente, su hijo Lucas, pero que dada la condición de menor de edad del chico —tiene doce años actualmente—, María dispuso que se nombrara albacea de toda su fortuna a una persona que es usted mismo, Gael Leal. Naturalmente si es que acepta este nombramiento. Con mucho gusto le recibiré en mi despacho para informarle detalladamente de los pormenores, obligaciones y derechos que esta disposición supone para usted.

—Dígame, por favor, si yo no aceptara ¿qué pasaría entonces? ¿Se ha contemplado esa posibilidad? —pregunta Gael totalmente sorprendido por lo que está oyendo de boca del notario.

—Naturalmente que sí. Tenga en cuenta que hablamos de bienes muebles e inmuebles por valor de más de mil doscientos millones de euros. Todo está previsto. En caso de que usted declinara la custodia de la herencia hasta que el pequeño Lucas sea mayor de edad, la señora Martín ha dejado instrucciones de que se haga cumplir un preacuerdo de compraventa de la empresa CyberAct, de la que era accionista mayoritaria, y los beneficios obtenidos por esa venta se incorporen a un fondo que los administraría a cambio de asegurar con una cantidad anual que, tanto el crío como su abuela, puedan vivir holgadamente hasta la mayoría de edad del niño. El resto de propiedades serían legadas igualmente a Lucas y administradas también por el fondo hasta ese momento.

—Está bien, Pascual. Necesito más datos sobre este asunto antes de tomar una determinación. Me gustaría pasar por su despacho, como recomienda, para conocerlos

detalladamente. Si es tan amable, haga que su secretaria acuerde una cita con la mía. Gracias por todo. Buenos días.

Está claro que no mintió del todo cuando dijo que había previsto la posibilidad de su muerte. Aun así, no puede comprender el proceso mental por el que María ha pensado en él para administrar su fortuna. Por más que lo piensa, no puede entender qué es exactamente lo que la impulsó a adoptar semejante decisión, salvo que, tal vez llegado el momento, fuera consciente de su absoluta soledad y de que, entre toda la podredumbre que la rodeaba, no existía una sola persona en quien pudiera confiar el futuro de su hijo. Tal vez, llegado el momento de enfrentarse a una situación en la que pudiera perder la vida, echara atrás la mirada para encontrar alguien digno de esa confianza y, al no encontrar a nadie, su mente confundida entendiera que solo él, capaz incluso de asumir el sacrificio de matar a la mujer que ama para protegerla de un destino aún más terrible, sea merecedor de esa confianza. Tal vez o tal vez no. Nunca lo sabrá.

Pero hay una cosa clara, administrar por seis años una compañía como CyberAct es un apoyo y una oportunidad de oro para impulsar la expansión internacional de RedLiber, y Gael es un profesional. No puede evitar recordar otra vez aquellas palabras de María al borde de la piscina y aplicárselas a él mismo como ella lo haría:

«Y así, mi querido Gael, absuelto de una vez por todas tanto de tu pasado como de un futuro incierto, es como te conviertes en un hombre libre e indeciblemente rico.»

FIN

¿Te ha gustado?

Nos encantaría que nos contaras
qué te ha parecido.
Por ello te invitamos a seguirnos en
nuestras redes sociales.

Twitter: @ElSaltoEditoria
Facebook: Búscanos como
El Salto Editorial

EL SALTO EDITORIAL
te agradece de todo corazón el
haber elegido una de nuestras obras,
así como el colaborar directamente
en la lucha contra el cáncer.